

The  
Dragon



Nindenn-Ka-Uh

REBUCIARIBTO

DAVID CABRERA



Lectulandia

HAY MUCHAS HISTORIAS SÓLO UNA ES LEYENDA...

Los relatos de los Dragon Nindenn-Ka-Yh nos hablan de héroes de leyenda, de guerreros enviados por el Cielo que combaten eternamente contra las tinieblas y las fuerzas del Infierno; y es cierto... una parte al menos.

Ahora olvida cuanto creías saber. Escucha el relato de un viejo cronista que te contará una historia sin adornos poéticos y descubre la verdad sobre Kirah, el niño soldado que fue marcado por un legendario y a la vez trágico destino y que desafió a la tiranía de las estrellas.

En una tierra asolada por la tragedia y sumida en la desesperación de haber perdido a su rey, recuperándose de una guerra demasiado reciente, el pueblo de Draconia clama por un héroe profetizado que no aparece. Mientras, la cruel hechicera conocida como Excoya se aprovecha de la inestabilidad del reino, concibiendo un plan para despertar al emperador del Infierno, Lucifer, con el fin de servirse de sus ejércitos para obtener el poder absoluto.

Acompaña al príncipe Kirah Murako en su búsqueda sagrada para detener el fin del mundo y explora los confines del Universo; mas a medida que su viaje se acerque a su fin, Kirah descubrirá los secretos de una conspiración urdida mucho tiempo atrás, tejida como una minuciosa tela de araña, que amenaza con derrumbar los cimientos de la existencia y llevarla al colapso, mientras soporta el peso de saber que no sólo el destino de una nación depende de sus actos, sino de toda la galaxia.

**Lectulandia**

David Cabrera

**The Dragon Nindenn-Ka-Yh:  
Renacimiento**

ePub r1.0

Titivillus 20.01.18

Título original: *The Dragon Nindenn-Ka-Yh: Renacimiento*  
David Cabrera, 2017

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A Pedro, Patricia, Víctor y Olga, por estar desde el  
comienzo.

A Juan Carlos y Liss, por sus consejos y constante  
apoyo.

A Jesús, por su camaradería.

A Isabel Roux, por ser la mejor amiga y compañera que  
se puede tener.

A Isabel Royan y Darío, por su sacrificio y compromiso.

Y, sobretodo, a Cristina, por ser una luz en la  
oscuridad.





## La leyenda de la sangre divina

Desde que el mundo es mundo, siempre ha estado regido por el poder del equilibrio entre el bien y el mal, el Vacío y el Caos, el Ka-Yh y el Shinn. Sin embargo, el Caos siempre quiso inclinar la balanza a su favor y por este motivo se provocaban guerras constantemente y surgían nuevos odios. Hasta que la raza de los dragones fue puesta en el mundo.

En cada generación nacen de entre los dragones guerreros con el poder de liderar la eterna lucha entre el bien y el mal. Son los Draconianjin, salvadores o demonios.

Cada mil años, de entre los Draconianjin demonios renace un heraldo de increíble poder, capaz de someter a todo el universo. Cuando él regresa, también de entre los Draconianjin salvadores nace un único héroe capaz de sepultarle de nuevo: el Dragon Nindenn-Ka-Yh.

Dos de ellos ya se han revelado. Cuenta la leyenda que la llegada del tercero traerá el equilibrio...

«Solo si atravesamos la oscuridad total, llegamos a la luz».

Shakti Gawain.





## Prólogo: El cansado viajero de Stockliff

Una oscura y gélida noche de tormenta se cernía sobre una ciudad desierta. Azotadas por el estruendoso resplandor de relámpagos furiosos, las gotas de lluvia impactaban contra calles y muros de piedra como los latigazos de un cruel tirano sobre la espalda de sus esclavos. Los árboles bailaban a merced del embravecido viento y los animales que no tenían un hogar al que regresar buscaban con ansia un refugio en el que dar reposo a sus cansados huesos. Fue entonces cuando alguien llamó a las puertas de la taberna; tres golpes resonaron como un eco fantasmal, y recorrieron cada rincón.

El tabernero, que había cerrado aquella noche a causa de una superstición local, se asomó desde el piso de arriba.

—¡Está cerrado! —bramó, con una mezcla de temor y autoridad en su voz.

Tres golpes más agitaron nuevamente la puerta ignorando el aviso del dueño del establecimiento.

—Maldita sea... —susurró el tabernero—. ¡He dicho que está cerrado! —insistió.

Los golpes se repitieron acompañados esta vez por un atronador relámpago.

—Mierda... —maldijo el tabernero mientras bajaba por las escaleras, que crujían con una carcajada siniestra a cada peldaño que descendía.

El asustadizo hombre agarró un robusto palo de madera y se acercó con cautela a la puerta para abrir la mirilla y observar quién golpeaba su puerta con tanta insistencia.

Lo que vio fue a un anciano a punto de desplomarse, abrigado tan solo con unas mugrientas ropas de viaje y una capa color tierra, empapada y fría debido a que había recorrido un largo camino.

—¿Hay aquí un techo para un cansado viajero de la lejana Stockliff? —preguntó el anciano, al borde del desmayo.

—Por los dioses... —susurró el tabernero, soltando el palo y apresurándose a abrir las puertas a aquel pobre hombre desvalido.

El tabernero sujetó el extenuado cuerpo del viejo cuando este se derrumbó sobre él.

—¿Está bien, señor? ¿Qué ha ocurrido?

—Tan solo... Tan solo necesito descansar unas horas...

—Le acompañaré a una habitación, no se preocupe —afirmó el tabernero—. ¿A qué ha venido hasta Draconia? —preguntó, a la par que le sujetaba apoyando el brazo del anciano sobre su cuello.

—Tengo que encontrarme con alguien... Un pariente...

—Comprendo. Debe ser alguien muy especial.

—Lo es.

Llegaron a una habitación cálida y confortable en el piso de arriba.

—Póngase cómodo, voy a encender la chimenea —declaró el dueño de la taberna,

mientras apilaba leña cuidadosamente en el hogar—. No esperaba huéspedes esta noche, de modo que no tenía nada preparado. Por suerte, este cuarto se mantiene caliente... y tiene buenas vistas, aunque ahora no pueda disfrutarlas —bromeó.

—Gracias por su amabilidad —señaló el anciano.

—Bueno... Pues esto ya está —dijo el tabernero, sacudiéndose las manos mientras se levantaba, una vez el fuego había comenzado a crepitar—. ¿Puedo ayudarle en algo más, señor...?

—Lao, Lao Sifu —interrumpió el anciano—. No se preocupe. Ya ha hecho mucho. Ahora, si no le importa, quisiera estar un rato a solas, por favor.

—Bien. No le molesto más. Si necesita algo más sólo tiene que avisarme.

—Muy amable. —se despidió el anciano, con una cortés reverencia.

Pasaron un par de horas. La luz de los relámpagos que se colaba entre los huecos de la madera indicaba que la furia y la bravura de la tormenta crecían cada vez más y el gélido viento que soplaba helaba hasta los huesos, ahogando los aullidos lastimeros de las criaturas que buscaban cobijo sin éxito.

El tabernero esparció paja por el suelo y encendió después otro fuego en el piso inferior para combatir el helador temporal.

Mientras continuaba con sus quehaceres para tenerlo todo listo para la mañana siguiente la puerta volvió a estremecerse.

—¡Está cerrado! ¡Abriré por la mañana!

La puerta se abrió de una patada y se empotró bruscamente contra la pared.

—Ahora ya está abierto... —dijo un hombre con una sonrisa perversa mientras entraba con cuatro más.

—¿Qué... qué es esto? ¿Qué hacen aquí? —preguntó el tabernero, con voz temblorosa.

Los cinco hombres le rodearon y el mismo que había golpeado la puerta habló con tono amenazante.

—Somos soldados enviados por el Cielo. Estamos buscando a un hombre... Parece un viejo inofensivo, pero en realidad es un peligroso asesino. Tenemos testigos que afirman haberle visto entrar en este establecimiento...

—No... ya le he dicho que aquí no hay nadie... Está... está cerrado...

El hombre se inclinó, queriendo intimidar aún más al tabernero.

—¿Sabe cuál es el castigo por ocultar a un renegado? ¿O acaso le ha amenazado? Si es así podemos protegerle...

—Aquí no hay nadie... —insistió el tabernero.

—Eso espero, por su propio bien... —amenazó el líder de aquella siniestra cuadrilla—. Registradlo todo —ordenó a los otros.

El dueño de la taberna se quedó con el alma encogida y maldiciéndose a sí mismo por haberle abierto la puerta a aquel anciano. Solo deseaba que ese no fuera su último error.

Los cinco hombres empezaron a destrozarlo todo bajo la impotente mirada del

tabernero, hasta que algo golpeó a uno desde las sombras y lo derribó.

—¿Quién diablos ha sido?! ¡Sal y da la cara, miserable!

El anciano apareció desde lo más oscuro de la habitación con una mirada penetrante, estudiando a todos y cada uno de los hombres que estaban amenazando a su benefactor.

El mercenario caído se levantó y cargó furioso contra el viejo.

—¡Vas a morir, desgraciado!

El anciano esquivó sin ningún problema el embate y le hizo una llave a su contrincante a quien acabó derribando contra una de las mesas.

Otro más se acercó a por él dispuesto a clavarle un puñal. El viejo maestro giró sobre sí mismo para aprisionar el brazo de su atacante bajo el suyo. Acto seguido le dio un codazo que le rompió la nariz y le robó el arma, que usó para degollarle instantes después.

Tras esto lanzó el puñal contra el corazón del primer oponente, que se disponía a atacarle por la espalda, segando otra vida más.

—¡Voy a acabar contigo! —sentenció otro de los hombres, mientras se lanzaba colérico al ataque.

Cada golpe que descargaba el mercenario era hábilmente bloqueado y contraatacado por el anciano, hasta que el atacante fue derribado mientras el maestro adoptaba una pose de combate.

El viejo se lanzó al ataque propinando golpes imparables a los tres mercenarios hasta que acabó con sus vidas. Entonces relajó su pose y respiró hondo. Posó su vista en el tabernero que, presa del pánico, retrocedió un par de pasos perdió el equilibrio y se cayó de espaldas.

—No se preocupe. No voy a hacerle daño —dijo acercándosele y tendiéndole la mano para ayudarlo a levantarse.

Su benefactor dudó unos instantes hasta que vio en sus ojos algo más que la fiereza del combate. Le parecieron unos ojos compasivos, unos ojos tristes que habían visto demasiada muerte como para desear añadir una más a su conciencia de manera gratuita, de modo que acabó aceptando su ayuda.

—¿Quién...? ¿Quién es usted?

El anciano se dio la vuelta y buscó una mesa donde apoyar un ajado libro que llevaba consigo.

—Solo soy un cronista viejo y hastiado. La única arma que me verá esgrimir será mi pluma... Pero es lo bastante poderosa como para comprometer a ciertos círculos que pagarían gustosos una cuantiosa suma por mi cabeza.

—Esos mercenarios han dicho que los enviaba el Cielo... ¿A qué se referían con tal afirmación? —preguntó el tabernero.

El viejo maestro abrió el libro, colocó junto a él unos útiles de escritura y se acomodó en el asiento.

Tras pedir una jarra de aguamiel suspiró y cruzó su mirada con el que iba a ser

testigo de su confesión.

—Si me lo permite, le contaré un relato que dista mucho de la realidad que conoce...

# 1. Destino sellado

Todo comenzó el día que Draconia perdió al rey Tobaki. Durante aquella noche sombría, oscuras nubes eclipsaron la luna, que reflejaba el pálido rostro de la muerte en la hoja de Ribokan, vaticinando la tragedia que sacudiría al mundo.

La guerra de las Sombras estaba llegando a su cénit y Draconia era el último bastión de resistencia del emperador Hazulem.

Frente a los muros de la ciudad presidida por el castillo Yarracus, Tobaki se enfrentó al demonio en un combate que ya se había extendido durante tres días y tres noches.

Su pelo largo y dorado ondeaba arrastrado por el viento y su espada empezaba a inquietarse mientras entonaba un triste cántico al cortar suavemente el aire.

La mirada del demonio, de espesos y profundos ojos negros, era capaz de infundir el miedo en el corazón de los más aguerridos soldados y hacer enloquecer a los más débiles de espíritu. Su piel era blanca como la nieve y dos orgullosos cuernos se erguían como serpientes de plata desde su cabeza.

La empuñadura de su espada exhibía un demoniaco dragón rugiendo de cuya boca salía la hoja serpenteante que emulaban la viperina lengua reptiliana.

Tras estudiarse mutuamente, ambos rivales abandonaron su pasividad y cargaron el uno contra el otro enzarzándose en un cruel combate, en que una y otra vez el acero del uno chocaba contra el acero del otro.

El rey Tobaki Murako logró empujar a su rival y después tomó distancia. Clavó su espada en la tierra y recurrió a la magia, descargando sobre el demonio un violento rayo.

Su monstruoso enemigo no hizo nada por evitarlo, como tampoco lo hizo con los dos siguientes.

El rey descansó un par de segundos y después concentró su poder para lanzar una bola de fuego con un nuevo conjuro.

Una nube de polvo se hallaba ahora envolviendo un cráter en el que antes estaba su némesis. Tobaki jadeaba agotado pero lo había logrado: el guerreo infernal había caído; o eso era lo que él creía, pues de entre los escombros surgió una figura alada que no detendría su implacable avance ante nada.

El rey quiso recoger su espada pero su rival disparó un rayo con el dedo índice contra la empuñadura de Ribokan, que impidió la acción del monarca guerrero.

El demonio se abalanzó sobre su adversario, deseando saborear su sangre a través de la hoja de su espada, pero la reacción de este lo detuvo. Tobaki se puso de medio lado y se llevó las manos a la cintura.

El caballero del Infierno sabía lo que eso significaba y la curiosidad le llevó a querer saber cuán poderosa era realmente la legendaria técnica transmitida de generación en generación que caracterizaba a la dinastía Murako.

Un aura feroz envolvió a Tobaki en rayos, y cielo y tierra se estremecieron. A



medida que su poder crecía, también lo hacía el ansia del demonio.

Cuando por fin estuvo listo y ya no pudo contener más la energía, el rey extendió los brazos al frente en un brusco movimiento, a la par que un feroz grito escaló por su garganta.

—¡Lightning Kuradoh!

La técnica definitiva de los Murako tenía un poder devastador que según decían era capaz de mover montañas; y no exageraban. Ese ataque habría resultado fatal para cualquiera, pero el demonio que tenía frente a él no era cualquiera.

Su oponente ni siquiera se movió. Se limitó a sonreír, y cuando la ola de energía estuvo a punto de impactar sobre él extendió los dedos al frente y el brutal ataque dio la vuelta, rebelándose contra su conjurador, que, atónito y agotado, no pudo hacer nada por evitarlo.

El rey cayó al suelo malherido, y supo que su destino había sido sellado. Entonces Kido, su hermano y consejero, abandonó los muros del castillo para llegar hasta él pese a la estricta orden que había dictado el rey de que nadie interviniera.

El demonio había sido invocado por el emperador y no destruiría Draconia, pues este ansiaba someter la ciudad bajo su yugo, pero sí se cobraría la vida del mayor valedor de la rebelión, junto al ya caído rey Argos; de modo que se elevó a los cielos y extendió una mano regalando al rey de Draconia una mirada de desprecio mientras concentraba su conjuro final.

—Kido..., coge a mis hijos... Salva a los...

—¡No voy a abandonarte, hermano!

—¡Haz lo que te pido...! Los niños..., ellos...

—Tobaki...

—Llévalos a las montañas..., te lo ruego...

Kido cerró los ojos amargamente, con su rostro inundado de lágrimas, y después agarró con determinación la mano de su hermano.

El rey sonrió y le dio las gracias con su mirada. Kido corrió de nuevo al castillo para cumplir la promesa que le había hecho a su hermano, a su rey.

Mientras, el demonio se deleitó con una carcajada cruel y saboreó el momento del triunfo sobre su enemigo cuando su ataque definitivo estuvo listo.

Por fin el llameante conjuro se abalanzó sobre su presa, deseando envolverlo en un candente abrazo y consumir no solo sus huesos sino también su alma.

Esa fatídica noche dio comienzo el capítulo más negro de la historia de Dracorum y toda esperanza fue arrancada del corazón de los pueblos libres junto con la vida de su último héroe...

**LORE**

## 2. Alma de dragón

—Despierta, Jimmy Zeion, despierta. Largo tiempo has dormido a las puertas del Valgard. Despierta y haz realidad tu destino...

Con ese confuso mensaje resonando en su cabeza, el humano se despertó de su letargo.

Sus músculos estaban entumecidos y su vista, borrosa de modo que, por mucho que se esforzara, no conseguía ver más que una mancha clara.

Por fin se incorporó y el crujir de la madera, acompañado por un vaivén que mecía dulcemente su lugar de reposo, le hizo abrazarse rápidamente a una de las cuerdas que sujetaban su cuna mortal cuando se dio cuenta de su situación.

A punto estuvo de perder el equilibrio y caer al vacío antes de lograr ponerse en pie.

Se encontraba en un puente del que no se veía el final en ninguno de los dos sentidos, sobre un valle rodeado de esbeltas y altísimas montañas que arañaban el cielo y se asomaban más allá de las nubes. El clima era agradable y una cálida y reconfortante luz dorada de atardecer cubría como un manto el paisaje salpicándolo con tonos violáceos y esbozando preciosos reflejos sobre los ríos que bañaban sus frescas y verdes praderas.

—Joder... ¿Dónde diablos estoy? —se preguntó Jimmy, completamente confundido, mientras escudriñaba el horizonte tratando en vano de llegar a una conclusión acerca de su paradero.

El joven humano tragó saliva y meditó sus opciones.

—A ver... Estoy completamente incomunicado, perdido en medio de ninguna parte y no tengo ni idea de por dónde salir de aquí.

Jimmy asintió varias veces esperando que en una de esas leves sacudidas una idea cayera de su cabeza revelándole la solución adecuada, pero tras unos segundos en blanco decidió que ya era hora de ponerse en marcha.

—Vale. Pues por aquí mismo —sentenció, una vez hubo decidido qué rumbo seguiría al cruzar el puente.

Pasaron vanas horas y aun así la luz no se movió ni un ápice. La fatiga era ya dueña de la mayoría de sus acciones y su avance cada vez más lento. A pesar del largo trayecto que había recorrido no se atisbaba el menor indicio de que estuviera llegando a ningún lugar. Por cada paso que daba al frente, daba otro mirando hacia atrás, mientras dudaba si habría tomado o no el camino correcto.

De pronto, al darse de nuevo la vuelta en uno de sus dubitativos pasos, chocó contra el portalón de un imponente palacio, señorial y majestuoso.

—¡Au...! —se quejó, frotándose la nariz—. ¿Pero qué...? —acertó a decir, una vez fue capaz de abandonar su original rictus de perplejidad.

Jimmy acarició la puerta varias veces para asegurarse de que no era un espejismo, incluso le propinó pequeñas embestidas con el hombro antes de convencerse del todo.

—¡Hola! ¡¿Hay alguien ahí?! —gritó, esperando que algún inquilino respondiera a su llamada—. ¡¿Me oye alguien?! —insistió.

Tras el fracasado intento de poder comunicarse, el humano se atusó su gi rojo, se anudó con firmeza la cinta del mismo color que secaba el sudor de su frente, y volvió a golpear la puerta con fuertes sacudidas, cargando con su hombro mientras se quejaba de su suerte y sucumbía a su tozudez.

—Pues esta puerta... la abro... yo... por...

No llegó a terminar la frase cuando la puerta se abrió de repente. Incapaz de frenar su último y embravecido embate cayó de bruces al interior.

El joven se levantó masajeándose la zona de la cara que había recibido el impacto y descubrió que estaba en un lugar completamente oscuro, y que la puerta que lo había engullido había desaparecido por completo, como si se la hubiera tragado la oscuridad.

—¡Eh! ¡¿Qué es lo que ocurre aquí?! —se quejó—. ¿Pero qué maldito lugar es este...? —insistió, mientras la desesperación crecía en el tono de su voz.

Perdido y confuso, a Jimmy le llamaron la atención unas imágenes de aspecto espectral que empezaron a inundar la zona.

—¡¿De qué se trata esto?! —se preguntó malhumorado el guerrero, viendo pasar espejismos de toda clase de relojes ante él.

Avanzó refunfuñando sin prestar atención a su alrededor para que su turbación no creciera, hasta que reparó en un pequeño detalle.

—Este parece real...

El humano se acercó a un viejo reloj carillón y lo primero que vio fue la inusual cifra a la que apuntaban sus manillas.

—¿XIII...?

Justo al lado había un contador que comenzó a acumular números cuando el muchacho se acercó.

La cifra continuaba creciendo a pasos agigantados mientras las agujas del reloj avanzaban lentamente. Finalmente, cuando las manillas se detuvieron, habían dado una vuelta completa, señalando del nuevo el XIII, y el contador acumulaba tres centenas.

—¿Trescientos? ¿Qué significa ese núm...?

Las dudas de Jimmy fueron interrumpidas por un dolor indescriptible y una agonía creciente, causados por decenas de rayos de luz que salieron disparados del reloj, y que abrasaban la piel del humano.

Cuando el dolor amainó, se percató de que estaba marcado y de que su cuerpo estaría desde ese momento recorrido por runas que dibujaban los glifos del Alma de Dragón, unas marcas que, como cuenta la leyenda, recorren el cuerpo del elegido que ha de fundir su alma con un ser dragontino de sangre divina. Además, sin darse cuenta, se encontraba nuevamente en el exterior, delante de la puerta.

—De acuerdo..., ahora ya sé que estoy soñando... —se dijo a sí mismo para

tratar de calmarse—. Eso es, no hay otra explicación posible... ¿Por qué no puedo soñar con aquella mesonera? ¿O con Ling? En fin, va siendo hora de despertar...

La puerta se abrió en el momento en el que Jimmy le dio la espalda. Tras asomarse, más por curiosidad que por necesidad, descubrió que en su interior no le aguardaban muros de piedra, sino un jardín repleto de todo tipo de árboles frutales, exquisitas plantas aromáticas y una multitud de criaturas que convivían en paz y armonía.

Sin darse cuenta ya estaba dentro y, como en la ocasión anterior, el umbral que había cruzado se esfumó sin dejar ni rastro.

—De acuerdo... Muy bien, ya está. Ahora voy a despertarme, recibiré otra reprimenda del maestro por llegar tarde y aprenderé la lección de una vez por todas; y esta vez...

Su frase de autoconvencimiento se rio interrumpida por una extraña criatura de aspecto humanoide, similar a una cabra, que se paró delante de él para olisquearle y pronunciar posteriormente unas palabras en una extraña lengua que fue incapaz de entender.

En ese momento un hombre se acercó a él, le puso una mano en su hombro y le respondió a la criatura que había hablado en su misma lengua, que se marchó tranquilamente.

—Iba a preguntarte si eras nuevo, pero por la expresión de tu cara deduzco que la respuesta sería un “sí”.

—¿Y quién es usted? —preguntó Jimmy.

El hombre, que vestía una larga túnica de color oscuro y tenía los cabellos plateados y largos, le tendió la mano para presentarse formalmente.

—Me llamo Kido. Si me lo permites, te explicaré qué es todo esto.

—Sí, por favor —rogó Jimmy.

—Bien. Demos un paseo —dijo Kido, invitándole con la mano a acompañarle.

Ambos iniciaron la marcha por los jardines mientras las demás criaturas no les quitaban ojo, lo que ponía al recién llegado bastante nervioso, como se podía apreciar por su torpe comportamiento.

—Eres un monje guerrero del templo de Fudén, ¿verdad? —preguntó el guía.

—Así es, me llamo Jimmy Zeion.

—Dime una cosa, Jimmy. ¿Qué es lo último que recuerdas antes de despertar en este lugar? Intenta esforzarte, por favor.

—Bueno... Pues... Estaba en una misión... Era un torneo de lucha. El maestro nos había enviado a mi hermano, a otro compañero y a mí porque sospechaba que habría un grupo extraño que trataría de robar una gema muy poderosa durante la celebración del torneo...

—Bien. Continúa, por favor.

Jimmy suspiró y trató de avanzar más en sus recuerdos, todavía borrosos.

—Algo... salió mal... Uno de ellos era un demonio. Era muy peligroso y no

podíamos dejar que se hiciera con la gema. De modo que no tuve más remedio que...

—Jimmy se sorprendió al oír sus propias palabras.

—Muy bien. Parece que lo vas entendiendo.

—¿Estoy... muerto? —preguntó Jimmy, incrédulo.

—Como todos los que estamos aquí —afirmó Kido—. Estás en el Valgard, hogar de todos los guerreros caídos en combate y honrados con la gloria —concluyó, alzando los brazos y mostrándole a Jimmy todas sus posibilidades.

—No, no, se equivoca... Eso es... imposible...

—¿Viste un reloj al llegar aquí?

—Si —contestó Jimmy temeroso.

—La cifra que marcaba es el número de años que el Cielo ha guardado tu alma aquí, esperando para hacer realidad tu destino. Aunque... —declaró Kido, sin llegar a concluir su frase.

—¿He estado aquí trescientos años?!

—No lo entiendo... Llegas tarde...

—¿Tarde? ¿Tarde para qué? —se interesó Jimmy.

—Te esperábamos hace quince años, tu alma debía haberse unido al rey Tobaki... Todas las pruebas, las profecías... todo apuntaba que así sería...

—¿Cómo dice?

—Tú eres humano, pero tienes alma de dragón. Tú puedes hacer realidad la profecía y unir tu alma a la de un draconiano para restaurar el equilibrio en el universo.

El joven muchacho se sacudió la cabeza incapaz de procesar tantas novedades de golpe.

—Un momento... Esa es una leyenda secreta del Templo... ¿Cómo conoce al Alma de Dragón?

—El Alma de Dragón es solo una pequeña parte de la profecía del Salvador, el Dragon Nindenn-Ka-Yh. La profecía auguraba que el rey Tobaki sería el elegido, pero... —se lamentó Kido—. No obstante, puede que haya una posibilidad, por pequeña que sea... —afirmó, con renovada vitalidad.

—¿Una oportunidad? ¡¿De qué diablos está hablando?! No tengo ni idea de qué es esto, de qué hago aquí ni de lo que está pasando. Vaya más despacio —se desesperó Jimmy.

—El hijo del rey, el príncipe Kirah. Desapareció hace siete años como si se lo hubiera tragado la tierra. Puede que su alma esté también en el Valgard, esperándote. Y además se parece mucho a ti. Demasiadas coincidencias.

—Espere, espere, espere. ¿Y qué hay del rey del que hablaba? ¿No podría estar aquí también?

—El alma de Tobaki no pudo hallar el camino al Valgard. Fue engullida por el demonio. Era... mi hermano... —se entristeció Kido.

Jimmy cambió su semblante por otro de vergüenza.



—Vaya... Lo lamento.

—Gracias... —dijo Kido, aceptando las condolencias del muchacho—. Murió como vivió, con honor... Pero no tenemos tiempo que perder. Debemos hablar con Derkel inmediatamente.

—¿Con quién? —preguntó Jimmy.

—Derkel fue uno de los generales del rey de los elfos, Argos Dorae, durante la guerra de las Sombras. Al acabar la guerra, él custodió los siete cristales del Vacío. Con ellos sabremos cómo catalizar la unión de almas.

—Bueno, no quiero parecer descortés, pero... ¿cómo puedo estar seguro de que no me la está jugando? —dudó Jimmy.

—No puedes... Pero si necesitas alguna prueba de mi voluntad para contigo dime qué podría convencerte.

Jimmy suspiró.

—Supongo que estamos en un callejón sin salida.

—Eso parece... —asintió Kido—. No puedo obligarte a hacer nada. Debes hacer lo que creas conveniente, pero quedándote en estos jardines tampoco vas a avanzar.

—Parece que no tengo más remedio que seguirle el juego por el momento... —se resignó Jimmy—. Pero si veo cualquier cosa que me despierte sospechas, se acabó. ¿Conforme?

—Conforme —sonrió Kido.

—Vale... Ahora, ¿dónde puedo encontrar a este tal Derkel? —se interesó Jimmy.

—Tienes que viajar a Draconia, al reino de los vivos. Derkel debería estar allí ahora. Sin embargo he de advertirte que deberás ganarte el derecho de paso, y que si fracasas tu alma dejará de existir para siempre en cualquier plano de la realidad...

Jimmy dio un paso al frente y asintió con la cabeza.

—Si me está ofreciendo la posibilidad de elegir entre quedarme aquí con el señor cara de cabra o volver ahí abajo... Tengo que intentarlo —sentenció con una sonrisa confiada.

—Está bien. Si lo logras tendré la posibilidad de crear portales para traerte de vuelta a ti y a los que viajen contigo, de modo que podremos estar en contacto si necesitas guía o consejos —afirmó Kido, mientras movía la mano para crear un portal dimensional.

Jimmy juntó las piernas y se inclinó haciendo una reverencia para saludar a su nuevo aliado, e indicando de ese modo que aceptaba la misión.

Al atravesar el portal que había abierto Kido, el joven se encontró en una brecha dimensional. Estaba rodeado por un turbulento torbellino y suspendido en una gigantesca roca flotante donde aguardaba el guardián que debía concederle su permiso: un colosal ogro negro de más de tres metros de altura.

Cruzaron las miradas y no necesitaron mediar palabra, ambos ya sabían por qué estaban allí y qué función desempeñaba cada uno.

El ogro alzó su enorme espada y con ella quiso separar la cabeza del joven del

resto de su cuerpo. Jimmy esquivó el ataque rodando hacia la derecha mientras intentaba pensar con rapidez.

El monstruo repitió el intento de decapitación, obligando al muchacho a reaccionar más deprisa de lo que había previsto. Esta vez Jimmy rodó hacia adelante, ganado terreno.

El mastodóntico enemigo del humano dio un pisotón en el suelo, lo que provocó un temblor. El joven se tambaleó con el terremoto ocasionado por su oponente, que hizo un rápido movimiento con la mano que tenía libre.

De cada uno de sus dedos salieron púas de hielo que dirigió contra su adversario, quien a pesar de haber perdido el equilibrio, tuvo la suficiente rapidez como para saltar hacia atrás y hacer una voltereta apoyando las manos para esquivarlas.

Otro ataque de espada por parte del ogro fue su siguiente obstáculo. Desde su posición, Jimmy se tiró al suelo boca abajo. Viéndole así, el ogro agarró la espada con las dos manos y se dispuso a darle al humano el tajo final.

El joven monje guerrero rodó hacia un lado para esquivar la hoja de su oponente, que había lanzado con una fuerza brutal su ataque.

La espada se clavó en la roca de tal manera que no conseguía sacarla por más que lo intentaba.

Jimmy se puso en pie y concentró su aura para descargar la técnica Fulgor Celestial. Alzó los brazos hacia arriba, acumulando su energía interior para formar delante de él una columna de fuego. Cuando estuvo listo giró los brazos bruscamente hacia la derecha y el pilar ígneo salió disparado como una flecha ardiente que acabaría estrellándose en el ojo izquierdo del monstruo.

El ogro soltó la espada, se llevó ambas manos a la herida y retrocedió. Rugió de rabia, extendió el brazo y agarró al muchacho que lo había cegado, se lo puso a la altura de su repugnante cara y le sonrió con crueldad.

Jimmy sintió un dolor espantoso que le hizo gritar. Su enemigo lo estaba triturando y si no encontraba la manera de librarse de su yugo pronto no quedaría nada de él.

En un intento desesperado por liberarse, le mordió un dedo. El ogro abrió la mano de golpe y el guerrero cayó, se estrelló contra el suelo y quedó tendido boca arriba.

El coloso volvió a gritar y después levantó el pie con intención de aplastar al insolente que se había atrevido a burlar las leyes del universo al intentar regresar al mundo de los vivos.

Jimmy reaccionó rápido y lanzó una pequeña bola de fuego a la planta del pie del monstruo. Esto le hizo perder el equilibrio y caerse sobre su trasero.

El guerrero de Fudén se levantó y preparó la que sería su última técnica, para bien o para mal: el Disparo del Alma. Colocó los codos flexionados a la altura de la cintura y entonces acumuló todas las fuerzas de su cuerpo.

El ogro estaba empezando a incorporarse cuando un aura de color verde rodeó a Jimmy. El monstruo agarró la espada por la empuñadura y tiró con todas sus fuerzas

hasta que consiguió arrancarla de los entresijos de la roca.

De pronto, unas nubes negras se acumularon sobre ellos. El gigantesco contendiente del humano alzó la espada y rasgó las nubes con su hoja, dejando que una luz demoníaca se colara por la grieta. Cuando la sacó estaba cargada con rayos de energía diabólica, y aún más sedienta de sangre.

Justo cuando el filo de la espada iba a segar la vida del muchacho, este liberó todo su poder. El aura que lo envolvía creció y creció hasta convertirse en una inmensa bomba espiritual.

Al principio melló la hoja del mandoble de su adversario, luego la pulverizó por completo y, finalmente, le llegó el turno al ogro negro, que tras el contacto con tal cantidad de energía se desintegró, dejando tras de sí un portal dimensional que llevaría a Jimmy de regreso al reino de los vivos.

**LORE**

### 3. La unión de dos almas

Draconia, la ciudad capital que da nombre a todo el reino y la más bella de cuantas pueblan Dracorum. Sus blancas murallas guardan hermosos árboles que proyectan una agradable sombra sobre sus pulcras calles y encantan el aire con deliciosos aromas.

Los niños correteaban y jugaban alegres aquella mañana alrededor de la fuente que presidía la plaza del mercado; los fieles llevaban sus plegarias a la iglesia para que sus rezos llegaran a sus seres queridos en el cementerio cercano y los artesanos preparaban sus piezas con entusiasmo.

Sin embargo, una sombra entristecía el corazón de sus habitantes cuando miraban hacia los muros del castillo, pues ningún miembro de la familia real habitaba ya en su interior.

Yeng, uno de los sabios de la corte del rey, había asumido las tareas de búsqueda de los príncipes desaparecidos, así como la de gobernador local y la de Jarl de la ciudad.

La armonía del cálido día se interrumpió a causa de un cometa que surcó el cielo y que acabó estrellándose contra la campiña cercana a la ciudad, dejando una cicatriz humeante en la faz de sus verdes praderas.

—Oooohhhh ¡Qué daño! —se quejó Jimmy, mientras se incorporaba a través del polvoriento cráter.

—¿Jimmy? ¿Puedes oírme? —resonó una voz en su cabeza.

—¿Kido? ¿Cómo...? —se extrañó el muchacho.

—Me estoy comunicando contigo mediante enlace mental. Intentaré ponerme en contacto cada vez que necesites información o consejo.

—Eso está muy bien pero, ¿qué pasa si necesito comunicarme yo? ¿Cómo lo hago? —se interesó Jimmy.

—Me temo que no tenemos tiempo para enseñarte dicha habilidad, pero no temas. Tengo aquí un espejo vidente que me permite ver todo lo que haces.

—Espero que no... —se preocupó el monje guerrero.

—Tranquilo. No soy un perverso, si es lo que te preocupa. Respetaré tu intimidad —quiso calmarlo Kido.

—¿Por qué no me tranquiliza eso que ha dicho?

—Supongo que ambos esperábamos más el uno del otro. Cuando pensaba en un monje guerrero de la orden de Fudén esperaba encontrar a alguien más capaz y menos arrogante —se sinceró Kido.

—Ya veo... Así que aún estoy a prueba, ¿eh? —se rio Jimmy.

—En cierto modo.

—¡Ja! Suelo causar esa impresión... —matizó Jimmy, ampliando aún más su orgullosa sonrisa—. En fin. Dejemos la terapia de grupo y vayamos al negocio. ¿Por dónde empiezo a buscar? Ni siquiera sé dónde estoy ni qué es este lugar.

—Estás en el planeta Dracorum Por el sitio en el que has aterrizado estás en algún punto entre Hane y la ciudad de Draconia; aunque yo que tú trataría de evitar las ciudades.

—¿Y eso por qué?

—Los humanos no son especialmente bienvenidos en Dracorum —le informó Kido.

—¿Puedo saber el motivo de tal aversión? —curioseó el monje.

—Tu raza provocó una gran guerra hace mucho tiempo. Se perdieron incontables vidas, de modo que muy pocos son los humanos que aún pueden pasear tranquilamente por aquí.

—¿No decía que tenía que unir mi alma a uno de los suyos? ¿Cómo voy a hacerlo si no puedo dejarme ver?

—Con discreción. Al noreste de tu posición hay un gran bosque, el bosque de la Pureza —señaló Kido—. Ve y ocúltate en él. Intentaré contactar con Derkel para que se reúna contigo allí.

—Está bien. Mandaré un mensaje mental si me siento solo... —sonrió el humano—. Ahora será mejor que salga de aquí a toda prisa, antes de que venga algún curioso a husmear.

—Buena suerte —se despidió el draconiano.

Cayó la tarde arrojando con su cálido abrazo la fresca hierba que crecía a los lados del camino. Los rayos de luz que se colaban entre las copas de los árboles bañaron con una suave caricia el rostro de Jimmy mientras el embriagador perfume de la foresta se apoderaba de sus sentidos haciendo que su espíritu sintiera la magia y la pureza del bosque.

—¡Eh! —gritó una voz, sacándole de su lapsus.

El joven humano se giró y vio a un caballero con una armadura de aspecto dragontino y a alguien de rasgos aniñados, con un largo pelo castaño y las orejas puntiagudas, que vestía una túnica verdosa con preciosos motivos dorados.

—¿Qué hace un humano aquí? —se extrañó el caballero.

—Mmm... ¿Alguno de vosotros es Derkel? —preguntó, cauteloso, Jimmy.

—Puede... —respondió el tipo de la túnica.

—¿Por qué llevas esas marcas? ¡Responde! —exigió el caballero.

—Tenemos que trabajar tus modales un poco, ¿sabes? —desafió el monje.

—Te ha hecho una pregunta... Responde —insistió su compañero.

—¿Eres Derkel? Porque no se lo diré a nadie más... Aunque si lo fueras ya deberías estar avisado de mi llegada, lo cual me lleva a deducir que no... Así que...

—No quieres cooperar, ¿eh? —asintió el caballero.

—No. Te jodes —se burló el humano.

—Entonces te aflojaré la lengua con mi acero... —sentenció el caballero desenfundando su espada, ansiosa de respuestas.

—Tranquilo, que no muerdo —continuó Jimmy, con arrogancia.



—Voy a acabar con tu bravuconería —señaló el hombre de la túnica, desenfundado dos elegantes dagas ocultas bajo sus mangas.

Jimmy se puso en guardia y se mofó, extendiendo una mano para animarles a ir a por él.

—Vamos a repartir leña.

Ember, el caballero del dragón, se abalanzó sobre el monje, decidido a ensartarlo en su espada como si fuera un jabalí; a lo que Jimmy respondió ejecutando un hábil quiebro y poniendo la zancadilla a su agresor para derribarlo.

Glorfen, su compañero, le atacó con una técnica doble esgrimiendo ambas dagas. El joven guerrero bloqueó el ataque y aprovechó el impulso de su rival para proyectarlo, haciéndole caer sobre el dragontino caballero, que estaba incorporándose en ese momento.

Los tres oponentes retomaron el combate tras unos segundos en los que Jimmy aprovechó para burlarse nuevamente de sus adversarios repitiendo el gesto que había hecho al principio para provocarlos.

Ember y Glorfen no podían sino lanzar ataques desesperados, más y más torpes cada vez, al ver cómo su enemigo esquivaba o bloqueaba todos y cada uno de ellos, contraatacando posteriormente con suma maestría.

La batalla no habría durado mucho de seguir así, pero algo inesperado ocurrió. Jimmy observó un fulgor azulado que cruzó el bosque y saltó con todas sus fuerzas para esquivar el meteórico conjuro antes de que fuera demasiado tarde. Sus atacantes no tuvieron tanta suerte.

—¿Qué...?! ¿Qué es esto?! —se asustó Ember.

—¡No puedo moverme! —se desesperó su compañero.

El impacto del proyectil azulado había congelado un árbol cercano y después había extendido su gélido abrazo varios metros por la superficie del bosque, haciendo que las piernas de Ember y Glorfen quedaran atrapadas en un bloque de hielo.

—¿Qué ha ocurrido? —se preocupó Jimmy, acercándose a ver más de cerca la heladora trampa que aprisionaba a sus agresores.

—¿Vas a rematarnos? —desafió Ember.

—No seas estúpido. Sea lo que sea lo que ha hecho esto nos quería a los tres. Además, no hay honor en una victoria así —respondió Jimmy con firmeza.

—¿Honor? ¿Acaso sabes el significado de esa palabra? —preguntó Glorfen con sarcasmo.

—Soy más complejo de lo crees, orejas —señaló Jimmy, retomando su pose de guardia y preparándose para hacer frente a un nuevo peligro.

En ese instante hizo acto de presencia un caballero embutido en una armadura azul como el zafiro. Tan solo dejaba entrever sus desafiantes ojos a través de la finísima ranura del yelmo.

—¿El ejército de Excoya?! ¿Aquí? —Exclamó Ember, con una pizca de miedo en el tono de su voz.

—Tigrito... —susurró Glorfen.

El caballero se quitó el yelmo y dejó ver por fin su felino rostro. Era un hombre tigre, curtido en mil batallas y campeón de la arena en su planeta natal, Khalim. Su reputación le precedía allá donde fuera: Tigrito, el caballero ártico.

—Parece que ahora empieza lo bueno... —dijo Jimmy abandonando su confiada arrogancia en pos de una expresión mucho más seria y concentrada.

Tigrito dio un paso al frente y sonrió levemente.

—Qué agradable sorpresa. Creía haber presentido al príncipe Kirah pero en lugar de eso me encuentro con un humano —afirmó el hombre tigre—. Sin embargo, tras la decepción inicial, miro a la red que he tendido y veo que mi captura ha sido el último de los caballeros de la hermandad del Dragón y uno de los sabios de la corte del rebelde rey Argos.

—¿Y ahora has decidido llevamos con tu señora porque tú no reúnes el valor suficiente para matarnos? —preguntó Ember tratando de no mostrar temor en su tono.

—Mi pueblo se alzaría de nuevo. Jamás nos doblegaremos bajo el yugo de la tiranía... —señaló Glorfen.

—¡Ja! Siempre me ha encantado el sentido del humor de los elfos —se burló Tigrito—. Vuestro tiempo ya pasó y ahora no sois más que la sombra de lo que una vez fuisteis. Con el linaje real extinto no tardaréis en caer.

—Perdona, gatito... —interrumpió Jimmy—. Nosotros tres estábamos en medio de una conversación y tú nos has interrumpido. Voy a tener que enseñarte que cuando los mayores hablan los niños se callan.

—No necesitamos tu piedad, humano... —declaró Ember.

—No es piedad, es ayuda —matizó Jimmy—. Hay que saber ser agradecido.

—¿Se puede saber quién es este arrogante y petulante humano que osa desafiar al ejército de la gran Excoya? —preguntó con desprecio el caballero ártico.

—Jimmy Zeion, miembro de la orden de Fudén y maestro de Shokiiken Ryu —sentenció el joven preparándose para el combate con un tono frío.

—Bien... Entonces eso será lo que pondré en tu epitafio —señaló Tigrito.

—¿Ha dicho "Fudén"?! ¿Es posible que...? —se sorprendió Glorfen.

—No... De ninguna manera. No puede ser... —añadió Ember, sumándose a la sorpresa de su camarada mientras Jimmy y Tigrito se enzarzaban en un cruel combate.

Los brazales de Tigrito estaban provistos de afiladas garras con las que intentaba desgarrar constantemente la carne del joven humano, aunque lo único que lograba alcanzar era su ropa. El monje guerrero las esquivaba como podía, esforzándose al máximo para no caer bajo el afilado acero de su enemigo. Debía encontrar la manera de desbaratar su ataque o no tardaría en sucumbir frente a tan letal oponente.

Jimmy no tenía tiempo para contraatacar, algo de lo que era consciente su rival, de modo que ejerció aún más presión en sus mortíferas técnicas. Sin embargo con la fiereza de sus golpes, también crecía el cansancio del hombre tigre.

El humano vio por fin una brecha en su defensa y bloqueó un ataque con una parada en abanico para contraatacar con un gancho al hígado de su felino enemigo, donde su armadura era más fina.

Tigrito se resintió y se alejó unos pasos para tomar aliento mientras observaba cómo el humano se reía con arrogancia y se preparaba para tomar la delantera.

Jimmy se lanzó con una serie de eficaces ataques que el hombre tigre no pudo evitar y que culminaron con una potente patada giratoria en salto dirigida a la cabeza.

Ni el caballero ártico ni los dos compañeros atrapados en el hielo no podían creer que un simple humano le estuviera dando esa paliza. Sabía que tenía que hacer algo para frenar a Jimmy o de lo contrario estaría perdido.

Cuando el monje guerrero se acercó para finalizar el combate, Tigrito vio por fin una salida y dejó entrever una sonrisa cruel y despiadada. Lanzó un conjuro que se materializó en dos enormes estacas de hielo que pasaron rozando al humano, pero que se acabarían estrellando contra Ember y Glorfen.

Jimmy siguió con una impotente mirada el recorrido de la letal trampa que había preparado el caballero, sabiendo que no podría salvar a los dos prisioneros.

Ambos compañeros se habían resignado ya su fatal destino cuando algo desintegró las estacas. Delante de ellos estaba ahora un caballero miembro del ejército de Excoya que vestía una armadura blanca.

—¿Tú?! —se sorprendió su camarada—. Se te ordenó que regresaras a la base.

—Nunca he sido muy bueno acatando órdenes —afirmó el guerrero blanco al quitarse el casco—. Y menos de escoria como tú —añadió cuando su oscura melena ondeó al viento.

—¡Xeev! —exclamaron al unísono Ember y Glorfen, con una gran sonrisa dibujada en sus rostros.

—Pagarás muy cara tu traición, asesino —sentenció Tigrito.

—Yo diría que no. No tendrás tiempo de informar a tu señora —afirmó Xeev.

—Eso es lo que tú crees.

El hombre tigre tiró al suelo una bomba de humo que provocó que sus oponentes perdieran la visión y la concentración al tener que preocuparse de salir de la humareda para poder respirar. Después, unos reactores aparecieron en la parte trasera de su armadura, lo que le permitió escapar del bosque volando como si tuviese alas.

—¿Qué...?! ¿Cómo...?! —preguntó Jimmy, estupefacto, mientras tosía a causa del humo.

—Maldito... —se enfureció Ember.

—¡Tenemos que salir de aquí antes de que informe sobre nosotros! —se desesperó Glorfen.

—No, tenemos que dar con él antes de que informe sobre nosotros —corrigió Xeev.

Jimmy se quedó mirando al grupo que ahora estaba con él sin saber muy bien si podía confiar en ellos o si debía retomar su anterior batalla una vez Ember y Glorfen

fueran liberados de su heladora prisión.

—Bien..., vamos a calmamos todos, ¿de acuerdo? —señaló Jimmy—. Solo quiero saber de qué va todo esto.

—Yo te responderé —dijo una voz que se acercaba por su espalda.

Un hombre vestido con una túnica oscura y de larga melena rojiza le tendió la mano.

—Eres Jimmy Zeion, ¿verdad?

El humano se quedó callado y extrañado, sin saber muy bien qué responder a esa pregunta.

—Yo soy Derkel —afirmó el desconocido con una sonrisa—. Kido me dijo que te encontraría aquí —añadió.

—Vaya... Por fin una buena noticia —se relajó Jimmy, aceptando el apretón de manos que el elfo le había ofrecido.

Derkel se acercó hasta Ember y su compatriota Glorfen y se agachó para realizar un conjuro con el que fundir el hielo que aprisionaba a sus amigos.

—No sabes cuánto me alegro de verte —sonrió Glorfen.

—Es mutuo, amigos.

—¿Es esta la pista que mencionabas en tu carta? —preguntó Ember, una vez libre del gélido yugo.

—Sí y no —dijo el elfo—. Permite que me explique...

—Por favor —se impacientó el joven monje.

—Verás, es cierto que he encontrado algo que puede acercarnos al paradero del príncipe Kirah, pero el humano no es la pista que te decía, ni el propósito de mi visita. Al menos no el inicial. El hermano del rey Tobaki se puso en contacto conmigo desde el Valgard para decirme que el humano elegido me esperaría aquí. Eso fue después de avisarte, de modo que no pude informar de Jimmy en la carta.

—Entonces él es realmente... —se sorprendió Ember.

—El Alma de Dragón... —concluyó Glorfen.

—Todo eso está muy bien pero yo sigo sin saber qué está pasando aquí —intervino Jimmy.

—Tranquilo, no era mi intención confundirte más. Enseguida lo entenderás todo, pero necesito que te calmes, por favor —respondió Derkel.

—Ya. ¿Y quién es él? No ha dicho una palabra —se interesó Jimmy, refiriéndose al coloso que vestía una armadura blanca.

—Es Xeevetta Neakame Númur Donego, el protector del príncipe Kirah.

—Qué nombre tan largo. —se asombró Jimmy.

—Mis amigos me llaman “Xeev”. —sonrió el guerrero.

—Mejor... —asintió el humano.

—¿Ahora permites que un humano te llame “Xeev”? —se sorprendió Glorfen.

—Él es especial —matizó Xeevetta.

—Me lo tomaré como un cumplido —sonrió Jimmy.

—Lo es —señaló Ember—. Y por cierto, ¿sabes algo de Kirah? —añadió dirigiéndose al caballero blanco.

—Lo encontré vagando por ahí pero no pude avisar —se avergonzó Xeev—. Hará cosa de un mes quise llevarlo a Tandoria pero Kirah desapareció como un cometa. Empezó a balbucear extrañas profecías en sueños... Algo relacionado con el alma de un humano. Oí que Excoya había capturado a algunos, de modo que me infiltré en su ejército para ver si daba con Kirah y de paso con el humano que buscaba.

—Pues supongo que ya sólo nos queda encontrar a los príncipes... —se desanimó Glorfen.

—¿Sabes tú algo, Jimmy? —preguntó Ember.

—Lo único que me dijo Kido es que debía unir mi alma a la suya y que le preguntara a Derkel por los cristales del Vacío —respondió el monje guerrero.

—En otras palabras: no —se entristeció Ember.

—Está bien, chicos —dijo Derkel, dando un paso al frente tras el incómodo silencio—. Quiero que veáis esto —añadió, sacando de su bolsa un anillo de oro con una esfera verde.

Dentro de la esfera, había una luz que brillaba con un latido embriagador y que ganaba intensidad a medida que Jimmy se le acercaba.

—¿Qué es esto? Siento como si me llamara... —se extrañó el monje.

—Es el alma de Kirah. —afirmó Derkel.

Tras unos segundos de sorpresa e incredulidad por parte de todos, Xeev acertó a preguntarle de dónde había sacado aquel anillo.

—El arcángel Uriel me lo dio.

—¿Uriel? —preguntó Jimmy—. Es el oráculo de Fudén.

—La misma. —asintió el elfo—. Me dijo que pronto aparecería un humano que la haría despertar.

—¿Significa eso que Kirah está...? —preguntó Glorfen.

—¿Muerto? —interrumpió Derkel—. No. Forma parte del ritual de la unión de almas. El receptáculo pierde su forma corpórea y condensa su espíritu en un objeto que ha de ser entregado a la otra mitad.

—¿Entonces solo tengo que ponerme el anillo y ya está? —preguntó Jimmy.

—En parte —matizó Derkel—. Con el anillo la unión solo es parcial. Para que realmente funcione y nazca el Dragon Nindenn-Ka-Yh necesitamos leer un pasaje del libro de Mhadurah; y ahí es donde entran los cristales, pues sólo los siete Streeyh, los cristales del Vacío, pueden romper el sello que lo protege.

—Afortunadamente tú tienes los cristales, de modo que nuestros problemas por fin empiezan a desaparecer —se alegró el caballero del dragón.

—Vale, pues venga ese anillo —añadió Jimmy con una sonrisa.

—Espera... —intervino Derkel con semblante frío y preocupado.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó Xeev.

—Jimmy, antes debo advertirte. El príncipe Kirah es el receptáculo. Cuando unas



tu alma a la suya desaparecerás... Su cuerpo volverá y el tuyo será consumido; sólo tu alma perdurará.

El joven guerrero agachó la mirada. Su moral descendía a la vez que crecía la tensión por el silencio que provocaron las palabras del elfo.

—No puedo obligarte, Jimmy. La decisión es tuya —señaló Derkel.

—¿Pero qué estás diciendo?! —se enojó Xeev.

—Cálmate, Xeev —quiso tranquilizarle Derkel.

—Ni hablar, no podemos sacrificar a Kirah por él —matizó el kopy-kat.

—¡Es su vida! ¡Es su decisión! —afirmó Derkel, encarándose a su camarada.

—Pues yo estoy con Xeev, Derkel. Lo siento por el muchacho, pero Kirah es nuestra última esperanza. Si le perdemos a él lo perdemos todo —apoyó Ember.

—Ahí lo tienes... —sentenció Xeevetta.

—¿Pero vosotros os estáis oyendo? —se enojó Gloríen—. ¿Estáis dispuestos a sacrificar a un inocente?! No os reconozco.

—La situación es desesperada. Gloríen. —matizó Ember.

—¡No puedo consentir que toméis la decisión por él! De ningún modo. Eso nos convierte precisamente en lo que queremos destruir —sentenció Derkel.

—Entonces ya pagaremos por nuestros pecados cuando nos toque responder por ellos, pero ahora debemos hacerlo —se defendió Xeev.

—¡Eh! ¡Ya está bien! —gritó Jimmy—. ¡Lo haré! ¡Lo haré! Lo haré... —afirmó el joven.

Todos enmudecieron de golpe, presas de la vergüenza por aquel bochornoso espectáculo.

—Lo haré, ¿de acuerdo? Pero no me toquéis más las narices...

—Jimmy... —dijo Derkel.

—No pasa nada... —señaló el humano, con una sonrisa forzada—. En realidad... ya estoy muerto. Solo estoy aquí para encontrar a Kirah y..., bueno..., supongo que he sacado el palito más corto... —concluyó con otra sonrisa triste.

—¿Estás seguro? —preguntó Derkel, queriendo asegurarse.

—Claro que si... Además, llevo muerto trescientos años. Aunque pudiera volver a casa todo lo que conocía ha dejado de existir, así que nadie me echará de menos...

Las palabras sobraban. No culpaba a los demás por querer recuperar a su príncipe.

Pensaba hacerlo de todos modos, pero los ojos de Derkel se humedecieron a la par que los suyos y, como había dicho, él ya estaba muerto, de modo que lo haría por él; por el amigo que había encontrado en esa extraña tierra.

Cuando la joya se colocó en el dedo de Jimmy, una cegadora luz verde le envolvió, emitiendo un fulgor que iluminó cada rincón del bosque. El cielo brilló con la fuerza del dragón y una poderosa presencia se adueñó del portador del anillo. Un feroz grito se escapó de la garganta del humano y los rayos abrazaron su figura mientras la fusión se consumaba.

Al disiparse todos estos efectos, como el telón que marca el fin de una obra, la

silueta que habían presentado se descubrió, revelándose como el salvador que esperaban. Bienvenido, príncipe Kirah.

**LORE**

## 4. No habrá paz

El legítimo heredero al trono estaba de vuelta y con él la esperanza de una tierra unida y libre del constante acoso del ejército invasor de la hechicera conocida como Excoya.

—¡Kirah! —Se alegraron todos al unísono.

—Oh... —se quejó el príncipe, sacudiéndose la cabeza—. ¿Qué...? ¿Dónde...?

—¡Eh! ¿Estás bien, amigo? —Dijo Xeev, acercándose a su camarada—. Tienes mala cara.

—¿Eh? Sí, sí, estoy bien. Es solo que estoy un poco mareado... Y, no sé, me siento raro... Como si fuera otra persona —señaló el príncipe draconiano.

—Es normal. Los recuerdos de Jimmy se confunden con los tuyos —explicó Derkel.

—Sí, eso podría explicar muchas cosas —afirmó el joven Kirah—. Pero... Su último sacrificio...

—No dejes que la culpa te consuma, dragoncito —dijo Xeevetta—. Si sabes quién es Jimmy y tienes sus recuerdos sabes por qué lo hizo.

—Aun así... —replicó el príncipe.

—Xeev tiene razón, Kirah —apoyó Derkel—. Además, él vivirá dentro de tu alma. Piensa que ahora forma parte de ti y que te dará su fuerza y su valor.

—Eso mismo es lo que él trata de decirme ahora. También sabe todo lo que siento.

—Pues no le des más vueltas, dragoncito. Es una carga dura, no permitas que lo sea aún más. Todos tenemos nuestro deber. Él cumplió valerosamente con el suyo, no puedes dejar que la culpa te sirva de excusa para no cumplir con tus obligaciones —afirmó Xeev—. Si quieres honrar su coraje empieza por aceptarlo.

—Está bien... —suspiró el príncipe draconiano.

—Entonces, ¿cuál es nuestro siguiente paso? —preguntó Glorfen.

—Creo que lo más prudente ahora sería descansar —señaló Ember.

—No, los recuerdos del monje me dicen que debemos actuar rápidamente. —afirmó Kirah.

—Yo estoy de acuerdo con Ember, dragoncito —dijo Xeev, refiriéndose a su protegido— pronto anochecerá y tú tienes que recuperar fuerzas.

—Es lo más sensato, Kirah —apoyó Derkel—. Kido me dijo que era posible que una vez la unión de almas estuviera hecha podría tardar un poco en encontrar la frecuencia adecuada para abrir el portal. Recuerda que Jimmy era el único que pedía atravesar los portales. Los demás solo podían hacerlo estando con él.

—Pero ¿y el enlace mental? ¿No debería poder hablar al menos contigo?

—No le des tantas vueltas, dragoncito. Puede que esté en un momento íntimo —explicó Xeev.

—¿A qué te refieres, Xeev? —se sorprendió Kirah, con cara de tonto.

—Cómo he echado de menos tu ingenuidad —sonrió Ember, acercándose al príncipe mientras todos los demás reían el inocente comentario del muchacho.

El heredero de Draconia se sonrojó avergonzado y después se unió tímidamente a la carcajada de sus viejos amigos.

—De acuerdo. Entonces vayamos al castillo. Habrá mucha gente deseando verte sano y salvo —afirmó Glorfen.

—Me parece bien. El pobre Yeng necesitará un respiro —dijo Derkel.

—Bueno... La verdad es que yo también echo de menos mi hogar, así que una parada no me vendría mal tampoco —sonrió Kirah.

—Entonces está decidido. Salgamos antes de que termine la hora de la cena —bromeó Xeev.

El crepúsculo había dado paso a la noche en Draconia, cuyos muros recibían las caricias de la agradable brisa que mecía cariñosamente los árboles. Las puertas entonaban su canción de despedida al arrastrarse durante su recorrido para velar el sueño de la ciudad; y, poco a poco, las luces se apagaban, como un bostezo que anuncia el inminente descanso nocturno.

Yeng, sin embargo, no tenía tiempo para el descanso. Como cada noche, escudriñaba viejos mapas y estudiaba manuscritos hasta que la llama de la vela sobre su escritorio se consumía.

Su pluma estaba tan agotada como él mismo, pero había jurado encontrar a los príncipes de Draconia y no pararía hasta dar con ellos.

El anciano se dejó caer sobre el respaldo de su silla y suspiró, luego cerró los ojos para tomar aire y renovar su férreo juramento.

De pronto, un leve bullicio que acabaría dando paso a un alboroto estrepitoso pero rebotante de júbilo captó la atención del protector del remo.

—¿Qué es todo ese ruido? —se preguntó, frunciendo el ceño, mientras se levantaba para asomarse al balcón en pos de satisfacer su curiosidad.

Las gentes se agolpaban en la salida este de la ciudad, que conectaba con el bosque de la Pureza, rebosantes de felicidad, haciendo, junto a los soldados que vigilaban las puertas, un pasillo a un pequeño séquito, ante el que se arrodillaban al pasar.

—No puede ser... —quiso negar el anciano, sacudiéndose la cabeza antes de dejarse llevar por la emoción y abandonar la tristeza de su corazón por la alegría.

El príncipe Kirah y su séquito eran recibidos entre vítores y aplausos al pasar. El trono volvía a tener heredero y con él regresaba la esperanza de un linaje destinado a traer al profetizado héroe de la leyenda que acabaría con las fuerzas del mal y restauraría el equilibrio.

Yene corrió con todas sus fuerzas para sumarse al tumulto y ver con sus propios ojos el regreso del sucesor de la dinastía Murako.

—¿Alteza? ¿Realmente sois vos? —preguntó, incapaz de contener la emoción por más tiempo.

—Eso parece —afirmó Kirah, con una sonrisa y una cortés reverencia.

—No hace falta que os andéis con finezas, alteza. Estaréis cansado —dijo Yeng, presa de la alegría—. Descansad esta noche y mañana daremos una gran fiesta en vuestro honor.

Debéis encontrar a alguien con quien desposaros para ser coronado rey.

—Me temo que eso deberá esperar —afirmó el príncipe.

—¿Qué ocurre, alteza? —se extrañó Yeng.

—Será mejor que hablemos en un lugar tranquilo, Lord Yeng —sugirió Derkel.

—Claro. Pasad —dijo el sabio, invitándoles a adentrarse en los muros del castillo.

El fuego crepitaba en el hogar de uno de los salones del castillo Yarracus. Yeng había preparado un lugar adecuado para la reunión con el príncipe y sus acompañantes. Había dispuesto comida y bebida para los invitados, aunque más por hospitalidad que por necesidad, pues apenas probaron bocado mientras charlaban sobre lo ocurrido.

—De modo que necesitamos el libro de Mhadurah para enfrentarnos a Excoya y su ejército... —concluyó Yeng.

—Sí, pero eso no es todo —añadió Derkel—. Xeevetta estuvo infiltrado en el ejército de esa bruja y las noticias son mucho peores...

—Así es, lord Yeng. —apoyó Xeev, con gran pesar—. Mi estancia entre las huestes de Excoya fue breve, pero suficiente para conocer su terrible plan...

—¿Y bien? —se impacientó el protector de Draconia.

—Su intención es invocar a Lucifer... —intervino Kirah.

—¡¿Qué?! —exclamó el anciano, aterrado.

—Excoya descubrió una antigua profecía... —declaró Xeevetta—. Cuando la Luna de Sangre se pose sobre la solitaria playa revelará los silenciosos secretos del océano. El destino le traerá de vuelta a esta oscura tierra de desgracia, para blandir su espada contra aquellos que lo traicionaron, liberando por fin al portador de la oscuridad de la prisión del tiempo; y caminará de nuevo con pies terrenales...

—Excoya siempre ha estado obsesionada con las leyendas antiguas y el ocultismo. Ya lo demostró cuando manipuló al emperador Hazulem durante la guerra —informó Ember.

—Pero, ¿cómo podemos estar seguros de que pretende invocar a Lucifer? —indagó Yeng—. ¿Cómo estáis tan seguros de que es una profecía real y no otra de muchas escritas tan sólo para asustar a los niños?

—Al principio yo tampoco le di mucha importancia... —confesó Xeev—. Pero cuando Kirah lo escuchó, los recuerdos de Jimmy nos dieron la clave.

—Así es —apoyó el príncipe—. El oráculo de Fudén transmitía esa historia en el Templo del Dragón Sagrado, como la profecía del retomo de Lucifer.

—Y además, Xeevetta también nos contó que Excoya estaba construyendo un dispositivo de control mental —añadió Gloríen.

—Lo que nos lleva a pensar que su plan es invocar a Lucifer y después someterlo

bajo su control —concluyó Derkel.

—¿Eso es posible? —dudó Yeng.

—Ya habéis comprobado de lo que es capaz, lord Yeng —declaró Xeev—. Su tecnología es posiblemente la más avanzada del universo. Yo prefiero excederme por cauto que lo contrario cuando se trata de Excoya.

El protector de Draconia asintió mientras bajaba la vista y analizaba cada posibilidad que se le podía ocurrir.

—Está bien. Trazaremos un plan y...

Una explosión en la ciudad seguida de las campanas de alarma interrumpieron bruscamente la reunión, apartándoles de sus maquinaciones.

—¿Qué ha sido eso?! —Se exaltó el príncipe Kirah, mientras los gritos de los soldados tronaban por cada rincón del castillo.

—¡Nos atacan!

—¡El ejército de Excoya!

—¡Proteged el castillo!

—¿Nos atacan? —se sorprendió el príncipe.

—Debéis marcharos, alteza —sugirió Yeng.

—¡De eso nada! —se negó Kirah—. Combatiré junto a mis hombres.

—Con el debido respeto, mi señor. Debéis permanecer a salvo —insistió el anciano.

—Yeng tiene razón, Kirah —remarcó Derkel—. Aún estás débil. No podemos perderte.

—¡No puedo abandonar a mi pueblo! —bramó el príncipe.

—No te pido que los abandones, solo que no luches hoy —aclaró el elfo, tocando a Kirah en el hombro—. Ember, Gloríen y yo les frenaremos en la ciudad. Xeev te sacará de aquí.

Nos reuniremos mañana en Hane y trazaremos un plan de ataque.

—Muy bien, dragoncito. ¿Estás listo? —dijo Xeev, preparándose para cumplir con su deber.

Kirah dudó unos instantes, deseando poder encontrar una excusa para quedarse a luchar junto a sus amigos.

—Te he preguntado por cortesía, Kirah. Vas a venir quieras o no —advirtió Xeev.

—¡Está bien! —se enojó Kirah—. Buena suerte... —deseo a sus amigos, con una mirada resolutiva.

—Lo mismo digo —animó Ember.

—No te preocupes, detendremos al enemigo. —sentenció Glorfen.

—No permitiré que Draconia caiga, alteza —se sumó Yeng.

—Nos veremos por la mañana —se despidió Derkel, listo para entrar en combate.

El ejército de la hechicera cargó con toda su fuerza, arrasando a gente inocente a su paso.

No importaba que fueran hombres fuertes o ancianos desvalidos; aldeanos o

soldados; mujeres o niños. El acero y el fuego consumieron carne y hogares por igual bajo la cruel sonrisa de su caudillo.

—Hemos oído la buena nueva y hemos venido a saludar al heredero de Draconia. ¿Dónde está el príncipe Kirah? ¿Acaso tiene miedo? ¿Es un cobarde que se esconde tras los muros de su castillo mientras su pueblo muere por él? —se burló el capitán de la guarnición de Excoya.

Una flecha pasó rozándole el yelmo y acabó clavándose en el ojo de uno de soldados que estaban junto a él.

Derkel apareció cabalgando desde las llamas, esgrimiendo el Arco de Hueso, y uniéndose al ejército draconiano junto a Ember y Glorien.

—¡El príncipe Kirah está fuera de tu alcance, escoria! ¡Vuelve con tu señora y dile que los hijos de Dracorum se unirán de nuevo por la libertad!

—Has firmado un bonito disparo, elfo, pero has errado tu objetivo, al igual queerrarás en tu victoria esta noche —sentenció con soberbia el líder de los invasores mientras agarraba firmemente las riendas de su montura—. ¡Cargad! ¡No hagáis prisioneros!

Xeev y Kirah recorrieron las entrañas del castillo a través de viejos pasadizos, que les condujeron a los túneles de desagüe que salían de la ciudad. Allí debían reunirse con una escolta que aseguraría el camino y defendería su retaguardia.

Los ecos de la cruel batalla retumbaban constantemente, creciendo en intensidad a medida que sus pasos los alejaban de sus amigas y del acero de los caballeros de la bruja. El kopykat rio la impotencia en la cara de su amigo y se paró unos segundos para tratar de ayudarle a soportar la carga que sujetaban sus apesadumbrados hombros.

—Kirah, sé que te gustaría estar allí. A mí también, créeme, pero cada uno tenemos que cumplir con nuestro cometido; y tu destino...

—Lo sé —interrumpió el príncipe bruscamente—. No tienes que explicarme la situación. Sé demasiado bien cómo es la guerra... —finalizó Kirah, sin detenerse.

—Menuda noche me espera... —suspiró Xeevetta.

—Te he oído —se molestó Kirah.

—Oh, vaya... ¿He herido tu susceptibilidad, dragoncito?

—Serás... —quiso decir el príncipe.

—Basta —le interrumpió Xeev.

—¡¿Qué?!

—Que pares...

—Ni hablar...

—¡Mira! —gritó Xeev, agarrando a su amigo para darle la vuelta con brusquedad.

El tandoriano kopy-kat señaló a un pequeño grupo de tres soldados invasores que se les acercaba.

—¡Príncipe Kirah! —se sorprendió uno de ellos con una reverencia más burlona que cortés—. ¿Qué hacéis vos en estos túneles? No son lugar para un príncipe.

—Tampoco para alguien que no ha sido invitado —desafió el draconiano.

—Hemos venido a saludaros y vos ni siquiera nos habéis abierto las puertas de vuestra casa. Mi señora se sentirá muy dolida por este rechazo. Ella solo desea abriros su corazón.

—Dile a tu señora que si quiere rendir pleitesía a Draconia se arrodille ante su heredero y que le bese el culo —se envalentonó Xeevetta.

—Haríais bien en vigilar la lengua de vuestra nodriza, alteza; de igual modo que si sabéis lo que os conviene a vos y a vuestro pueblo os rendiréis ahora mismo sin damos problemas —amenazó el invasor.

—Habéis traído la muerte y el sufrimiento a mi ciudad, amenazáis a mis amigos y a mí mismo dentro de los muros de mi propio castillo... ¿y aun así pensáis salir de aquí con vida? —se ofendió el draconiano—. Soy el príncipe Kirah Murako, de Draconia; y por mi honor de guerrero os juro que responderéis por vuestro crimen.

—Bien dicho, dragoncito —sonrió Xeev—. Quizás esta sea la ocasión ideal para probar la Espada Esmeralda que te ha dado Derkel.

—Sin duda, amigo mío —sentenció Kirah, desenvainando la verdosa hoja.

—Como queráis, alteza. Si no queréis rendir vuestra espada, entonces la tomaremos como un bonito trofeo... —se burló su enemigo—. ¡Matadlos!

Uno de los soldados se abalanzó contra Kirah, blandiendo un hacha gigantesca con intención de separar la cabeza del draconiano del resto de su cuerpo. El príncipe reaccionó rápido y amputó el brazo armado de su agresor con su espada y después la hundió en su corazón, otorgándole una muerte rápida.

—¡Eh! ¿Vas a dejar alguno para mí? —sonrió Xeevetta, esgrimiendo el Hacha del Espíritu.

El kopy-kat se lanzó al ataque, clavando su arma en el hombro de otro de sus enemigos, atravesando su armadura pero sin llegar a cercenar el brazo por completo. El caballero de la bruja soltó su espada, pero aún tuvo fuerzas para dar un puñetazo desesperado en la cara de Xeev con su otro brazo. El tandoriano cambió su expresión burlona por una de ira y decapitó a su oponente con otro golpe de hacha.

Al ver el espectáculo, el cabecilla de aquel grupo corrió despavorido.

—¡Tú! ¡Ven aquí, que no hemos terminado! —gritó el enfurecido kopy-kat.

Un cuarto atacante emergió de las sombras, blandiendo una lanza contra Xeevetta, cortando de este modo su persecución. El tandoriano bloqueó el primer embate y después se enzarzó en duelo contra el lancero que lo había interceptado.

Kirah, que venía corriendo desde una posición más alejada, intervino en favor de su amigo, haciendo un corte en el muslo al invasor, lo que le hizo abrir la guardia y sucumbir bajo el acero de Xeev.

—Este era mío. Le tenía donde quería —se irritó Xeevetta.

—Claro, hombre. No te enfades —dijo Kirah, dándole un golpecito de ánimo en la espalda y retomando la persecución.

El príncipe estaba a punto de alcanzar su objetivo cuando vio volar el hacha de su



amigo hasta que a su enemigo clavado en el muro, que se desangró lentamente mientras se ahogaba entre balbuceos sin sentido.

Kirah se paró en seco y siguió con la mirada a su camarada, que se acercó a recuperar su arma.

—Y ahora, ¿dónde está la escolta? —preguntó el kopy-kat, mirando a su alrededor.

—¡Por aquí! ¿Estáis bien, alteza? —preguntó, con tono preocupado, un caballero de Draconia, que se paró jadeando delante de ellos—. El enemigo ha logrado penetrar en los túneles. Hemos abatido a algunos soldados, pero puede haber más.

—Tranquilo, hemos acabado con los rezagados —afirmó Xeev.

—Lo lamento muchísimo, alteza —se disculpó el soldado arrodillándose mientras el resto de su guarnición llegaba a su posición—. El camino en adelante es seguro. Nosotros cubriremos su retaguardia desde aquí. Un pequeño grupo os espera fuera con caballos.

—En pie, soldado. No hay de qué disculparse. Ha sido un ataque a traición y muy bien coordinado —dijo Kirah—. Tened mucho cuidado —se preocupó el príncipe.

—Muchas gracias, señor. Lo tendremos. Ahora será mejor que os marchéis.

Kirah quiso preguntar por la batalla en la ciudad, pero posiblemente aquellos hombres no tendrían la respuesta, pues su cometido era asegurar su ruta de escape, de modo que no haría aún más difícil su misión; tan solo se limitó a despedirse cortésmente y a seguir el plan establecido.

El combate se había extendido por cada rincón de la ciudad y las llamas engulleron todo a su paso. Incontables cadáveres alfombraban sus calles y la sangre glaseaba la roca, reflejando en ríos carmesíes la luna, que asomaba entre las nubes como un chiquillo tímido, pero curioso que olfatea tras la puerta de una despensa repleta.

Derkel, Glorfen y Ember habían combatido a las huestes de la bruja, asumiendo el liderazgo de varios escuadrones y habían conducido al ejército draconiano a la victoria.

La calma se recuperaba con lentitud mientras los supervivientes atendían a los heridos y los civiles terminaban de refugiarse en los muros de Yarracus.

—¡Derkel! ¡Ember! —gritó Glorfen, que coma como un demonio desde la destrozada fuente de la plaza, regada ahora con sangre.

—¿Qué ocurre, amigo? —se asustó el caballero del dragón, viendo el aterrado semblante del elfo.

—Los..., los Streeyh... —dijo, ahogado, Glorfen.

—¿Qué les pasa? —tembló Derkel.

—Que los han robado... —declaró Glorfen.

—¡¿Cómo?! —se tambaleó Ember.

—He tenido una corazonada durante el combate... —afirmó Glorfen—. He vuelto al castillo para comprobar la cámara de los cristales y ya no estaban... Los

guardias han sido asesinados...

Derkel se quedó pensativo unos segundos y después asintió alabando la estrategia de Excoya durante unos segundos y maldiciéndose a sí mismo por no haber sido capaz de verlo antes.

—¡Malditos miserables...! Por eso ni siquiera se molestaron en acercarse al castillo... —se agobió Derkel—. La invasión solo era una distracción.

—Así que era un batallón suicida para alejarnos de su verdadero objetivo... —concluyó Ember.

—¿Y ahora qué hacemos? Sin los cristales estamos perdidos —afirmó Gloríen.

—Lo primero es asegurarse de que Kirah está bien —señaló su compatriota, mientras trazaba mentalmente la estrategia a seguir—. Gloríen, tú vuelve a la aldea. Avisa a todos y prepara al pueblo para lo peor. Ember, quédate aquí con Yeng y averigua todo lo que puedas.

Yo iré a Hane y me reuniré con Kirah. Intentaremos contactar con Kido y organizar un plan de rescate para los cristales. Si alguno descubre cualquier cosa, lo que sea, que avise al resto...

**LORE**

## 5. Comienza el viaje

Los soldados que esperaban a Kirah y Xeev en la salida de los túneles habían dispuesto unos preciosos caballos percherones, de lo mejor que podía ofrecer Draconia, para organizar su huida.

Al príncipe se le dibujó una sonrisa en la cara al ver a Korsen, su inseparable corcel y uno de los últimos caballos de siete leguas<sup>[1]</sup>.

Además de los caballos, el heredero del trono y su escolta tenían dispuestas unas capas de color tierra para que pudieran ocultarse y proteger así su identidad.

Ambos compañeros pasaron la noche en la posada de Hane, La Barriga Feliz, y después se prepararon para encontrarse con Derkel en el lugar de reunión habitual, el descampado cerca de la vieja ermita.

Hane era un pueblecito tranquilo y de poca importancia estratégica, lo cual lo alejaba de las llamas de la guerra más de lo que solían estar la ciudad capital, u otras ciudades importantes del reino como Ulrem o Fayrood.

El elfo viajó hasta el punto de encuentro en cuanto comprobó que todo retomaba su cauce y que su presencia ya no era necesaria.

Pasó la noche a la intemperie, acampando cerca de las montañas para no seguir la misma ruta que sus compañeros. Quería evitar cruzarse con ellos si alguno de los soldados enemigos le seguía.

Derkel se acercó a la ermita y silbó la clave habitual para que sus amigos acudieran a la reunión.

—¿Derkel? ¿Has venido solo? —se extrañó Xeev.

El elfo agachó la cabeza, avergonzado.

—¿Qué ha pasado? —se preocupó Kirah.

—Los Streeyh han sido robados... —confesó Derkel.

—¡¿Qué?! —bramó Xeevetta.

—Gloríen y Ember están investigando y reuniendo a todos los aliados posibles. Además están intentando evitar que la noticia se extienda.

—¿Y la ciudad? —indagó Kirah.

—Ha sido una batalla dura, pero Draconia saldrá adelante —afirmó Derkel con firmeza—. Yeng es un buen Jarl. Sin duda la ciudad está en buenas manos.

—¿Y ahora qué podemos hacer? —se preocupó el joven príncipe.

—Sí, los cristales eran nuestra última esperanza —añadió Xeev, sumándose a la angustia de su protegido.

—Los recuperaremos, no os preocupéis. —quiso tranquilizarlos el elfo.

—¿Cómo? —preguntó Kirah.

—Mi familia los creó —declaró Derkel—. Mi linaje mantiene un vínculo espiritual con los Streeyh, así que puedo sentir su presencia en todo momento.

—Y planeas usar esa conexión psíquica con los cristales para rastrear al ladrón —

concluyó Xeev, pensativo.

—Exactamente. Lo primero que han hecho ha sido dividirlos. Algo lógico — señaló Derkel—. Pero no lo han hecho muy bien.

—¿Por qué lo dices? —curioseó Kirah.

—Hay tres juntos dirigiéndose hacia Draken.

—Entonces ese será nuestro primer movimiento —asintió el príncipe draconiano.

—Me preguntó por qué Draken —dudó Xeevetta—. No es más que una tierra muerta y en ruinas...

—Precisamente por eso, ¿no? Es el escondite ideal —dijo Kirah.

—No, Xeev tiene razón —señaló el elfo—. Ojalá fuera tan simple, pero me temo que haya algo más.

—¿El qué? —curioseó el muchacho.

—No lo sé, pero está claro que no lo sabremos si no nos movemos ya —sentenció Xeev.

—Vale, entonces mantendremos los ojos abiertos —declaró el príncipe.

—Será mejor que viajemos de incógnito, no sería buena idea llamar la atención sobre Kirah, especialmente para no alertar a nuestros objetivos —dijo Derkel.

—Perdona, Derkel, pero con el solo hecho de enrolamos en un barco con rumbo a Draken ya atraeremos mucha atención —intervino el draconiano.

—Estoy de acuerdo con el dragoncito. No podemos usar ningún barco de la armada real, y no será fácil encontrar un capitán que nos lleve a Draken —añadió Xeevetta.

—Lo he pensado, Xeev —declaró Derkel—. Diremos que somos cazadores. Les ofreceremos una buena comisión.

—Así que pretendes apelar a su codicia... Arriesgado —dijo Xeev, sin estar convencido del todo.

—Los cráneos de las criaturas de las cavernas se pagan muy bien, es nuestra mejor baza; y no creo que tengamos problemas en encontrar con alguna de ellas<sup>[2]</sup>.

—Entonces parece que no tenemos más remedio... —se resignó el kopy-kat.

Así, los tres amigos emprendieron su camino al puerto. El olor del salitre y el graznido de las gaviotas les dieron la bienvenida a sus ajetreadas calles. Grandes y majestuosos barcos se mezclaban con otras embarcaciones más discretas en perfecta armonía mientras los marineros cargaban y descargaban todo tipo de mercancías.

—Xeev, tú eres el más fornido de los tres, darás más el pego. ¿Por qué no vas a ver qué puedes conseguir? Mientras Derkel y yo iremos a por provisiones —sugirió Kirah.

—Me acabas de llamar “bruto” por toda la cara, dragoncito —dijo Xeev medio en broma, medio en serio.

—Supéralo —se rio el príncipe con complicidad.

—La idea de Kirah no es tan descabellada, Xeev. Él es un muchacho y los elfos

no tenemos una apariencia demasiado ruda, que digamos. Tú, en cambio, tienes un aspecto de guerrero fuerte y curtido. Se creerán más la tapadera si la escuchan de ti —apoyó Derkel.

—Vale, vale. Si pensaba ir igual... Hay que joderse... —se quejó Xeevetta, encaminándose a la capitanía del puerto.

Derkel y el joven príncipe se encargaron de aprovisionarse para su largo viaje. El elfo no se atrevía a decirlo en voz alta, pero temía que su camino fuera tan solo de ida. Xeevetta sin duda estaría de acuerdo con él, pero Kirah era la viva imagen de la esperanza. Su juventud e inocencia eran envidiadas por el longevo elfo, pues pese a mantener una actitud optimista frente a los demás, por dentro era muy consciente de la situación y de la fortaleza de su enemigo y ansiaba tener la facilidad del draconiano para bromear y reír sinceramente.

Viendo a Kirah desde la lejanía, el corazón de Xeevetta fue capaz de arrancar una tierna sonrisa al tandoriano. El muchacho curioseaba y observa todo a su alrededor. Acaba de regresar a su hogar y ya tenía que abandonarlo de nuevo; sin embargo, no perdía la vitalidad ni la alegría.

—Mierda, Kirah... —suspiró el asesino kopy-kat—. Ojalá todo fuera distinto. Ojalá fueras un niño mimado y malcriado. Así todo sería más fácil...

—¿Todo listo? —preguntó Derkel, que se había acercado sin que el tandoriano se diera cuenta.

—¿Eh? ¿Qué?... Sí, sí. Todo en orden —se sorprendió Xeev.

—El capitán Nerrick ha aceptado una comisión del cincuenta por ciento de nuestra captura.

—No puedo creer que te haya pillado con la guardia baja —sonrió el elfo.

—No estaba con la guardia baja, solo...

—Lo sé. No hace falta que lo digas. Yo siento lo mismo cuando le miro —confesó Derkel—. Tan joven y ya conoce la guerra de primera mano mejor que muchos veteranos.

No se merece esto.

—No lo sabes bien... —añadió Xeev.

—¿Qué quieres decir? —se interesó Derkel.

—Que nunca podrías ser consciente de la crueldad de Excoya... hasta que la ves de cerca.

—Ya veo... Lamento lo que has tenido que hacer para proteger a Kirah, Xeev. Esperemos que todo acabe pronto y que al menos él pueda disfrutar de la paz.

—Que los dioses te oigan, amigo...

Mientras sus compañeros se preparaban para embarcar Kirah vio algo que le llamó la atención. Un joven de intensos ojos negros le estaba mirando. Su atuendo indicaba que era un viajero de paso, igual que ellos, pero había algo en su mirada que le provocó una extraña sensación de nostalgia.

—¿William...? —preguntó.

—¿Estás bien, dragoncito? —se inquietó Xeev, pasando su mano por delante de los ojos perdidos del príncipe—. Parece que hayas visto a un fantasma.

El joven draconiano perdió de vista al viajero durante unos segundos y cuando quiso volver a mirarlo fue incapaz de encontrarlo.

—¿A quién buscas? —se interesó Derkel.

—No lo sé... —dudó Kirah.

—¿Entonces? ¿Qué te pasa? —prosiguió el elfo.

—Oh, ya lo sé —declaró Xeev, con una sonrisa pícaro—. Has visto a una jovencita interesante, ¿eh? —se burló.

—¿Qué? No. Nada de eso —se defendió Kirah—. Era... William.

—¿Quién? —curioseó Derkel.

—¿Qué?! ¿Era un hombre? —se sorprendió Xeevetta.

—Es el hermano de Jimmy... —afirmó el príncipe.

—¿Estás seguro? Eso es imposible, Kirah.

—Los recuerdos de Jimmy me lo dicen, Derkel —dijo el draconiano, con férrea convicción—. Y creo que, de algún modo, él también podía sentir a su hermano en mí. Se supone que Jimmy lleva muerto trescientos años, pero... era William...

—No quiero interrumpir, pero nuestro barco está a punto de zarpar. Será mejor que subamos a bordo —señaló el tandoriano.

—Xeev tiene razón. No debemos perder de vista nuestro objetivo principal —dijo Derkel.

—Vale. Indagaremos sobre esto más tarde —accedió Kirah.

**LORE**

## 6. La isla del futuro

Diez días tardó el barco en llevarles hasta Draken. Ese había sido un reino muy próspero en la antigüedad, casi a la par de Draconia, pero tras la locura de Hazulem acabó convertido en una vasta extensión de tierra yerma.

El acre olor de la muerte se respiraba en cada rincón, y las criaturas de las cavernas habían encontrado en sus oscuras cuevas el refugio idóneo contra la luz del sol. Así había permanecido Draken durante los últimos siete años, y así esperaban encontrarla.

—¡Tierra! —gritó uno de los marineros, que no lograba dar crédito a sus ojos.

Los demás se preguntaban el motivo de su expresión. Sin embargo, a medida que se iban acercando a su destino, el gesto se contagió, enmudeciendo a todos los ocupantes de la nave.

Ríos negros y sólidos plagados de extraños engendros sobrevolando su superficie recoman la tierra, inundada de altísimas torres de cristal que amenazaban con derribar a los enormes pájaros de hierro que surcaban el cielo, escurriéndose entre sus angostos senderos.

Las reacciones de los marineros, que no paraban de maldecir su suerte, no tardaron en llegar.

—¿Qué brujería es esta?!

—Estamos condenados...

—Jamás saldremos de aquí con vida...

—Sabía que nunca debimos venir aquí.

—Maldita sea nuestra suerte.

—¡Callaos, holgazanes supersticiosos! —bramó el capitán, luchando por no mostrar un ápice de temblor en su voz y por mantenerse firme para dar ejemplo de coraje ante sus hombres.

—Capitán... —le llamó Xeev, sacando una bolsa repleta de gemas preciosas que siempre solía llevar para comerciar en Dracorum—. Será mejor que nos deje aquí y dé la vuelta —concluyó, ofreciendo a su asustado anfitrión la bolsa.

—Sí, sí... —titubeó el capitán—. Me parece que es lo mejor... —añadió, aceptando el pago del tandoriano.

—Si tiene un bote nos encargaremos de llegar a la orilla por nuestros propios medios —prosiguió Xeevetta.

—Por supuesto —dijo el capitán, encantado con la idea de salir de aquellas aguas cuanto antes.

Kirah, Derkel y Xeev no tardaron en llegar a la orilla, donde aún se quedaron extrañados y preguntándose dónde estaban, pues no era la Draken que recordaban.

—¿Qué...? ¿Qué es este lugar? —dudó el elfo.

—¿Creéis que podríamos haber cruzado alguna brecha dimensional? —preguntó Xeev.

—No lo creo, no he notado ninguna fuerza cósmica que haya intervenido durante nuestra travesía —afirmó el elfo—. Si tan solo pudiéramos contactar con Kido...

—Rune City... —dijo Kirah, con la mirada perdida.

—¿Qué? ¿Sabes dónde estamos? —se sorprendió Xeev.

—Esto es Rune City, el hogar de Jimmy —afirmó Kirah.

—¿Estás seguro? —se interesó Derkel.

—Sí, sus recuerdos me lo dicen —señaló el príncipe.

—Entonces sí era una brecha dimensional —declaró el tandoriano.

—No, no hemos atravesado ningún portal. Seguimos en Dracorum. —asintió Kirah.

—Entonces, ¿cómo lo explicas? —preguntó Xeevetta.

—Puede que sea una proyección de los recuerdos del humano. —declaró Derkel.

—¿Es lo mejor que se te ocurre? —preguntó con cierta molestia el asesino kopykat—. Con el debido respeto, Derkel, hasta ahora la mejor teoría es la de la brecha...

—¡Mierda! —le interrumpió el elfo, con gesto desesperado.

—¿Qué pasa? —se preocuparon sus compañeros al unísono.

—He perdido la conexión con dos de los cristales. Ya solo siento uno de ellos aquí.

—No me jodas, ¿eso qué significa? —se asustó Xeev.

—Que ya solo queda uno aquí —se avergonzó el elfo.

—¿Y dónde está? —preguntó Kirah, desesperado.

—Muy cerca... —asintió el elfo—. Se aproxima a gran velocidad.

—¿Cómo dices? —se interesó Xeev.

Un caballero sombra de Excoya pasó volando por delante de ellos, montando en una plataforma, ante la atónita mirada de los tres compañeros.

—¡Allí! ¡Ese soldado lo llevaba! —afirmó Derkel.

—¿Y cómo les seguimos? —preguntó el príncipe.

Dos soldados más pasaron siguiendo al portador del cristal. Xeev se abalanzó sobre ellos cuando estuvieron a su altura con una velocidad de puma, lo que provocó que se estrellaran contra la carretera y se rompieran el cuello tras el fuerte impacto.

—¡Buen trabajo, Xeev! —sonrió Kirah.

—Gracias, pero ahora tenemos un problema... Solo hay dos chismes de estos...

—Motor de cohete —dijo Kirah.

—¿Qué? —se sorprendió Derkel.

—Motor de cohete —repitió el príncipe—. Jimmy lo reconoce. Es un medio de transporte común en su tierra. Él solía pilotar uno.

—Sea como sea, solo hay dos. ¿Cómo vamos a seguir a ese tipo? —indagó Xeev.

—Iremos Derkel y yo —declaró Kirah.

—¡¿Qué?! —se sorprendió el tandoriano.

—Xeev... —comenzó a decir Kirah.

—No pienso quedarme en el banquillo —se ofendió Xeevetta.



—Kirah tiene razón, Xeev —dijo el elfo, apoyando al príncipe de Draconia—. Él sabe manejar ese trasto y yo necesito seguir la conexión con el cristal. Además, no podemos dejar solo a Kirah.

—Ya me habéis apartado de la batalla una vez... —declaró el asesino, refiriéndose a la retirada de Draconia—. No volveré a quedarme en segundo plano.

—Pues asegúrate de que no nos siguen —sentenció Kirah, mientras recogía uno de los motores de cohete.

—No creo que tarden en mandar otra patrulla al ver que dos de ellos no dan señales de vida. Síguenos entonces. Puedes sentir a Kirah, de modo que no tardarás en encontrarlos —afirmó Derkel, recogiendo el otro transporte.

Xeev no contestó, sabía que no conseguiría nada salvo alterarse más; pero su mirada dijo todo lo que pensaba. Sus compañeros reconocieron el gesto del tadoriano y asintieron en señal de apoyo, tratando de decirle que todo iría bien.

Kirah dio unas breves instrucciones a Derkel acerca del manejo del motor de cohete y emprendieron rápidamente la persecución. Gracias a la percepción del elfo, pudieron trazar una ruta alternativa para ganar terreno y cortar el paso a su presa.

El caballero que llevaba consigo el cristal se había unido a otros dos más, que se percataron de la presencia indeseada de los dos intrusos y rápidamente hicieron una maniobra para colocarse detrás de ellos con el objetivo de darle tiempo a su señor de escapar con el botín.

—Parece que no van a ponérselo fácil —dijo Derkel.

—Ni nosotros a ellos —contestó Kirah.

El elfo sacó su Arco de Hueso de su bolsa del infinito<sup>[3]</sup> y disparó una flecha que se coló por la finísima ranura del yelmo de uno de los caballeros, segando su vida al clavarse entre sus ojos.

—Impresionante —se sorprendió el draconiano, silbando con alabanza—. Pero puedo superarlo —sonrió confiado.

—No, espera... —quiso detenerlo su compañero, antes de que pudiera cometer alguna imprudencia.

Kirah se elevó ligeramente. Cuando el caballero sombra hizo lo propio, el draconiano perdió altura, lo justo para cargar contra el caballero desde una posición que le permitiera cómodamente cortar por la mitad el motor de cohete de su oponente con un ataque vertical.

Así lo hizo y el vehículo se partió en dos a los pies de su enemigo, que acabó estrellándose.

—Eso ha sido demasiado temerario —le regañó Derkel.

—Pero ha salido bien. Ahora será mejor que nos centremos en no perder al importante, ¿no? —declaró el joven príncipe con una sonrisa inocente mientras se adelantaba.

—Ahora entiendo a Xeev... —bufó Derkel, en voz baja.

Ambos camaradas concentraron todos sus esfuerzos en no perder al caballero que

llevaba el cristal. Este les tiró una bola de fuego. Ellos se apartaron y la esquivaron con facilidad. El caballero repitió la acción y esa vez lograron evadirla por muy poco.

Previendo un tercer ataque, Kirah se puso delante de Derkel. Efectivamente, el caballero sombra les lanzó otro fogonazo.

El príncipe se preparó y en el momento justo logró batear la bola de fuego con su espada y devolvérsela a su enemigo, que hizo un viraje brusco y logró eludir el contraataque.

Derkel volvió a guardar su arco y ya con las manos libres concentró energía y lanzó un hechizo de relámpago al caballero sombra. Con otro hábil giro a tiempo, la presa volvió a sortear el ataque de sus perseguidores.

—¡Miserable! —se desesperó Kirah.

Otro soldado más se unió a la persecución. Desenfundó su espada y atacó a Kirah. Este paró el ataque y contraatacó, enzarzándose en un duelo a espada montado en el motor de cohete.

Ninguno conseguía penetrar la defensa del rival, de modo que el draconiano hizo un hábil juego de piernas y cadera para colocarse a la espalda de su adversario.

El caballero sombra se dio media vuelta con intenciones de cortar al joven muchacho en dos a la altura de la cintura, pero Kirah había previsto esta jugada, así que nada más tomar la posición que había planeado, se anticipó a su ataque dando un gran salto por encima del caballero, al tiempo que su motor de cohete se colocaba solo al otro lado de este. Kirah giró en el aire y se colocó boca abajo en mitad del salto para degollar a su enemigo con la espada y aterrizar de pie posteriormente en su vehículo.

Ambos compañeros pudieron volver a poner toda su atención en la persecución del caballero que llevaba el Streeyh. Este hizo gala de un hábil pilotaje, pero fue incapaz de despistar a sus perseguidores.

Hastiado de huir, el caballero se coló entre angostos callejones y en uno de ellos les tendió una emboscada. Lanzó dos bombas esfera, que se anclaron a los muros gracias a unas púas retráctiles.

Cuando Derkel y el príncipe Kirah pasaron por allí, la trampa cumplió su función. Las bombas estaban equipadas con sensores de proximidad y, aunque no hirieron a sus objetivos, lograron derrumbar los muros, ralentizando su avance, lo que hizo que la presa consiguiera por fin eludir a sus cazadores.

—¡Maldita sea! —se lamentó Kirah—. ¡¿Qué hacemos ahora?!

—Calma, Kirah. Ha escapado de nuestros ojos, pero no podrá huir de mi conexión con el cristal. Lo atraparemos.

—Está bien. Pues tú dirás.

—Parece que se ha parado en uno de los edificios en ruinas que están un poco más adelante.

—Bien. Entonces no perdamos tiempo.

—Sí, pero será mejor que le busquemos a pie —afirmó Derkel.

—El piensa que nos ha despistado y estos trastos hacen mucho ruido, de modo que no podemos perder el factor sorpresa.

—Entonces nos acercaremos todo lo que podamos —afirmó Kirah.

—Exacto.

El edificio al que se dirigieron parecía ser uno de los barrios marginales de Rune City. Su fachada estaba tan podrida como la más sucia de las cloacas y llena de pintadas. Daba la sensación de que fuera a derrumbarse de un momento a otro.

Por dentro era aún más desagradable. Un olor fétido a vómito inundaba el aire y provocaba arcadas a Kirah y Derkel, que luchaban por no expulsar los restos del desayuno.

—¡Qué asco! —exclamó Kirah, arrugando la nariz y llevándose la mano a la boca — ¡¿Cómo puede alguien ocultarse aquí?!

—Precisamente por eso —señaló el elfo—. Nadie en su sano juicio buscaría un tesoro aquí. Aunque tienes razón. Es casi peor el remedio que la enfermedad.

—Vale, pues tú dir... ugh... dirás... —dijo Kirah, a punto de sucumbir a las arcadas.

—Hay que subir... —afirmó Derkel.

Ambos buscaron unas escaleras que les permitieran llegar a los pisos superiores. No tardaron mucho en encontrarlas, de modo que siguieron el rastro del cristal con una distancia prudencial hasta llegar a una sala con un suelo de madera, que crujía a cada paso.

El príncipe dio un par de pisotones para comprobar la firmeza del suelo.

—¡¿Qué estás haciendo?! —le reprendió Derkel.

—¡¿Qué?! Hay que asegurarse antes.

—Como sigas haciendo tanto ruido nos vas a estropear el factor sigilo, así que será mejor que te estés quieto y te limites a cruzar con cuidado —prosiguió el elfo, avanzando unos pasos.

Kirah se quedó detrás mirando a su amigo y pisoteó repetidamente con gesto de burla cuando Derkel le dio la espalda.

—Huy... —se asustó el draconiano, al escuchar un crujido bajo sus pies.

El suelo cedió y el príncipe se coló por el agujero que él mismo había provocado.

—¡Kirah! —gritó Derkel, tirándose al suelo para agarrar la mano del muchacho —. ¡Te tengo!

El elfo subió al joven príncipe y le puso a salvo. Tras el susto no dijo nada, pero su mirada habló por él. Kirah se rio con cara de no haber roto un plato y se rascaba la nuca mientras intentaba encontrar algo que decir en su defensa para ganarse el perdón de Derkel.

—¡¿Eres consciente de que ahora el enemigo estará al tanto de nuestra presencia?!

—Bueno, no hay donde esconderse entre este lugar y los pisos inferiores. Si intenta escapar por la azotea podemos seguirle usando los motores de cohete —

declaró Kirah, levantándose como si nada, mientras se dirigía a la salida—. ¿Vienes? —concluyó con una sonrisa.

—Lo mato... —refunfuñó Derkel antes de seguirlo.

Kirah y Derkel llegaron a la azotea del edificio, donde vieron un gran helicóptero de combate con el emblema de Excoya, parado en el aire junto al borde y a punto de iniciar de nuevo la marcha.

El caballero sombra al que habían estado persiguiendo estaba también allí. Tras dedicarles una última mirada saltó por el borde y se alejó en su motor de cohete mientras el helicóptero se elevaba hacia el cielo.

—¡Será cabrón! —bramó el draconiano, corriendo como un poseso hacia el borde.

—¡No, espera! —le detuvo Derkel.

—¡¿Qué?! ¡Se va a escapar! —apremió Kirah.

—El cristal lo lleva ese pájaro de hierro —afirmó el elfo, señalando el helicóptero.

—Así que el otro tipo solo quería alejarnos del objetivo real... —se avergonzó Kirah.

—Tienes que aprender a no ser tan impulsivo, Kirah —dijo Derkel, mientras rebuscaba en su bolsa del infinito los motores de cohete.

—Sí, Xeev me lo recuerda constantemente —se rio el joven príncipe, con cara de circunstancias.

—Entonces supongo que ya es hora de que aprendas la lección —señaló Derkel, a la par que sus transportes se materializaban ante ellos.

No pasó mucho tiempo hasta que el piloto se dio cuenta de que le estaban siguiendo dos molestas moscas, de modo que soltó dos misiles guiados para acabar con sus perseguidores.

Kirah y Derkel evitaron el choque frontal, pero el calor de sus transportes hizo que los misiles corrigieran su rumbo nuevamente para evitar fallar su objetivo.

Ambos amigos temen ahora la amenaza a sus espaldas, acercándose a ellos como un letal depredador. Por si esto fuera poco, el helicóptero orientó su cañón *gatling* hacia ellos y comenzó a disparar.

El elfo creó una barrera protectora con un hechizo de protección para defenderse de los proyectiles.

Kirah aprovechó el momento y lanzó dos relámpagos a través de un conjuro muy básico de rayo que impactaron contra los misiles, logrando que estos explotasen y librándose así de tal amenaza, aunque la onda expansiva les alcanzó e hizo que perdieran levemente el equilibrio.

Derkel canalizó otro hechizo de rayo para tratar de destruir el cañón, pero la infinita velocidad de las balas que vomitaba hacían imposible tal fin.

—Tengo una idea, Derkel —señaló el draconiano.

—Casi me da miedo preguntar de qué se trata...

—Hazme sitio ahí contigo —sentenció Kirah, acercándose a Derkel.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Derkel, con cierta curiosidad hacia la locura que iba a proponer el príncipe.

—Este trasto tiene un botón rojo en su base. Es un mecanismo de autodestrucción. Así que pretendo usar la explosión para destruir el cañón.

—¿Eso te lo ha dicho el espíritu de Jimmy?

—Así es. Vamos a por esa cosa —sonrió Kirah.

—Vale, sube.

El príncipe apagó su transporte y se unió a su compañero.

—¡Ahora, Derkel! ¡Acércate todo lo que puedas!

El elfo maniobró con maestría y no tardó en estar a la altura de su objetivo. Kirah activó entonces la trampa y, tras esperar un par de segundos, lanzó el motor de cohete contra el cañón.

—¡Aléjate, Derkel! ¡A toda prisa!

La explosión destrozó el arma de su blanco, así como los rotores que le hacían volar, pero también dañó el motor de cohete en el que iban montados.

—Oh... ¡Maldita sea! —exclamó Kirah.

—¡Agárrate! —señaló Derkel.

El elfo hizo que sus cuerpos fueran tan ligeros como una pluma, gracias al conjuro Alas de Ángel. Ambos tomaron tierra suavemente, tras lo cual Derkel se desplomó exhausto mientras el helicóptero se estrellaba y se envolvía en infernales llamas.

—¿Estás bien, Derkel? —preguntó Kirah.

—Si... solo... un poco mareado. He hecho un gran esfuerzo con ese último hechizo... —afirmó Derkel, jadeando.

—Descansa entonces, amigo. Yo iré a recuperar el cristal de los restos de ese trasto.

El príncipe se acercó a los restos del helicóptero, que ya no era más que un llameante amasijo de hierro en ruinas bajo una silenciosa nube de humo negro.

Cuando se disponía a iniciar la búsqueda vio algo que le heló la sangre. Una figura emergió del fuego como un espejismo. Se detuvo ante el príncipe y le dedicó una mirada desafiante capaz de hacer temblar al más bravo de sus caballeros.

## 7. Diluvio rojo

Derkel pareció reconocer a aquel caballero carmesí y se puso en pie como pudo, bajo la sádica mirada de sus ojos, amarillos como nubes de azufre, a la vez que su espada cantaba un canción cruel, impaciente por probar la sangre una vez más.

—Ten cuidado. Este tipo no es alguien comente... No hagas ninguna tontería de las tuyas —acertó a decir Derkel, con dificultad.

—¿Conoces a este hombre? —indagó Kirah.

El emblema del dragón que lucía en su pecho, la heráldica de la extinta casa Daroo de Draken, le confirmó toda sospecha acerca de la identidad del caballero que tenían delante.

—Oí rumores en los tiempos de la guerra sobre un caballero cruel y despiadado embutido en una armadura de rubí. Se decía que él solo asedió ciudades enteras, masacrando a sus habitantes como uno de los ejecutores más letales del emperador Hazulem. —advirtió el elfo—. Su nombre era Flood, el caballero del agua; y es él quien tiene el cristal ahora.

—Así que es algo más que un rumor entonces —se interesó Kirah.

—Siempre creí que era tan solo una leyenda. Incluso su armadura se contradice. Es una armadura de la hermandad del Dragón, los caballeros que más se opusieron a las ansias de poder del emperador.

—Pues si tiene el Streeyh y además es un traidor entonces tenemos más motivos para destruirle.

—¡No, espera! ¡Es demasiado peligroso! —exclamó Derkel, con voz temerosa, cuando no cómo Kirah desenfundaba su Espada Esmeralda.

El elfo esgrimió dos pequeñas dagas y se preparó para el combate cuando vio que el príncipe de Draconia cargaba contra Flood.

El caballero bloqueó el ataque del príncipe Kirah y lo desequilibró hacia un lado para hacerlo caer con un hábil bloqueo de media luna a través de la hoja de su espada, mientras le poma la zancadilla. Después aprovechó el impulso para girar sobre su cuerpo hacia un lado y evitar así el embate de Derkel, colocándose de este modo espalda con espalda con el elfo.

El caballero carmesí golpeó fuertemente al elfo con la parte trasera de su armadura, dejándose caer ligeramente con un brusco y rápido movimiento.

Kirah se levantó y fue corriendo hacia el caballero rojo para asestarle un golpe que pretendía cercenarle la cabeza a su adversario. Flood se agachó para evitarlo, tras lo cual el príncipe aprovechó el impulso que llevaba para girar más y agacharse para así atacar con su espada las piernas de su oponente, pero este saltó y evitó el ataque.

Viéndose en una posición aventajada sobre el draconiano, el caballero rubí descargó un golpe vertical con su espada dragontina.

Kirah bloqueó el ataque, sujetando con una mano la empuñadura de su espada, y con la otra apoyada en la hoja, haciendo fuerza para evitar que el ataque de Flood lo

alcanzara.

El caballero le dio una patada al draconiano, lo tiró al suelo y levantó entonces la espada, con intención de hundirla en Kirah. Sin embargo tuvo que esquivar una flecha disparada por Derkel. Saltó hacia atrás y giró en paralelo al suelo, realizando un tirabuzón en mitad del salto para esquivar la flecha y a continuación caer perfectamente de pie. El joven príncipe se levantó y tomó distancia.

—¡Sal de aquí! —le gritó Derkel al draconiano—. ¡Yo le entretendré!

El elfo le lanzó otra flecha. Flood rodó para evitarla y Derkel disparó de nuevo. El caballero rojo la desvió con su espada esta vez.

—¡No voy a abandonarte y dejarte morir aquí! —replicó Kirah, arremetiendo contra Flood.

El caballero carmesí tuvo el tiempo justo para contener el ataque, lo que provocó un forcejeo.

—¡Tú no puedes morir! ¡Hay demasiado en juego! —replicó Derkel, disparando otra flecha.

Esta vez se clavó en el hombro de su enemigo, cerca de la paletilla. Flood se tambaleó, perdiendo terreno, y Kirah continuó su asedio con más firmeza a la par que el elfo preparaba otra saeta.

El caballero rubí volvió a detener el ataque del príncipe draconiano con otro bloqueo, que situó a Kirah entre él y Derkel. Así el elfo no podría disparar contra el caballero del agua, que empujó al muchacho hacia el elfo para asegurarse la jugada.

Tras tomar algo de distancia, Flood alzó las manos mientras su Aura brillaba furiosa.

Negros nubarrones ocultaron el sol y ensombrecieron el cielo, y poco después el agua comenzó a caer de pronto a raudales.

—No vamos a morir hoy Derkel. Ni tú ni yo —afirmó el draconiano.

—No seas estúpido. Sal de aquí e intenta contactar con Xeev —rogó el elfo.

—Ya te he dicho que no voy a dejarte morir aquí, amigo mío —sentenció Kirah, corriendo hacia Flood.

—¡No, hombre! ¡Espera! —quiso advertirle su compañero—. ¡No!

Un feroz rayo impacto contra Derkel, como culminación macabra de la mortal trampa que su enemigo había preparado.

—¡¡¡DERKEL!!!! —se desesperó Kirah, viendo caer el cuerpo de su amigo.

El draconiano corrió hacia su compañero mientras la culpa lo corroía. Su imprudencia había causado aquel fatal desenlace.

—¡Derkel! Derkel, dime algo... —dijo cayendo de rodillas junto a su camarada abatido, a la vez que las lágrimas se fundían con las gotas de lluvia que resbalaban por su cara mientras lo abrazaba.

—No te preocupes por tu amigo, no está muerto —aseguró Flood con tono de burla—. No sé quién eres, pero ese hombre parecía muy preocupado por tu supervivencia, así que ahora tienes que escoger o te enfrentas a mí y me vences para

salvar a tu compañero, o huyes y me entregas su vida...

El príncipe le dedicó una mirada de odio mientras se incorporaba y descubría su identidad, oculta hasta entonces bajo la capa con la que pretendía viajar de incógnito.

—Soy Kirah Murako, heredero del trono de Draconia; y por mi honor de guerrero os juro que esta será hoy vuestra tumba...

Flood sonrió con crueldad.

—Entonces hoy será un día glorioso...

Mientras se libraba el brutal encuentro, en el rincón más oscuro de la galaxia, una bella mujer con extrañas marcas en los ojos contemplaba la inmensidad del espacio desde el ventanal de su nave. La túnica de seda negra que cubría ligeramente su cuerpo dejaba ver prácticamente la totalidad de sus sensuales cunas y la corona que adornaba sus cabellos se entrelazaba con el velo de gasa que ocultaba parcialmente su rostro.

—Mi señora... —dijo una voz a su espalda, arrancándola de sus maquinaciones.

—AL..., Tigrito... ¿Qué nuevas me traes? —preguntó la mujer, dándose la vuelta y acercándose a su súbdito.

—El príncipe Kirah está en Draken, mi señora. El operativo renegado, Xeevetta, viaja con él.

—Así que ese malnacido muestra por fin su primera jugada... —pensó la mujer en voz alta, con tono asqueado y de desprecio.

—Bien, Tigrito. Necesito que me traigas su sangre. La hora se acerca y la necesitamos para la invocación.

—Como ordenéis, mi señora —haciendo una reverencia antes de retirarse.

—Pronto todo el universo estará unido bajo el estandarte de la todopoderosa Excoya; y entonces aplastaré a esos bastardos del Cielo de un solo golpe... —pensó la mujer, mientras una sonrisa mezcla de rabia y locura se dibujaba en su rostro.

La batalla en Draken era encarnizada. Ninguno de los rivales cedía terreno y el tiempo apremiaba para ambos. Las miradas y la lucha psicológica compartían escena con el choque de huesos y aceros.

Finalmente Flood logró desarmar a su rival y sonrió con burla. No obstante el príncipe no perdió un segundo y contraatacó con la legendaria técnica Appapuniken<sup>[4]</sup>.

Tras el último impacto de Kirah el caballero de sangre cayó derribado varios metros hacia atrás mientras su armadura se resquebrajaba.

Flood logró incorporarse solo para volver a caer de rodillas, quejándose de un fuerte dolor y tratando apresuradamente de quitarse el yelmo para poder respirar.

El rostro que ocultaba la armadura carmesí se reveló por fin, junto con un gran secreto, pues su ojo derecho estaba rodeado por una extraña marca azulada que lo distinguía como miembro de la realeza edeinesa.

El príncipe le había herido, pero no solo en el cuerpo, sino también en su amor propio.



Kirah le devolvió la mirada mientras su aura se agitaba con bravura.

Flood trataba en vano de ponerse en pie a la vez que Kirah se llevaba las manos a la cintura, recubriendo su cuerpo de rayos.

—¡No, no, no...! —se desesperó el caballero rojo al sentir cómo crecía el poder de su adversario.

—¡¡¡Lightning Kuradoh!!! —gritó Kirah, extendiendo los brazos al frente.

Una gigantesca ola de energía salió disparada contra Flood, que siendo incapaz de moverse, se preparó para el feroz impacto que estaba a punto de recibir.

El ataque del draconiano culminó con una tremenda explosión que dejó un gigantesco cráter humeante donde antes estaba su enemigo.

El príncipe cayó al suelo rendido y agotado por ese último esfuerzo. Poco a poco fue recuperando el aliento y centrando su atención en Derkel. Se ocuparía de él en cuanto tuviera fuerzas para levantarse. Sin embargo, comprobó que otra necesidad más acuciante requeriría su tiempo antes de poder atender debidamente a su amigo.

Algo le apartó de un empujón de la trayectoria de un chorro de agua a presión con forma de dragón que emergió de la nube de polvo en la que se encontraba Flood.

Cuando el humo se disipó por completo Kirah pudo comprobar que su enemigo aún no había dicho su última palabra. Su armadura estaba pulverizada y su cuerpo recubierto de heridas, sí, pero estaba vivo.

Después de ver esto, el joven draconiano dirigió su atención a lo que le había salvado de aquel ataque a traición.

—¿Xeev? —se extrañó.

—El mismo, dragoncito. Pasaron más patrullas, como dijo Derkel, de modo que hice lo que tenía que hacer.

—No sabes cuánto me alegro de verte —sonrió el príncipe.

—Ayuda a Derkel —dijo Xeev, lanzando a su amigo una pequeña calabaza que contenía elixir de hojas doradas<sup>[5]</sup>. —No es.

—¿Y tú? —dudó el muchacho.

—Os conseguiré tiempo para que os recuperéis. No te preocupes. Estaré bien.

—Ten cuidado, ¿vale?

—Siempre, dragoncito —afirmó Xeev, guiñando un ojo a su protegido.

Xeeveta se preparó para el combate. Sabía a quién tenía delante; y también sabía que no sería un rival sencillo pese a su condición, pero no tenía más remedio.

—Bien. Veamos si esos trucos tan sucios te sirven conmigo —sentenció el tadoriano, poniéndose en guardia.

—Solo has retrasado su inevitable muerte, traidor —declaró Flood.

—¿Sabes? Es una pena que tengamos que enfrentarnos en estas Circunstancias. Normalmente te hubiera dado a ti la poción, para que estuvieses en plena forma. No será tan divertido luchar contigo en ese estado, pero la vida de mis compañeros corre peligro, así que el tiempo es un lujo que no tenemos —sonrió Xeev.

—No te preocupes, si eso es lo que quieres entonces morirás rápido —concluyó

Flood, lanzándose al ataque.

Xeev corrió también hacia él, esperando culminar su carrera en un brutal choque cuerpo a cuerpo.

El caballero rojo aguantó hasta el último instante posible y entonces saltó por encima de Xeev y apoyó sus manos en la espalda de su enemigo para hacer una voltereta lateral y caer justo para atacarle por la espalda con una patada giratoria inversa.

Xeev la bloqueó y barrió la pierna de apoyo de su oponente, derribándole.

Flood se levantó y acosó a su adversario con múltiples golpes de todo tipo y a diferentes alturas. Xeev pudo bloquear todas y cada una de sus técnicas sin problemas, aprovechando un descuido de su rival para ponerle la zancadilla.

Flood se desequilibró y Xeev aprovechó para golpear su nunca con un fuerte revés.

El kopy-kat se dio la vuelta, dándole la espalda, y riendo con burla.

—Patético... —dijo, con una última mirada de desprecio y provocación.

—¡Maldito seas! —bramó Flood, lleno de rabia.

El caballero carmesí se abalanzó sobre Xeev, agarrándolo por la espalda y rodeándolo con sus brazos en un intento desesperado de sujetarlo. Su intención era la de hacerse explotar acumulando una gran energía en su interior para después liberarla y llevarse a su enemigo con él. Sin embargo, eso era lo que Xeevetta esperaba que hiciera.

Gracias al domino del dax<sup>[6]</sup> de su cuerpo, Xeev creó unas púas en su espalda, que atravesaron a Flood.

El caballero carmesí soltó a su enemigo y se arrodilló, al borde de la muerte, al mismo tiempo que un pequeño mecanismo de color rojo, similar a un rubí caía del interior de su cuerpo, hecho añicos.

—¡Kho-Kith! ¡Kho-Kith! ¡¿Estás bien, amigo?! —le llamó Xeev, abalanzándose sobre Flood—. ¡Derkel! ¡Necesito tu magia!

Flood miró a Xeevetta sorprendido y con dificultades para respirar.

—¿X... Xee...?

—Aguanta, amigo. Te pondrás bien —afirmó Xeev, dándole de beber los restos de la poción que no le había dado a Derkel.

—¡¿Pero qué está haciendo?! —se sorprendió el elfo. Kirah y Derkel se acercaron a Xeev y a su abatido enemigo.

—¿Xeev? ¿Qué estás...? —preguntó Kirah.

—¡Derkel! Necesito que le cures. Os lo explicaré más tarde, por favor —se desesperó Xeev, mientras el caballero rojo perdía el conocimiento.

—Está bien. Espero que sepas lo que haces... —dudó Derkel, agachándose junto a Flood.

—Tranquilo, Derkel. Es un buen amigo mío —afirmó Xeev.

—Tienes unas amistades muy peculiares —comentó Kirah.

—Excoya utiliza artilugios de control mental, os lo dije —señaló el tandoriano—. ¿Veis ese trasto de color rojo?

—Sí —dijo Derkel, mientras canalizaba un conjuro de curación.

—Excoya le implantó uno a Kho-Kith, en algún lugar de su torso, y lo transformó en Flood.

—Eso es... —se enfureció Kirah.

—Demasiado, sí. Esa bruja sabe muy bien cómo manipular y hacer daño —se entristeció Xeevetta.

—¿De qué le conoces? —preguntó Derkel.

—Kho-Kith es el rey de Absalon, el reino más importante del planeta Edeina. Fue uno de los primeros planetas que conquistó Excoya. Kho-Kith y su ejército lideraron la resistencia edeinesa hasta que este fingió rendirse para infiltrarse en las huestes de la bruja. Su intención era destruir sus filas desde dentro... —se lamentó Xeev.

—¿Y dónde entras tú? —curioseó Kirah.

—Él me pidió ayuda muchas veces. Se infiltró porque no pude enviarle tropas para ayudarlo.

—Pero eso tampoco era culpa tuya Xeev. —le apoyó Derkel—. Tenías órdenes muy estrictas.

—Y ahora has saldado tu deuda con él —prosiguió Kirah.

—No, aún no es suficiente. No lo será hasta que tenga el corazón palpitante de Excoya en mis ensangrentadas manos —sentenció el tandoriano.

**LORE**

## 8. El golpe

El edeinés corroboró los hechos relatados por Xeev y a continuación entregó a Derkel el Streeyh que llevaba con él.

—Desgraciadamente es todo lo que puedo daros... —se avergonzó Kho-Kith—. No sé a dónde debía llevarlo ni el resto de mis órdenes... No recuerdo nada después del control mental...

—No te preocupes, Kho. Se lo haremos pagar —afirmó Xeevetta.

—Excoya debe ser destruida, sin duda, pero debéis tener cuidado. Un sólo movimiento en falso y seréis suyos para siempre —advirtió Kho-Kith.

—Descuida, sé muy bien de lo que es capaz... —señaló Xeev, cabizbajo.

—¿Qué harás ahora, Kho-Kith? —preguntó Kirah.

—Regresaré a Edeina. Reconstruiré Absalon y uniré a los clanes para expulsar a Excoya de nuestras tierras.

—Y hablando de regresar, ¿cómo piensas hacerlo? No tenemos forma de escapar de aquí —afirmó Xeev.

—Enlace mental, amigo mío —sonrió el edeinés—. Puedo localizar a mi hermano Zein-Sho y pedirle que venga a buscarnos.

—A nosotros no nos sirve, Edeina está demasiado lejos de Dracorum y no nos sobra el tiempo, precisamente... —se deprimió Xeev.

—Aún así, Xeev... —intervino Derkel—. Los Streeyh solo sirven juntos. Mientras tengamos al menos uno en nuestro poder habrá esperanza.

—Entonces puedo llevaros —afirmó Kho-Kith.

—Supongo que no hay otro modo —se resignó Xeev.

—Si tan solo pudiéramos hablar con Kido... —pensó Kirah, en voz alta—. Derkel.

¿Qué...?

—Shhh, shhh, shhh... —le interrumpió el elfo, indicando que se callara.

—¿Qué pasa ahora? —se preocupó Xeev.

—Creo que los dioses han escuchado tu mego, Kirah —sonrió el elfo.

—¿Kido?! —se alegró el príncipe.

Derkel asintió, mientras se concentraba tratando de oír la voz que resonaba en su cabeza.

—¿Va todo bien? —preguntó Xeev.

—Kido nos pide perdón —afirmó Derkel—. Estaba al corriente del ataque a Draconia y de los planes de Excoya.

—Imagino que tendrá un buen motivo para no habernos avisado... —señaló Xeev, con tono molesto.

—Excoya bloqueó su capacidad telepática. Incluso ahora, habiendo reforzado su escudo mental, le cuesta comunicarse conmigo —afirmó el elfo.

—¿Sabe al menos cómo podemos salir de aquí? ¿O qué ha pasado para que

Draken tenga este aspecto? —indagó Kirah.

—Dice que puede abrir un portal a Draconia, pero que agotará sus fuerzas durante unas horas. No tiene ni idea de por qué Draken está en este estado...

—En fin... Lo que sea, pero que nos saque de este lugar —afirmó Xeev—. ¿Vienes con nosotros? —añadió, dirigiéndose a su amigo edeinés.

—Prefiero esperar aquí a mi hermano, muchas gracias —negó Kho-Kith—. Además, puedo tratar de conseguiros algo de tiempo si vienen los soldados de Excoya. No saben que estoy libre del control mental, por tanto puedo jugar con cierta ventaja y confundir su rumbo.

—Está bien, como quieras —asintió el tandoriano.

—Bien, Kido. Abre el portal, por favor —pidió Derkel.

—Esperad un segundo —interrumpió Kho-Kith, mientras el portal se materializaba junto a ellos—. Antes de que os marchéis, príncipe Kirah, quiero daros algo.

El edeinés le entregó al joven draconiano un medallón dorado con extraños grabados y con una preciosa gema engarzada en su centro.

—Es el emblema de la casa real de Absalon. Aceptadlo como gesto de amistad y hermanamiento entre nuestros reinos. Será un honor saldar la deuda que ahora contraigo con vos llegado el momento.

—Lo mismo os digo, rey Kho-Kith. Si Draconia puede prestar apoyo a vuestra causa sólo tenéis que pedirla —respondió Kirah, aceptando el presente.

—Tened mucho cuidado. No os arriesguéis más de la cuenta —se despidió Derkel.

—Lo mismo os deseo, maese Derkel.

—Cuídate mucho, amigo —dijo Xeev.

—Tranquilo, todo irá bien. Ahora marchaos —sonrió Kho-Kith.

—Buena suerte —le deseó el kopy-kat.

El portal les llevó de regreso a Draconia, concretamente a las afueras de Ulrem, unos pocos kilómetros al oeste de la ciudad capital. El draconiano no tuvo fuerzas para abrir un portal con más precisión, de modo que cuando arribaron definitivamente a las puertas de la ciudad presidida por los muros del castillo Yarracus el crepúsculo se había extendido en el cielo.

Como les había dicho Kido, sus poderes estaban muy débiles y el enlace mental se interrumpió, así que estaban de nuevo perdidos; aunque no sin rumbo, pues Derkel había sentido de nuevo la presencia de los dos cristales que había perdido en Draken, acercándose a otros dos más en Dragorun. Sin embargo, después de esa batalla tan dura estaban exhaustos y necesitaban descansar, de modo que Kirah sugirió prepararse bien en el castillo y partir a la mañana siguiente.

La luna llena y los farolillos iluminaban las ajetreadas calles de Draconia junto a miles de estrellas en el firmamento.

Pese a los recientes acontecimientos el ánimo de las gentes de la ciudad capital no

se enturbió ni un ápice y celebraron con más entusiasmo y esperanza que nunca el Día de la Rosa<sup>[7]</sup>.

—Espera, Kirah. Antes me apetece mezclarme con el gentío. Vamos a tomar una copa —sugirió el tandoriano.

—Puedo ofrecértela también en el castillo, Xeev —señaló Kirah.

—¿Tan refinado te has vuelto que no eres capaz de sentarte junto a un campesino? —preguntó Xeevetta.

—¡Claro que no! —se ofendió el príncipe—. Moriría por cada uno de ellos.

—¿Entonces cuál es el problema, dragoncito? Normalmente los chicos de tu edad se pirran por las fiestas.

—Yeng me dijo que debía encontrar a alguien para que..., bueno..., para... que sea mi... reina... —empezó a divagar el draconiano.

—No fastidies. ¿Te da miedo cortejar a una dama? —sonrió Xeev, con una pizca de burla en su tono.

—¿Qué?! ¡No! Es que... no es el momento.

—Venga, Kirah. Es normal estar asustado la primera vez —dijo Xeev, ampliando su sonrisa mientras rodeaba a su amigo con el brazo—. Yo puedo enseñarte mucho sobre las mujeres, así que pregunta lo que quieras; aunque... no creo que ninguna mujer te rechace, dada tu posición social.

—Déjame en paz... —se apartó el príncipe—. Además, ¿qué es eso de mi “posición social”? Las mujeres draconianas no son tan vulgares.

—¡Ajá! Te he pillado. Sabía que era eso —se burló Xeev, señalándole con el dedo.

—¡¿Qué...?! Yo... Bah... —balbuceó Kirah, tratando en vano de encontrar algo que alegar en su defensa—. Me voy a dar un paseo...

—Si te ves abrumado por un par de jovencitas y necesitas ayuda avísame —continuó el tandoriano.

—¡Mmm...!! —farfulló el príncipe, dándose media vuelta—. ¿Tú qué harás, Derkel?

—Me quedaré con Xeev. Alguien tiene que vigilar a este rompe corazones y velar por el honor de las doncellas draconianas —sonrió el elfo—. Además, a la gente se le suelta la lengua cuando bebe de más; igual averiguamos algo.

—Como quieras. Os veré más tarde —se despidió Kirah.

La calma que recorría el patio del castillo contrastaba enormemente con el bullicio de la ciudad. Pese a los recientes acontecimientos el pueblo se negaba a sucumbir a la depresión y a minar su moral. Sin embargo, una solitaria figura encapuchada aprovecharía esa calma para usarla en su favor y deslizarse como una sigilosa sombra entre los muros de Yarracus.

El encapuchado se colaba por rincones imposibles, dejando fuera de combate a los soldados que montaban guardia. No obstante, cuando se disponía a infiltrarse en su interior notó algo que se acercaba a gran velocidad.

Se apartó rápidamente y observó cómo una espada de hoja verde esmeralda, que había sido lanzada como una jabalina, se clavaba en la pequeña puerta lateral que pretendía usar para colarse. Acto seguido esquivó rápidamente una poderosa patada frontal que descargó su agresor arrojado por un feroz grito, tras lo cual recuperó su espada.

El encapuchado intentó darle una patada en el estómago a su oponente, que bloqueó el ataque con el brazo. El intruso volvió a atacar, esta vez con una pequeña daga. Su rival lo empujó y lo tiró al suelo, pero se levantó rápidamente y sacó de su bota otra daga. Acto seguido adoptó la posición defensiva básica de Gada-Reyh-Zan: las rodillas semiflexionadas, cargando ligeramente más el peso en la pierna de atrás, un brazo estirado paralelo a la pierna adelantada y el brazo contrario recogido de tal forma que el puño quede a la altura del pecho.

Ambos rivales se tomaron unos segundos para estudiarse antes de enzarzarse en una brutal contienda bajo la luna, ahora cubierta parcialmente por nubes de tormenta hasta que, tras separarse nuevamente, cargaron el uno contra el otro en un intento desesperado por dar el golpe de gracia.

Mientras tanto, un viajero se acercó a la mesa que compartían Xeev y Derkel en la plaza del mercado, donde ambos estaban disfrutando de la representación que tenía lugar sobre el escenario que presidía los festejos.

—Una jarra de harack<sup>[8]</sup>, por favor —pidió el viajero al camarero mientras se sentaba.

—¿Y tú quién diablos eres? —preguntó Xeev, mientras adoptaba una posición desafiante y tranquila a la vez.

El viajero se descubrió y miró a uno y a otro.

—Un viejo amigo.

—¡Nadh<sup>[9]</sup>! —se alegró Derkel—. ¿Qué haces aquí?

—Gloríen me explicó la situación y he decidido venir a echar una mano en lo que pueda.

Esperaba reunirme con Ember en el castillo.

Xeeveta no le quitaba los ojos de encima, manteniendo un duelo de miradas con el humano, que de vez en cuando sonreía con burla, lo que ocasionó que Derkel se sintiera incómodo.

—Ya basta, chicos. Estamos todos en el mismo barco.

—Lo siento, Derkel. Es solo que... ¿un humano? —se ofendió el tadoriano—. Son todos iguales... Corruptos y traidores. ¿Qué hace aquí?

—Patearte el culo, quizás —se defendió Nadh.

—¿Qué has dicho? —replicó Xeev, inclinándose hacia él, amenazante.

—¿Eres sordo o solo estúpido, mastodonte?

Xeev se quedó callado, sin apartar la mirada ni moverse ni un centímetro de su posición.

Derkel sabía muy bien lo que eso significaba: al próximo comentario o el más

mínimo movimiento de Nadh, Xeev saltaría a su cuello como un perro de presa.

—Será mejor que calmemos los ánimos o pasaremos la noche en el castillo, pero en los calabozos, no en una alcoba... —intervino el elfo.

—Como si tengo que pasarla en la más pútrida y pestilente de las cloacas. Estaré encantado si es lejos de un humano —declaró Xeevetta, con desprecio.

—Pues me temo que nos encerrarían juntitos, mastodonte... —se burló Nadh, tirándole un beso.

—¡Ya está! Vas a...

Derkel interrumpió a su amigo tandoriano con un hechizo de parálisis mientras sujetaba a Nadh por el hombro.

—Si no os calláis estáis fuera de esto, ¿queda claro? —se irritó el elfo—. ¡Somos aliados, maldita sea! Estamos todos en el mismo barco, y si no sois capaces de dejar a un lado vuestro racismo por mero chismo, al menos hacedlo por Kirah. Lo que menos necesita ahora es un grupo desunido —sentenció Derkel, mientras el camarero servía a Nadh. Ahora bebamos para apartar nuestras rencillas.

El intruso había quedado desarmado y el filo de la espada de verde hoja estaba ahora apuntando a su garganta.

—¡Alto! ¡Deteneos! —gritó Ember mientras se acercaba a los dos encapuchados junto a un pelotón de soldados.

—Maldita sea... —susurró el desarmado, casi inaudible, entre lo que parecían llantos.

Uno de los soldados tomó el pulso de varios de sus compañeros abatidos y asintió después, dirigiéndose a Ember, en señal de que estaban con vida.

—¡Tirad todas vuestras armas y descubríos! ¡Los dos! —ordenó el caballero de dragontina armadura.

El vencido se descubrió por fin. Una bellísima mujer de cabellos y ojos negros como el azabache bajó su semblante avergonzada mientras uno de los soldados la reducía, poniéndola de rodillas y atándole después las manos a la espalda.

El filo de la espada que amenazaba su vida tampoco se apartó de ella, por lo que su portador se vio rodeado por el acero de las alabardas que ahora lo apuntaban a él.

—¡Tú! ¡¿Estás sordo?! —se impacientó Ember, mientras le agarró su capucha para descubrirlo—. ¡He dicho que tires tu arma y te des...! ¡Alteza! —se sorprendió el caballero al comprobar que era el príncipe Kirah.

Ember y el resto de soldados se arrodillaron ante su señor.

—Oh... —se lamentó la chica.

—¿Qué...? ¿Qué ha pasado, Kirah? —se sorprendió Ember.

—Te lo contaré después, cuando no haya oídos demasiado curiosos —dijo Kirah, refiriéndose a la joven—. Encerradla.

—Camina... —dijo uno de los soldados, a la vez que la ponía en pie—. Ahora verás lo que les pasa a los ladrones...

—¡Alteza! —gritó la joven, resistiéndose.



—Encontramos uno —comentó Kirah, ignorando a la mujer, que seguía tratando de llamar la atención del draconiano—. Mañana partiremos, ya sabemos dónde ir a continuación.

—¡Alteza! ¡Se trata de Excoya! —gritó la presa.

—¡Alto! —ordenó el príncipe—. ¿Qué has dicho? —se interesó Kirah, poniendo el filo de su espada en su garganta.

—Excoya me... me obligó a robar el anillo de Hydra del castillo, mi señor. No tuve más remedio. Tenéis que creerme.

—Así que tengo que creerte... ¿Por qué? —preguntó Kirah, con cierto desprecio en el tono de su voz.

—Me dijo que tenía a mi abuelo y que lo mataría si no cooperaba...

—Tu abuelo... —repitió Kirah, sin creerse una sola palabra—. ¿Puedo saber su nombre?

—Yeng Kethon, mi señor —declaró la joven.

—¿Yeng? —se sorprendió Ember—. No recuerdo que tuviera nietos. Ni si quiera hijos.

—Es la verdad, mi señor —declaró la mujer, con firmeza—. No soy precisamente un orgullo para él, pero si estuviera aquí podría reconocerme...

—Así que no eres ningún orgullo para tu abuelo... No me sorprende... —señaló Kirah—. Por cierto, hablando de Yeng, ¿dónde está?

—Ha partido al noroeste, a Risken. Oyó rumores acerca de una espada tan poderosa que era capaz de abrir el cielo. Se decía que el príncipe Kaly estaba siguiendo el rastro de ese arma legendaria. —afirmó Ember.

—¿Cómo de ciertos son esos rumores? —indagó Kirah.

—Lo suficiente para que Yeng encabezara una expedición junto a dos batallones.

—Muy bien. Manda un pelotón a comprobar su estado. Reforzad la guardia en la tesorería y en las murallas. No sabemos si todo esto es también parte del plan de Excoya o si es sólo otra distracción —ordenó el príncipe.

—A la orden, señor —asintió el soldado de mayor rango.

—¿Cómo contactó contigo Excoya? —interrogó Ember a la ladrona.

—Oyó hablar de mi antigua banda. Uno de mis compañeros me dio el mensaje en su nombre.

—¿Y tu nombre es...? —preguntó el príncipe.

—Sheevela, mi señor.

—Muy bien Sheevela, pues ahora vas a decirles a estos soldados dónde podrán encontrarlos para interrogarlos y después irás a prisión —sentenció Kirah.

—Dejadme acompañaros, alteza —rogó la joven.

—¿Cómo dices? —se ofendió Ember.

—Habéis dicho que mañana partís de viaje. Si vais a luchar contra esa bruja quiero ayudaros a darle caza. Os conduciré hasta mi banda y podréis hablar con ellos. Después dejadme ir con vos y os ofreceré mi vida a cambio...

—¿Sabes lo que has intentado robar? ¿O con quién estabas tratando? —preguntó Kirah, molesta.

—No sé qué tiene de especial ese anillo, mi señor, pero si conozco los métodos de esa bruja... Todo lo que hacía era bajo coacción... y algún día haré que lo pague. De un modo u otro... —declaró la mujer—. Me habéis visto luchar. Puedo ayudaros, alteza... Por favor...

Kirah se quedó pensativo unos segundos.

—No te lo estarás tomando en serio, ¿verdad? —le preguntó Ember.

—Es cierto que es una buena luchadora... —asintió Kirah.

—¡Razón de más para no confiar en ella! —bramó Ember.

—¿Preferís que empuñe unos barrotes o un arma contra vuestros enemigos? ¿Contra los enemigos no solo de Draconia sino de todo Dracorum? —declaró Sheevela.

—No puedo saltarme la ley —afirmó Kirah—. Y la ley exige un castigo muy concreto por robo. Sin embargo, dado que era un robo fuera de lo común, el castigo tampoco será ortodoxo. Acepto pues tu vida como pago —concluyó el draconiano.

—No puedes estar hablando en serio... —se turbó el caballero del dragón.

—Estará vigilada día y noche.

—No lo hagas, Kirah. No podemos fiamos de ella —insistió Ember.

—Todo irá bien. Xeev se encargará de que las cosas no se descontroloen —dijo Kirah, tratando de justificar su actos—. Así que... traiciónanos... y lo pagarás con tu vida... —concluyó, advirtiendo a la joven sobre sus opciones.

—Gracias... Gracias, mi señor. No os arrepentiréis —afirmó Sheevela.

—Eso espero, por tu propio bien. Esta noche la pasarás en las mazmorras. Mañana veremos cómo de firme sigue siendo tu voluntad —se despidió el príncipe.

—¡¿Qué?! —se sorprendió Sheevela, con cara de incredulidad.

**LORE**



## 9. Dragorun

A la mañana siguiente, Kirah se reunió con sus aliados para partir hacia Dragorun. Nadh también iba a acompañarlos, pese a los molestos comentarios de Xeevetta al respecto.

Cuando los cuatro compañeros estuvieron listos para partir, el príncipe tomó una capa de viaje de más.

—Enseguida regreso.

—¿A dónde vas? —preguntó Derkel.

—A por alguien que puede abrimos muchas puertas —sonrió Kirah—. Ensillad otro caballo, por favor... Uno que no sea fácil de montar... —añadió con sonrisa pícara.

El príncipe cruzó los sótanos hasta las mazmorras y se acercó a la celda de la ladrona Sheevela.

—Buenos días. Espero que estés lista —saludó Kirah.

La joven respondió con una mirada desafiante y de desprecio.

—¿Has cambiado de idea? —preguntó el joven.

—A lo mejor... —desafió la ladrona.

—Ah. Entonces... Que pases un buen día —Se despidió Kirah.

—¡No! ¡Esperad! —gritó Sheevela.

El príncipe regresó a la celda de su prisionera.

—¿Qué? ¿Ahora sí?

—Lo siento, Alteza... yo... —quiso decir la chica.

—Verás, Sheevela. Si realmente eres lo que dices ser, una víctima, seré yo el que te pida perdón y te compensaré por esto con creces; pero hasta que esté seguro de tus intenciones no tengo más remedio. Hay mucho en juego y una cara bonita como la tuya puede ser una distracción fatal.

—Lo entiendo, señor. Es que... bueno, a veces soy un poco pasional y actúo sin pensar.

—Pues ya somos dos —sonrió Kirah—. Mis soldados interrogarán a los miembros de tu banda y tú vendrás con nosotros en nuestro viaje. Nunca se sabe dónde tendremos que hurgar y puede que nos hagan falta habilidades de ladrón. No puedo ofrecerte ni prometerte nada, pero es eso o los barrotes de esa celda, tú eliges.

—Iré con vos, alteza —declaró la joven—. Una vez más os pido humildemente perdón —concluyó arrodillándose.

—Está bien, levántate —dijo Kirah, con un tono mucho más amable, mientras se separaba de la celda—. Abrid la puerta —concluyó, dirigiéndose a los guardias del calabozo.

Mientras se dirigían al encuentro con los demás, el príncipe le fue comentando por encima a su nueva compañera su cometido y cómo debía comportarse.

—Bien, Sheevela. Viajaremos de incógnito, de modo que nada de llamarme alteza, señor, sire, ni nada por estilo. Tampoco queremos dar nombres reales, de modo que si necesitas dirigirte a mí en público llámame Jimmy.

—Jimmy. De acuerdo —asintió la joven.

—¿Alguna pregunta? —prosiguió Kirah.

—¿Qué estamos buscando exactamente?

—Lo sabrás cuando llegue el momento. —dijo el draconiano, tratando de no sonar demasiado grosero—. Lo siento si he podido ser un poco brusco. No pretendo hacerte sentir incómoda, pero por motivos de seguridad debo actuar así.

—Lo entiendo —dijo Sheevela, tratando de forzar una sonrisa.

—Me alegro. Ahora voy a presentarte al resto del equipo. Sígueme el juego, ¿vale?

Porque ellos no aprobarían tu presencia si supieran la verdad... Sobretudo uno de ellos...

—Claro, por supuesto —afirmó la ladrona.

Los tres compañeros del príncipe de Draconia se estaban impacientando y Derkel temía que aquellos momentos de espera pudieran desembocar en otra riña racista entre Xeeveta y Nadh hasta que los tres se quedaron boquiabiertos.

El joven Kirah iba acompañado por una hermosa mujer de cabellos largos y negros, enfundada en un ajustadísimo traje de cuero rojo que realzaba sus mareantes curvas, parcialmente ocultas bajo una pequeña capa de viaje del mismo color.

—Caray, con el que tenía miedo... No ha perdido el tiempo... —se asombró Xeev.

—¿De qué estás hablando? Esa es mucha mujer para él —afirmó el humano.

—Es muy guapa, sí —apoyó Derkel.

—¿Lo ves? —prosiguió Nadh—. Hasta Derkel reconoce que está buenísima... A su modo...

—Chicos, quiero presentaros a un nuevo miembro del equipo —dijo Kirah, acercándose a sus amigos, que no pudieron ni desmontar debido al asombro del que eran presos—. Ella es Sheevela. Será mi nueva escolta. Viajar con nosotros será su examen final, de modo que no le quitéis ojo.

—Descuida... —farfulló Nadh.

—Encantada —sonrió la ladrona mientras saludaba tímidamente con la mano.

—No dejéis que la vista os engañe. Estoy seguro de que podría tumbáros sin problemas —declaró Kirah.

El príncipe se subió a lomos de su caballo y se dispuso a presentar a sus compañeros.

—Este caballero tan refinado es Derkel, antiguo guardia personal del rey Argos Doraë. Es el estratega del grupo. Además siempre tiene una palabra de consuelo para

los peores momentos. Nada ensombrece su ánimo.

—Es un placer, señorita. Si necesita algo no dude en decirlo —saludó el elfo.

—Lo mismo digo. No se preocupe, maese Derkel. Me esforzaré por no ser un estorbo —declaró la joven, con una reverencia.

—Ese grandullón con cara de bestia parda es Xeev. Sí, ese mismo que ahora me está matando con la mirada —dijo Kirah—. Pero no te dejes engañar. Debajo de toda esa testosterona concentrada se esconde un gran corazón y, lo que a mí más me acojona, una inteligencia increíble.

Nadh no pudo evitar soltar una leve carcajada por ese comentario de Kirah, que simplemente trataba de bromear con su amigo, aunque el humano lo hubiera interpretado en clave de burla.

—Encantado de saludarla, señorita. No sé a qué peligros nos enfrentaremos, pero es muy posible que en algún momento le toque defender a Kirah de mí.

—Ya lo veo. Puede que incluso te ayude —sonrió Sheevela, siguiendo con la broma y aliviada por el esfuerzo que ambos amigos habían hecho por tratar de integrarla en el grupo y compartir con ella su camaradería.

—Finalmente, este de aquí es...

—Nadh —le interrumpió el humano, desmontando del caballo con elegancia y acercándose a ella—. A vuestro servicio, para cualquier cosa que necesitéis —prosiguió, cogiendo su mano para tratar de besarla—. ¿De dónde ha salido una flor tan hermosa?

Sheevela le colocó una daga en la garganta sin que el humano se diera cuenta, indicándoles de ese modo que no se pasara de la raya.

—De un lugar donde las rosas tienen espinas.

—Ya lo veo... Seréis una excelente escolta... —declaró Nadh, retirándose educadamente.

—¿Qué os había dicho?! —exclamó Kirah, con orgullo.

—Me gusta —asintió Xeev, con una gran sonrisa recorriendo su cara. Sheevela devolvió la sonrisa al tandoriano con cierto rubor reflejado en sus mejillas.

—Bien, pues en marcha —dijo Derkel, mientras ayudaba a Sheevela a montar.

—¿Cuál será nuestra ruta? —curioseó la joven.

—Iremos al puerto y tomaremos un barco con destino a Dragorun. Allí... —quiso decir Derkel, hasta que vio cómo Kirah le miraba, negando con la cabeza—. Decidiremos nuestro curso de acción.

Tanto Xeev, como Derkel y Nadh se sorprendieron de que Kirah tratara de ocultar el propósito de su viaje a su escolta, pero tampoco le dieron demasiada importancia, dado que la había presentado como una aspirante y que, por lo tanto, no necesitaba saberlo todo.

Durante la travesía Sheevela no paraba de mirar a su alrededor, escudriñando el entorno con inquietud, como si tratara de buscar la manera de alejarse, hasta que la mirada intensa, e impregnada ligeramente con desconfianza, de Xeev la disuadía.

Cada vez que la ladrona se veía sorprendida por el vigía tandoriano respondía tratando de mostrar una sonrisa tímida de manera convincente, incluso a veces apartaba la mirada de manera inocente tratando en vano de ablandar el corazón de Xeevetta, que no paraba de preguntarse quién era realmente Sheevela y qué hacía allí, sospechando que Kirah no había contado todo acerca de ella.

Finalmente la joven desistió de sus maquinaciones frustradas y se acercó a Kirah, que iba capitaneando la marcha.

—Alteza, ¿puedo preguntaros algo?

Kirah se carcajeó ligeramente.

—Claro. Y, por cierto, empieza a tutearme ya. Si no cuando tengas que hacerlo no te va a salir de manera natural y eso podría hacer peligrar nuestra tapadera.

—Está bien, lo intentaré. Disculpad mi torpeza, alte... Perdón, Jimmy.

—Bien... Poco a poco —dijo el joven príncipe, sin perder la sonrisa—. ¿Qué quieres saber?

—El Anillo de Hydra... ¿Qué es exactamente?

—Verás, Sheevela. El reino de Dergorun está protegido por la diosa del mar, Hydra. Solo deja pasar por sus aguas a quien ella elija o a aquel que le muestre su anillo. Mi padre lo recuperó de la Torre Negra hace quince años, cuando unos demonios lo robaron para el emperador Hazulem. Cuando mi padre se lo devolvió a la diosa, ella se lo ofreció como regalo.

—¿Y qué pretende hacer Excoya en Dergorun? —indagó la joven.

—No tengo ni idea. Espero que tu antigua banda sepa decírselo a mis hombres. En cualquier caso tienen órdenes de ir allí para investigar en cuanto Yeng regrese.

—Siento haber causado tantos problemas... —se avergonzó la chica.

—Bueno, ahora estás aquí para enmendarlos, ¿no es así? Además, ya te dije que si lo que me has contado es cierto seré yo el que deba rogar tu perdón.

—Eres muy amable. Si te digo la verdad pensaba que serías un niño rico malcriado, que pese a haber perdido a tus padres vivirías una vida de lujo y totalmente despreocupado de los problemas de los demás —confesó Sheevela.

—¿Y ya no lo piensas?

—No.

—¿Puedo preguntar qué te ha hecho cambiar de opinión tan rápido?

—El trato que ternas con toda esa gente que se acercaba a saludarte cuando partimos, cómo hablas con tus compañeros... Cómo te ven los demás... No sé explicarlo, pero creo que eres buena gente —contestó Sheevela—. Cualquiera otro en tu lugar me habría dejado encerrada en aquella celda... Y, si te digo la verdad, razón no te hubiera faltado. Mi primer impulso fue pensar en escapar y dejarte tirado, comprobar que mi abuelo estuviera bien y volver a avergonzarlo. No me sorprende que nunca te haya hablado de mi... Supongo que fui una niña problemática desde muy pequeña.

—¿Y ya no quieres escapar? —preguntó Kirah.

—No.

—¿Por qué? —curioseó el joven.

—No sé. Supongo que... te lo debo... Y se lo debo también a él.

—¿A tu abuelo?

—Sí. Ya es hora de agradecerle que se ocupara de mí tras la muerte de mis padres. Hasta ahora solo le he pagado con disgustos.

—Entonces aprovecha esta oportunidad. Corrige tu vida y colma a Yeng de orgullo —comentó el príncipe.

La conversación continuó largo y tendido. Sheevela no paraba de hacer preguntas y Kirah respondía a las que él creía conveniente para no comprometer la seguridad de la expedición.

Los seguían Derkel y Nadh, que hablaban sobretodo de política, de las líneas de sangre que podrían restaurar el Trono de Korikoh y también de mujeres, especialmente el humano.

Al final de todos ellos se encontraba Xeev, absorto en sus pensamientos pero en constante vigía, sobretodo de Nadh, que se giraba de vez en cuando para observarlo.

Finalmente, cuando llegaron al puerto, Xeev se encargó nuevamente de conseguir un barco en la capitanía mientras Derkel y Sheevela fueron a por provisiones para la travesía.

Kirah y Nadh se quedaron charlando sobre los viejos tiempos de su niñez, cuando ambos infantes tomaron parte en la guerra, siendo obligados a convertirse en adultos de manera prematura y cruel.

Mientras tanto. Tigrito se encontraba en Draken junto a un escuadrón de soldados. No había rastro de Flood ni de sus objetivos pero al menos encontró lo que había ido a buscar.

Gracias a un dispositivo de tecnología tandoriana pudo analizar unas pocas muestras, fruto de su batalla contra el caballero rojo y descubrió sangre de Kirah.

El hombre tigre esbozó una sonrisa maliciosa en su felino rostro y después ordenó a varios de sus vasallos que recogieran una muestra y que la preparasen para el transporte. Su ama estaría complacida.

**LORE**



## 10. Probar que somos héroes

A1 cabo de nueve días, su nave arribó a las costas de Dragorun. Kirah, Xeev y Derkel respiraron aliviados al ver que no ocurrió el mismo incidente que cuando llegaron a Draken, y que todo estaba en orden.

Los cinco compañeros recogieron sus caballos de la bodega de carga y se encaminaron a la ciudad capital, donde Derkel sentía la presencia de los cristales.

Dragorun era un reino bastante apacible y con paisajes bucólicos, de tierra fértil y verdes prados, aunque aquella fría mañana era el preludio de un día gris y triste.

Su capital había pasado de ser una discreta ciudad mercante a una próspera urbe en la que se reunían los más prestigios comerciantes del planeta.

La ciudad estaba construida en una elegante combinación de piedra azul de kherio<sup>[10]</sup> con tonos dorados y verdes.

Por todas sus calles podían verse puestos de diversas mercancías tales como especias, armas, telas, ropas de lujo, joyas y un sinfín de extraños y curiosos artilugios.

La capital estaba dividida en dos niveles. En la parte inferior se hallaban los comercios y las viviendas de la gente más pobre.

En el nivel superior se encontraban las casas más lujosas y grandes. Eran los hogares de los ciudadanos más ricos, que sohan ser los dueños de los puestos de comercio. El palacio estaba también en este nivel.

Kirah capitaneó el grupo hasta sus puertas, donde desmontó para acercarse más a los centinelas que las protegían.

—Buenos días. Soy el príncipe Kirah Murako, de Draconia, y ellos son mi escolta personal. Solicito una audiencia con el rey Bannoshya. Lamento ser tan informal pero me hallo en una situación delicada y tengo que viajar con extrema precaución.

—¿Tenéis alguna prueba que demuestre vuestras afirmaciones? —preguntó el soldado.

—Por supuesto —dijo Kirah mostrándole un anillo con el emblema de los Dragones Ardientes<sup>[11]</sup> grabado en él.

—Mis disculpas, alteza. Venid conmigo —dijo el guardia, indicándoles que lo siguieran.

Kirah hizo una reverencia y después acompañó al guardia, seguido por sus camaradas, mientras otro soldado se hacía cargo de sus monturas.

El joven príncipe y su escolta fueron conducidos al salón del trono, donde el rey les invitó a acercarse una vez hubo escuchado las palabras del centinela acerca de la insólita visita del heredero de Draconia.

Los cinco compañeros se descubrieron e hicieron una reverencia antes de adelantarse.

Shevela tardó en reaccionar al no estar acostumbrada al protocolo de la Corte.

—Saludos, príncipe Kirah. Es un placer veros con vida. ¿Qué asunto os ha traído a mi ciudad? —preguntó cortésmente el rey.

—Los Streeyh fueron recientemente robados del castillo Yarracus en Draconia. Hemos seguido el rastro de tres de ellos hasta la ciudad y quisiera solicitar permiso de su majestad para iniciar una investigación —respondió Kirah.

—Estáis bien informado, joven príncipe. Los tres cristales están aquí, como decís; es más, están bajo mi custodia. Mis hombres encontraron un barco sospechoso, naufragado en la playa Vultán. Los Streeyh estaban en su interior.

—Me alegro entonces de que no hayan caído en malas manos —sonrió Kirah—. ¿Seríais tan amable de entregárnoslos, por favor?

El rey acarició su barba.

—¿Sabéis qué es curioso? Hace poco vino otro grupo encabezado por alguien que, si no era vuestro hermano Kaly era un doble perfecto. También me pidió que le entregase los cristales... Pero ¿sabéis qué es más curioso todavía? Que se presentó como capitán del navío naufragado —explicó el rey—. Naturalmente me negué a su petición. Había algo en él que me hizo desconfiar. Después se limitó a retirarse sin más, pero con una última mirada que decía que no se rendiría tan fácilmente.

Derkel se adelantó unos pasos.

—Saludos, majestad. Mi nombre es Derkel, antiguo guardia real bajo el remado de Argos Dorae, de Korikoh, y actual guardián de los Streeyh. Tal vez os entenderíamos mejor si hablarais sin rodeos.

—Muy bien, maese Derkel. Seré claro —afirmó el monarca—. Me veo obligado a pedir os algo más que un anillo como prueba.

—¿A qué os referís, Majestad? —preguntó el príncipe.

—Nadie está a salvo de la voluntad del mal en estos días y, con los oscuros rumores que circulan últimamente, he de pedir os una prueba que demuestre que no se los entrego a la persona equivocada.

A Xeev le hervía la sangre y ya no pudo aguantar más su silencio.

—¿Cómo osáis dudar del heredero de Draconia?! —bramó el tandoriano.

—Xeev... —quiso detenerle Kirah.

—¿Acaso no recordáis quién lideró la guerra y os dio esperanzas hace siete años? —continuó Xeev, ignorando a su protegido.

—Cállate, mastodonte idiota... Sólo vas a empeorar las cosas... farfulló Nadh, entre dientes.

Xeev le escuchó y se giró para encararse con él. Sabía que el humano tenía razón y que si continuaba solo perjudicaría a su amigo, de modo que lo dejó pasar. Ya ajustaría cuentas en otra ocasión.

—Como he dicho, la voluntad de la Oscuridad es caprichosa. La gente cambia. Hasta el mismo Kaly parecía no ser el mismo. Un aura siniestra emanaba de él —respondió el rey Bannoshya.

—Con el debido respeto, majestad. Vos mismo habéis dicho que no estabais

seguro completamente de que ese hombre fuera el auténtico príncipe Kaly —remarcó Sheevela.

—Eso me da la razón, mi señora —afirmó el monarca—. Tampoco puedo estar seguro de que este joven sea realmente quien dice ser. Vuestro príncipe le dijo a mi centinela que debía extremar las precauciones. Yo estoy haciendo lo mismo. No puedo correr riesgos y que mi pueblo sufra por mis errores.

Xeev bufó malhumorado.

—Cálmate, amigo —le dijo Kirah—. Haremos lo que dice. No hay más remedio.

—¿Estás seguro, Kirah? —preguntó Derkel.

—Completamente. Sé muy bien por qué lo hace y no le culpo por ello.

—De veras que lo lamento, alteza —afirmó el rey.

—Bien. ¿Cómo puedo probaros mi valía, majestad? —se resignó Kirah.

—Traeréis las Gotas de Sauce —señaló Bannoshya—. Se encuentran en el bosque que les da nombre.

—¿Qué es lo que tienen de especial, Majestad? —se interesó Derkel.

—El bosque de la Gota de Sauce guarda sus secretos y solo permite a aquellos dignos desentrañarlos —explicó el monarca—. Traedme las gotas y los cristales serán vuestros.

—Así lo haremos —afirmó el príncipe draconiano.

—Bien. Mi hijo os escoltará cuando estéis listos.

—Perfecto. Además ahora nos toca hacer de niñeras... Hay que fastidiarse... —pensó Xeevetta.

## 11. Un gesto de amor

El grupo de Kirah fue escoltado hasta el patio de armas, donde un muchacho se encontraba solo, arrodillado frente a un gran árbol en el que descansaba una bellísima espada. Era un joven un par de años mayor que el heredero de Draconia. Lucía una melena oscura recogida hacia atrás y vestía un atuendo ceremonial. Acababa de graduarse como oficial de caballería y aún le faltaban unos minutos para concluir su primera tarea como tal: velar su espada desde las primeras luces del alba hasta el mediodía.

—Ese es el príncipe Yang-Chou. Su Vigilia está a punto de terminar —señaló el soldado que les llevó hasta él—. Cuando termine su labor os conducirá hasta el bosque.

Poco después partieron hacia su objetivo. Yang-Chou no paraba de hablar de su tema favorito: él mismo. Repetía incesantemente lo buen guerrero que era y presumía de galán, alardeando de sus conquistas cada vez que veía que Sheevela le miraba.

En varias ocasiones Nadh se daba por aludido y la conversación se tomaba en una competición de fanfarronería entre el príncipe y el humano hasta que este se aburría.

Así Kirah y su séquito tuvieron un pesadísimo viaje en el que el heredero de Draconia no hacía sino aguantar constantemente las ganas de bostezar, a través de graciosas muecas que al menos sirvieron a sus compañeros para hacer más amena su travesía.

Tras un periplo que, aunque no fue extenso en distancia parecía no tener fin, alcanzaron el bosque de la Gota de Sauce, también conocido entre los lugareños como el bosque llorón, porque está poblado mayormente por sauces llorones.

—Hemos llegado —afirmó el hijo del rey Bannoshya al desmontar.

—¿Podéis decirme qué son exactamente esas gotas de sauce, alteza? —se interesó Derkel, mientras hacía lo propio.

—Es un objeto muy valioso, prueba de una gran proeza —respondió el príncipe.

—¿Y eso por qué? —continuó Sheevela.

—Encierran los secretos del bosque —concluyó Yang-Chou con firmeza mientras avanzaba hacia su objetivo.

—El chaval se explica de miedo... —susurró Sheevela.

Xeev la escuchó y se acercó a ella con una sonrisa cómplice antes de desmontar.

—Esperemos que al menos maneje mejor la espada que la lengua.

Kirah, que encabezaba la expedición junto a su guía, se extrañó al ver que ese lugar parecía tranquilo y pacífico.

—Alteza, este bosque no parece peligroso, ¿realmente los secretos del bosque son tan temibles? —se decidió a preguntar por fin.

—Por ahora no hay de qué alarmarse, príncipe Kirah, no temáis —respondió Yang-Chou con tono de burla.

Una de las cejas de Kirah se arqueó al mismo tiempo que sus ojos seguían a su

descarado acompañante mientras se acercaba a Sheevela.

—Ni vos tampoco, *Milady*. Los saurus no se atreverán a acercarse a vos conmigo a vuestro lado.

—¿Saurus?! —se alarmó la joven.

—No os preocupéis... —quiso continuar el hijo de Bannoshya.

—Odio a esos bichos... —le interrumpió la ladrona.

Yang-Chou quiso coger la mano de la bellísima Sheevela, pero Derkel se interpuso entre ambos.

—Calma, Sheevela. Hace mucho tiempo que no se ven saurus. Hasta es probable que se hayan extinguido —la tranquilizó el elfo.

—Si... sí. Vale... Ya, ya está... —asintió la muchacha.

—En cualquier caso, *Milady*, no hay nada que temer si permanecéis junto a mí —sonrió desvergonzado el príncipe.

—Con el debido respeto, Milord, esta mujer es la escolta personal del príncipe Kirah. Os garantizo que sabe cuidarse muy bien —señaló el humano.

—Gracias, Nadh —dijo Sheevela, mientras se alejaba de su acosador.

—Eso tenías que haberlo dicho tú —le susurró Xeev a Kirah, que aún seguía con cara de tonto—. No querrás que Nadh te robe la chica, ¿no?

—¿Qué? —se sorprendió el príncipe de Draconia.

—¿Cómo que qué? Ya sabes de qué hablo... —prosiguió Xeevetta.

—Claro que no...

—Venga, Kirah. Esa chica no es un caballero —dijo Xeev—. No sé de dónde la has sacado, lo único que sé es que quieres tenerla cerca. No hay más que ver cómo la miras.

—No puedo perderla de vista porque está de evaluación, ¿recuerdas?

—Kirah... Ve a otro con ese cuento. Te conozco mejor que nadie —afirmó Xeev.

—Déjame en paz... —refunfuñó Kirah.

—Vale, vale. Pero ten más reflejos la próxima vez.

Kirah se acercó a Yang-Chou y se puso delante de él.

—Alteza, no dudo de vuestra gallardía, pero preferiría evitar enfrentamientos innecesarios. Cada segundo cuenta. Si pudiéramos centrarnos en encontrar las gotas de sauce, estaría encantado de escuchar más de vuestras historias cuando regresemos a palacio.

—Disculpadme, alteza. No era mi intención retrasaros. Lo lamento. Supongo que me dejé llevar pensando en lo que haría yo con una escolta como la vuestra —dijo El príncipe Yang-Chou—. Continuaremos esta conversación más adelante, *Milady*...

—Perdonad, Milord —insistió Kirah—. Pongamos las cosas claras. Estas personas no son solo mi séquito o mi escolta. Son mis camaradas y como tal cuidamos unos de otros; de modo que si hacéis cualquier cosa que comprometa su seguridad hallaréis un enemigo en mí.

—¿Me estáis amenazando? —se sorprendió Yang-Chou.

—En absoluto, alteza Solo os advierto. Moriría por cualquiera de ellos, del mismo modo que vos, tal y como habéis dicho en vuestro relato.

—Ya veo... —sonrió Yang-Chou, con burla—. Es un honor ser vuestra inspiración, príncipe Kirah. Haber empezado por ahí —concluyó, retomando el camino, con gesto orgulloso.

Tras una pequeña caminata llegaron a un gigantesco árbol con la cara de un anciano dibujada en su corteza.

—Ahí. Ese es el primero de los secretos del bosque. Debemos pedirle derecho de paso al Sauce Viejo.

—¿Cómo hacemos eso, Milord? —preguntó Nadh.

—Es muy sencillo. Solo tenemos que soplar el cuerno de viento. —declaró Yang-Chou.

—Vos lo tenéis, ¿verdad? —prosiguió el humano.

—Mmm... No. Está en el bosque, es todo cuanto sé.

—Al menos sabréis por dónde buscar o qué pinta tiene, ¿no? —continuó Nadh.

El silencio fue la respuesta del príncipe.

—Con el debido respeto, alteza, ¿no es el deber de un guía conocer bien el lugar por el que va a pasar? —preguntó Sheevela.

—Veréis, *Milady*... Lo cierto es que leí algo de las pruebas en un viejo manuscrito hace tiempo, pero no recuerdo bien todos los detalles —se rio Yang-Chou con cara de tonto—. Era un poco aburrido y debía mantener la mente despejada para entrar en combate poco después. La vida de mis hombres dependía de ello.

—Y ahora son las nuestras las que dependen de ese conocimiento, alteza. Sería bueno que hicierais memoria —intervino Kirah.

—Así es, príncipe Kirah, pero sois vos y vuestro séquito quienes debéis resolver los acertijos. Yo no puedo ayudaros demasiado, recordadlo —se defendió Yang-Chou.

—¿Cómo habéis dicho? —preguntó Xeevetta, molesto.

—No nos alarmemos —dijo Derkel, conocedor de que el temperamento de Xeev estaba a punto de hablar por él—. Al menos ¿podríais ayudarnos supervisando la búsqueda para estar seguros de que damos con el objeto correcto, alteza?

—Eso sí puedo hacerlo, maese Derkel. Da gusto escuchar a alguien de vuestro intelecto —sonrió el príncipe—. Es casi como escucharme a mí mismo.

—Está bien —dijo Derkel, ignorando por completo ese último comentario de su guía—. Buscaremos por parejas y cubriremos más terreno. Yo iré con Nadh, Kirah con Sheevela y Xeev con el príncipe Yang-Chou.

Xeev bufó y dejó entrever su desagrado.

—¿Tienes alguna idea mejor? Porque si es así es el momento de que la digas, mastodonte —le reprendió el humano.

—Claro que la tengo, pero no os va a gustar a ninguno... Humano... —se defendió Xeev, tajantemente.

—¡Basta! —exclamó Derkel—. Trabajaremos en equipo y buscaremos el dichoso cuerno.

Nadh tiene razón, Xeev. Si tienes alguna sugerencia hazla o ponte a buscar como los demás.

Xeev miró a Derkel y a Nadh y contuvo su lengua, más por el respeto que sentía por el maestro elfo y por no causarle más problemas a Kirah que por decoro.

—Está bien. Acabemos con esto.

Cada pareja empezó a buscar, peinando sin éxito cada rincón de la foresta.

—Supongo que es un buen momento para saldar mi deuda, ¿verdad, alteza? —sonrió Sheevela.

—No te diré que no. Tus habilidades de ladrona nos van a venir muy bien —dijo Kirah, devolviendo la sonrisa a la joven—. Y, por cierto, ya te he dicho que no uses tanto protocolo conmigo. Vas a desentonar con los demás.

—Ya, se me hace raro que todos os... te traten como a uno más. Es algo insólito.

—Bueno, a eso me refería antes. Ningún hombre debería estar por encuna del resto.

—Es la primera vez que alguien dice eso y me lo creo —declaró la muchacha—. Y... ¡Oh!

¡Espera!

—¿Qué? ¿Qué pasa? —se preocupó Kirah.

—Allí arriba. Hay algo inusual en ese pequeño nido —afirmó Sheevela—. Creo que puedo alcanzarlo.

La joven trepó por el tronco de un árbol mientras Kirah le rogaba que tuviera cuidado.

Cuando por fin llegó a su destino vio qué clase de huevos eran los que guardaban el objeto que había avistado: eran huevos de águila dragón, de modo que toda precaución era poca.

Sheevela se acercó para recoger el objeto, que reflejaba la luz en su superficie gracias al metal del que estaba compuesto. Extendió la mano y la aproximó cautelosamente al nido.

Contuvo la respiración y se concentró. Ya casi la tenía a su alcance cuando de repente un ave gigantesca se abalanzó sobre ella, rugiendo como una bestia salvaje.

—¡Sheevela! —gritó Kirah.

El ave se detuvo en seco pocos metros antes de alcanzar su presa. Nadh la había paralizado gracias a su poder mental.

—¡Ahora! ¡Date prisa! —gritó el humano.

El pájaro no paraba de agitarse y revolverse en un desesperado intento de rebelarse contra su yugo mientras Sheevela recogió el cuerno del nido y bajó posteriormente de un salto.

Al ver que la ladrona abandonó el nido perdió su interés en ella y se fue calmando poco a poco, algo en lo que Nadh ayudó a la criatura gracias a sus poderes mentales.

—¿Estáis bien? —preguntó el humano, acercándose a Kirah y Sheevela.

—Sí. Muchas gracias —respiró la ladrona.

—Bien hecho... Nadh... —le agradeció Xeevetta.

—Uuuuuuhhh. Te habrá costado —respondió Nadh.

—No hagas que me arrepienta, humano... —desafió Xeev.

—Lo importante es que estáis todos bien —animó Derkel—. ¿Ese es el cuerno de viento, alteza?

—El mismo —sonrió Yang-Chou.

—¿Estáis seguro? Antes no habéis sido capaz de dar una respuesta —inquirió Nadh.

—Claro, claro. No puede ser otro. Fijaos en sus grabados. Hacen alusión al viento, sin duda.

—¿Y cómo ha podido acabar en un nido? —continuó el humano.

—Yo te responderé a eso —afirmó Sheevela—. Las águilas dragón sienten afinidad por los objetos brillantes. Este cuerno brilla mucho, no es de extrañar que llamase su atención.

—Ni yo mismo lo hubiese explicado mejor, *Milady* —sonrió el príncipe.

—En fin. Sigamos adelante —concluyó Kirah.

Yang-Chou hizo sonar el Cuerno de Viento y el rostro dibujado en el tronco del Sauce Viejo abrió su boca, invitándoles a entrar.

—Bueno, ¿qué puede pasar? —pensó Kirah, en voz alta, tratando de autoconvencerse. Acabemos cuanto antes y larguémonos pronto.

Cuando todos estuvieron en su interior la boca se cerró, dejándolos aprisionados en el interior del árbol.

—¡¿Pero qué diablos...?! —bramó Xeevetta.

—¿Qué ocurre? —se preocupó Nadh.

—Príncipe Yang-Chou, ¿qué está pasando? —preguntó Kirah.

—No lo sé... Se supone que el árbol tiene que dejarnos pasar... —se asustó el hijo de Bannoshya.

En ese momento el tronco comenzó a encoger, estrechando el escaso espacio en el que se encontraban.

—Pues no tiene pinta de que vaya a ser así... —afirmó Sheevela, a quien se le encogía el corazón a la misma velocidad que su celda.

—De acuerdo. Pensemos en una manera de contenerlas. Lo más importante es no perder la calma —dijo Derkel, esforzándose por mostrar un tono de voz tranquilizador.

—Bueno, al menos no puede empeorar más, ¿verdad? —señaló empujar los muros.

En ese preciso instante unas cuantas púas aparecieron a su alrededor, con la intención de ensartarlos antes de que la corteza fuera capaz de aplastarlos.

Kirah, mientras se disponía a



—¡Qué guapo estarías muchas veces si te callaras, Kirah! —exclamó Xeevetta.

El tandoriano esgrimió su hacha y comenzó a segar las púas arbóreas. El resto de sus compañeros hicieron lo mismo. Esto, sin embargo, no hizo sino empeorar la situación, pues por cada espina que cortaban salían dos.

—¡Yang-Chou, haz sonar el cuerno! —gritó Kirah.

El príncipe lo hizo soplar, pero no hubo ninguna reacción.

—¿Y ahora qué?! —se desesperó Nadh.

—¿Es este uno de los secretos del bosque?! —preguntó Sheevela.

—¡Sí! —exclamó Yang-Chou—. Se supone que las púas deben atravesar el corazón viejo.

—Pues yo soy muy joven para morir aquí... —susurró Sheevela, escudriñando cada rincón en una búsqueda desesperada por parar la trampa.

—¡Yang-Chou, pensad! —insistió Derkel.

—¡Tú, Nadh! —gritó Xeev—. ¿No puedes colarte en su mente y ver si sabe algo?!

—¡Está demasiado nervioso para leerle la mente! —advirtió Nadh—. ¡Podría causarle daños irreversibles y no sacaríamos nada!

—¡Eh! ¡Esperad! ¡Ya me acuerdo! —rio Yang-Chou, con una mezcla de locura y euforia—. Debemos dejar que las púas toquen los muros. Los muros son el corazón del Sauce Viejo.

—¿Estáis seguro?! —preguntó Derkel.

—¡No! —confesó Yang-Chou—. Pero casi...

—Fantástico... —murmuró Xeev.

—No hay otra alternativa —dijo Kirah—. ¡Apartaos todos! ¡Haremos lo que dice!

Todos se esforzaron por evitar ser atravesados por las lanzas arbóreas que los acechaban, esquivando y moviéndose sin cesar hasta que por fin estas chocaron contra la corteza del árbol del que emanaban.

Tal y como Yang-Chou había predicho la trampa se detuvo y la boca se abrió de nuevo.

Todos respiraron aliviados al sentir de nuevo el aire llenando sus pulmones, especialmente Nadh, que corrió al exterior con premura.

Xeev se acercó a él y le dio una palmada en la espalda.

—Cámbiate de pantalones —le dijo con una sonrisa burlona, que el humano fue incapaz de contestar.

Ya en el exterior se encontraban en una zona distinta del bosque. Más adelante encontraron lo que parecía un claro. Allí estaba una joven sentada sobre un tocón. Una pequeña melena rubia cubría su cara como una cortina de seda y oro. Sus ojos rojos brillaban como el fuego de la pasión y una túnica verde y azul acariciaba su suave piel.

Yang-Chou se sorprendió mucho al verla.

—Esa es Felta. Creía que se había ido del bosque. No imaginaba que estaría aquí.

—¿Es otra de vuestras conquistas. Milord? —bromeó Nadh.

—No, no, no... Es... una ninfa del bosque. No he visto nada tan hermoso como su dulce rostro en toda mi vida —confesó el príncipe, con un suspiro desgarrador—. En fin..., sigamos...

Los demás no le dieron importancia, pero Sheevela sabía que ese suspiro sólo podía ser amor, especialmente porque era el primer comentario sincero que había escuchado de labios de Yang-Chou.

—Alteza, ¿estáis bien? —preguntó Kirah.

—Sí, sí. Ya casi estamos.

—¿Por dónde seguimos, alteza? —indagó Derkel.

—El corazón del bosque ya no estará muy lejos. Dentro de poco encontraremos el manantial del que manan las gotas de sauce.

—No perdamos tiempo, entonces —sugirió Kirah.

Una preciosa laguna en medio del bosque les dio la bienvenida a su destino. Justo en medio, sobre una roca de cuatro metros de altura, reposaba, envuelto en un haz de estrellas, el premio: las gotas de sauce.

Yang-Chou quiso adentrarse en sus cristalinas y puras aguas el primero, pero Derkel lo detuvo.

—Un momento, Milord. Es demasiado fácil.

—¿No os parece que ya hemos tenido suficientes complicaciones, maese Derkel?

—Precisamente por eso mismo, alteza. No podemos dar nada por sentado.

El elfo apoyó sus palabras lanzando una pequeña piedra al agua. Justo cuando esta estuvo a punto de tocar la superficie del lago las aguas se agruparon, formando remolinos alrededor de la roca, como ofreciendo improvisados escalones acuáticos de dudosa estabilidad. Del mismo modo el fondo del manantial, ahora sin una gota de agua, dejó ver su verdadera forma: la boca de un monstruo abierta de par en par, esperando pacientemente a que algún incauto osase hacerse con su tesoro para satisfacer su hambre.

Cuando el monstruo engulló la piedra las aguas volvieron a su calmado estado inicial.

—Maldita sea... —se desanimó Nadh.

—¿Cómo diablos vamos a sacar las gotas de sauce?! —se preguntó maldiciendo Xeevetta.

—Eh... —dudó Yang-Chou.

—Tenemos que trazar un plan. Pensemos con calma —señaló Derkel.

—No voy a dejar que ninguno de vosotros se meta ahí. Ni lo soñéis —sentenció Kirah.

—Pues ya me dirás qué hacemos —dijo Xeev—. Fuiste tú el que aceptó el encarguito de su papi.

—¡Eh, eh! No podemos irnos de aquí sin las Gotas. Sin ellas no hay trato —advirtió Yang-Chou.

—Os dije, Alteza, que no dejaré que ninguno de mis camaradas sufra daño alguno —advirtió Kirah.

—Entonces me temo que estamos en un punto muerto, príncipe Kir... —quiso decir Yang-Chou.

—Este es un trabajo de ladrón... —murmuró Sheevela antes de salir corriendo hacia el lago.

—¡¡Sheevela!! ¡¡¡Nooo!!! —se desesperó Kirah al verla pasar.

El heredero de Draconia quiso agarrar su brazo, pero se le escapó por poco.

—¡¡Sheevela!!! —volvió a gritar, mientras se lanzaba a perseguirla.

Nadh llegó a tiempo para sujetar a su compañero.

—¡No, Kirah! ¡Es un suicidio!

La valiente ladrona había encontrado la manera perfecta de agradecer a sus nuevos amigos la confianza que le habían dado al aceptarla como uno más. Recuperaría las gotas de sauce y se redimiría para que nadie más se avergonzase de ella.

Sheevela saltó con todas sus fuerzas justo antes de llegar a la orilla del lago. Las aguas se elevaron en remolinos, tal y como había pasado antes, y la boca del monstruo se descubrió, paladeando el miedo de su presa.

La ágil ladrona aterrizó bien sobre el primer remolino de agua. Desde ahí dio otro gran salto hasta el siguiente y otra vez, desde ahí al próximo. Esta vez se tambaleó y estuvo a punto de caerse, pero rápidamente recuperó el equilibrio.

Los remolinos eran cada vez más altos y formaban una especie de escalera de caracol hasta que se situaron a un metro sobre la roca que sostenía las gotas de sauce.

Sheevela se avanzó sobre las plataformas acuáticas hasta que por fin llegó a la última.

Saltó hacia su objetivo, pero calculó mal y resbaló. Afortunadamente tuvo los reflejos suficientes para reaccionar a tiempo y pudo agarrarse a la gran roca por uno de los laterales.

Sus compañeros la observaban con el corazón encogido y sin apenas respirar, mientras rezaban todas las plegarias posibles para que Sheevela no cayera a las mortales aguas mientras escalaba por la roca para llegar a su cima.

Finalmente, la joven se hizo con el recipiente de las gotas de sauce, pero entonces se dio cuenta de que no sería capaz de alcanzar los torbellinos para regresar, y estaba demasiado lejos como para lanzarlo.

Se sentía atrapada como en una ratonera pero no había llegado tan lejos para fallar ahora.

Sheevela saltó, dando el todo por el todo. Mientras avanzaba por el aire parecía que iba a lograrlo. Sus compañeros temían todos los músculos en tensión y sus corazones parecían tambores repiqueteando una marcha hacia la batalla.

El torbellino estaba a su alcance. Contra todo pronóstico pensó que lo lograría. Pero dejó de creerlo cuando empezó a perder altura. En ese instante se dio cuenta, al

igual que sus amigos, que había fallado y que estaba condenada.

Las fauces del monstruo se agitaron, ansiosas por probar bocado mientras Sheevela pensaba en todo lo que había hecho y lo que no había pedido enmendar.

Kirah se revolvió, sujetado por Nadh y Xeevetta. Él la había condenado a ese fatal destino.

Una inocente caería por su culpa y su muerte pesaría por siempre sobre su conciencia. Pero no fue así ya que una gota de sauce se derramó y llegó al gáznate de la bestia antes que la joven.

Cuando el monstruo la tragó emitió un alarido que estremeció el bosque entero y que provocó que los pájaros huyeran despavoridos.

Las aguas dejaron de bailar al son de los torbellinos y de nuevo recuperaron su tranquilo estado inicial mientras se tragaban a Sheevela.

El draconiano logró zafarse por fin de la presa de sus dos camaradas y se echó al agua sin pensar, y nadó como un poseo hacia el lugar en el que se había hundido la chica.

Mientras avanzaba, Sheevela surgió de las aguas levantando orgullosamente el trofeo que había conseguido a la vez que llenaba sus pulmones con una bocanada de aire.

Kirah ayudó a su amiga a llegar a la orilla y allí ambos descansaron por fin.

—¿Estáis bien los dos? —se apresuró a preguntar Derkel.

Ambos asintieron mientras trataban de recobrar el aliento.

—Sé que Kirah no va a aprobar lo que voy a decir, Sheevela, pero eso ha sido increíble —comentó Nadh.

—Muchas gracias —dijo Sheevela, con una enorme y orgullosa sonrisa.

—Tienes razón, no lo apruebo... —señaló Kirah, entre jadeos.

—Bueno, no negarás que ha sido muy valiente, dragoncito —declaró Xeev.

—Más bien temerario... —matizó Kirah.

—Lo importante es que estáis a salvo los dos —afirmó el elfo.

Kirah se incorporó y se dispuso a ayudar a Sheevela, pero antes le dedicó unas palabras al príncipe Yang-Chou.

—¿No decías que ella no tendría nada que temer contigo aquí? No has movido un dedo para salvarla.

—Príncipe Kirah, es uno de vuestros caballeros. Creí correcto cederos a vos el honor de salvarla.

Kirah estaba a punto de enzarzarse en una acalorada discusión con Yang-Chou, pero Sheevela se adelantó a Derkel e intervino en su favor, para impedir que su honor le hiciera cometer una ofensa contra el reino en el que se encontraban.

—Derkel tiene razón. Lo más importante es que todo ha salido bien y que ahora tenemos la prueba que nos pidió el rey Bannoshya.

—No. Ningún tesoro vale vuestra vida. La de ninguno. No quiero que nadie se arriesgue de esta manera —señaló Kirah.

—Yo estoy de acuerdo con vuestra escolta, alteza. Todo ha salido a la perfección y no hay que lamentar muertes ni heridos —afirmó el príncipe Yang-Chou—. ¿Me entregáis las gotas de sauce, *Milady*? —concluyó extendiendo la mano frente a la ladrona.

—Claro, aquí están —dijo Sheevela, aceptando la petición del príncipe.

—¡Perfecto! ¡Increíble! —exclamó Yang-Chou con una tremenda alegría, levantando las Gotas de Sauce con ambas manos, como si fuera un trofeo—. ¡Por fin! Ahora puedo declararme a Felta.

—¿Qué?! —se irritó Kirah.

—Con esto, Felta caerá rendida a mis pies. Es una belleza, ¿no creéis?

Kirah agarró al príncipe Yang-Chou por la pechera y lo empotró contra un árbol.

—¿Hemos estado a punto de perder a uno de los nuestros solo para que te aproveches de otra chica más?! Espero que valga para mucho más que para eso.

—¡Kirah! ¿Qué estás haciendo?! ¡Suéltalo! —bramó Nadh.

—Claro que vale... Con esto mi padre os reconocerá dignos... Solo... solo quiero aprovechar para que Felta vea que... —dijo Yang-Chou avergonzado.

—Kirah, suéltalo. ¿Quieres provocar un conflicto diplomático?! —le remarcó Derkel.

—Vamos, no es tan grave. He visto cómo la mira y eso es amor verdadero —señaló Sheevela—. Además, me parece un gesto muy romántico.

Kirah miró con extrañeza a la joven, queriendo recordarle que su misión principal no era esa y que no podían perder tiempo.

—Sé que vas a decirme que no tenemos tiempo y todo eso, pero en el amor no hay reglas.

Además está aquí al lado, no tardaremos casi nada.

Kirah se quedó con cara de tonto y después soltó al príncipe, tras lo cual le atusó la casaca y le dio un par de palmadas en señal de disculpa.

—Gracias, príncipe Kirah... —se atrevió a decir Yang-Chou antes de apresurarse a andar en la dirección opuesta a él.

El grupo encabezado por Derkel le siguió poco después.

—Oye, Sheevela —dijo Kirah, acercándose a su compañera—, no quiero ofenderte, pero... ¿En serio te parece romántico que otros arriesguen su vida? —señaló con tono molesto.

—No es el hecho de arriesgar la vida, Kirah —matizó la joven—. Es el hecho de que el amor puede ayudarnos a lograr proezas inimaginables y a superar cualquier obstáculo. Si el amor es sincero los dioses no permitirán que nada malo te ocurra.

—Me cuesta creer sinceramente que una mujer fuerte e independiente como tú piense así, lo siento —confesó Kirah.

—Bueno, una chica tiene que creer en algo. Si no, ¿qué esperanzas hay en la vida? —concluyó Sheevela, con una sonrisa, antes de unirse a Derkel para encabezar el grupo.

—Mujeres... —sonrió Nadh, al pasar por el lado de Kirah.

—¿Qué bicho te ha picado, dragoncito? Nunca te había visto así —le comentó Xeev.

—No lo sé... Es que... Esa actitud de niño consentido... Los nobles deberían servir al pueblo, no actuar como si fueran dioses o seres superiores. Deberían valorar más la suerte de haber nacido en una cuna de oro y no tener que luchar por un plato de comida cada día —señaló Kirah, con desprecio.

—Dragoncito, es de una generación distinta. Durante la guerra los nobles unificaron Dracorum para luchar contra la tiranía y bien supieron servir a su pueblo, pero también se esforzaron por apartar a sus hijos del campo de batalla. Tú y Kaly fuisteis la excepción, sí, pero él se ha criado en un palacio; no conoce otra vida. Es un imbécil pero tú representas a Draconia. Si cualquiera de nosotros hace algo contra él, puedes castigarnos: pero si lo haces tú Draconia se verá comprometida. De modo que por mucho que te moleste no puedes lanzarte a su cuello. Tienes que pensar antes de actuar. Algún día serás rey, no puedes tener esa actitud. Está bien que quieras servir a tu pueblo. Es muy loable, pero ten presente que si enemistas a Draconia contra los demás reinos será el pueblo el que sufra las consecuencias.

—Sí, lo sé, Xeev. Lo siento —se avergonzó Kirah—. Muchas gracias por tus consejos.

—Anda, vamos a que el imbécil se ligue a la chica y acabemos con esto cuanto antes.

Yang-Chou se acercó al claro del bosque donde estaba su amada ninfa, absorta en la lectura de poemas épicos.

—Hola, pasaba por aquí y no he podido evitar acercarme para saludarte y decirte que eres la mujer más hermosa que jamás he visto.

Eso es lo que quiso decir el príncipe, mas estaba tan nervioso que tan solo acertó a articular un ininteligible tartamudeo de palabras sin sentido, a la par que la joven se quedó mirándolo con cara de no saber muy bien si prestarle atención o salir corriendo.

Kirah, que estaba observando desde un matorral junto a sus compañeros, se quedó estupefacto mirando a Yang-Chou. No podía dar crédito a lo que veían sus ojos. Xeev, a su vez, se llevó las manos a la cara para no ver el fracaso tan estrepitoso que se avecinaba.

—Hola... —acertó a decir el príncipe por fin—. Soy..., soy el príncipe Yang-Chou...

—Al menos ha dicho bien su nombre... —se burló Xeev.

—Quería decirte que tus ojos son hermosos, como tus pechos... Digo... como tus perlas. O sea... de tu collar...

—No me lo puedo creer... ¿Le ha hablado de sus pechos? —se sorprendió Sheevela—. Pero si no son nada del otro mundo.

—Al lado de los tuyos desde luego que no... —pensó Nadh.

Felta no podía dar crédito a lo que había escuchado.

—Perdona, ¿cómo has dicho? —preguntó la ninfa, a punto de abofetearlo.

—Me gustaría compartir contigo algo más que palabras... O sea, comerte..., quiero decir, invitarte a comer —continuó Yang-Chou.

—Por todos los dioses... —se lamentó Nadh, a la vez que Xeev reía por no llorar.

—No sé cómo esa chica no ha salido corriendo —comentó Derkel.

—O cómo no le ha dado un bofetón... —matizó Kirah.

—Dale unos segundos más —dijo Sheevela.

—Eso es mucho tiempo. En cuanto vuelva a abrir la boca le cruza la cara —afirmó Xeev.

—Yo..., en realidad... Solo... solo quería darte algo —aclaró Yang-Chou, mostrándole las gotas de sauce.

La muchacha supo reconocer ese gesto. Para una ninfa del bosque no había mayor muestra de amor que ser obsequiada con ese preciado objeto.

Solo los más fuertes y valerosos, así como nobles y puros de espíritu, podían conseguir las gotas de sauce.

En ese momento su opinión sobre el joven que tenía ante ella cambió por completo. Ahora era un héroe que lo había dado todo solo para poder ofrecerle ese regalo. Además, según la leyenda, solo el amor verdadero podía resolver el enigma del lago en el que se encontraban.

En ese instante se sintió la mujer más honrada, querida y especial de todo Dracorum, y aceptó el presente con un apasionado beso.

—Un momento... No se lo irá a quedar, ¿verdad? —preguntó Nadh.

—Pues tiene toda la pinta... —dijo Xeev.

—Entonces, ¿qué vamos a decirle al rey Bannoshya? —preguntó Kirah.

—¿Que su hijo nos ha engañado? —continuó Nadh.

—Esperemos que el príncipe diga la verdad a su padre. Es lo mínimo que puede hacer —dijo Derkel.

—Supongo que dirás eso solo para autoconvencerte, ¿no? —se extrañó Xeev.

—No os preocupéis. Si no confiesa yo conseguiré recuperar lo que nos ha robado, y dejarle en evidencia. Se me da muy bien —añadió Sheevela.

—Descuida. Yo puedo hacerle hablar... —sentenció Xeevetta.

—¿Qué ha pasado con todo ese rollo de la diplomacia, Xeev? —bromeó Kirah.

—Eso solo va por ti, dragoncito. Yo ni siquiera soy de este planeta —se rio el tadoriano.

Felta cambió súbitamente su expresión de alegría a una de pavor justo antes de desmayarse. Fue la primera en ver al saurus abandonar su camuflaje<sup>[12]</sup>, que ahora rugía para intimidar a su comida.

Yang-Chou salió corriendo para esconderse detrás de un árbol sin que le importara nada más.

—Menudo héroe —se burló Xeev.

—Vamos. Nos toca —sonrió Kirah, dándole una palmada en la espalda a Xeevetta.

—Vale. Vamos a salvar al príncipe azul —dijo Nadh, siguiendo a Kirah y Xeev al combate.

—¿Qué? ¿Y no podemos hacer lo mismo que él? —preguntó Sheevela, presa del pánico.

—No te preocupes, Sheevela. Puedes quedarte en la retaguardia si lo prefieres. Ya has hecho mucho, no podemos pedirte que te enfrentes a ese monstruo; y más aún cuando has manifestado que los saurus te aterran —trató de calmarla Derkel, encaminándose a la batalla.

—No... De eso nada... Yo no soy una cobarde... —se dijo Sheevela a sí misma para darse coraje—. ¡Esperadme!

Derkel y Nadh se colocaron en el flanco derecho del monstruo, mientras que Kirah y Xeev atacarían su lado izquierdo.

El gigantesco reptil arremetió contra el grupo, lanzando dentelladas de advertencia.

Xeev como a situarse enfrente de la boca del gigantesco animal. De ese modo esperaba distraer su atención.

Kirah enseguida no las intenciones de su compañero y desenvainó su espada. La agarró firmemente por la empuñadura con la hoja hacia abajo y saltó. Acertó a clavarle la espada en el muslo pero quedó fuertemente hundida en la carne del saurus, de manera que el príncipe de Draconia se quedó colgado de ella.

El lagarto soltó un estruendoso alarido que hizo vibrar todo el bosque. No paraba de removerse con intención de quitarse a Kirah de su pata.

Las violentas sacudidas del monstruo eran cada vez más feroces y finalmente logró deshacerse de Kirah, aunque la espada se quedó clavada en la carne del reptil.

El saurus centró entonces su atención en el derribado draconiano. Levantó la pata con intención de aplastarlo pero Xeev intervino a tiempo lanzando un dardo de dax a la boca del monstruo, dándole así tiempo a Kirah para rodar y levantarse.

Sheevela corrió a posicionarse en la parte trasera del saurus, esquivando con ágiles saltos los constantes movimientos de su cola. A la par, Derkel le lanzó varios hechizos de rayo para intentar distraer su atención y ayudar a Xeev, pero el animal ya había elegido su próximo banquete.

Nadh pugnaba por concentrar el poder mental necesario para usar su telequinesis y extraer la espada de Kirah del muslo del saurus, no solo para que el draconiano pudiera volver a estar armado, sino también para intentar calmar a la bestia.

Sheevela saltó hacia la cola del gigantesco lagarto y le clavó sus dagas. El saurus abrió la boca y rugió de dolor y furia.

Derkel aprovechó ese momento para dispararle dos flechas. Las saetas del elfo impactaron en el paladar de su objetivo, lo que provocó que moviera la cola aún con más rabia y desesperación. Un golpe así destrozaría los huesos de cualquiera.



Sheevela quiso esquivar el coletazo, pero se bloqueó unos instantes, a causa del miedo que sentía. Por fortuna, Kirah reaccionó a tiempo y se abalanzó sobre ella para ponerla a salvo.

Ambos cayeron. Después él se levantó y extendió la mano para ayudarla. La chica la aceptó y se puso en pie.

Nadh desistió de intentar extraer la espada. Era el momento de poner fin al combate.

—¡Derkel, protégeme con un conjuro de barrera! ¡Tengo un plan! —gritó el humano.

Xeev miró a Derkel y asintió, indicándole que asistiera a su compañero. El tandoriano ganó tiempo para el elfo, lanzando a su rival púas de exoesqueleto de dax a través de sus dedos.

El animal atacó rabioso y desesperado, tratando de engullir a Xeev con fieras dentelladas.

Su rival no paraba quieto. Esquivaba ágilmente cada ataque y contraatacaba con más púas, lo que hacía que el saurus estuviera cada vez más colérico.

Por fin Derkel protegió a Nadh con el conjuro que el humano le había pedido. En ese momento este se acercó a Xeev y se interpuso entre él y el monstruo para provocar al reptil.

—¡Eh, lagartija! ¡Mírame! ¡¿Quieres comerme?!

El saurus se movió rápido y engulló a Nadh en un abrir y cerrar de ojos; aunque no contaba con el hechizo que protegía al humano.

Desde el interior de la boca de la bestia, Nadh concentró todo su poder mental y logró paralizar inicialmente al saurus.

Tras unos segundos este se vio asaltado por violentas convulsiones, cada vez más fuertes hasta que su cabeza explotó salpicando el bosque de sangre.

Su estrategia de utilizar la técnica prohibida de la asfixia mental<sup>[13]</sup> había dado resultado.

Tras extraer las armas del cuerpo del monstruo, Kirah y Sheevela se reunieron con el resto del grupo.

—¿Estáis todos bien? —se preocupó Kirah.

—De una pieza —afirmó Nadh.

—¿Y la chica? —preguntó Sheevela, viendo que Felta no despertaba.

Yang-Chou se agachó y trató de reanimarla.

—Venga. No me hagas esto...

Por fin, la muchacha abrió los ojos y lo primero que vio fue al héroe que había derrotado al saurus y la había salvado. El mismo héroe que le había entregado aquel magnífico presente.

## 12. El torneo

Kirah y los demás regresaron a palacio acompañados por Yang-Chou, que contó a su padre la gesta que habían llevado a cabo exagerando en algunos puntos su protagonismo, especialmente en la lucha contra el saurus.

El príncipe alabó también el extraordinario valor de Sheevela y mostró a su padre las gotas de sauce que pensaba devolver a Felta más adelante.

—Veo que habéis demostrado ser digno, príncipe Kirah. Los Streeyh son vuestros. Lamento mucho haber dudado de vos —se disculpó el rey Bannoshya.

—No os preocupéis, majestad. Solo obrabais pensando en el bien de vuestro pueblo —dijo Kirah.

—Aun así os pido disculpas nuevamente. Quisiera que asistierais a los juegos de mañana como mis invitados de honor.

—Agradezco de todo corazón vuestra invitación, majestad, pero nuestra misión nos exige partir de inmediato —se disculpó Kirah.

—Lo entiendo —asintió el rey—. En cualquier caso os pido que esperéis al alba. Es tarde y el mar estará agitado por la tormenta que se avecina. No puedo permitir os partir en estas condiciones.

—De acuerdo, majestad. Saldremos con las primeras luces de la mañana. Os doy las gracias por vuestra hospitalidad —concluyó Kirah, retirándose junto a su grupo.

A la mañana siguiente el príncipe Kirah y sus compañeros fueron despertadas por el estruendo de una batalla que arreciaba justo bajo sus alcobas. Se asomaron a los balcones y descubrieron a una multitud de guerreros preparándose y entrenando en el patio de armas.

Tras entrar de nuevo, recogieron su equipo y se reagruparon para reunirse con el rey en el salón del trono.

—Buenos días a todos. Espero que hayáis descansado —saludó Bannoshya—. Estoy haciendo todo cuanto puedo para tener un barco listo lo antes posible. Dado el secretismo de vuestra misión y a fin de mantener vuestro anonimato, es difícil convencer a los hombres para que se ocupen de preparar un viaje durante los juegos sin que se hagan preguntas.

—Gracias, majestad. No deseo causaros problemas. Lamento que la urgencia de nuestro cometido sea tan inoportuna.

—Perdonad, majestad. —intervino Derkel—. ¿Cuánto duran los juegos?

—Por lo general no más de una jomada —respondió el rey—. Procuraré tenerlo todo listo con la mayor premura posible.

—Príncipe Kirah, con los tres cristales que nos ha entregado el rey Bannoshya tenemos ventaja sobre nuestro enemigo. Quizás sería prudente esperar a que finalicen los juegos para no llamar la atención más de lo necesario y evitar así males mayores —sugirió Derkel.

Kirah se quedó pensando unos segundos para analizar todas las posibilidades. No

les sobraba el tiempo y en un día podían pasar muchas cosas. Por otro lado, si los juegos eran tan importantes, embarcar con discreción sería una ardua tarea, por no decir que también podría comprometer a sus anfitriones. Además, podrían utilizar el regreso de los participantes al terminar para mezclarse con ellos y pasar totalmente inadvertidos.

—Está bien. Quizás sea lo más sensato —suspiró Kirah.

—Desearía que hubiera otro modo, príncipe Kirah —se lamentó el rey.

—No os preocupéis, majestad. Como vos, yo también debo velar por el bien de los míos —asintió el joven príncipe—. Precipitarse en una acción imprudente pondría en peligro vidas inocentes; y eso es algo que no puedo permitir.

—Vuestras palabras os honran. Estoy seguro de que algún día seréis un gran rey para Draconia —asintió Bannoshya.

—Gracias, majestad.

—Disculpad mi ignorancia y mi curiosidad, Milord —interrumpió Xeevetta—. ¿Podrías decirme exactamente en qué consisten los juegos?

—Os lo explicaré de camino a la arena —declaró el rey, poniéndose en pie e invitando a sus huéspedes a acompañarle.

El rey abandonó los muros del palacio, acompañado de su escolta y de sus huéspedes, a los que guio por la ciudad hasta el coso, situado más allá de la plaza.

—Veréis, en el norte hay una vieja mansión. Se dice que perteneció al primer señor de estas tierras, el llamado Dracorum Köeris, "el gran guerrero dragón". Dice la leyenda que su espíritu aún mora en la mansión y que cada año gusta de celebrar su aniversario con un gran torneo. Si no es complacido será un año de desgracias, pero si queda satisfecho, su espada velará por el reino sin importar las barreras del Valgard.

—Así que un torneo... —sonrió Xeev.

—Si os interesa participar, señor, estaré encantado de que así sea. Los mejores guerreros se darán cita hoy para ofrecer un espectáculo digno de los dioses —señaló el rey.

—¿Qué dices, dragoncito? ¿Nos apuntamos? —sonrió Xeev.

—No lo sé. Quizás deberíamos reservar fuerzas, por si acaso... —dudó Kirah.

—Pues yo me apunto —declaró Xeev—. Ya que no podemos irnos hasta que acaben los juegos, haré que merezcan la pena.

—Si se apunta Xeevetta yo también —afirmó Nadh—. No me perdería esta ocasión por nada.

—Entonces te veré en la arena... —sonrió Xeev—. ¿Tú qué dices, Derkel?

—No, yo paso. Nunca me ha gustado luchar en público.

—Es una pena. Estoy seguro de que harías un buen papel —señaló Nadh.

—Disculpad, majestad, ¿este torneo es solo para hombres? —preguntó Sheevela.

—No, *Milady*, pero los combates pueden ser muy duros —se preocupó el rey.

—¿Quieres participar? —se sorprendió Kirah.

—Sí, ¿por qué no? —continuó la joven.

—Bueno, creí que este tipo de eventos no te interesarían —admitió Kirah.

—¿Bromeas? Me encantará bajarle los humos a los fantoches y a los matones. Seguro que habrá más de uno —sonrió la ladrona.

Bannoshya vio la cara de preocupación del joven Kirah y decidió intervenir en su favor.

—Estoy seguro de que el príncipe Kirah no duda de vuestras facultades, *Milady*, solo obra velando por vuestra seguridad.

—No os preocupéis, majestad. Estoy seguro de que os satisfará verla en acción. Su habilidad con las dagas tan sólo es equiparable a su belleza —declaró Nadh.

—Una combinación letal... —acertó a decir el rey.

—Muchas gracias, Nadh —dijo Sheevela, sin apartar la vista de Kirah.

Xeev le dio un codazo a su protegido, indicándole nuevamente que eso tendría que haberlo dicho él.

—Y su coraje va incluso más allá... —dijo Kirah—. Pero aun así, creo que sería mejor ahorrar fuerzas.

—Pues yo me apunto —afirmó Sheevela—. ¿Vienes, Nadh?

—Por supuesto —accedió el humano, acompañando a la bella ladrona.

—Kirah se apunta —sentenció Xeev.

—¿Qué? —se sorprendió el draconiano.

—Xeev, no hace fait... —quiso decir Derkel.

—No —le interrumpió el tandoriano—. Kirah, te apuntas. Cubrirás tu cara con un pañuelo y usarás el nombre de Jimmy —concluyó tajantemente.

—Bienvenidos un año más a la inauguración de los grandes juegos de Dracorum Köeris —saludó el rey Bannoshya, de pie desde su palco de la arena, entre los vítores de los asistentes—. Hoy honramos a los héroes que dieron su vida por estas tierras y a aquellos valerosos guerreros que trabajan duramente día y noche por la paz y la libertad. Haced que esta sea una competición de honor y valentía para que los dioses se regocijen. ¡Que de comienzo el torneo! Suerte a todos.

El rey tomó asiento y se dispuso a disfrutar con el espectáculo. Junto a él estaban su hijo y Derkel, como invitado de honor.

Los luchadores se estaban preparando en su área reservada: algunos meditaban, otros calentaban, otros fanfarroneaban y muchos otros no paraban de mirar a la única mujer participante con lascivia.

La arena de combate, situada en el centro del estadio, ansiaba a sus dos primeros rivales mientras el rey recibía los resultados del sorteo de emparejamientos.

—Primer combate... —anunció por fin Bannoshya—. Jimmy contra Keezer. A la arena —concluyó, mientras el público rugía impaciente.

—A por todas, dragoncito —sonrió Xeev.

—Vamos, Jimmy. Estamos contigo —animó Sheevela.

—No acabes demasiado rápido —bromeó Nadh.

—Gracias por vuestro entusiasmo, chicos —dijo Kirah—. Aunque sigo pensando

que no es una buena idea —concluyó, avanzando hacia la arena.

Ambos guerreros subieron el escalón para situarse en el área de combate. Jimmy saludó a su oponente antes de ponerse en guardia mientras este solo le dedicó una mirada de desprecio jugando tranquilamente con su lanza.

—Espero que Jimmy lo machaque. Maldito engreído... —comentó Sheevela.

—Comenzad —dijo el rey, dando el beneplácito al combate.

—¿Quién es su rival? —se interesó Derkel.

—Es un neerah. Son una raza de hombres planta del planeta Zendar. Rara vez salen de su tierra natal. Normalmente son muy reservados.

—Pues este parece todo lo contrario —matizó Derkel.

—¿Acaso teméis por la vida de vuestro señor? —preguntó Yang-Chou—. No os preocupéis, los combates no son a muerte.

—En absoluto, milord. Solo era mera curiosidad. Estoy seguro de que disfrutaréis mucho viendo luchar a Jimmy —matizó el elfo.

El neerah trató de golpear la cara del draconiano con el extremo de madera de su lanza en dos ataques, pero Jimmy se hizo a un lado en ambas ocasiones para esquivarlo. Entonces el draconiano hizo un ataque vertical con la Espada Esmeralda, que Keezer bloqueó sin problemas, desencadenando un forcejeo.

Jimmy le dio a su rival un rodillazo en el estómago, lo que hizo que este perdiera el equilibrio.

Keezer saltó hacia atrás para poner distancia entre ambos. Necesitaba recuperarse de ese golpe.

Jimmy corrió para ganar terreno, pero el hombre planta fue rápido y le lanzó una bola de savia a través de sus dedos. El draconiano no se esperaba un ataque así y tuvo poco tiempo para reaccionar y bloquear el ataque.

El impacto fue tal que, a pesar de que logró desviar el ataque, cayó al suelo, perdiendo también su espada.

Jimmy se levantó raudo pero Keezer había llegado a la altura de su espada y no le permitiría recogerla.

Esta vez, el neerah atacó a Jimmy con el filo de la lanza, también a la altura de la cara.

Este saltó hacia atrás, apoyó las manos y dio una voltereta para esquivarlo. Keezer continuó con un ataque lateral a la altura de la cabeza del draconiano, que se agachó para esquivarlo.

El neerah siguió atacando en vano a la par que crecía su frustración viendo que Jimmy esquivaba todos y cada uno de sus movimientos hasta que el draconiano se colocó a su espalda al esquivar una última embestida.

Jimmy aganó la cabeza de su rival cuando este se dio la vuelta y le dio un cabezazo tan brutal que le rompió la nariz.

Keezer soltó la lanza y se echó un par de pasos hacia atrás cubriéndose la cara con ambas manos.

Jimmy recogió el arma de su oponente y después se acercó a él para proyectarlo con una llave frontal.

Finalmente, el draconiano, viendo a su adversario tumbado boca arriba e indefenso, se agachó sobre él y le apuntó con el filo de su propia lanza a la garganta.

—¡Alto! —gritó el rey—. Jimmy es el vencedor.

## 13. Un lobo con piel de cordero

Kirah regresó con sus compañeros entre los vítores del público.

—Sabía que le bajarías los humos a ese matón —declaró Sheevela —Pues yo te he visto flojear —bromeó Xeev.

—Bueno, he de confesar que al principio no quería luchar y he empezado sin ganas, pero al final me he divertido —sonrió el draconiano.

—Pues un poco de diversión viene bien de vez en cuando —apoyó Nadh.

—Supongo que sí —continuó Kirah.

—Siguiente combate —interrumpió el rey—. Sheevela y Hayate. A la arena.

—Me toca. Deseadme suerte, chicos —dijo Sheevela con una sonrisa confiada.

—Mucha suerte, Sheevela. Seguro que lo haces muy bien —dijo Kirah.

—No la necesitas. Estoy seguro de que ganarás, preciosa —dijo Nadh con una sonrisa mientras guiñaba un ojo a la bella ladrona.

—La habilidad supera a la suerte. No bajas la guardia y todo irá bien —afirmó Xeev.

—Gracias, muchachos. Os ofreceré un buen espectáculo —concluyó la joven.

La bella Sheevela subió a la arena y esperó a que su oponente se presentara. Pocos segundos después, un hombre vestido con un atuendo de lucha negro apareció desde las alturas y cayó en el centro justo del recinto de combate. Se quedó inmóvil, esperando que el rey diese comienzo al combate.

Los asistentes enmudecieron de golpe al ver la entrada de Hayate. La expectación creció aún más cuando este desenfundó su katana. Después miró a la joven que sería su rival y esgrimió su arma haciendo una exhibición de malabares con ella y una serie de movimientos intimidatorios más vistosos que efectivos hasta que por fin la enfundó de nuevo y se puso en guardia.

—Este no es lugar para una mujer. Me desharé de ti de un solo golpe y después lucharé en un combate de verdad.

Sheevela miró a sus compañeros intentando aguantar las ganas de reír. Xeev reconoció ese gesto y asintió a la vez que le dedicó una sonrisa orgullosa que decía “es un fanfarrón, tienes mi bendición para humillarlo”.

—Comenzad —intervino el rey.

Sheevela adoptó la postura de combate de Gada-Reyh-Zan sin esgrimir siquiera sus dagas, y esperó a que su contrincante diera el primer paso.

A Hayate le gustaba lucirse y no tardó mucho en atacar. Corrió hasta llegar a la altura de la chica para saltar y realizar una patada giratoria. Sheevela se agachó y le hizo un barrido cuando cayó.

Hayate atacó de nuevo, fallando un movimiento tras otro, mientras Sheevela lo toreaba sin problemas, tirándole besos de vez en cuando y burlándose de él con sus atributos naturales.

La gente reía y vitoreaba el nombre de la chica, que animaba al público a

participar todavía más.

Hayate volvió a atacar, desesperado y rabioso. Sheevela volvió a esquivarlo sin problemas y después se acercó a él hasta que pudo sujetarlo por la cintura. Después acercó sus labios hasta casi tocar los de su rival mientras dejaba escapar sensualmente un suspiro. La mirada de Sheevela sedujo a su contrincante y después de unos segundos la joven se retiró bruscamente, tirando del cinturón de su adversario.

Los pantalones de Hayate cayeron hasta sus rodillas mientras este intentaba evitar el ridículo.

—¿Eso es todo? —se burló Sheevela, haciendo alusión a su entrepierna—. No convencerás a muchas...

Hayate quedó bloqueado tras este ataque psicológico, lo que aprovechó la ladrona para empujarlo, haciendo que cayera fuera de los límites del área de combate.

—Hayate ha salido del límite. Sheevela gana. —declaró el rey, entre las carcajadas del público.

La muchacha regresó con sus compañeros, con el público aclamándola. Kirah fue incapaz de controlar su risa, que sin duda destacaba entre el resto por ser la más escandalosa.

—Me alegra que os hayáis divertido —dijo, orgullosa.

—Ha sido impresionante. Creo que no me había reído tanto en mi vida —declaró Nadh.

—Os lo dije. Me encantan los capullos... —sonrió la chica.

—Buen combate, Sheevela —dijo Xeev, con semblante serio y triste.

—Eh. ¿Qué ocurre? —se preocupó Kirah.

—Sí, ¿estás bien? —indagó la ladrona.

—Lo siento... —suspiró Xeevetta—. Normalmente estoy más acostumbrado a los gritos de muerte que de risa. Supongo que necesito unos minutos.

—¿Tienes miedo de que te pase lo mismo a ti? —se burló Nadh.

—¡Nadh! —le recriminó Kirah—. Todos estamos en el mismo equipo. Maldita sea, dejad de una vez vuestras diferencias. Tengo una gran deuda con vosotros dos, así que haced el favor de empezar a respetaros.

—Vale, lo siento... —dijo Nadh, desganado—. Iré a ver si me entero de quién será mi oponente...

Xeev se quedó mirando al humano como si nada más existiera, destripándolo con la mirada.

—¡Eh! —le llamó Kirah—. Dejadlo ya, ¿quieres?

El tadoriano miró a su protegido y dejó escapar una carcajada sarcástica mientras se daba la vuelta y se alejaba de sus amigos.

—¡Xeev, espera! —exclamó Sheevela, queriendo salir tras él.

Kirah la detuvo.

—Déjalo. Cuando se pone así de raro es mejor esperar a que se le pase.

—Lo siento... Yo no pretendía crear esta reacción... —se preocupó Sheevela.



—No te preocupes. No es culpa tuya. —afirmó Kirah—. De vez en cuando le da por ponerse en plan místico y se encierra en sus pensamientos. No te va a contar lo que está pensando hagas lo que hagas. Te dará una excusa tras otra hasta que le dejes en paz.

—Pues vaya... —se deprimió la joven.

—Che, estaba pensando... —dijo Kirah—. En el próximo combate te toca conmigo. Espero que no me hagas a mí lo mismo —añadió, esperando dibujar una sonrisa en el apagado rostro de la joven.

—¿No quieres que te vea con los pantalones bajados? —continuó Sheevela, agradeciendo el esfuerzo de Kirah.

—Pues no... No me respetarías después —sonrió el príncipe.

—Muchas gracias por esto, Jimmy —se animó la ladrona.

—¿Por qué? —se interesó Kirah.

—Por todo lo que haces por nosotros; por cómo te desvives por cada uno de tus compañeros... —empezó a decir Sheevela—. Por tratar de animarme... Y por demostrar que estaba equivocada y creer en mí.

—¿Equivocada? —indagó el príncipe de Draconia.

—Sí. Creía que lo único que sabía hacer era decepcionar a la gente, pero tú me ofreciste una salida y aquí estoy... siendo aceptada por todos como uno más. El grupo confía en mí gracias a la oportunidad que tú me has dado.

—En realidad no te he dado nada. Siempre ha estado ahí; tan solo he logrado que te dieras cuenta. Cada uno forja su destino y solo tú puedes decidir cómo quieres que sea el tuyo.

Mírate a los ojos en un espejo y pregúntate quién eres y hasta dónde quieres llegar.

—Vale, antes de que me ponga a llorar como una tonta quiero proponerte un trato —dijo Sheevela emocionándose.

—¿El qué?

—Como bien has dicho, en el próximo combate nos toca enfrentarnos. Si gano yo tienes que prometerme que dejarás de preocuparte tanto por protegerme, ¿vale? Eres un buen tío y no quiero que te pase nada malo por mi culpa —dijo la joven.

—¿Y qué conseguiré si gano? No soy yo el que está empeñado en arriesgar su vida por devolver un favor —se interesó el príncipe.

—Vaaale... —accedió Sheevela—. Lo he captado. ¿Entonces tenemos un trato?

—Sí, trato hecho —afirmó Kirah.

—Genial —se alegró la muchacha—. Ahora me preocupan un poco Xeev y Nadh. No se llevan muy bien, ¿verdad?

—No. Xeev no puede ver a los humanos ni en pintura —declaró Kirah.

—Hablaré con Nadh. Puede que a mí me haga más caso —sonrió Sheevela.

—Puede... —admitió Kirah.

—Tú intenta hablar con Xeev cuando se le pase... bueno, lo que sea que le pase.

Xeevetta se encontraba observando el combate que estaba teniendo lugar mientras se perdía en sus pensamientos.

—No... No puedo hacerlo... ¡¿Pero en qué estoy pensando?! ¡Es mi misión! Nunca antes había fallado... Nunca había... dudado... ¿Qué debo hacer...?

—Xeev, ¿cómo estás, amigo? —le interrumpió Kirah.

—¡Vete! —gritó Xeevetta, apartando al príncipe bruscamente con el brazo.

—No hasta que me digas qué te pasa.

—Quiero ver el combate tranquilo, solo eso.

Kirah notó la excesiva dureza del gesto de su amigo y pensó que sería mejor dejarlo pasar un poco más antes de volver a insistir o acabarían enzarzados en una pelea sin sentido.

—Muy bien, hablaremos cuando estés más receptivo, pero no creas que te vas a librar de esta conversación. Necesitamos un grupo unido; no puedes ponerte a discutir con Nadh a cada segundo que hablas con él —advirtió Kirah antes de dejar que Xeev se alejase nuevamente.

El humano no perdía de vista a Xeevetta ni un segundo. Cada movimiento que hacia el tendoriano era seguido minuciosamente por Nadh.

—Nadh. Al fin te encuentro —dijo Sheevela, acercándose con una sonrisa que embrujaría a cualquier hombre—. ¿Puedo hablar contigo?

—Ya sé lo que vas a decirme, puedo leer las mentes... —afirmó el humano—. Y este no es un buen momento... —concluyó, marchándose y cortando de golpe la conversación antes de que empezara.

—Qué divertido va a ser esto... —se desmoralizó Sheevela.

Tras un par de combates sin mucha emoción, el rey anunció un combate que echaría chispas. Xeev, que participaría bajo el seudónimo de Ankhar, y Nadh, que se haría llamar Edward, iban a enfrentarse en un duelo en público; y ninguno de los dos podía permitirse la derrota.

—Recuerda que los combates no son a muerte... —advirtió Kirah.

Xeev miró a su amigo por encima del hombro mientras se dirigía al *ring*, como si quisiera decirle que no se responsabilizaría de lo que pudiera pasar.

Tanto Xeev como Nadh habían recurrido a distintas prendas para camuflar su identidad real, del mismo modo que había hecho Kirah.

Las miradas de ambos contrincantes se cruzaron durante lo que pareció una eternidad hasta que el rey Bannoshya dio por fin comienzo al encuentro.

Xeev blandió sus cuchillas contra Nadh, que detenía continuamente sus ataques demostrando gran maestría con la espada.

El príncipe de Draconia jamás había visto a sus amigos luchar con tanta rabia. El primero en conectar un golpe fue Nadh, que logró colar una patada frontal a la férrea defensa de su enemigo.

Xeev tomó distancia, casi rozando el límite de la arena, mientras observaba la arrogante sonrisa del humano.

Finalmente, el tandoriano cargó contra Nadh, que lanzó un conjuro de bola de fuego para frenarlo. Xeevetta usó sus cuchillas para repeler el hechizo y continuar su avance, pero este movimiento hizo que abriera demasiado la guardia, ofreciendo a su oponente una ventaja que supo aprovechar muy bien.

El humano saltó hacia atrás, dando una patada en voltereta a la mandíbula de Xeev, que cayó al suelo.

Nadh saltó para rematar al caído con un picado de rodilla, pero su rival se levantó deprisa y conectó un golpe al mentón del humano con su puño, lo que hizo que perdiera el equilibrio, aunque no llegó a caer.

Nuevamente, el guerrero kopy-kat cargó contra el humano con un ataque circular horizontal de sus cuchillas. Nadh se agachó para esquivarlo y después le dio un fuerte golpe en la boca del estómago con la empuñadura de su espada. Al doblarse Xeev, su adversario le agarró y le dio un rodillazo en la cara que hizo que el tandoriano se tambaleara hacia atrás.

Para finalizar su ataque, Nadh golpeó el pecho de Xeevetta con una patada penetrante en salto.

Xeev cayó al suelo, se llevó las manos a la nariz hasta que estas quedaron ennegrecidas por el dax.

Cuando logró ponerse nuevamente en pie, lejos de mostrarse furioso, adoptó una actitud fría y calmada; y cuando hacía eso era infinitamente más peligroso, pues se disponía a luchar en serio.

Nadh corrió para rematar el combate tras dedicarle a su rival una sonrisa burlona. Cuando llegó a la altura de Xeev atacó con su espada, que fue detenida por un bloqueo cruzado de las cuchillas de exoesqueleto del kopy-kat.

Tras un breve forcejeo, el guerrero tandoriano imprimió más fuerza a sus poderosos brazos hasta que un grito de furia escaló por su garganta mientras abría ambas cuchillas en abanico, quebrando así la espada de Nadh.

Tras la sorpresa del humano, Xeevetta ocultó sus cuchillas y golpeó el estómago de su contrincante con la palma de su mano, usando el peso de todo su cuerpo en el ataque.

Nadh cayó al suelo destrozado y sin respiración. Xeev se acercó hasta el caído y lo levantó de la pechera, contemplando con superioridad cómo su desafortunado rival luchaba por respirar.

Tras dedicarle una mirada de desprecio, y viendo que tanto el rey como sus compañeros se estaban poniendo nerviosos, decidió poner fin al combate lanzando a Nadh varios metros para que cayera fuera del *ring*.

Sin embargo el humano había sido más astuto y había tomado un brebaje de hoja celeste<sup>[14]</sup>. Gracias a esto logró quedarse suspendido en el aire, sin llegar a tocar el suelo, algo que pudo ver Bannoshya pero no Xeevetta, a causa del desnivel que marcaba los límites de la arena de combate.

La pericia del humano fue más allá y, continuando con su farsa, hizo vibrar

bruscamente su aura para levantar la tierra a su alrededor y crear una nube de polvo como la que se hubiera formado si Nadh hubiese caído de verdad.

—Está bien, creo que no puedo contigo... —declaró Nadh levantando su mano y pidiendo ayuda a Xeev para ponerse en pie.

El tandoriano había vencido a Nadh y, como guerrero honorable, mostraría respeto a un enemigo que admitía su derrota, de modo que tomó su mano.

La astuta trampa del humano había funcionado. Con un fuerte tirón volteó a Xeevetta por encima de él y este cayó al suelo, quedando descalificado.

—¡Alto! ¡Edward es el vencedor!

Xeevetta se levantó lleno de rabia y dispuesto a atravesar a aquel traidor con sus propias manos. Lavaría la afrenta con sangre.

—¡Tú, humano! ¡Eres incapaz de vencerme dignamente! ¡Voy a arrancarte el corazón y a ahorcarte con tus entrañas! —declaró el tandoriano.

—¿Qué te pasa? ¿No puedes aceptar que tus músculos no han podido con mi ingenio?

Varios soldados se lanzaron a detenerlo, del mismo modo que sus compañeros.

—¡Ankhar! —le llamó Kirah, tratando de sujetarle.

—Apártate de mí o te trataré como a él... —advirtió Xeev.

—No hagas ninguna tontería, no ha incumplido las normas. Sé que no te gusta admitirlo pero en esta ocasión te ha ganado. Si hubiera sido un combate en campo abierto y sin esas reglas habrías vencido tú, así que acéptalo y cálmate o nos meterás a todos en problemas...

—Edward —dijo Sheevela—, creo que deberías disculparte y aceptar tu derrota.

—¿Te vas a poner de su parte?! —se ofendió el humano—. Increíble. Siempre es lo mismo, siempre reconocen al idiota, nunca al más listo...

—Yo no me pongo parte de nadie, somos un equipo. No podemos actuar como si fuésemos enemigos —dijo la joven—. Lo que has hecho ha estado fuera de lugar.

—¿Quieres que te diga lo que está fuera de lugar?! —se irritó Nadh—. ¡Tú, por ejemplo!

—¿Qué? —se sorprendió, herida, la muchacha.

—He leído tu mente. Ni siquiera eres caballero... Y no sé qué habrá visto Jimmy en ti, solo sé que yo no me fío de ti. Habrás engañado al resto, pero conmigo no te servirán esos truquitos de seducción baratos —sentenció mientras abandonaba el estadio y los dejaba a todos patidifusos.

—Voy a dejarlo correr por respeto a ti y porque después de ese comentario acerca de uno de tus compañeros deberías ser tú el que lo ajusticiase —declaró Xeevetta alejándose de sus compañeros para perderse entre los muros del coso de combate.

—Sheeve... —quiso decir Kirah.

—Déjame, por favor... —interrumpió la ladrona—. Quiero estar sola... —concluyó la joven mientras abandonaba la compañía del príncipe entre lágrimas.

—Nadh... —suspiró Kirah lleno de dolor y sabiendo que su deber y su honor le

obligaban a cumplir las palabras de Xeev.

Nadh había abandonado la ciudad y estaba sentado junto a la orilla del río que separaba la ciudad capital y Willowhem del Dracorum Kōeris.

—Eres difícil de encontrar, humano... —dijo Xeevetta.

—¿Has venido a matarme? Así es como solucionas todo, ¿no? —declaró Nadh con desprecio.

—Debería hacerlo, pero antes te obligaré a disculparte con Sheevela. El hecho de que no quiera acostarse contigo no te da derecho a menospreciarla de ese modo.

—¿Qué coño sabrás tú de esa zorra?! —continuó Nadh.

—He visto cómo la miras y cómo ella ha pasado de ti. Después te has saltado todos los códigos morales y de honor, algo habitual en los humanos, por cierto, y te has sumergido en su mente. Has visto que no quiere acostarse contigo y te has enrabietado. No hace falta ser un genio para darse cuenta.

—¿Y crees que Kirah es mejor que yo?! —se justificó el humano—. A él también le gusta. Por eso nos dijo a todos que era un caballero y no una vulgar ladrona; para impresionarla y después poder llevársela a la cama.

—Lo único que Kirah quiere es un grupo unido. Por eso nos ocultó el origen de Sheevela, para no crear discordia. Ella ha demostrado que puede sacrificarse por los demás, como el resto de nosotros excepto tú. Kirah vendrá a pedirte cuentas; por eso, y porque no quiero que sufra por nuestra culpa, he venido a hablar contigo. Para que recapacites y pidas perdón, como voy a hacer yo, para tratar de salvar lo poco que quede de tu honor... —declaró Xeev.

—Así que quieres hablar... —dijo Nadh—. Pues yo no tengo nada de qué hablar con un traidor... —afirmó Nadh.

—¿Cómo dices? —se extrañó Xeev.

—He leído también tu mente; ahora mismo, mientras hablabas. He visto tus dudas y del lado de quién se decanta tu lealtad —dijo el humano.

—Así que lo sabes... —sonrió Xeevetta, con desprecio—. No tienes ni idea de lo que pasa por mi cabeza. Así que no cometas más estupideces.

—¿Estupideces? —se burló Nadh—. Ten por seguro que voy a decírselo y que lo sabrán absolutamente todo.

—En fin... —suspiró el tandoriano—. Supongo que tienes razón... —concluyó agachando la cabeza.

—¿A qué te refieres? —indagó Nadh.

—Voy a matarte... —sentenció Xeev, atravesando el corazón del humano con sus cuchillas.

## 14. Hermanos

Mientras Derkel intentaba hablar con sus compañeros para tratar de recomponer los pedazos en los que había quedado fragmentado el grupo, el resto de participantes proseguían con su competición.

Ninguno de ellos captó especialmente su atención hasta que el rey anunció el encuentro entre Shalim y Dragón Luna.

Kirah enmudeció de golpe al posar la vista sobre el oponente de Shalim. Pese a llevar la cara cubierta bajo un pañuelo y la capucha de su capa, sus ojos y su aura le decían a Kirah quién era en realidad aquel misterioso personaje.

—¿William?

Bannoshya dio la orden de comenzar el combate pero Dragón Luna no parecía interesado en su rival y le dio la espalda.

—¡Eh! ¡¿Qué diablos haces?! —se molestó Shalim—. ¡El combate ha empezado! ¡¿Estás sordo?!

—Adelante, Jimmy. Ambos hemos esperado mucho tiempo para volver a vemos. ¿Por qué no sales y te muestras ante mí?

—¿Conoces a ese tipo? —indagó Derkel.

—Es William, el hermano de Jimmy...

—¿Estás seguro? —se desconcertó Xeev—. Porque ese tío no ha podido vivir trescientos años...

—Completamente —afirmó Kirah.

—Un momento, creo que me he perdido algo... —declaró Sheevela—. ¿Chicos? ¿Alguien me lo explica?

—Bueno, esto ya es el colmo... —se enfureció Shalim—. Me da igual que me des la espalda. ¡Voy a atacar estés listo o no! ¡¿Me has oído, estúpido?!

Shalim se abalanzó contra Dragón Luna pero este no se movió. La carga de su adversario sería imparable y probablemente le tiraría fuera del *ring*.

El impávido combatiente esperó hasta el último segundo y golpeó a su contrincante con un elegante movimiento de revés, recuperando posteriormente su pose inicial mientras Shalim caía inconsciente al suelo de la arena.

El rey Bannoshya le declaró vencedor del combate segundos después, cuando fue capaz de recuperarse de su asombro, dando por concluida la primera ronda de los juegos.

—Ahora, Jimmy, sal y ven aquí... —dijo con un tono amenazante, sin descender del *ring*.

—¿De verdad eres... William? —preguntó Kirah, acercándose a él.

—Voy con Jimmy —dijo Xeev—. Ese tío me da mal rollo...

—Derkel, ¿qué está pasando? —se desconcertó Sheevela—. Creía que Jimmy era un nombre cualquiera, no que tuviera un significado...

—Su significado es la esperanza —declaró el elfo—. Te contaré los detalles en

otro momento. Ahora será mejor que nos preparemos, yo también tengo un palpito...

Sheevela miró al elfo y después a Kirah y Xeev, que ya estaban a la altura de Dragón Luna.

—Me alegro de verte, hermano —afirmó el encapuchado.

—Escucha, tu hermano... —quiso decir Kirah.

—¿De verdad eres el hermano de Jimmy? —interrumpió Xeev con tono amenazante.

—Así es. William es mi nombre —respondió el misterioso hombre, sin alterarse lo más mínimo.

—¿Cómo es posible? —indagó Kirah.

—Tras tu muerte Uriel nos dijo a Sheng y a mí que había una manera de devolverte la vida, de modo que nos condujo en una guerra santa para tratar de recuperar tu espíritu —comentó William—. Esa guerra me llevó a la muerte, pero lejos de ascender a los Cielos, mi alma quedó atrapada en una franja entre este y el otro mundo.

—¿Por qué? —se preocupó Kirah.

—Al parecer el hecho de buscar tu espíritu violaba un pacto sagrado. Mi alma quedó condenada para toda la eternidad.

—¿Acaso no os advirtió Uriel del peligro? —continuó Kirah, angustiado por el sufrimiento de William.

—Nos dijo que si fracasábamos pagaríamos un alto precio —afirmó el hermano de Jimmy.

—Eso sigue sin contestar a la pregunta de cómo es posible que estés vivo ahora en este preciso instante —señaló Xeev con rotundidad.

—Creí que me quedaría vagando eternamente en aquel plano astral desolado, pero apareció un alma perdida que me ofreció una salida.

—Qué oportuno, ¿no? —continuó Xeevetta.

—Así es. Era un draconiano que quería unir su alma a la mía para cumplir una antigua profecía.

—¿De qué estás hablando? —se desconcertó Kirah.

William se descubrió por fin, desvelando al hombre que se ocultaba bajo la capa.

—Imposible... —se sorprendió Derkel.

—No me jodas... —añadió el tandoriano, sumándose al gesto de sorpresa que el elfo y Kirah compartían.

—¿Quién es? —curioseó la ladrona, sorprendida de ver el gran parecido que William guardaba con Kirah.

—¿Kaly? —acertó a decir Kirah.

—Ese es el príncipe Kaly: el hermano desaparecido de Kirah —explicó Derkel.

—¿Y por qué me da la sensación de que esta no va a ser una agradable reunión familiar? —se asustó Sheevela.

Efectivamente, Kaly se ocultaba bajo la capucha de Dragón Luna, pero había

rasgos de William en él. El color de su pelo y sus ojos eran negros, como lo fueron los del humano que unió su alma con él.

—Hola, Jimmy... —saludó Kaly—. ¿O debería decir Kirah?

Los que escucharon esos nombres, Kaly y Kirah, empezaron a hablar y murmurar todo tipo de teorías y rumores, entre gestos de temor y asombro.

—A la mierda el sigilo... —se quejó Sheevela.

—Kaly. ¿Estás bien, hermano? —preguntó Kirah, abrazando a su hermano en un gesto que este no le devolvió—. Ven con nosotros. Viajaremos juntos de nuevo, como hace siete años —concluyó con una sonrisa.

—Me temo que no puedo acompañaros... —declinó Kaly.

—¿Por qué no? —se entristeció Kirah.

—Porque no quiero... —dijo el príncipe perdido, hiriendo profundamente el corazón de Kirah.

—¿Y qué es lo que quieres? —interrogó Xeevetta, tensando sus músculos.

—Es muy sencillo... —dijo Kaly.

—¡Guardias...! —gritó el rey Bannoshya.

—Voy a mataros.

—¡Detenedlo! —ordenó el soberano de Dergorun.

Kaly bajó bruscamente las manos y se envolvió en un aura de llamas a la vez que varias columnas ígneas surgieron de las profundidades de la tierra, provocando la muerte a varios soldados y a algunos espectadores, que habían empezado a correr despavoridos.

—¡Majestad, que vuestros soldados evacúen el estadio! —gritó Derkel.

Cuando la envoltura llameante dejó de cubrir el cuerpo de Kaly, su piel se había tomado negra como el carbón y su pelo y ojos ahora eran blancos. Feroces colmillos y demoníacas púas de hueso asomando por la espalda, ahora desnuda, completaban una imagen infernal y corrupta de lo que antaño había sido el hermano de Kirah.

—¿Kaly? No... —se desesperó el príncipe de Draconia.

—Reacciona, dragoncito. No creo que esa cosa siga siendo Kaly, por mucho que nos pese —advirtió Xeevetta, poniéndose en guardia.

El guerrero tandoriano se interpuso entre ambos hermanos cuando el monstruoso ogro en el que se había transformado el príncipe perdido inició su ofensiva contra Kirah para dar tiempo a los soldados de sacar a todos los civiles.

Mientras luchaba no paraba de preguntarse de qué clase de embrujo habría sido víctima Kaly para acabar así. Corromper a un humano era fácil, pero a un heredero del linaje Dragon Nindenn-Ka-Yh era algo muy distinto.

Kaly acabó por derribar a Xeev y Kirah tomó su relevo, haciendo volar su espada, que entonaba un triste cántico con cada lágrima que empapaba su filo.

El demonio consiguió esquivar los golpes del acero esmeralda de su hermano hasta que finalmente agarró la hoja con una mano, haciendo que la sangre mancillada del monstruo bañase la espada.



Finalmente hizo vibrar su aura con una explosión de energía que hizo salir disparado a Kirah varios metros, arrebatándole también su arma.

El demonio lanzó la espada de Kirah como si fuera una jabalina dirigida contra Derkel.

El elfo pudo esquivarla mientras se acercaba a la criatura, lanzando dos flechas justo antes de esgrimir sus dagas.

Sheevela corrió a ayudar a Xeev, esquivando las explosiones ígneas que el monstruo iba preparando a su paso.

—¡Arriba!

Derkel se había enzarzado en una encarnizada lucha que no podía ganar. Finalmente el demonio lo derribó y se dispuso a rematarlo.

—¡Ayudadme! —exclamó el elfo.

Kirah cargó contra el monstruo haciéndole un placaje que desencadenó un combate en el suelo.

—¡Kirah! —gritó la ladrona, corriendo para ayudar a su benefactor.

El príncipe guerrero se libró del acoso y se puso en pie, conectando certeros golpes a su oponente y logrando que por fin este hincase la rodilla.

—¡Kirah, toma! —exclamó Derkel, lanzándole de nuevo su arma.

El joven guerrero la recogió mientras Sheevela se abalanzaba sobre las espaldas de la bestia, sujetándose con sus piernas para clavar sus dagas en múltiples ocasiones al monstruo en los costados.

Kaly se deshizo de la muchacha y la tiró al suelo, listo para acabar con ese ser insignificante que le acosaba. Entonces Xeeveta le sujetó por detrás, asegurándose de que su presa no escaparía.

—¡Ahora, dragoncito! ¡Atraviésalo!

—¡¿Qué?! —se sorprendió Kirah.

—¡Hazlo! ¡Mi coraza de exoesqueleto me protegerá!

El príncipe de Draconia sabía que las vidas de sus amigos corrían peligro, pero no podía dar muerte a su hermano pese a estar convencido de que aquel monstruo ya no conservaba ni un ápice de Kaly en su alma.

—¡¿A qué esperas?! —se impacientó Xeev.

El monstruo sonrió y convocó más columnas de fuego con la intención de abrasar a la muchacha y al elfo. Jugaría con ellos y después se desharía del yugo de Xeev, asegurándose de que Kirah sufriera cada pérdida.

—¡¡VAMOS!! —insistió Xeeveta.

Kirah reunió todo su coraje en un estallido de rabia y lágrimas y los fundió en un iracundo grito que tronó por las ruinas de la arena.

—¡¡¡KALYYYYYYYYY!!!

El joven príncipe atravesó el corazón del demonio, queriendo pensar que hacía lo correcto para salvar vidas y que su hermano hacía mucho tiempo que le había dejado.

Kaly fue recuperando paulatinamente su aspecto normal a la par que su vida se

apagaba.

—¿Hermano? —se desesperó el príncipe de Draconia, envuelto en un mar de lágrimas.

Xeev le dejó tranquilamente acostado, agarrando su hombro ligeramente en señal de disculpa. Kaly reconoció el gesto y asintió, indicando que dejara de torturarse, pues no habían tenido otra opción.

—Kirah... —dijo el príncipe perdido llamando a su hermano entre toses ensangrentadas.

—Estoy aquí, Kaly —lloró Kirah, agarrando la mano de su hermano.

—Lo siento... —dijo el guerrero caído, sumándose al llanto del príncipe de Draconia— Hace cinco años me marché porque quería ser tan fuerte como tú...

Kaly tragó saliva y continuó con su relato.

—Ya habías luchado demasiado. Una guerra tan cruel como en la que crecimos era suficiente... Por eso yo... quise convertirme en el Dragon Nindenn-Ka-Yh... Para que no tuvieras que luchar más...

—Así que buscaste a William... —dedujo Kirah.

Kaly asintió.

—Oí hablar de un humano perdido... en el umbral del tiempo. Había desobedecido... a los dioses, desafiando sus leyes en busca de una manera de devolverle la vida a su hermano... —reveló Kaly, respirando cada vez más aceleradamente y con mayor dificultad—. Después de unir nuestras almas atacamos a Excoya, pero... fuimos derrotados y... de algún modo... nos controló.

—Hija de puta... —se lamentó Sheevela.

—Deja que hable. Ya no le queda mucho tiempo —afirmó Xeevetta.

—Os pido perdón, pues no pude controlar mi actos... —continuó Kaly.

—Shh... —le calmó Kirah, esforzándose por hacer que lo último que viera su hermano antes de morir fuera una sonrisa en su rostro, entre el océano de lágrimas que recorría sus mejillas—. No hay nada que perdonar, Kaly...

—Ahora... ya puedo morir en paz... sabiendo con certeza que tú nos librarás de ella... Veo al Dragon Nindenn-Ka-Yh... —afirmó Kaly—. Lo veo... en... ti...

—¿Kaly? No... Kaly... —le llamó Kirah, abrazando la desesperanza al ver el cuerpo inerte de su hermano—. No..., hermano... —farfulló, sin encontrar las palabras para expresar su dolor.

El crepúsculo siguió lentamente al día hasta que ambos quedaron al amparo de las estrellas.

Kirah se encontraba en la orilla del mar. Había dejado el cuerpo de su hermano sobre una balsa que había construido y que había agasajado con monedas. Después prendió una antorcha y bendijo la última morada de Kaly con su fuego antes de empujarla hacia el horizonte.

—Tu valor y tus gestas serán eternamente recordados y tu memoria será honrada con la sangre de Excoya —sentenció Kirah—. Ve en paz, Kaly. Que las puertas del

Valgard te reciban como al más grande de los héroes y al mejor de los hermanos.

—¿Pensando qué decirle? —preguntó Xeev, sorprendiendo a Sheevela, que se encontraba observando a Kirah detrás de unas palmeras.

—¿Qué? Yo no... no es lo que... —balbuceó la ladrona.

—No te preocupes. No era mi intención ser indiscreto —se disculpó Xeev—. A mí no se me dan bien estas cosas. Derkel y tú sois los más indicados para hablar con él.

Sheevela suspiró y se entristeció por no saber qué podría decirle al que ya consideraba su amigo.

—Deja que sea tu corazón el que hable —dijo Xeev—. Volveré al palacio de Bannoshya.

No tardéis demasiado. Mañana partiremos temprano.

La joven tomó aire y se preparó para acercarse a él.

—Kirah... —le llamó Sheevela, poniendo dulcemente la mano sobre su hombro — Lo siento muchísimo —añadió cuando sus miradas se cruzaron.

—Gracias —respondió el príncipe, volviendo a posar la vista amargamente sobre las llamas que se perdían en la lejanía.

—Sé lo que es perder a tu familia. Yo tampoco conocí a mis padres y no soy más que una decepción para la única familia que me queda... —declaró Sheevela, contemplando el horizonte—. Lo que quiero decir es que sé muy bien lo que es estar sola. No puedes llevar esta tristeza tú solo. No te guardes esas emociones. Déjalas salir o acabarán haciéndote mucho daño. Sé muy bien de lo que hablo así que si necesitas charlar... aquí estoy... Y, sobretodo, confía en tus amigos, ¿vale?

Kirah miró a su compañera, sin que la expresión de rabia y el dolor abandonasen su rostro.

—Ellos estarán siempre contigo y acudirán siempre que les necesites —añadió Sheevela.

Kirah fue incapaz de decir nada. Encontrar a su hermano sólo para volver a perderlo, especialmente de ese modo, había supuesto un duro golpe. El joven príncipe se limitó a perderse en pensamientos de venganza con la mirada perdida.

—Ven —le llamó Sheevela, abrazando a Kirah y apoyando la cabeza de este sobre su hombro—. Desahógate.

El heredero de Draconia devolvió el abrazo a Sheevela, agarrando fuertemente, de manera desesperada, la ropa de la joven, como si quisiese desgarrar su propia alma, y rompió a llorar. Después la ladrona se unió a él en su llanto mientras el fuego llevaba gloriosamente el alma de Kaly al Valgard, bendiciéndole con la vida eterna.

## 15. Regreso a Draconia

La misma mañana del torneo, mientras Kaly era devorado por las fuerzas de la Oscuridad, el humano arrepentido se debatía entre la vida y la muerte. Su herida le mataría sin duda, pero no como Xeevetta había supuesto. El tadoriano no sabía que Nadh tenía dextrocardia y que por tanto no había atravesado su corazón.

A las puertas de la muerte, un espíritu se apareció ante el humano.

—Nadh, ¿puedes verme?

—¿Quién... eres?

—Solo alguien que quiere concederte la justa venganza.

—Nnnngghhh... Xe... Xeevet... —intentó decir el humano.

—Sí. Pero no ha sido sólo él quien te ha traicionado, ¿verdad?

—No... —acertó a decir Nadh.

—Piensa —insistió el espíritu—: la ramera que te despreció, el cobarde que te mató, el amigo de la infancia que no te ayudó y el elfo traidor que no te defendió. Todos ellos merecen tu ira; y yo puedo salvarte de la muerte para que cumplas ese objetivo.

—¿A qué...? ¿A qué precio...? —balbuceó Nadh, a punto de cruzar el umbral del otro mundo.

—Como tú, yo también fui cruelmente traicionado. Todo lo que puedo hacer es vagar en busca de un cuerpo para poder llevar a cabo mi venganza. Solo tienes que dejarme entrar y serás libre de la muerte. Te convertirás en tu propio amo y juntos nos vengaremos de aquel que nos dio muerte a ambos.

—Xeevetta... —dijo Nadh con odio y rabia.

—El mismo... —declaró el espíritu—. Entonces... ¿Tenemos un trato?

Nadh asintió corroído por la ira y de ese modo evitó las puertas del Valgard.

El ardiente sol del amanecer asomaba en el horizonte la mañana siguiente. La ciudad capital había sido testigo de la crueldad que el destino continuaba mostrando con la dinastía Murako y todas las cabezas estaban agachadas en el salón del trono que presidía el rey Bannoshya.

—Mis condolencias, alteza —se entristeció el monarca.

—Gracias, Sire —dijo Kirah aceptando con dolor las palabras del rey.

—Como es tradición, serán decretados doce días de luto por vuestro hermano.

—No —declinó el príncipe—. Los rumores viajan deprisa y puede que no tengamos mucho tiempo, pero mientras que las noticias le llegan. Excoya pensará que tiene a Kaly bajo su control. No debemos privarle de esa creencia antes de lo necesario. La necesidad es mayor que el protocolo —explicó Kirah.

—Sois un digno hijo de vuestro padre. El rey Tobaki estaría muy orgulloso de vos, alteza —asintió Bannoshya.

—Gracias, milord.

—Permitidme al menos que os ayude haciéndoos entrega de estas armas

legendarias que el mismo Dracorum Köeris blandió para proteger esta tierra —dijo el rey, mientras le hacía señales a uno de sus consejeros.

Kirah fue obsequiado con un martillo y un arco.

—El legendario Mattock, que según cuenta la leyenda usó el héroe para regresar del Valgard; y el Arco de Aliento de Dragón, que empuñado por un draconiano convertirá las flechas en saetas ardientes —explicó el monarca—. Son vuestros. Deseo que os sean de ayuda en vuestra cruzada, alteza.

—Muchas gracias, Sire —dijo Kirah, aceptando los presentes.

—Mi espada está a vuestra disposición, joven príncipe. No dudéis en acudir a ella si la necesitáis. Estoy en deuda con vos.

Kirah asintió y se despidió con una reverencia.

—Oh, disculpad. Casi lo olvido —le interrumpió el rey—. Vuestro sirviente Nadh dejó esta carta. En ella dice que debía partir urgentemente a Draconia y que se reuniría allí con vos.

—Así que está a salvo —se alivió Kirah.

—Espero que no siga enfadado. Fuimos un poco duros con él. —confesó Sheevela.

—¿Qué es lo que ha podido pasar para que haya tenido que irse así sin avisar? —se preocupó Kirah.

—¿Xeev? ¿Estás bien? —se preocupó Derkel, viendo el semblante del tandoriano.

—Sí, sí... —dijo Xeev, tratando de no pensar en lo ocurrido y cómo el humano podría haber sobrevivido—. Seguro que se ha muerto de miedo y ha ido corriendo a llorar en una esquina.

—¿Cuándo vas a dejarlo? —se ofendió Kirah—. Si no sois capaces de actuar en equipo estáis fuera los dos, ¿está claro?

—Lo siento... —balbuceó el tandoriano desganado y en tono burlesco.

—Espero que esté bien —deseó el elfo.

—Pues partamos cuanto antes para averiguarlo. No quiero perder a nadie más —declaró el príncipe.

—Todo está dispuesto para vuestro viaje, alteza. —dijo el rey despidiéndose.

En nueve días el barco que había preparado Bannoshya les llevó de vuelta a Draconia.

Derkel había sentido la conexión con el siguiente cristal. Estaba en Korikoh, de modo que había enviado una paloma mensajera a Gloríen para que investigara todo lo posible hasta su llegada.

El dorado atardecer cubría con su cálido abrazo el cielo sobre la ciudad capital cuando Kirah y sus compañeros cruzaron sus puertas.

—Xeev, Sheevela. Preguntad en la taberna y en la iglesia a ver si alguien ha visto a Nadh por aquí. Derkel, ve al castillo y habla con Ember. Averigua también si ha regresado la expedición de Yeng —ordenó el príncipe.

—¿Tú qué vas a hacer dragoncito? —indagó Xeevetta.

—Quiero estar a solas unos minutos —confesó Kirah—. Necesito tiempo para despedirme de lo que Kaly y yo llamábamos “nuestro lugar secreto”.

—La laguna sagrada —dijo Derkel.

—Ese mismo —rio Kirah, con nostalgia y tristeza—. Si me necesitáis estaré allí.

—Bien. Tendrás unos minutos, pero estate listo para zarpar —dijo Derkel.

—Claro, amigo. No os preocupéis —asintió el draconiano.

—Kirah, ¿te importa si voy con Derkel al castillo? Si mi abuelo está de vuelta quisiera verle y asegurarme de que está bien —dijo Sheevela.

—Claro. No hay problema.

—Gracias. Y acuérdate de lo que te dije, ¿vale? —sonrió la joven.

—Lo sé, Sheevela. Te agradezco tu preocupación —dijo Kirah devolviéndole la sonrisa.

—Si tardas un poquito más de lo necesario iré a por ti —advirtió Xeev, con tono protector.

—También lo sé, nodriza. —bromeó el príncipe.

—Bien. Entonces el castillo será el punto de encuentro. Si alguno tiene noticias de Nadh o averigua algo sabrá dónde encontrar al resto en caso de urgencia. No tardéis demasiado —se despidió Derkel.

Kirah se perdió en los frondosos parajes del bosque de la Pureza hasta llegar a un claro donde su reflejo sobre las cristalinas aguas de una laguna le recibió, mostrando en su rostro la tristeza de su corazón.

El príncipe suspiró, agachándose para mirarse más de cerca.

—¿Qué voy a hacer ahora, hermano? —se preguntó Kirah—. Todo el mundo confía en que guíe al pueblo a la salvación... —suspiró.

Cerró los ojos amargamente y miró al cielo, en busca de una respuesta a sus preguntas.

—¿Cómo se supone que voy a ser un guía si no puedo proteger a nadie? No sé ni por dónde empezar...

—Puedes empezar por lo que si puedes hacer —resonó una voz en su cabeza.

—¡¿Kido?!

—Así es. Kirah. Soy yo. Pensaba que me había recuperado completamente, pero realmente esa bruja sabe jugar sus cartas muy bien. Por el momento parece que ya he encontrado la manera de eludir sus poderes. Así que ya podemos estar en contacto de nuevo.

—¿Sabes dónde está Nadh? —se impacientó el draconiano.

—Me temo que no. Es como si hubiera estado tratando de aislaros del enlace mental.

Imagino que no quería que Excoya pudiera localizaros.

—Entonces tampoco sabes lo que le ha pasado a Kaly... —se entristeció el príncipe.

—Sí. Lo sé. Conseguí contactar con él para que se reuniera con vosotros, pero su mente estaba enterrada a demasiada profundidad... Y los pensamientos en los que te estás centrando ahora confirman mis peores sospechas. Lo lamento profundamente.

—Excoya lo pagará, Kido —dijo Kirah, con una mezcla de odio y determinación en su voz—. Lo único que temo es que si pudo doblegar a Kaly y a Kho-Kith de esa manera también pueda hacerlo con nosotros. Aún no sé cómo, pero encontraré la manera de evitarlo y después me aseguraré de que conozca el sufrimiento de todos y cada uno de los inocentes que ha destruido.

—Precisamente por eso quiero hablar contigo. Porque hay una manera de evitar el control mental de Excoya —aseguró Kido.

—¿Lo dices en serio?! —se entusiasmó Kirah.

—El rey Minos tiene en su poder una gema que puede obrar tal milagro.

—¿Te refieres al guardián de las puertas? —indagó Kirah.

—El mismo.

—¿Y cómo puedo verle? Solo los muertos pueden estar en su presencia, antes del juicio que les abra o les cierre las puertas del Valgard para toda la eternidad.

—Cuando habéis alcanzado las costas de Draconia he visto que llevabas contigo el martillo Mattock.

—Sí, me lo entregó el rey Bannoshya —afirmó Kirah.

—Bien. Con él podrás entrar en su reino. Busca el árbol de las hojas doradas y golpea sus raíces con el Mattock. Así abrirás una entrada secreta al Reino Hundido, en el umbral del tiempo. No pierdas el martillo, porque no podrás volver sin él —explicó Kido.

—Estupendo. Tengo que avisar a Derkel y a Xeev. Necesitan saberlo —se alegró el príncipe heredero.

—Han escuchado todo lo que hemos hablado; ya vienen de camino.

## 16. El reino hundido

—¡Derkel, Xeev! —llamó Kirah a sus amigos cuando les vio aparecer—. ¿Lo habéis oído? —añadió emocionado.

—Sí. Por fin una buena noticia —sonrió Xeev.

—No quiero ser el pesimista, pero aun así creo que deberíamos tomarlo con andado —señaló Derkel.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Xeev.

—Cruzar el umbral del tiempo hasta el Reino Hundido no es algo que deba hacerse a la ligera si estás vivo. Podría ser peligroso.

—Te entiendo, Derkel, pero una protección así merece la pena. —señaló Kirah.

—Yo no he dicho lo contrario —se defendió el elfo—. Solo digo que igual tú deberías esperar aquí fuera mientras Xeev y yo entramos.

—No voy a consentir eso, Derkel —se indignó Kirah—. No puedes pedirme que me quede de brazos cruzados mientras vosotros arriesgáis la vida.

—Puede que Derkel tenga razón, dragoncito. Tu vida es más valiosa que la del resto de nosotros. —dijo Xeev.

—Ni hablar. Ninguno está por encima de los demás —afirmó el príncipe.

—Ya sé que así es cómo quieres que sea, Kirah, pero el mundo real es muy distinto. Tú eres la esperanza del pueblo. No podemos perderte —comentó el elfo.

—En ese caso, la misión de Xeev es protegerme, ¿no es así?

—¿A dónde quieres llegar, dragoncito? —indagó el tadoriano.

—Imagina que hay otro ataque a la ciudad y que no logro escapar. Fallarás en tu cometido, ¿no es cierto? —planteó Kirah—. Entonces el concilio que te ordenó velar por mí no te permitirá volver a tu hogar. ¿Es eso lo que quieres? ¿O tal vez prefieras que Derkel vaya solo al Umbral del Tiempo para quedarte aquí y protegerme?

—Ese es un escenario bastante improbable —declaró Derkel.

—Pero no imposible —se defendió Kirah—. Yo voy. Tendréis que pasar por encima de mí para detenerme.

—Vaya... —se sorprendió Xeev—. Y parecías un niño inocente.

—He sido niño soldado, no lo dudes —bromeó el príncipe—. Busquemos esa entrada.

Tras unos minutos dieron con el árbol de hojas doradas y Kirah esgrimió el martillo legendario.

—Muy bien. Apartaos —advirtió el príncipe, levantando el Mattock sobre su cabeza.

Tras fijar su vista en las raíces, Kirah descargó un potente golpe sobre su objetivo. Una cegadora luz envolvió al martillo y después se extendió hasta cubrir buena parte del bosque.

Cuando el efecto luminoso se apagó, las raíces parecían querer invitarles a adentrarse en el interior de la tierra, de la que emanaba una extraña niebla.



Xeevetta fue el primero en asomarse, frunciendo el ceño y entrecerrando los ojos para tratar de distinguir algo más allá de la oscuridad que rodeaba la recién abierta gruta.

—Gallina... —bromeó Kirah.

El tandoriano se adentró en las sombras y después giró la cabeza para replicar a su protegido.

—Nenaza...

—Musculitos... —se burló Kirah.

—¡Callaos! No es algo para tomarse a broma —les reprendió el elfo—. Acabemos cuanto antes —concluyó siguiendo a Xeev Poco después de dejar atrás la oscuridad las raíces volvieron a entrelazarse, separando de ese modo el Reino Hundido del mundo de los vivos nuevamente.

Ante ellos se erigía ahora una tierra gris y marchita, con nubes oscuras bloqueando cada rayo de sol que tuviera el coraje suficiente para tratar de asomar en el horizonte.

Las almas caminaban hacia sus juicios como un rebaño confiado que obedecía ciegamente las órdenes del pastor que las guiaba.

Un grupo se dirigía a una imponente pirámide situada al oeste de su posición; otro grupo pagaba tributo al barquero Caronte para que les permitiera cruzar el mar hasta una pequeña ermita; y otro más encaminaba sus pasos hacia la falda de una montaña que se perdía más allá de las nubes. Sin embargo todos coincidían en un lugar.

—Allí —dijo Xeev, señalando un palacio cerca del mar.

—¿Qué pasa? —preguntó Kirah.

—Todos salen de ese punto, así que... —empezó a decir Xeevetta.

—El juicio tiene lugar en ese palacio —concluyó Derkel.

—Entonces el rey Minos estará allí —dedujo el príncipe.

—Exactamente —declaró el tandoriano.

Los tres compañeros encaminaron sus pasos hacia el palacio de la Niebla. Durante el recorrido contemplaron estremecidos los rostros perdidos de las incontables almas que avanzaban hacia su destino sin importar si era trágico o paradisiaco.

—Así es como acabaremos si no nos damos prisa... —advirtió Derkel.

—Pues yo no pienso ser un borrego más —dijo Xeevetta.

—Entonces mantén los ojos bien abiertos —dijo el elfo—. Eso va por todos.

Al cruzar el umbral del palacio la puerta se cerró tras ellos, cubriéndolos con negrura y soledad.

—¡Maldita sea! —se asustó Derkel, corriendo a rascar desesperadamente la pared—. No.

¡Ábrete, diablos!

—Tranquilo —instó Kirah—. Aparta, usaré el Mattock.

El príncipe draconiano se preparó y descargó la fuerza de su martillo en un golpe

horizontal que se empotró contra la pared.

El Mattock vibró con fuerza, transmitiendo ese efecto a su dueño, estremeciendo todo su cuerpo y obligando a las manos que lo sujetaban a soltarlo; y, sin embargo, el muro no tembló ni un ápice.

—Imposible... —se estremeció Derkel.

—Anda, dejadme a mí. Una vez más parece que tendré que arreglar las chapuzas del dragoncito —bromeó Xeevetta.

El tandoriano extendió la mano al frente y concentró su poder. Las paredes de roca resonaron en armonía en respuesta a la energía del Aran-Ther<sup>[15]</sup> que estaba preparando Xeev.

Durante unos segundos pareció que lograría su objetivo, pero finalmente acabó hincando la rodilla, agotado por el esfuerzo, y sin conseguir nada.

—¿Qué es este lugar? —se desesperó Xeev—. ¿Qué clase de magia guarda estas puertas?

—Una que no está destinada a los vivos... —aclaró el elfo.

—Entonces busquemos a alguien que nos saque de aquí —señaló Kirah—. Haré algo de luz. Déjame una flecha, Derkel.

Kirah obtuvo una saeta de su camarada y la colocó en el arco que le había entregado el rey Bannoshya. Tras tensarlo ligeramente la punta del proyectil se prendió, iluminando la estancia.

—Bueno, al menos esto sí que funciona —se animó Kirah—. Sigamos.

La tenue luz de la llama alumbraba sus pasos mientras avanzaban precavidamente por el angosto pasillo en el que se encontraban.

—¿Dónde están las almas en pena? No hemos visto a nadie desde que entramos —señaló Kirah.

—Supongo que en el umbral del tiempo las cosas son muy diferentes. Este palacio es donde se celebran los juicios. Puede que cada alma entre en uno distinto.

—Entonces, ¿por qué nosotros tres estamos juntos? —continuó el draconiano.

—No lo sé —admitió el elfo—. Puede que el hecho de no estar muertos influya en nuestra percepción y en las leyes de este reino.

—Pues espero no encontrarme con más zombies sin alma. Me ponen los pelos de punta —declaró Kirah.

—En cambio a mí me resulta aún más aterradora su ausencia que su presencia... —dijo Xeevetta.

—¿Por qué? —indagó el príncipe.

—Porque cuando te mueres, siempre lo haces solo y rodeado de oscuridad —aclaró el tandoriano.

—Entonces procuremos no separarnos —concluyó Derkel.

Por fin llegaron al final del pasillo. Ante ellos se alzaba un muro con un grabado y dos antorchas con forma de serpiente vigilando sin descanso la leyenda.

Kirah prendió la tea que guardaban las reptilianas vigías y por fin pudo descansar

y destensar el arco, pero con esto también selló su camino.

Una enorme roca cayó desde un agujero situado en la parte superior, abriendo un gigantesco boquete tras ellos.

El estruendo sacudió los cimientos del palacio y aceleró tanto sus corazones que cualquiera hubiera podido bailar al son de sus latidos.

—Joder... —acertó a decir Kirah, pegando su espalda al muro grabado.

—¿Qué ha sido eso? —se atrevió a preguntar Derkel.

—Yo diría que una trampa macabra. —señaló Xeev, asomándose al abismo que había dejado tras de sí la roca—. El pedrusco se ha desvanecido, pero nos ha dejado un foso de púas como regalo de despedida.

—¿Cómo que se ha desvanecido? —se preocupó Derkel.

—No creo que este palacio nos vaya a dejar salir de aquí... —matizó Xeev.

—Pues no dejaremos que nos venza —afirmó Kirah con determinación, antes de volverse al muro con el grabado para limpiar con la mano el polvo que lo cubría—. Esta inscripción está en draconiano antiguo. Si logramos descifrarla podremos...

Cuatro guadañas interrumpieron el discurso del príncipe al descolgarse del oscuro techo de la galería en la que se encontraban.

Los tres compañeros tuvieron que usar todos sus reflejos para poder esquivar la afilada trampa. Incluso Xeev tuvo que rodar y quedarse colgado del borde del boquete.

Tras unos segundos que parecieron horas la trampa paró y Derkel se apresuró a ayudar a Xeev a subir.

—Kirah, la próxima vez que quieras dedicarte a la limpieza dínoslo para ponemos a salvo. No toques nada dentro del palacio, ¿entendido? Tienes la mala costumbre de toquetearlo todo —dijo Xeev, fatigado.

—¿Qué?! —respondió Kirah.

—Es verdad —apoyó Derkel.

—¿Qué?! —insistió el príncipe, ofendido.

Cuando sus compañeros dejaron de mirarlo, Kirah empezó a toquetear las paredes a lo loco, sacando la lengua y haciendo muecas, burlándose de ellos.

Ambos se volvieron, sospechando que el niño dentro del príncipe estaría haciendo de las suyas. En ese momento, Kirah paró en seco mientras sus amigos le dirigían miradas desconfiadas hasta que volvieron a darle la espalda.

Kirah volvió a repetir la misma acción burlesca pero esta vez sonó un crujido suave.

—Huy... —susurró Kirah, quedándose totalmente quieto.

—Kirah... —empezó a decir Xeev, con gesto enfadado—. ¿Qué has hecho?

—Nada... —declaró el príncipe.

Incontables púas asomaron desde el muro posterior antes de lanzarse ávidas de sangre para impactar contra los cuerpos de los incautos que las habían invocado.

Xeevetta se abalanzó sobre sus compañeros, cubriéndolos con su cuerpo mientras

lo revestía con una impenetrable armadura de exoesqueleto de dax.

Los afilados agujones se estrellaron contra la dureza de la exocoraza y cayeron posteriormente al suelo, con su filo quebrado.

—¿Estáis bien? —preguntó Xeev, retirando su exoesqueleto.

—Sí, muchas gracias —dijo Derkel poniéndose en pie.

—Como vuelvas a tocar algo te corto las manos —amenazó Xeev, dirigiéndose a Kirah.

El draconiano se limitó a esgrimir una sonrisa tonta y a poner ojos de pena como disculpa.

—En fin. Veamos que pone en el muro —dijo Derkel, esforzándose por leer en draconiano antiguo.

—Déjame a mí, Derkel —dijo Kirah—. No voy a activar más trampas —se defendió, viendo las miradas punzantes de sus amigos sobre él.

—«Las puertas del Cielo se abrirán y la tierra temblará con la furia divina. Entonces solo quien despierte al gigante dormido podrá dominar los poderes de la Tierra».

—Yo me he quedado igual que estaba... —confesó Xeev.

—Y yo —apoyó Kirah—. ¿Derkel? —indagó posteriormente.

—Parece MENTE —susurró el elfo acariciando su mentón.

—¿Cómo dices? —se interesó el tadoriano.

—Magia élfica de invocación. Se enseña a través de acertijos y, precisamente, el gigante es una de ellas.

—Explícate mejor —pidió Kirah.

—El triunvirato de la magia —afirmó el elfo—. El primer nivel es CARNE. Se usa para canalizar el poder interior del cuerpo y aplicarlo a través de técnicas físicas; como tu Appapuniken, Kirah.

Derkel volvió a centrar su atención en la inscripción y continuó con su explicación.

—El segundo nivel es ESPIRITU. Es algo más difícil de dominar. Podría decirse que es la "magia" en sí. Los clásicos conjuros elementales o de curación pertenecen a este nivel. Por último tenemos el tercer nivel. MENTE. Es la más difícil de las tres disciplinas, la magia de invocación. Con ella se puede pedir ayuda a poderosas criaturas o espíritus para que nos ayuden, aunque también se podrían volver en nuestra contra si no se ejecuta correctamente.

—Dime una cosa, Derkel —dijo Xeev, pensativo—. ¿Crees que serías capaz de usar esa clase de magia?

—No estoy seguro pero me atrevería a decir que no —afirmó el elfo—. La magia, aunque se me dé bien, no es mi fuerte. Cierto es que soy el brazo mágico del grupo, pero aún tendría que mejorar mucho para poder usar MENTE. Como he dicho, puede ser extremadamente peligroso.

—Pues parece que solo podremos pasar por aquí invocando a esa cosa que dice la

inscripción —comentó Xeev.

—Déjame ver qué puedo hacer —suspiró Derkel.

El elfo acercó las manos al muro y comenzó a canalizar su fuerza interior. A los pocos segundos logró conectar con el mundo espiritual, que resonó con la magia impregnada en el muro.

—Así, Derkel. Lo estás haciendo —se alegró Kirah, eufórico.

Una visión de un coloso surgiendo de nubes de azufre desde las profundidades de una tierra yerma asaltó la mente del elfo.

—Continúa, amigo —animó Xeev.

—El muro empezó a agrietarse mientras el monstruo que permanecía en la cabeza de Derkel mantenía un intenso duelo de miradas, tratando de rebelarse contra el ser que pretendía someter su fuerza.

—No puedo... —se desesperó el elfo, mientras su cuerpo temblaba como un flan y el sudor de su frente se fundía con el reguero de sangre que comenzó a brotar de su nariz.

—¡Sí que puedes! —insistió Xeev.

—Vamos, Derkel. No te rindas —dijo el príncipe draconiano.

—No... —negó Derkel.

El elfo estaba al borde del desmayo y las grietas del muro indicaban que este no tardaría en quebrarse. Era un duelo de voluntades; y la roca no se doblegaría fácilmente.

—Sólo un poco más —insistió Xeev.

—¡NO! —gritó Derkel, cayendo al suelo, agotado, mientras el muro estallaba en mil pedazos.

—¡Derkel! —exclamó Kirah, preocupado, mientras se abalanzaba sobre su amigo.

—¿Estás bien? ¿Cómo te encuentras?

—Hecho polvo... —acertó a decir el elfo—. Pero creo que he dominado al coloso... —concluyó, tragando saliva y luchando por recobrar el aliento lo antes posible.

—Lo has hecho muy bien —dijo Xeev, agachándose para dar una palmada en el hombro a su camarada y exhibiendo una gran sonrisa—. ¿Puedes seguir o necesitas unos minutos?

—No. Acabemos cuanto antes. No quiero pasar ni un segundo más aquí —declaró Derkel.

—Vamos —sonrió Kirah, ayudando a su amigo a ponerse en pie.

No pasó mucho tiempo hasta que dieron con un gran salón del trono. Predominaba lo dorado y majestuoso, y estaba decorado con frescos que relataban los juicios del rey Minos, así como los castigos y recompensas que las almas recibían tras la sentencia del guardián de las puertas del Valgard.

—¿Y ahora? —preguntó Kirah—. No hay nadie.

—Buscad algo que nos dé alguna pista —declaró Derkel.

—Pues yo creo que he encontrado algo —afirmó Xeevetta, examinando el trono.

—¿Qué? —se interesó Kirah, acercándose a su amigo junto con Derkel.

—¿Veis esta muesca en el trono? —dijo el tandoriano, señalando una pequeña oquedad.

—¿Te refieres a eso que parece una flor? —curioseó Derkel.

—Exacto —contestó Xeev—. No me parece que sea un simple adorno.

—¿Una cerradura? —preguntó Kirah.

—Eso creo —afirmó Xeev.

—Bien. Buscad algo que pueda encajar —dijo Derkel.

—¿No puedes invocar a ese titán para que destroce esto a ver si aparece alguna entrada secreta? —preguntó Xeevetta.

—Estoy demasiado cansado. Además, quién sabe lo que pasaría si tratamos de forzarlo. En este reino las leyes de la naturaleza son tangencialmente distintas —señaló Derkel.

—No queda otra opción entonces. Todo el mundo a buscar —dijo Kirah.

Nadh entró en la cámara, interrumpiendo su búsqueda antes incluso de que esta pudiera empezar.

Gracias a su pacto con el demonio podía caminar entre el plano terrenal y el espiritual con el encantamiento adecuado.

—¡Nadh! —se alegró Kirah, sonriendo al ver a su amigo—. ¿Estás bien? Nos tenías a todos muy preocupados. ¿Dónde estabas?

—Kirah... —intervino Xeev—. Nadh nos ha traicionado.

—¿Qué?! —exclamaron Kirah y Derkel al unísono.

—No le escuchéis —declaró Nadh, con odio—. Él es el traidor...

—Espera, espera. Vamos a calmarnos, ¿vale? —se asustó Kirah.

—Este cabrón iba a vendernos. Vino a matarme, pero falló —afirmó Nadh.

—No le escuches —se enojó Xeev—. Este bastardo leyó mi mente. Excoya aún pensaba que la estaba sirviendo y que tenía un espía en vuestras filas, pero vio mis verdaderas intenciones y quería ir a contárselo enseguida a su ama para sacar tajada...

—No puedo creer lo que está pasando —se desesperó Kirah.

—Está claro que uno de los dos miente —afirmó Derkel.

—Pero... ¿quién? —indagó el príncipe—. Nadh era mi mano derecha en la guerra; y Xeev me ha protegido con ahínco desde entonces...

—Ambos perfiles encajan en el papel de traidor... Pero me niego a creerlo de ninguno de ellos —se entristeció el elfo.

Aprovechando esos momentos de duda, Nadh usó su poder mental para inmovilizar a sus excompañeros contra la pared y desarmarlos.

—¿Por qué? —preguntó Derkel.

El humano rio con malevolencia.

—¿Por qué? —se burló—. Porque sois incapaces de valorar mi genialidad. Kirah nos coló a esa zorra ladrona como uno de sus caballeros, engañándonos a todos y a vosotros os dio igual porque os la pone dura.

—Te recuerdo que el primero que quiso meterse en sus bragas fuiste tú —declaró Xeev—. Te cabrea que sea una chica lista y pase de ti.

—¡Cállate! —se irritó el humano—. No eres más que un chaquetero que se arrima al sol que más calienta. ¿Has estado realmente en algún bando de manera desinteresada?

—Aceptaría con gusto estar en el bando de los que os masacren a ti y a toda tu puta estirpe —desafió Xeev.

Nadh golpeó al tandoriano repetidamente con furiosos golpes cargados de odio.

—Lo que más me cabrea no es que seas un traidor... Sino que los demás tengan dudas entre tú y yo —afirmó Nadh—. Y solo por eso también moriréis. Hay alguien que me acepta tal y como soy; alguien que me tendió la mano cuando todos los demás me dejaron de lado... Excoya.

—Nadh, nosotros te abrimos nuestras puertas —dijo Derkel—. Los elfos te criamos como a uno de los nuestros. Y después Kirah te acogió como a un hermano. Aún no es tarde.

Vuelve con nosotros.

Nadh dio un golpe de revés a su viejo amigo, con desprecio y aires de superioridad.

—No... —declaró el humano—. Además, fue Excoya la que mató al emperador hace siete años, no Kirah. Así que ese supuesto héroe al que veneráis y por el que estáis dispuesto a sacrificar a cualquier inocente para limpiarle el culo no es más que un fraude.

Excoya me ha abierto los ojos y me ha hecho darme cuenta de los mierdas que sois.

—Humano hasta el final... —dijo Xeev, vomitando sus palabras con un profundo odio.

—Y muy orgulloso de ello, mastodonte —se rio Nadh—. ¿Y tú qué? Estás tan acojonado que no has dicho una maldita palabra, niño llorón —añadió, dirigiéndose a Kirah.

El príncipe clavó sus ojos en Nadh mientras su aura crecía y su energía fluía rabiosa, alimentando el poder que emanaba de él y una marca con forma de cabeza de dragón brilló con una resplandeciente luz azul en su frente.

—¿Kirah? —se asustó Xeev.

—¿Eso es la marca Draconianjin? —se sorprendió Derkel.

El príncipe empezó a moverse, contrarrestando el yugo que hasta ese momento le doblegaba.

—¡¿Qué estás haciendo?! —se preocupó Nadh.

De las manos de Kirah crecieron dos garras, afiladas como colmillos de dragón y

sus ojos brillaron rojos como el fuego primero y negros como la noche después.

—¡Detente! ¡Te lo ordeno! —se desesperó el humano.

El príncipe se acercó hasta su viejo amigo, como poseído por una fuerza mayor, incapaz de controlar su cuerpo por voluntad propia, y entonces hundió sus garras en el pecho de Nadh. A continuación lo levantó y observó el miedo en su cara hasta que la muerte se llevó su alma al Infierno.

Cuando Nadh murió Kirah se desmayó y sus dos amigos fueron libres por fin.

—¡Kirah! ¡Por los dioses, Kirah! ¡Responde! —exclamó el elfo, abalanzándose sobre el príncipe.

—¿Qué coño ha sido eso? —preguntó Xeev, con una mezcla de miedo y precaución.

—Eso era el despertar de un Draconianjin —afirmó Derkel.

—Y eso es bueno, ¿no? —insistió Xeev.

—La primera vez siempre ocurre ante la amenaza de un mal tan poderoso que haya roto el equilibrio —afirmó Derkel.

—¿Y crees que Nadh era esa amenaza? Sólo era un humano —se desconcertó Xeev.

—Puede que no... —dijo Derkel—. Ya viste lo que nos hizo a los tres. El Nadh que conocimos no hubiera sido capaz de desplegar semejante poder. Los humanos no son tan fuertes.

—¿Entonces esto es lo que puede hacer la posesión de Excoya? —preguntó Xeev.

—Sí, a mí también me asusta —confesó Derkel—. Encontremos esa gema y salgamos de aquí —añadió poniendo tristemente su mano sobre el cuerpo de Nadh, mientras las lágrimas alimentaban la pena que sentía su alma acerca del final de su viejo amigo.

En ese momento Kirah despertó, con un grito ahogado mientras la luz de su frente se apagaba, dejando una cicatriz que segundos más tarde también se desvanecería.

—Eh, dragoncito, ¿cómo estás? —se preocupó Xeev.

—Me siento como si fuera a echar la primera papilla —dijo Kirah, antes de ver el cuerpo de Nadh—. ¿Cómo hemos llegado a esto? —añadió, con un gran pesar en su corazón.

Sus dos amigos enmudecieron y bajaron la mirada mientras él se acercaba al cadáver del humano.

—Ya van dos vidas que he sido incapaz de proteger. Tanto Nadh como mi hermano necesitaban mi ayuda y lo único que he podido ofrecerles ha sido la muerte.

—No, Kirah. No ha sido tu culpa. Solo hay una culpable, ¿me oyes? —le dijo Derkel.

—Lo sé... —afirmó Kirah, llorando con rabia—. Y se lo haré pagar. Lo juro.

Kirah se despidió mentalmente del humano y se percató de un pequeño colgante con forma de flor que este llevaba colgado del cuello. Recogió el pequeño amuleto y lo observó con atención.



—Eh, Xeev. Mira a ver si esto encaja con la moldura del trono.

El tandoriano recogió el objeto que Kirah le lanzó y probó a encajarlo en el hueco.

El trono se deslizó suavemente hacia un lado, revelando unas escaleras que se adentraban aún más en las profundidades de aquel maltrecho reino.

—Igualito que la boca del lobo... —afirmó Xeev.

—Entonces bajaré yo solo —afirmó Kirah, siendo el primero en descender.

—No te lo crees ni tú, dragoncito —dijo Xeev deteniéndole plantando la mano en el hombro de su protegido.

—Hemos llegado hasta aquí juntos y juntos seguiremos —añadió el elfo.

—Gracias, amigos —sonrió el príncipe.

Los tres llegaron a una sala repleta de tesoros. Montañas y montañas de oro, joyas y exóticos artículos se extendían más allá del alcance de la vista.

—Vaya... —dijo Kirah, abrumado.

—Con todo esto podríamos crear el mayor ejército del universo. Excoya no podría esconderse —afirmó Xeev.

—No podemos tocarlo. Son las ofrendas con las que los vivos agasajaron a sus seres queridos para su viaje al Valgard —afirmó Derkel.

—Lo sé, lo sé —señaló Xeev—. Pero es una lástima. Con esto podríamos evitar que muchos vinieran aquí abajo antes de tiempo.

—Si impedimos que Excoya vuelva a subyugar las mentes con sus demonios también lo haremos —sentenció el príncipe.

—Saludos, guerreros —tronó una voz a sus espaldas.

Al darse media vuelta vieron a un hombre de aspecto fantasmal, con una larga barba castaña, ojos negros y profundos, y una majestuosa corona adornando su cabeza.

—¿Sois vos el rey Minos, señor? —preguntó Kirah, con una mezcla de cortesía y miedo.

—Tengo muchos nombres —afirmó el espectro—. Heimdallr, Rey Cuervo y sí, también Minos.

—¿Sabéis entonces qué hemos venido a hacer aquí? —continuó Kirah.

—Vuestras almas han sido juzgadas —señaló el rey Minos—. Ellas me han dicho lo que buscáis en mi reino: la Perla de la Niebla —añadió, extendiendo la mano para mostrar una brillante piedra negra.

—¿Ya está? ¿Así de fácil? —dudó Kirah, acercando su mano a la perla.

—Esperaba que uno de vosotros me hiciera compañía —declaró Minos.

El príncipe se echó rápidamente hacia atrás, adoptando una posición defensiva mientras agarraba la empuñadura de su espada, listo para desenvainar.

—Estos hombres volverán conmigo, milord. Tenedlo muy claro —amenazó Kirah.

—Si queréis un alma con la que jugar, arriba encontraréis a un humano traidor

muerto. Podéis quedaros con la suya y decirle que ha sido Xeevetta el que os dio la idea, señor —apoyó el tandoriano, adoptando la misma pose que su amigo.

Derkel puso las manos sobre los hombros de sus compañeros y trató de calmarlos.

—No pretendo mataros, guerrero —afirmó el rey Minos—. Uno de los vuestros, uno destinado al Valgard, será juzgado. Cuando esté sentado en la mesa de los dioses le arrancaré de allí y entonces me cobraré su alma. Deberá servirme durante mil años como pago.

—No voy a aceptar eso, milord —afirmó Kirah.

—¿Y qué le ocurrirá después? —curioseó el elfo.

—¿Pero qué estás diciendo, Derkel?! No vamos a aceptar —se ofendió Kirah.

—Regresará al lugar que le corresponde —afirmó Minos.

—Entonces trato hecho. Yo ocuparé vuestro lugar cuando me llegue la hora —dijo Derkel.

—¿Qué?! ¡No! —insistió Kirah.

—Muy bien. Id entonces y que la protección de la perla de niebla impida que las fuerzas de la oscuridad dominen vuestros corazones.

—¡No! ¡Esperad! —bramó Kirah mientras el rey Minos se desvanecía en las sombras.

—Kirah... —dijo Xeev, tratando de calmar al joven príncipe— La decisión de Derkel ya está tomada. Respetémosla.

—No te preocupes, Kirah. No dejaré que nadie ocupe mi lugar en el trato —dijo el elfo— Ahora el tiempo apremia y tenemos necesidades más acuciantes que atender. Reunamos los Streeyh y pongamos fin a la amenaza de Excoya.

**LORE**

## 17. Travesía peligrosa

Cuando los tres compañeros regresaron al plano de los vivos lo primero que vieron fue a Sheevela y Ember correr hacia su posición, con el rostro presa del miedo.

—Ember, ¿qué ha pasado? —se preocupó Kirah—. ¿Por qué tenéis esa cara?

—Korikoh está en peligro —afirmó el caballero del dragón.

—¿Qué?! —se sobresaltó Derkel.

—Gloríen me hizo llegar una paloma con un mensaje —dijo Ember, entregándole al elfo la misiva.

—Hola, viejo amigo. Espero que sepas perdonarme, pues tu perro aún sigue perdido y no he podido encontrarlo, aunque no creo que le haya pasado nada. Espero verte pronto y que podamos hablar mientras comemos mi famoso guiso de patatas con cebollas.

Gloríen.

—¿Cuál es la clave? —indagó Xeev.

—Son dos —afirmó Ember—. "Tu perro aún sigue perdido y no he podido encontrarlo" hace referencia a que no ha podido hacerse con el Streeyh, pero que sabe por dónde buscar.

—¿Y la otra? —se impacientó Derkel.

—“Patatas con cebollas” —señaló Ember—. Significa que Korikoh ha sido invadido por tropas armadas.

—Mierda... —se lamentó Derkel.

—No te preocupes, amigo. Lo arreglaremos —animó Kirah.

—Dado que vais a ir a Korikoh y que Yeng ya está de vuelta me gustaría ir con vosotros. Gloríen me ayudó hace tiempo y estoy en deuda con él —afirmó Ember.

—¿Están bien él y su expedición? —preguntó el príncipe draconiano.

—Sí. Y también están al corriente de lo sucedido con el príncipe Kaly. —dijo el caballero, agachando la cabeza—. Mis condolencias, Kirah.

—Gracias —dijo Kirah, poniendo una mano sobre el hombro de su compañero.

—Está de acuerdo en no hacer nada oficial hasta que la situación se calme. Aunque no creo que podamos mantenerlo en secreto mucho tiempo —declaró Ember.

—Lo que menos necesita Draconia ahora es otra tragedia —suspiró Kirah, con tristeza—. Si el pueblo pierde la esperanza perderá también su fuerza. Los muertos tendrán tiempo de ser llorados cuando Excoya cruce las puertas del Infierno.

Xeev dio un par de palmadas a su protegido en el hombro y asintió con la cabeza en señal de apoyo y diciendo sin palabras que podía contar con él para lo que quisiera.

—En fin... —dijo Kirah, queriendo cambiar de tema—. Kido, ¿puedes oírme? ¿Puedes abrimos un portal a Korikoh?

—Puedo oírte, Kirah —contestó Kido—. Pero me temo que hay algo en Korikoh que bloquea mi magia... —añadió avergonzado.

—¡Maldita sea! —bramó el príncipe—. ¡¿Qué más puede pasar?!

—Puedo abrir un portal hasta el puerto. Al menos os ahorraré casi una jomada de viaje —dijo Kido.

—No es suficiente... —se quejó Kirah.

—Pero no tenemos otra opción. —afirmó Xeev, agarrando a su amigo de los hombros para tratar de calmarlo—. Es una mierda, pero es mejor que nada.

—Está bien, pero esta vez iremos en misión oficial. Prepararemos la armada para ayudar a Korikoh —declaró Kirah—. Dado que movilizar al ejército requiere su tiempo hablaremos con Yeng y nosotros nos adelantaremos en un barco pequeño que no requiera de demasiada tripulación. Que nos sigan un par de flotas lo antes posible.

—No creas que no te lo agradezco, Kirah, pero... ¿crees que es prudente enviar a tantos soldados? —declaró Derkel—. Puede que sea una trampa para hacer salir a las tropas y dejar Draconia desprotegida.

—Avisaremos a los barones de las demás ciudades. Enviaremos emisarios diciendo que Draconia se prepara para la guerra y que por orden del príncipe Kirah declaren el estado de emergencia —dijo Kirah—. También solicitaremos del rey Bannoshya que haga honor a su compromiso para con Draconia y que nos apoye si es necesario.

—Bien. Diré a Yeng que prepare un grupo que continúe la búsqueda de Nadh y que le avisen para que se enrolle en alguna de las naves que nos sigan —dijo Ember.

—No te molestes. Ya hemos encontrado a ese cabrón —declaró Xeev.

—¿Qué ha pasado? —se preocupó Sheevela.

—Os lo contaré por el camino —concluyó Kirah.

Tras los preparativos Kirah y su grupo accedieron al puerto gracias a la magia de portales de Kido, acompañados por un pequeño grupo de soldados y marineros.

Los chiles detuvieron sus quehaceres y el miedo pronto paralizó sus cuerpos cuando los emisarios de su príncipe comenzaron a despejar la zona, pidiendo a la gente que regresara a sus hogares y que cooperasen con los soldados que llegarían más tarde.

El príncipe y su séquito embarcaron en una nave que exhibía los Dragones Ardientes en sus velas mientras las calles abandonaban el bullicio y ajetreo de la vida portuaria por el silencio y la tensión precedentes a la tormenta.

—Odio tener que hacerles esto... —dijo Kirah, con un gran pesar en su corazón.

—Ser rey es duro, Kirah —aseguró Xeevetta—. Y cuando reines tendrás que tomar decisiones difíciles cada día.

—Lo sé —asintió el príncipe—. Pero mira sus caras. Están aterrados. No quiero darles esto; no quiero darles la guerra...

—No eres tú quien se la da, Kirah —continuó Xeev—. Es Excoya. Si no acabamos con ella seguirá masacrando inocentes. Si quieres la paz tienes que prepararte para la guerra... Y, créeme, después de lo que vi en el Umbral del Tiempo, si alguien puede traerles la paz eres tú.

—Kirah... —intervino Sheevela—. El pueblo está asustado, sí, pero Xeev tiene razón. Has hecho todo lo posible por evitar el conflicto. Ahora no hay más remedio que luchar; y ellos lo saben. Cuando tu padre y la princesa Hazulka unieron a todos los remos bajo una misma bandera, la gente se desprendió de su miedo y se aferraron a lo que ellos les dieron: esperanza.

La ladrona miró al príncipe a los ojos y este vio esa esperanza de la que hablaba reflejada en su mirada.

—Ahora es tu turno de mantenerte firme para devolverles la sonrisa —afirmó la joven—. Como has hecho conmigo —concluyó, regalándole ese mismo gesto.

Kirah dejó Draconia, compartiendo el sufrimiento y el dolor de su pueblo, haciéndolo suyo para que cada una de esas caras le diera la fuerza y el coraje necesarios para librar una última cruzada.

Durante la travesía los marineros se ponían cada vez más tensos a medida que se adentraban en el mar del norte. Su destino era una tierra ocupada por fuerzas enemigas y sabían que podrían encontrar exploradores.

—¿Hay algún problema, capitán? —preguntó Kirah, al hombre que gobernaba la nave—. Los hombres parecen nerviosos.

—No voy a mentiros, alteza —asintió el capitán—. Los rumores sobre las extrañas armas de esa bruja están haciendo mella en la moral de mis hombres. No quisiera alarmarlos pero lo cierto es que yo también comparto su preocupación.

—Hace bien en no subestimar la fuerza enemiga, capitán —intervino Xeev—. Esa zorra tiene muchos recursos, pero nosotros también. Si despliegan equipo de alta tecnología yo podría sabotearlo y enviar una señal de socorro a mi hermano en Kahalda.

Las tropas tandorianas no tardarían en acudir en nuestra ayuda.

—Muchas gracias, señor —asintió el capitán.

—Hay algo más, ¿verdad? —insistió Kirah.

El capitán agachó la cabeza y suspiró con una mezcla de vergüenza y desánimo.

—¿Qué ocurre? —se preocupó el príncipe.

—Bueno, no quería decir nada hasta estar del todo seguro, pero... —comenzó a explicar el capitán—. Uno de mis hombres ha desaparecido.

—¿"Desaparecido"? —indagó Xeevetta—. ¿A qué se refiere?

—El segundo de abordaje no aparece por ninguna parte. Es como si se lo hubiera tragado el mar. Hace un par de días que nadie lo ve.

—Ya veo... —dijo Kirah, acariciando su mentón—. Imagino que todos los hombres lo saben, ¿no?

—Así es, milord. —asintió el capitán.

—Entonces lo de frenar los rumores y evitar que cunda el pánico es imposible —señaló Xeevetta.

—Los hombres están preocupados. Creen que es obra de esa bruja.

—La creo muy capaz —señaló Xeev—. ¿Todos sus hombres son de confianza?

—Sí, por supuesto. ¿Creéis que pueda haber un espía, señor?

—No lo sé, pero yo no descartaría ninguna posibilidad —continuó el tandoriano.

—¿Y qué podemos hacer entonces?

—Iniciaremos una investigación —afirmó Kirah—. Procurad que nadie se entere. Si realmente hay un espía debe pensar que lo tiene todo bajo control.

—A la orden, milord —asintió el capitán—. Si necesitáis mi ayuda solo tenéis que decirlo.

—Muy bien. Estad alerta —dijo Kirah, dando un golpe en el brazo del capitán.

—¡Ah! —se quejó el lobo de mar.

—¿Estáis bien? —se preocupó el príncipe, viendo cómo la sangre había calado la camisa del capitán y manchaba ahora su mano.

—Sí, no os preocupéis, alteza. Es solo un rasguño —aseguró el capitán—. Durante la expedición con lord Yeng nos atacó una bestia en las montañas y yo fui lo que se interpuso entre sus colmillos y el propio Yeng —añadió, descubriéndose el brazo.

—Es realmente enorme —se sorprendió Xeev al ver las huellas de la dentellada—. ¿Qué clase de bestia era?

—Como una especie de lobo inmenso —declaró el capitán.

—Me alegro de que pudierais escapar con vida —comentó Kirah.

—Gracias, milord.

—Curaos esa herida y mantened los ojos abiertos, ¿de acuerdo? —dijo el príncipe, despidiéndose con una reverencia.

—¿A ti que te parece, dragoncito? —preguntó Xeev, mientras se dirigían a un lugar más apartado.

—Observaremos cómo maneja todo el asunto del espía. Sus actos serán el reflejo de sus intenciones. En cuanto a la herida, si se la hizo durante la expedición con Yeng mientras atravesaban los montes Teedah es prácticamente imposible que todavía sangre así.

—Eso mismo pienso yo —afirmó Xeev.

—¿Crees que esconde algo más? —indagó el príncipe de Draconia.

—No lo sé —se desconcertó Xeev—. No parece que estuviera mintiendo, pero será mejor no quitarle el ojo de encima.

—Te entiendo. Después de todo lo que ha pasado ya no sé en quién confiar —se desanimó Kirah.

—No te preocupes. Llegaremos al fondo de todo, por muy mal que huela —afirmó Xeev.

Kirah reunió a Derkel, Sheevela, Ember y Xeev y les explicó la situación.

—¿Entonces sospechas del capitán, Kirah? —indagó Sheevela.

—No estamos seguros, pero será mejor tenerlo vigilado.

—Yo me encargo entonces —dijo Ember, ofreciéndose voluntario.

—¿No hay más sospechosos? —preguntó Derkel.

—No estamos seguros, así que quiero que husmeéis un poco por ahí, con la mayor discreción posible —comentó Kirah.

—No creo que hayan sido piratas tampoco, no falta nada —aseguró Xeev—. A parte del desaparecido, claro.

El príncipe y sus compañeros empezaron a indagar sin llamar la atención. Se pasaron todo el día buscando en vano.

Llegó la noche, y después de nuevo el día. Nada parecía haber cambiado. Si había algo raro, fuera lo que fuera, ya no estaba.

Así pasó otro inútil día de búsqueda, hasta que por fin la noche extendió su capa oscura y abrigó la luz del atardecer, arrojando al sol hasta convertirlo en una luna de plata, y salpicando el cielo de estrellas.

Xeev se dirigió a hablar con el capitán, y esta vez lo haría sin rodeos ni formalidades. Le sacaría todo cuanto supiera.

Sus ojos se entrecerraron mientras se fijaban en su objetivo, mostrando una mirada fría y cruel.

Cuando el tandoriano se acercó a él vio que estaba pálido y empapado en sudor. Luchaba por no sucumbir al desmayo y se tambaleaba de un lado a otro.

Xeevetta se dio cuenta de que era demasiado real para que estuviera fingiendo y se apresuró a ayudarlo.

—¡Capitán! —exclamó recogiendo su cuerpo cuando sus piernas perdieron toda la fuerza...

El guerrero kopy-kat llevó al capitán a su camarote, ya que tampoco sería capaz de decirle nada en ese estado; el interrogatorio tendría que esperar.

Derkel entró en ese mismo instante con el rostro desencajado.

—¿Qué ha pasado?! Te he visto cargar con el capitán hasta aquí. ¿Va todo bien?

—No lo sé. De pronto se ha desplomado —afirmó Xeev.

—Intentaré curarlo —dijo Derkel, rebuscando unas hierbas medicinales en su zurrón.

—Bien. En cuanto esté mejor le haré cantar y me dirá todo lo que sepa —señaló Xeevetta con frialdad.

Kirah, Ember y Sheevela subieron a tomar algo de aire fresco a cubierta. Habían estado investigando en las dependencias de la tripulación y su búsqueda seguía siendo fútil.

—¡Xeev! —llamó Ember—. ¿Derkel? —insistió.

—No parece que estén por aquí —afirmó Kirah.

—Ni ellos ni nadie... —señaló Sheevela.

—Pues entonces es que algo no va como debería —afirmó el caballero del dragón—. Iré a buscarlos.

—Yo os espero por aquí. Estoy algo mareada —señaló Sheevela—. Voy a tomar un poco el aire y después os ayudaré a buscar.

—No te preocupes, Sheevela. Tú descansa —dijo Ember.

—¿Quieres que vaya contigo? —preguntó Kirah.

—No, tranquilo. Quédate con ella.

—Como quieras. Si necesitas ayuda o descubres algo... —quiso decir el príncipe.

—Por supuesto —se despidió Ember.

Kirah y Sheevela se quedaron solos en la cubierta, con la única compañía de las estrellas y de la luz de la luna llena.

—¿Cómo estás? —se preocupó el príncipe, apartando el pelo de la cara de la ladrona.

—Mejor, aunque todavía algo revuelta. El mar está picado esta noche.

—Un poco sí. Descansa todo lo que necesites. Cuando estés recuperada deberías dormir —señaló Kirah.

—No tengo sueño —afirmó la ladrona—. Además, esta noche las estrellas brillan de una manera especial.

—¿Te gusta contemplarlas? —indagó Kirah, apoyándose sobre el borde del barco.

—Me encantan. Al mirarlas me siento libre. Nada las ata allí arriba —dijo Sheevela, con los ojos llenos de vida—. Cuando era niña solía pensar que mis padres las ponían allí para que no me sintiera triste; que eran luces que ellos encendían para guiarme en la oscuridad.

Supongo que era una manera de afrontar su muerte.

Sheevela agachó la cabeza con una sonrisa nostálgica.

—¿A ti no te gustan?

—Yo en realidad nunca las miro —confesó Kirah.

—Pues deberías hacerlo. Cada una de ellas tiene una historia que contar.

—¿También sabes historias sobre las estrellas? —sonrió Kirah.

—Claro —afirmó la chica, devolviéndole el gesto—. ¿Quieres que te cuente alguna?

—¿Por qué no? —continuó el príncipe.

Sheevela se acercó más a él y señaló el cielo nocturno, intentando guiarle.

—¿Ves ese grupo de allí? Esa es la constelación Goken. El dios que le da nombre vela por todo aquel que contemple su majestuosa lanza —comenzó a explicarle la joven ladrona—. Ahora fíjate un poco más a la derecha. Esa es la constelación Kareya. Se dice que si su figura dragontina se deja ver junto a Goken bendecirá a los enamorados con un amor eterno que ni siquiera la muerte podrá destruir.

—¿Crees que es verdad? —indagó Kirah.

—Me gusta pensar que sí —dijo Sheevela, recostando su cabeza en el hombro de Kirah—. ¿Y tú?

—Yo... no entiendo mucho de estas cosas... —afirmó el príncipe, frotándose la nuca, presa de los nervios.

Derkel le había dado al capitán una poción elaborada con diferentes hierbas y ahora descansaba.



Tras verle caer en un profundo sueño, Xeevetta y Derkel salieron al exterior.

—¿Qué opinas? ¿Crees que esa herida ha podido causarle la fiebre? —preguntó Derkel.

—Si te soy sincero no lo sé ni tampoco me importa. No voy a moverme de esta puerta hasta que se despierte y pueda sacarle algunas respuestas.

—Creo que antes deberías dejarme hablar a mí —advirtió el elfo—. No estamos seguros de si es una amenaza o un chivo expiatorio.

—Precisamente por eso. Cuando haya hablado con él estaremos totalmente seguros de sus intenciones —afirmó el kopy-kat.

—No voy a consentir que tortures a un hombre que podría ser inocente —insistió Derkel.

—¿Quién ha dicho nada de tortura? —preguntó Xeev.

—Entonces, ¿cómo piensas asegurarte de que te dice lo que quieres?

—Metiéndole miedo y presión. No hay necesidad de llegar al castigo físico. Créeme, es mucho menos eficaz —aseguró Xeev.

—¡Eh! —interrumpió Ember—. ¿Dónde os habíais metido?

—El capitán se encontraba mal y está descansando en su camarote —dijo Derkel—. ¿Dónde están Kirah y Sheevela?

—Sheevela estaba mareada y Kirah se ha quedado con ella —explicó Ember.

—¡Ja! No pierde el tiempo —bromeó Xeev.

—¿Puedo ver al capitán? —preguntó Ember.

—Claro, pero si quieres interrogarle ponte a la cola. Me lo he pedido yo primero —dijo Xeev, abriendo la puerta—. ¡¿Pero qué...?! —se sorprendió al ver la habitación vacía.

—¡¿Dónde está?! —se angustió Derkel.

—¡Encontradlo! —bramó Xeev reparando en la ventana abierta.

Sheevela cerró los ojos y dejó que la brisa y el sonido del mar calmaran su espíritu, embriagándola con una placentera sensación de paz.

Kirah rodeó el hombro de la chica y frotó su brazo.

—Vas a coger frío. Deberías dormir un poco —afirmó el príncipe.

Sheevela se acurrucó una última vez sobre el hombro de Kirah y suspiró antes de abrir los ojos.

—Vale... —susurró, bostezando y estirándose.

—Que descanses.

—Buenas noches, Kirah —se despidió la joven.

Cuando Kirah se quedó solo volvió a dirigir su atención a las estrellas de las que le había hablado Sheevela. Perdido en sus pensamientos, el draconiano no podía quitarse a Nadh ni a su hermano de la cabeza. Después contempló la perla de la niebla y pensó en el pacto de Derkel con el rey Minos. Sin embargo, antes de que pudiera pensar en los incontables inocentes que sufrirían de nuevo en la guerra que se avecinaba, algo le arrancó de sus maquinaciones.

Unos extraños gruñidos se oían cerca en la oscuridad. El príncipe se acercó para ver mejor lo que se escondía en las sombras.

A medida que se adentraba más en la negrura otros sonidos ahogados acompañaban funestamente los siniestros rugidos, hasta que por fin vio algo que lo paralizó.

Una enorme bestia estaba devorando con avidez el cadáver de un marinero. De sus colmillos colgaban pedazos de carne ensangrentada y sus crueles ojos no se apartaban del rostro inerte del pobre desgraciado que yacía destripado para saciar su apetito.

Sin embargo, el detalle que más le llamó la atención al joven príncipe fue que la criatura estaba vestida con la misma ropa que llevaba el capitán. Ahora no eran más que unos harapos hechos jirones, pero con toda seguridad se trataba de sus ropajes.

Finalmente, el monstruo se percató del testigo que había osado interrumpir su cena y vio en él un apetitoso postre.

Kirah retrocedió un par de pasos mientras la bestia se relamía para limpiar la sangre que le chorreaba por el hocico al mismo tiempo que avanzaba hacia su recién descubierta presa, lentamente.

El draconiano sabía que no podía darle la espalda, de modo que desenfundó su espada en el momento justo en el que la criatura se abalanzó sobre él, derribándolo.

Kirah interpuso su hoja esmeralda entre él y las fauces del monstruo, echando la cara ligeramente hacia un lado para evitar su pestilente aliento.

En ese preciso instante una flecha se clavó en el costado del monstruo, haciendo que este se preocupara más de averiguar el origen del proyectil.

Derkel se acercó corriendo, seguido de Ember y de Xeev, y recubierto con su exocoraza.

La bestia quiso cargar contra ellos pero Kirah la agarró del rabo para detener su embate.

Ember lanzó una daga que acabó por estrellarse eficazmente en el ojo derecho del monstruo, que aulló rabioso. Xeev aprovechó la ventaja del ataque sorpresa y derribó a la criatura de una patada en el hocico.

—¡Por los dioses! —gritó Sheevela, aterrada al ver la escena.

La joven venció su miedo inicial y corrió para ayudar a Kirah a ponerse en pie.

—¿Estás bien? —se preocupó la ladrona.

—¡¿Sheevela?! ¿Qué haces aquí?

—Oí el alboroto y quise saber qué pasaba —aclaró la chica.

Xeev se enzarzó en un forcejeo con la infernal criatura, gracias a la impenetrable protección que le brindaba su armadura de exoesqueleto. Sin embargo, Derkel ayudó a su amigo lanzando un conjuro de rayo que abrasó el ensangrentado pelaje del monstruo, el cual se revolvió para sopesar sus acciones.

Vio a Sheevela y se lanzó a por ella. La chica se preparó para hacer frente al ataque y esperó hasta el momento justo para sacar sus dagas y contraatacar, pero

Kirah se interpuso entre ella y la criatura.

En su frente brillaba nuevamente la marca Draconianjin y las garras que exhibió en el Reino Hundido volvieron a aparecer, convirtiendo sus puños en armas letales.

El príncipe draconiano atravesó el cuerpo del ser infernal múltiples veces descargando sobre él la técnica Appapuniken, que culminó con un potentísimo golpe que elevó a su enemigo por los aires.

Para sentenciar el combate, Kirah saltó, siguiendo a su presa, hasta que se colocó a su altura y la partió en dos con un golpe de su espada.

La pesadilla había terminado por fin y todos pudieron respirar tranquilos.

A los pocos segundos de que el cuerpo del monstruo cayera de nuevo, sus aspecto fue cambiando hasta convertirse en el cadáver mutilado del capitán desaparecido.

—No me fastidies... —se sorprendió Xeev, retirando su protección.

—Ahora ya sabemos qué clase de bestia atacó a la expedición de Yeng en las montañas —afirmó Ember.

—¿Lo sabemos? —indagó Sheevela.

—Sí. Un adjule —declaró Ember—. La leyenda cuenta que es un guardián del Infierno en el plano de los vivos; y que su mordedura transmite la maldición de custodiar el Averno. Se dice que un adjule sólo ataca sin matar cuando sabe que va a morir...

Pensaba que solo eran un mito.

—Pues este era muy real —matizó Kirah, escondiendo de nuevo sus garras a la vez que su marca se borraba.

Xeev recogió el cuerpo del capitán y lo lanzó por la borda, seguido por el del marinero destripado que le había servido como última cena.

—¿Qué estás haciendo? —se sorprendió la joven.

—Lamento no darles un funeral digno, pero con lo que ha dicho Ember me preocupa que puedan volver a la vida, así que lo siento si te ha parecido un gesto frío, pero a veces ser frío es la única manera de sobrevivir —aclaró Xeev.

—Y, hablando de supervivientes, ¿dónde está el resto de la tripulación? —indagó Derkel—. Me parece raro que no hayan venido al escuchar el alboroto.

—Puede que el adjule tenga también la culpa de eso —dijo Ember.

—Explícate —se impacientó Kirah—. ¿Estás insinuando que se ha comido a todos?

—No, no. No es eso —comentó el caballero del dragón—. Otro de los poderes que se le atribuyen al adjule es el sueño.

—¿Y eso en qué consiste? —curioseó Sheevela.

—Como he dicho, el adjule transmite su maldición cuando sabe que va a morir, de modo que a veces usa sus dones sobrenaturales y su capacidad para cambiar de planos para sumir a su víctima en un estado de sueño tan profundo como la propia muerte para asegurarse de que no se resista; pero, evidentemente, sigue con vida.

—Entonces, ¿por qué no nos durmió a nosotros? —indagó Derkel.

—Supongo que porque no es algo que se pueda hacer tan fácilmente.

—No, lo digo literalmente. ¿Cómo es que nosotros hemos sido los únicos que no hemos caído en ese sueño?

—No tengo ni idea —admitió Ember—. Puede que dependa de la fuerza espiritual de cada uno y que primero durmiera a los más débiles, o que simplemente haya sido azar.

—Pues a mí me preocupa mucho más lo otro que has dicho —señaló Xeevetta—. Buscad a la tripulación y observad su estado. Si alguno tiene marcas de una mordedura, ya sabéis qué hacer...

## 18. Desembarco en Korikoh

El viaje continuó y la moral de los marineros se minó cuando descubrieron a tres oficiales con marcas de dentelladas.

No fueron necesarias las palabras. Cuando su príncipe les explicó la situación, ellos mismos se quitaron la vida, ensombreciendo el corazón de Kirah, que haría suyo el sufrimiento de sus hombres para sacar fuerzas de la flaqueza.

Con el paso del tiempo, la tripulación se recuperó del ataque del adjule y pudieron centrarse nuevamente en la estrategia que usarían para su incursión. Kirah organizó una reunión y desplegó un mapa sobre una mesa para estudiar su plan de acción.

—El puerto sin duda estará muy bien vigilado, de modo que tendremos que evitarlo.

Atacar su arsenal con una sola nave sería un suicidio —señaló el joven—. Dae Dris es una aldea pequeña, por lo que debemos de suponer que estará tomada; además está demasiado cerca del puerto y, por tanto, de los refuerzos enemigos.

El príncipe continuó explicando su plan señalando una región de tierra virgen al oeste de Korikoh.

—Nuestra mejor baza es atracar en la playa, cerca de los cañones de Temdrel, y acabar con sus exploradores.

Kirah volvió a centrar su atención en el puerto.

—Mientras, el grueso de nuestras naves habrá llegado al puerto y habrá empezado la batalla. Entonces nosotros atravesaremos el bosque Elveth hasta su retaguardia —continuó explicando el príncipe de Draconia—. Una vez tengamos el control del puerto partiremos hacia Makabel para tratar de tomar la capital mientras otro grupo libera Dae Dris. Allí nuestros hombres se unirán a la milicia local y después se reagruparán con el resto de nosotros. Una vez Makabel esté bajo nuestro control atacaremos Arel-Dian junto con los insurgentes para liberarla.

El joven guerrero miró a sus hombres y vio en sus caras determinación, pero también miedo.

—¿Alguna pregunta?

—¿El bosque no está demasiado cerca de Makabel y Arel-Dian? —se preocupó un soldado.

—Realmente es la mejor baza —afirmó Derkel—. Es un bosque muy grande y podremos ocultarnos mejor a pesar de ser un grupo tan numeroso; por no hablar de que no es una zona demasiado segura, así que será difícil que nos sigan.

—¿Qué pasa con el bosque? —indagó Sheevela.

—Los espíritus y criaturas que lo habitan no son precisamente amables. Sin un buen guía puede ser un lugar muy peligroso.

—¿Entonces cómo vamos a cruzarlo? —se sorprendió Ember.

—No os preocupéis, yo iré abriendo camino —aseguró Derkel.

—¿Tú no dices nada, Xeev? —preguntó Sheevela.

El tandoriano se encogió de hombros.

—Quería ver qué estrategia planteaba el príncipe Kirah y cómo actuaría.

—¿Y qué te ha parecido? —curioseó Kirah.

—No lo haces mal... —asintió, dándose la vuelta y alejándose, para concentrarse antes de desembarcar.

No pasó mucho tiempo hasta que las formaciones rocosas de Temdrel se atisbaron en el horizonte.

Kirah se encontraba en la proa, meditando en silencio y preparándose para la guerra.

Repasaba mentalmente una y otra vez cada detalle de su estrategia para asegurarse de que no se le escapaba nada.

Sheevela quiso ir a hablar con él para tranquilizarlo con unas palabras de ánimo, pero Xeev la detuvo.

—Déjale. Las vidas de sus hombres ahora son responsabilidad suya. No interrumpas su concentración.

La playa pronto estuvo al alcance de la vista y los nervios de los soldados crecían a la vez que su miedo. Los más veteranos trataban de calmar a los caballeros más jóvenes mientras formaban listos para desembarcar.

—¡Soldados! —les llamó Kirah, para inspirarles coraje antes de la batalla—. No permitáis que vuestro temor os venza hoy. Pensad en el hombre que tendréis a vuestro lado, porque él no os dejará atrás. Os levantará si caéis, sangrará con vosotros y será vuestra fuerza si flaqueáis.

El príncipe se acercó a sus hombres, mezclándose entre ellos y mirándoles a los ojos.

—Si vuestro espíritu se rompe, pensad que los dioses os han permitido llegar al combate por una razón; porque al final de cada batalla ganada podremos mirar atrás y decir que todas las lágrimas valieron la pena. Haced que los dioses del Valgard envidien hoy vuestra fortaleza y volved después para que envidien también vuestra victoria.

—¡Tomamos tierra! —gritó uno de los soldados, echando el ancla.

—Adelante, soldados. Marchemos en silencio —ordenó Kirah.

El ejército avanzó sobre Temdrel extremando las precauciones, debido al sepulcral silencio que inundaba el aire hasta que tres soldados cayeron abatidos bajo el rugido de certeros disparos provenientes de las alturas.

—¡En las rocas! —gritó uno de los soldados mientras más compañeros caían bajo el fuego enemigo.

—Mierda... Tienen francotiradores —se lamentó Xeev.

—¡En rombo! —ordenó Kirah—. ¡Arqueros listos!

Los soldados se replegaron en la formación defensiva que había ordenado su príncipe y Derkel se situó a la cabeza del rombo, proyectando un conjuro de escudo con el que proteger a sus compañeros.

El ejército de Draconia no tardó en desmoralizarse viéndose incapaz de luchar contra semejante amenaza.

—Derkel, en cuanto puedas lanza el hechizo de rayo más potente que conozcas sobre las rocas —dijo Xeev, mientras los arqueros hacían volar sus flechas sobre los enemigos que cargaban contra ellos.

—¿Sin ningún objetivo concreto? —dudó Derkel.

—Tú hazlo —insistió Xeev—. Tienen armas de uso único<sup>[16]</sup>, con una bomba eléctrica puedes generar un pulso electromagnético e inutilizarlas.

Dichas armas van equipadas con chips especiales de chequeo de identidad para asegurarse que solo los usuarios confirmados pueden usarlas.

Con esa última aclaración el guerrero tandoriano se recubrió con la coraza de exoesqueleto y cargó contra sus enemigos.

—Voy a llamar su atención.

El elfo levantó un muro de rocas para cubrir a los soldados antes de retirar el escudo y preparar su conjuro de rayo mientras la imparable fuerza de Xeeveta frenaba el avance enemigo con brutalidad.

Por fin Derkel lanzó la bomba de rayos y destrozó los circuitos de las armas de los invasores, obligándolos al combate a corta distancia.

—¡Al ataque! —exclamó Kirah, encabezando el asalto.

Los caballeros de Draconia siguieron a su príncipe, a la batalla arrasando a las fuerzas de Excoya.

Durante las escaramuzas, uno de los soldados cayó sobre la espalda de Ember desde lo alto de una roca y lo derribó. Su intención era degollarlo, pero las dagas de Sheevela hirieron de muerte al guerrero antes de que culminara su propósito.

—¿Estás bien? —se preocupó la chica, atildando a su compañero a incorporarse.

—Gracias, Sheevela. Me has salvado.

—Solo he hecho lo que Kirah decía que haríamos: ayudar a los caídos a levantarse —sonrió la ladrona mientras volvía al combate.

Derkel combinaba sus saetas con magia para producir devastadores efectos en las filas enemigas mientras Kirah hacía gala de una rapidez y agilidad extraordinarias, corriendo sin parar mientras esquivaba todos y cada uno de los ataques enemigos, encadenando un enfrentamiento tras otro y segando vidas como si fuera un huracán.

Xeeveta hacía retroceder a las fuerzas invasoras a base de ataques salvajes, ya fuera aplastando huesos o despedazando su carne, abriendo paso a los soldados de Draconia, que remataban el trabajo con una eficaz coordinación.

Sheevela tomó las posiciones más elevadas gracias a su agilidad, eliminando la ventaja táctica de los soldados de Excoya que planeaban emboscar a las huestes de Kirah, con la ayuda de Ember, que la siguió pocos segundos después.

El ejército de invasores se batió en retirada esperando alcanzar el cobijo del bosque para despistar a sus perseguidores, mas su retaguardia se vio súbitamente sorprendida por un grupo de insurgentes encabezados por una muchacha de cabellos

oscuros.

Los rebeldes lanzaron una letal ofensiva obliterando todo vestigio invasor, otorgando así la victoria a las fuerzas draconianas en los cañones de Temdrel.

—¡Karay-Jinn! —se sorprendió Derkel, gratamente—. ¿Qué haces aquí?

Mis hombres vieron una nave con el estandarte de los Dragones Ardientes y quisimos venir a ver qué ocurría —asintió la elfa—. Aunque ya veo que no os hacía falta mucha ayuda.

—Toda ayuda es bien recibida —aseguró el príncipe de Draconia.

—¡Kirah! —sonrió la joven—. Es increíble, cuánto has crecido. Me alegro mucho de verte.

—Yo también —afirmó el draconiano—. ¿Puedes resumirnos la situación?

Karay-Jinn agachó la cabeza.

—Llegaron como una sombra y extendieron sus garras sobre nuestra tierra sin que pudiéramos hacer nada. Han arrasado la mayoría de las aldeas. Además, tienen uno de los Streeyh.

—¿Por qué un ataque tan brutal de repente? —se extrañó Kirah.

—Sabemos que tenemos la mayoría de los cristales y quieren que se los llevemos —afirmó Xeev.

—¿Quién sois vos, señor? —preguntó Karay-Jinn.

—Permíteme que te lo presente —dijo Derkel—. Este es Xeevetta. Es un guerrero formidable. Si quieres un asalto frontal es tu hombre. Es un valioso aliado y mejor amigo.

Después, el elfo continuó su presentación a la vez que el tandoriano hacía una reverencia de cortesía.

—Ella es Sheevela. Es una de las escoltas del príncipe Kirah y una guerrera valiente y leal —señaló Derkel mientras la ladrona emulaba el gesto de Xeev.

—Por cierto, Karay —interrumpió Ember—. ¿Dónde está tu hermano?

—El general Geel lo ejecutará en la plaza del Gran Árbol dentro de dos días... —se entristeció la elfa.

—¡¿Qué?! —se preocupó el caballero del dragón.

—Sabes que es una trampa, ¿verdad? —señaló Derkel—. Están usando a Gloríen para obligarte a salir a luz.

—Lo sé, pero no puedo dejarle morir —afirmó Karay-Jinn.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —insistió Ember.

—Caeremos en la trampa —sentenció Kirah.

—¿Cómo has dicho? —se sorprendió Derkel.

—Hemos acabado con sus exploradores. Ellos esperan a un grupo de rebeldes desesperados. No saben que hemos llegado —explicó Kirah.

—Todavía... —Matizó Derkel.

—Podemos lanzar un ataque relámpago y resistir hasta que el grueso de nuestras tropas lleguen desde el sur —aseguró Kirah—. El único problema es atravesar



Makabel sin ser vistos.

—¿No podemos cruzar el bosque? —preguntó Sheevela.

—La carretera principal que conecta Makabel con Arel-Dian está aislada por algún tipo de magia. El camino del bosque estará bien defendido; pero hay otro camino, uno secreto —afirmó Karay-Jinn—. Los cañones de Temdrel no son solo formaciones rocosas. Bajo ellos se esconden galerías que conectan con la capital. Podríamos entrar desde allí. No creo que hayan tenido tiempo de descubrirlas.

—Parece una buena baza —asintió Kirah—. Derkel, guía a los caballeros a través del bosque hasta la retaguardia de las fuerzas enemigas en el puerto. Utiliza la técnica que ha explicado antes Xeev para ayudar al ejército de Draconia a ganar la batalla. Después que un grupo rescate Dae Dris. Tú escolta al resto de vuelta a Arel-Dian. Que el equipo de rescate se reúna con nosotros lo antes posible junto con la milicia local.

—¿Y los demás? —preguntó el elfo.

—Seguiremos a Karay-Jinn y a sus hombres por las galerías subterráneas.

—Espero que no te equivoques —asintió Derkel.

—Yo también lo espero —se preocupó Kirah—. Es difícil coordinar algo tan caótico con precisión, pero no podemos hacer nada más en tan poco tiempo.

—Enviaré una paloma a los demás barcos antes de marchar para que conozcan la estrategia —dijo Derkel, aceptando la propuesta del príncipe.

—¡Ember! —llamó Kirah a su amigo, poniendo una mano sobre su hombro—. Mantén la cabeza fría. No dejes que tu deuda de honor nuble tu juicio.

El caballero del dragón asintió en silencio, diciendo con sus ojos que haría lo imposible por hacer caso a ese consejo.

Antes de que cada uno tomara su camino, el príncipe de Draconia dirigió una última mirada a sus hombres.

—Recordad que os quiero a todos de vuelta.

Los caballeros golpearon el pecho de sus armaduras con el puño y se prepararon para partir. Harían honor al blasón que adornaba sus armaduras y lucharían hasta agotar sus fuerzas en caso necesario.

**LORE**

## 19. Batalla por Arel-Dian

Según los cálculos de Karay-Jinn tardarían aproximadamente una jornada y media de viaje entre las galerías subterráneas para llegar hasta la capital.

Sheevela acompañaba a la líder de los rebeldes a la cabeza entablando conversación con ella y preguntándole acerca de su pueblo y su cultura para saciar su curiosidad.

Karay-Jinn agradeció el gesto de la joven, pues de ese modo también conseguía calmar su espíritu.

El príncipe Kirah acompañaba a Ember, tratando de despejar su mente para que la deuda de honor que tenía para con Gloríen no comprometiera la misión.

Los seguían otros tres miembros de la resistencia élfica y al final de todo el grupo, el sempiterno solitario Xeevetta.

Cuando el heredero de Draconia estuvo seguro de haber apaciguado al caballero del dragón se reunió con su protector.

—¿Va todo bien?

—Claro, dragoncito. Solo trato de estar preparado. Cuando llegemos a la ciudad va a ser muy movido.

—No, Xeev. Esta vez no voy a irme. En el barco tampoco me estabas evaluando, igual que en el torneo no estabas simplemente viendo la pelea. ¿Qué te pasa, amigo?

—Está bien... —suspiró Xeev—. Es que la manera de actuar de Excoya no tiene lógica.

¿Por qué no huyó del planeta con los cristales? ¿A qué viene este ataque tan brutal a los elfos de pronto?

—Puede que como creía tener a dos espías en el grupo se confiara. Tal vez esperaba que Nadh se hiciera con todos una vez los hubiésemos recuperado, dándonos muerte antes de que pudiésemos reaccionar —sugirió Kirah—. En cuanto al ataque, puede que haya descubierto por fin todo lo que ha pasado y está empezando a asustarse, aplicando medidas desesperadas.

—Hmm... No sé. Tú no te separes de la perla de la niebla que te dio el rey Minos.

—Descuida —asintió Kirah.

—Voy a preguntarle a nuestra guía si va a tardar mucho en acampar. Necesitamos descansar para llegar frescos al combate —dijo Xeev, cortando la conversación.

Al mismo tiempo que Karay-Jinn escoltaba a Kirah por los túneles de Temdrel, Derkel había guiado a los caballeros de Draconia a través del bosque Elveth y la batalla del puerto estaba por fin ante sus ojos.

La tecnología de los invasores diezmaría rápidamente al ejército draconiano si no ponía en práctica la estrategia de Xeev, de modo que corrieron con todas sus fuerzas para unirse a la lucha.

Derkel y los draconianos no tardaron en alcanzar la retaguardia enemiga y privarles de la ventaja tecnológica de sus armas, forzándoles al cuerpo a cuerpo.

Pese a que muchos de los soldados de Excoya poseían sorprendentes cualidades para el combate en distancias cortas, no fueron rivales para la precisión y coordinación perfecta de los draconianos, que, con la moral renovada y Derkel dictando la estrategia, no tardarían en tomar el puerto.

Karay-Jinn logró por fin conducir a sus compañeros a la capital accediendo a través de las alcantarillas.

—¿Sabes dónde pueden tener preso a Gloríen? —se preocupó Kirah.

—Sin duda estará en la plaza del Árbol, donde se celebrará la ejecución. Deben asegurarse de que es un lugar público para dar ejemplo. Además es perfectamente controlable para una emboscada —señaló Xeev.

—Daremos un rodeo y aseguraremos la zona —dijo Karay-Jinn.

—No —intervino Ember—. Vosotros id a la zona de ejecución. Conozco bien la ciudad y podré guiar a tus hombres por los callejones y tejados. Yo me encargo del rodeo.

—¿Estás seguro? —preguntó Kirah.

—Totalmente —afirmó Ember—. Me dijiste que mantuviera la cabeza fría. Si participo en el asalto directo lo acabaría echando todo a perder. Ayudaré más si me encargo del trabajo sucio.

Kirah sonrió a su amigo, orgulloso de su decisión.

—Yo voy contigo —apoyó Sheevela—. Si vas a hacer un trabajo sigiloso de ladrón te vendrá bien mi ayuda.

—Bien. Xeev y yo te seguimos, Karay. En marcha —sentenció Kirah.

Ember guio el asalto por los tejados de la ciudad, arropado por el manto oscuro de la noche, indicando las mejores rutas mientras Sheevela ejecutaba un impecable trabajo coordinado con los elfos para despejar el camino a sus compañeros en tierra.

Karay-Jinn se compenetró a la perfección con el avance del caballero del dragón, reforzando su letal incursión hasta llegar a su objetivo.

La plaza donde ejecutarían a Gloríen junto a cuatro reos más estaba demasiado tranquila.

Tan solo dos guardias vigilaban a los prisioneros, que presentaban severas magulladuras y estaban maniatados con una cuerda que colgaba de las ramas de un majestuoso árbol.

Kirah y los demás en tierra esperaron pacientemente, observando cada rincón en silencio, analizando posibles emboscadas y rutas de escape.

Tras unos escasos minutos, un peculiar silbido rompió el silencio nocturno desde los tejados. Era una clave usada por Ember y la Orden del Dragón durante la guerra de las Sombras, que sus tres compañeros supieron reconocer: tenían vía libre para atacar.

Karay-Jinn usó sus habilidades de tiro con arco para disparar de una sola vez dos flechas que acabaron en las gargantas de los centinelas.

Sheevela bajó de los tejados con la agilidad de una pantera, llegó hasta los presos

al mismo tiempo que Kirah y Xeev y se apresuró para cortar las cuerdas y liberar de su yugo a Gloríen y a los demás.

Parecía que todo había salido bien y que no sería necesario entablar combate para sacar a los prisioneros de aquel lugar hasta que tronó el feroz rugido de un cuerno de alarma. Uno de los soldados caídos había logrado avisar a sus compañeros de la incursión enemiga con su último estertor.

—¡Mierda! —bramó Xeevetta.

—¡Todos fuera! —ordenó Kirah—. ¡Deprisa!

—Ya sabía yo que no podía ser tan fácil —se lamentó el tandoriano, preparándose para luchar cuando las tropas de Excoya apostadas en la ciudad comenzaron a avanzar hasta su posición.

—¡Karay-Jinn! —gritó el capitán enemigo—. ¡Te ofrezco clemencia! Rinde tus armas y te prometo que tus hombres vivirán.

—¡No vamos a darte ese placer, bastardo! —desafió Xeev.

—No seáis estúpidos. Esto no tiene por qué ser un baño de sangre.

—¿Acaso piensas que vamos a confiar en tus falsas promesas de benevolencia? —se ofendió Ember.

—Yo no soy como el general Geel —afirmó el capitán, cerrando los ojos amargamente—. Deponed vuestras armas y os doy mi palabra de que no sufriréis daño alguno.

Kirah observó la Perla de la Niebla para ver si reaccionaba ante la presencia del líder enemigo. Si se trataba de un hombre sometido a la manipulación mental de la bruja le ayudaría, pero si actuaba por propia voluntad no tendría compasión.

El objeto místico no hizo nada por la persona que les estaba prometiendo un trato justo tras su rendición, de modo que desenfundó su hoja esmeralda y se adelantó a primera línea.

—Maldito seáis... —se enfureció el príncipe—. ¡Cómo osáis hablar de honor! ¡Acallaré vuestra lengua con mi acero!

—¡Así se habla, dragoncito! —sonrió Xeev.

—Vaya, que sorpresa. No esperaba veros, alteza. Vuestra ira y desconfianza son ciertamente justificadas, príncipe Kirah. Mas debéis creerme, no deseo vuestra muerte ni la de vuestros hombres —afirmó el comandante—. Esta tierra ahora pertenece a la señora Excoya, no deseamos más sangre así que os lo pediré una vez más. Entregad las armas y alcancemos una solución diplomática, por favor.

—¿Cómo podemos confiar en tus palabras después de las atrocidades que tu señora ha cometido? —se ofendió Sheevela—. Jamás nos engañarás con un truco tan sucio...

—Entonces lo lamento... —suspiró el capitán—. Os concederé una muerte honorable, una muerte de guerreros.

Los soldados de Excoya se lanzaron al ataque cuerpo a cuerpo, siguiendo las instrucciones de su comandante de no usar armas de fuego.

Sheevela corrió junto a Kirah y apoyó a su príncipe para ayudarlo a resistir los primeros embates.

Ambos eran unos luchadores increíblemente rápidos y ágiles, por lo tanto sus fuerzas combinadas formaban un binomio implacable.

Karay-Jinn esquivó la carga de un lancero y después le arrebató su vida con un rápido y letal ataque con sus dagas.

Ember se situó al frente de los hombres de Karay-Jinn, protegiéndolos del asedio enemigo y luchando honorablemente pero sin dar cuartel.

Xeevetta combatió con rabia y ferocidad, sembrando el terror entre los pobres diablos que tenían la mala fortuna de cruzarse en su camino.

Sin embargo, pese a ofrecer una férrea resistencia, todos sabían que eran infinitamente inferiores en número y que no podrían resistir eternamente, especialmente cuando los hombres de la líder elfa empezaron a caer.

—Maldita sea, príncipe Kirah. Salvad a estos hombres. Tirad vuestra espada — insistió el comandante.

—¡No lo hagáis, alteza! —gritó uno de los elfos—. Jamás honrarán su palabra. Vos sois la única esperanza ante la tiranía de Excoya.

—Mis hombres aniquilarán a ese grupo de rebeldes, no seáis tozudo —se desesperó el comandante.

—Sois vos el que no lo entendéis. Tendréis mi espada solo si se la arrebatáis a mi cadáver —sentenció Kirah, mientras se cobraba las vidas de dos atacantes más—. Estos hombres confían en mí, no tengo derecho a defraudarles.

El pequeño grupo de rescate continuó combatiendo hasta la extenuación. Poco a poco el cansancio fue haciendo mella en ellos y las armas enemigas lograron herir la carne del príncipe, lo suficiente para obligarle a hincar la rodilla.

Sheevela quiso correr en su ayuda, pero estaba rodeada de fuerzas enemigas, luchando por su propia vida.

Ember y Karay-Jinn lo estaban dando todo por proteger a los presos rescatados y Xeevetta estaba prestando su fuerza bruta a los hombres de Karay-Jinn, intentando que los dos que quedaban con vida resistieran.

El tandoriano quiso correr en ayuda de su protegido, pero estaba demasiado lejos. Aún con una carga brutal no llegaría a tiempo.

Todo parecía perdido hasta que un conjuro de viento levantó un huracán entre el príncipe y sus enemigos, seguido por un aluvión de flechas incendiarias.

—¡¿Qué es esto?! —se desesperó el comandante.

—¡Derkel! —se alegró Kirah, luchando por ponerse en pie.

—¡Y el ejército de Draconia! —apoyó Sheevela.

Los refuerzos draconianos se sumaron a la contienda liderados por Derkel.

—¡Hacia la victoria! —gritó Derkel, seguido por los gritos de guerra del ejército.

—Muy bien. Haremos que esto sea rápido —sonrió Xeev, aniquilando a cuatro soldados con certeros e imperceptibles golpes de su hacha sin apenas esfuerzo.

La moral de las tropas de Excoya se vino abajo cuando los caballeros rompieron por completo su formación en una carga brutal a caballo.

Poco a poco Kirah logró abrirse camino hasta alcanzar la posición del comandante, ayudado por Ember.

Rápidamente las tropas enemigas rodearon a su líder para protegerlo, pero este les apartó y avanzó hasta colocarse frente al heredero de Draconia.

—Príncipe Kirah Murako de Draconia, soy el capitán Saddath —se presentó el comandante—. No hay razón para que haya más muertes inútiles hoy. Yo lucharé contra vos.

Si los dioses dictaminan que sea yo el que se una a ellos esta noche en el Valgard prometedme al menos que perdonaréis la vida de mis hombres.

—¿Cómo decís? —se sorprendió Kirah.

—Sé que sois un hombre de honor. Aunque seáis mi enemigo reconozco vuestro coraje.

Por eso os pido que no matéis a mis hombres. Si he de dar mi vida para que ellos puedan salvar las suyas os la entregaré gustoso.

—Mi señor... —quiso decir uno de los guerreros de Excoya.

—No hay nada que discutir, soldado —le interrumpió el capitán Saddath—. La batalla está perdida, pero mi honor de guerrero me impide retirarme, igual que a este hombre. Si me vence él será vuestro señor, ¿queda claro?

—Sí, señor —accedieron tristemente sus hombres con los ojos apenados.

—No irás a hacerlo, ¿verdad? —se sobresaltó Derkel.

—Sí —dijo Kirah, aceptando la oferta de su enemigo.

—¿Qué?! —se enfureció Ember.

—¡Kirah! —le llamó Sheevela—. ¡No lo hagas!

—Dejadle. Ha tomado una decisión de honor —señaló Xeev, sujetando a la ladrona y al caballero del dragón.

—¡Qué va a ser honor! —se enfureció Ember—. ¡Es estupidez! ¡¿Por qué ese capullo no ha hecho eso desde el principio?! Yo te lo diré: porque nos superaban en número y ahora ha visto que no pueden ganar y está cagado de miedo.

—Ember, si trata de romper su palabra todas nuestras fuerzas caerán sobre él —insistió Kirah—. Como ha dicho, Saddath, no hay razón para más muertes inútiles.

Ember soltó un bufido y se dio media vuelta.

—¡Kirah! —le llamó Xeev—. Si te vence te obligaré yo mismo a rendirte.

El príncipe miró a su camarada y después a su oponente.

Los combates cesaron y los soldados de ambos bandos formaron un círculo alrededor de los combatientes. Solo uno más derramaría su sangre aquella noche.

El joven guerrero esgrimió su espada y después se puso en guardia. Su rival blandió una gigantesca cimitarra y le hizo una reverencia antes de cargar ferozmente contra él.

El draconiano evitó el ataque y después se enzarzó en un duelo de aceros tan

amargo como letal.

Mientras combatían, Kirah sentía en su interior que su enemigo era un hombre honorable, un hombre al que no quería matar; pero, como había dicho antes, no podía fallar a los hombres que confiaban en él.

Los guerreros de ambos líderes temían el corazón encogido y realmente deseaban que todo aquello hubiera sucedido de otra forma.

Los ataques de Saddath se volvieron cada vez más violentos. Eran golpes letales, pero descargados sin ira ni odio. Entonces el draconiano supo que su rival le estaba obligando a que lo matara.

Con lágrimas en los ojos Kirah bloqueó el último golpe descendente de Saddath mientras se echaba a un lado para absorber el impacto, tras lo que contraatacó con un tajo avanzando que le rajó el vientre y lo abrió en canal.

Mientras el capitán Saddath caía de rodillas soltando su arma y sujetándose las tripas, Kirah sacudió su espada con un golpe seco para desprender la sangre de la hoja y acto seguido la envainó tras un movimiento de molinete.

—¡Capitán! —se abalanzaron sus soldados contra su cuerpo, a punto de perecer.

—Cum... cumplid vuestra palabra...

—¿Por qué habéis hecho esto? —preguntó Kirah, acercándose al guerrero caído—. Sois un hombre de honor, ¿por qué habéis servido a Excoya?

—Porque... creía en su causa... —confesó Saddath—. Unificar todo el universo bajo una sola bandera traería la paz... Sin fronteras, sin ideologías... Sólo una misma causa que nos hermane...

El capitán intentó reír.

—Pero los dioses han hablado... A parecer, vuestra causa es más justa...

—¿Dónde está tu general? ¿Dónde está el hombre que ha causado tanta muerte y destrucción? —le interrogó Karay-Jinn.

—Lo encontraréis en... en el Monte Katoa... —dijo Saddath con dificultad—. En el momento en que mi corazón deje de latir... pondrá en marcha... un plan de contingencia...

—Eso no puede ser nada bueno —afirmó Xeevetta.

—Ni te lo imaginas... —se desesperó la elfa.

—¿Qué le pasa a esa montaña? —indagó Sheevela.

Derkel miró la angustia reflejada en el semblante de Ember.

—Te lo contaré por el camino.

## 20. El último caballero del dragón

El grupo de Kirah y una gran parte del ejército se apresuraron al noreste de Korikoh, hacia el Monte Katoa.

A medida que avanzaban la angustia y la amargura consumían el alma de Ember, que respiraba con ansiedad.

—Sheevela, preguntaste qué es lo que pasaba con la montaña —dijo Derkel.

—Así es... —se atrevió a continuar la joven, dubitativa.

Derkel suspiró.

—Es un volcán cuya erupción podría consumir el planeta entero y reducirlo a cenizas.

—¿Cómo dices?! —se sorprendió Sheevela.

—En su interior se halla un arma de terrible poder. Canalizando la erupción a través de ese arma la erupción del Monte Katoa podría significar el fin de Dracorum.

—¡Ja! La Caja de Pandora... —rio Xeev, con una mezcla de burla y desprecio.

—¿Realmente existe? —se preocupó Sheevela—. Creía que solo era un mito.

—Pues es demasiado real —señaló Karay-Jinn.

—¿Y qué hace en el interior de un volcán? —continuó la ladrona.

—Nuestro pueblo la ocultó en las profundidades del magma volcánico del monte Katoa. Idearon un sello para impedir la erupción y usaron el poder de los djinn para sepultar la caja de Pandora en el fuego candente, donde nadie pudiera alcanzarla jamás —explicó Derkel.

—Y en el improbable caso de que ocurriera, la Caja de Pandora haría explosión, liberando una energía tan potente que consumiría el planeta que la alojase —añadió Karay-Jinn.

—¿Por qué? —se angustió Sheevela.

—Mejor un planeta que todo el universo —concluyó Derkel.

—¿Así que creéis que Excoya ha encontrado la manera de extraerla? —dedujo la ladrona—. Pero eso no tiene sentido. ¿Qué pasa con los cristales? Aún los necesita.

—El volcán consumiría la vida del planeta, pero no la materia inorgánica. Si arrasa todo podrá buscar sin problemas y sin prisa —señaló el elfo.

Tras un silencio incómodo Ember cerró amargamente los ojos mientras las últimas lágrimas que le quedaban recorrían sus mejillas.

—No lo has contado todo...

—Bueno, creí que era mejor omitir esa parte... —se avergonzó Derkel.

Todos sabían lo que la montaña significaba para Ember y para su hermandad a excepción de Sheevela, que no se atrevía a preguntar por miedo a incomodar al caballero del dragón.

—Aún recuerdo el calor intenso de las llamas... —comenzó a explicar Ember—. Los gritos de mis hermanos; la desesperación y la impotencia que todos sentimos...

La furia y la rabia envolvieron las palabras de Ember.



—Desde los tiempos de los dioses ha existido la hermandad del Dragón. Cinco órdenes, una por reino. Cada una custodiaba una de las escamas del dragón. —continuó—. Las escamas debían ser entregadas al que habría de convertirse en Dragon NindennKa-Yh. Con su poder, podría dar muerte a Lucifer para siempre.

La angustia creció aún más en el corazón del caballero.

—Hace diecinueve años el emperador Hazulem temió que Tobaki Murako se convirtiera en Dragon Nindenn-Ka-Yh y quiso hacerse con el poder de la Caja de Pandora creyendo que podría controlarlo —prosiguió Ember—. Abrió una puerta al bastión de los demonios e invocó a la raza de las sombras...

—La guerra de las Sombras —pensó Xeevetta, en silencio.

—La hermandad del Dragón siguió al emperador y a su demoníaco ejército hasta el Monte Katoa —declaró el guerrero de dragontina armadura—. En aquella batalla, la orden fue prácticamente aniquilada y los escasos supervivientes fueron perseguidos y cazados por las sombras y los espías del emperador a lo largo de los años. Ahora, los cuerpos de mis hermanos yacen en la laguna de los Héroes. Yo soy todo lo que queda de la hermandad del Dragón.

—Lo lamento muchísimo... —dijo Sheevela, con el corazón encogido.

—Sin la hermandad del Dragón no hubiera habido posibilidad de victoria —declaró Karay-Jinn—. Durante una de las cazas del emperador, Ember quedó gravemente herido. Su capitán consiguió que mi hermano se lo llevara y después le pidió que buscara a los hijos de Tobaki y los instruyera para ponerlos al mando del ejército.

—Gracias a Glorfen salvé la vida, pero mis hermanos... —lloró Ember.

—Ninguno de nosotros estaría ahora vivo si tú no hubieras encontrado a los príncipes de Draconia y los hubieras entrenado, enseñándoles a sujetar la espada —trató de animarle Derkel.

—Sea como sea, hoy me enfrentaré a mis demonios —afirmó Ember—. Y esta vez honraré a mis hermanos caídos.

—Bien dicho, amigo mío —dijo Xeev, tocándole en el hombro—. Deja que ese veneno que te corroe sea tu poder; deja que te haga más fuerte y úsalo contra aquellos que te lo han provocado.

—Eso haré... —sentenció el caballero.

—Karay, ¿hay alguna manera de evitar la erupción del volcán? —preguntó Kirah queriendo cambiar de tema, algo que Ember agradeció.

—Reforzar el sello —afirmó la elfa.

—¿Puedes explicarte un poco mejor? —indagó Kirah.

—Usaremos la magia djinn para bajar al interior y reforzar la barrera que lo mantiene a raya. Mientras, nuestras tropas deberán combatir a los pies de la montaña y repeler al enemigo.

Casi sin darse cuenta llegaron a una bifurcación. Por el camino de su izquierda llegarían al volcán y por el camino de la derecha a Eldelgar.

—Aquí nos separamos —dijo Karay-Jinn—. Cerca de Eldelgar hay una cueva con forma de lobo. Dentro mora un djinn que puede ayudarnos. Vosotros id a la montaña y ganad algo de tiempo.

—¿No te preocupa que la ciudad haya podido ser tomada? —indagó Xeev.

—Todo irá bien —afirmó Karay-Jinn—. Las tropas de Excoya no han tenido tiempo de someter Eldelgar.

—De momento —matizó Kirah—. Me sentiré más tranquilo si alguien te acompaña.

—Yo voy con ella —dijo Sheevela.

La joven ladrona quería conocer más acerca de la Caja de Pandora y el Monte Katoa para asegurarse de que ningún detalle se le escapase en la batalla que se avecinaba, pero no quería incomodar más a Ember.

—Xeev, ve con ellas, anda —dijo Kirah.

—No —le interrumpió Sheevela—. Estaremos bien. Además, Xeev os va a hacer más falta a vosotros.

—Muy bien, entonces que un pelotón os escolte a la cueva; y no es negociable —sentenció el príncipe.

—Bien. Nos uniremos a vosotros lo antes posible —declaró la elfa.

—Buena suerte —se despidió Kirah.

Kirah encabezó al grueso del ejército hacia la montaña. Esta vez no había demasiada estrategia que discutir. Lucharían en terreno abierto, de modo que lo único que podían hacer era confiar en los conjuros de rayos y resistir. Esa batalla la ganarían los que tuvieran los nervios más acerados.

—Muy bien, chicos. Tenemos que aguantar hasta que los demás traigan el paquete, así que sólo puedo deciros una cosa... —señaló Kirah—. ¿Xeev? —continuó, cediendo el honor a su compañero.

—Machacarlos —sonrió el tadoriano, con orgullo.

—Eso y que os quiero a todos de vuelta —añadió el príncipe, seguido por los gritos de guerra de sus caballeros.

A Derkel se le dibujó una sonrisa en la cara. Estaba orgulloso de aquel chiquillo al que había visto crecer. Estaba orgulloso de que, pese a su juventud, fuera capaz de dejar a un lado su inocencia para convertirse en un líder fuerte y responsable cuando las circunstancias así lo requerían; pero a la vez estaba profundamente apenado por haber tenido que forzarle a combatir arrebatándole su infancia. Por mucho que se repitiera a sí mismo que era por un bien mayor jamás podría perdonarse haber criado a Kirah y a su hermano para la guerra.

El ejército que lucía orgullosamente el blasón de los Dragones Ardientes cargó contra las fuerzas de Excoya, apostadas en torno a una extraña estructura que rodeaba la montaña.

La batalla prometía ser especialmente cruenta y Kirah deseó que ellos fueran suficientes para contener a tantos soldados al mismo tiempo que pensó en el refuerzo

que supondría para la moral de sus hombres contar con alguien como Xeev en su bando.

Karay-Jinn y Sheevela llegaron sin ningún problema hasta la cueva que la elfa había comentado, mientras la ladrona saciaba su curiosidad sobre la caja y el volcán que la refugiaba.

En un principio había sido construida como un arma por los esclavos del planeta Pangea para liberarse de sus amos invasores, pero después vieron lo terrible que podría resultar y se asustaron. Entonces pidieron ayuda al dios dragón Kareya y este encomendó a los elfos de Dracorum que la sepultasen.

—Hemos llegado —señaló Karay-Jinn, deteniéndose frente a una cueva con una escalofriante boca de lobo como entrada—. A la cueva descenderé yo sola. Los djinn no suelen fiarse de los nuevos amigos.

—Bien. Cubriremos la entrada por si acaso —asintió Sheevela.

La elfa penetró en la fría roca y descendió a la oscuridad. A medida que sus pasos la adentraban más en las profundidades de la tierra un resplandor cálido enrojecía la piedra que la rodeaba y aumentaba extremadamente la temperatura.

Las gotas de sudor cubrían la práctica totalidad de su rostro cuando una caverna humeante bañada por un río de lava se abrió ante ella.

—¿Eefreet? —llamó la joven—. Espero que no sea demasiado tarde... —suspiró Karay-Jinn, sacando una flauta rojiza de un zurrón similar al que Derkel llevaba consigo.

La muchacha tocó una melodía embriagadora y evocadora, y pocos segundos después, una criatura de aspecto infernal emergió del río candente.

—¿Eefreet? —insistió Karay-Jinn.

—Así me llaman mis hermanos —asintió el ser ígneo—. ¿Quién eres y por qué tienes esa flauta?

—Me llamo Karay-Jinn. Soy la hija de Thoriel; él me entregó esta flauta en su lecho de muerte —aseguró la elfa—. El sello que protege la Caja de Pandora se ha debilitado y necesito tu ayuda para reforzarlo.

—Mmm. Peligrosa es la ruptura del sello y desafortunada la noticia de la muerte de mi amigo —se entristeció la criatura antes de olisquear a Karay-Jinn—. Hueles igual que él.

—¿Eso significa que vas a ayudarme? —indagó la elfa.

—Sí... —asintió el djinn—. Tú y dos más debéis llevar estos medallones hasta el sello. Su poder unido permitirá que las barreras que tus ancestros levantaron resistan otra era más —añadió, entregándole tres colgantes con forma de llama—. No te preocupes, joven amiga, la magia de estos medallones os protegerá del elemento que nos da vida a mí y a mis hermanos.

Karay-Jinn aceptó los presentes y se despidió, esperando que sus compañeros pudieran resistir hasta su llegada.

Esta vez la contienda fue mucho más dura que las batallas libradas en la playa y

en Makabel. La magia ayudó a las tropas draconianas, pero los soldados enemigos estuvieron listos para afrontar el desafío y no se vieron sorprendidos en el cuerpo a cuerpo.

Ember asumió el control de un escuadrón y atacó tan brutalmente que ensombrecía las tácticas de Xeevetta, quien buscaba luchar contra los rivales más feroces. Kirah y Derkel procuraban centrar sus esfuerzos en debilitar al enemigo poco a poco, atacando y defendiendo constantemente.

Finalmente, los refuerzos de Karay-Jinn y Sheevela llegaron al Monte Katoa. El príncipe y su escuadrón retrocedieron hasta su posición y los cubrieron hasta llegar a una zona relativamente cómoda en la retaguardia, donde pudieran hablar.

—Ya sé cómo fortalecer el sello —aseguró Karay-Jinn—. Tres de nosotros debemos sumergirnos en el interior del volcán y usar el poder de estas gemas para reforzarlo —añadió mostrando los medallones entregados por el djinn Eefreet.

—¿Quieres que nos lancemos al interior del volcán? —se sorprendió Kirah.

—Yo misma hice la prueba antes de venir. Me sumergí en un río de lava y la sensación fue tan fresca como estar flotando en las aguas del océano —señaló la elfa.

—Está bien... —comenzó a decir Kirah, mientras pensaba un plan de acción. Necesitamos un elfo allí dentro. Karay-Jinn está más fresca que Derkel en estos momentos.

Será mejor que se quede ella a luchar y que Derkel se tome un respiro, así que él viene seguro... A ver, ¿quién más? ¿Ember? No. Tiene una deuda de honor pendiente, no puedo arrebatarle eso. Xeev es un gran luchador y además mantiene la cabeza fría, de modo que se queda como refuerzo. Eso me deja a Sheevela.

—¿En qué piensas, Kirah? —preguntó la ladrona.

—Karay, necesitamos a alguien que entienda la magia élfica ahí dentro, pero también aquí fuera. Derkel está agotado y necesita un respiro después de tanta lucha. Tú pareces estar en mejor forma, ¿crees que podrás cubrir su puesto y dejarle a él lo del volcán?

—Claro, Kirah. Sin problemas —asintió la joven elfa.

—Bien. Entonces Sheevela y yo le acompañaremos.

—Gracias por confiar en mi, Kirah —se alegró la ladrona.

El príncipe esbozó algo parecido a una sonrisa, tratando de que no se notara que realmente la había escogido por descarte.

Los escuadrones de Kirah y Karay-Jinn regresaron al combate y se abrieron paso entre sangre y muerte hasta lograr alcanzar la posición de Derkel.

—Derkel, tenemos que irnos —dijo Kirah, agarrando a su amigo del hombro.

—Yo cubriré tu puesto —señaló Karay-Jinn—. Tú ve con Kirah y Sheevela al interior del volcán. Usad estos medallones para reforzar el sello.

—¿Qué? —se sorprendió el elfo.

—No hay tiempo para explicaciones —aseguró Karay-Jinn—. Es magia djinn, es seguro.

—De acuerdo. Vosotros ganáis —accedió el elfo—. Pero, ¿cómo llegamos hasta el volcán?

—¿Ves esa extraña estructura que rodea la montaña? —preguntó Kirah, señalándola con el dedo—. Los recuerdos de Jimmy me dicen que esa cosa puede llevarnos hasta el cráter en un momento.

—Vale, pues en marcha —asintió Derkel.

—¡Buena suerte! —gritó Karay-Jinn antes de centrarse en el combate.

Derkel acompañó a los dos draconianos hasta la estructura, abriéndose camino a base de certeros proyectiles, apoyado por el acero esmeralda de Kirah y las letales dagas de Sheevela.

Finalmente alcanzaron su objetivo, que resultó ser un ascensor que subía hasta el cráter.

Kirah manipuló los controles y la plataforma se elevó hasta la humeante cima del volcán.

—Bueno. Pues aquí estamos... —dudó Kirah, unos instantes.

Sheevela fue la primera en lanzarse al interior sin decir nada.

—¿Pero qué...? —se sorprendió el príncipe.

—Tiene agallas... —asintió el elfo.

—O ganas de suicidarse, no lo sé muy bien —dijo Kirah, antes de seguirla junto a Derkel.

La milagrosa protección que el djinn había entregado a Karay-Jinn obró su magia, haciendo que sumergirse en el abrasador magma resultase una sensación fresca, agradable e incluso reconfortante, como si sus heridas se fueran curando poco a poco y su cansancio se desvaneciese a cada metro que descendían.

La joven ladrona se dejó llevar por la sensación de libertad que experimentó y disfrutó haciendo tirabuzones y otras acrobacias.

Cuando por fin llegaron al fondo observaron a un hombre embutido en un extraño traje mecánico, manipulando un dispositivo que rodeaba a una peculiar y siniestra caja, que sin duda sería la Caja de Pandora.

—¡Alto! —gritó Kirah, amenazando al hombre con su espada.

La víctima del asalto del príncipe, lejos de amedrentarse, se mofó de tal acción.

—Increíble... Me sorprende que unos cavernícolas como vosotros hayan conseguido llegar hasta aquí. Os felicito por el esfuerzo.

—¿Quién eres? —interrogó Derkel.

—Soy el general Geel, escolta personal de mi señora Excoya y uno de sus ingenieros más apreciados, algo que vuestra inteligencia primitiva jamás comprendería.

—¡Cállate y ríndete! O caerás bajo mi acero, desalmado —advirtió Kirah.

El general Geel volvió a reírse con una sonora carcajada.

—Mira, insecto, has conseguido bajar hasta aquí, sí, pero no volverás a la superficie. No sé cómo habréis llegado tan lejos pero si mi corazón, así como el de mi

estúpido amigo Saddath, deja de latir, estas maquinatas tan interesantes de aquí abrirán la Caja de Pandora y... ¡Bum! Todo se irá al garete, ¿lo pillas?

—Eres un maldito miserable —se ofendió Sheevela.

—Vaya, qué lengua tan afilada... Supongo que el haberse criado en una cochiguera no ayuda a tener buenos modales, ¿eh?

—¡Voy a cortarte la lengua, desgraciado! —gritó la ladrona, abalanzándose sobre él.

Kirah y Derkel la sujetaron mientras el general se reía de nuevo.

—Adelante, hazlo. Ya sabes lo que pasará...

—No, eres tú el que no lo sabe —amenazó Kirah—. Nuestra protección nos permitirá resistir la erupción y frenarla a tiempo, restableciendo el sello que aísla la Caja de Pandora.

En cambio, si te mueves un pelo, imbécil, ese hombre de ahí, que es un arquero formidable, hará saltar la tapa de la caja y te reducirá a un humeante montón de basura antes de volver a crear el sello. ¿Lo coges?

—Vaya, ahora veo por qué la señora Excoya tenía tanto interés en este planeta de bárbaros primitivos —se sorprendió Geel—. Parece que estamos en tablas... A menos que... —concluyó, manipulando un panel en su antebrazo.

La maquinaria desplegó unos brazos mecánicos y aprisionó a los tres compañeros, sujetándolos fuertemente por el cuello.

—Oh, vaya... —se burló el general—. Parece que no.

—No lo conseguirás... —dijo Derkel.

—Yo diría que ya lo he conseguido, majadero —continuó Geel.

—No vas a abandonar este lugar con vida. Te lo prometo... —señaló Kirah.

—Tienes madera de campeón, ¿eh? —añadió el general, alargando su burla—. Te creería si no estuvieras pataleando como una niña.

—Es el príncipe Kirah, malnacido —se ofendió Sheevela—. Háblale con más respeto.

—¿Y quién eres tú? ¿Su princesita?

—Es mi escolta personal... Y si les tocas estás muerto... —amenazó Kirah.

—Despierta, idiota. Os tengo a los tres atrapados, así que vamos. ¿Qué vas a hacer?

—No sabes lo que vas a desatar. No sobrevivirás a la explosión —afirmó Derkel.

—Claro que sí: y, ¿sabes por qué? —empezó a decir el general—. Porque a diferencia de vosotros, mi mente me permite ver más allá de la "magia milenaria que funciona porque sí" y pienso de un modo creativo. ¿Cómo crees que he aguantado la temperatura aquí dentro, listo? Estas maravillas de la tecnología y mi traje están hechos del mismo material: un material cerámico formado por un sistema de dos elementos, un polvo cerámico y un activador líquido. Dicha mezcla puede moldearse y mecanizarse. Las piezas resultantes poseen una buena resistencia térmica y unas excelentes propiedades dieléctricas, que permiten que soporte hasta mil quinientos

grados centígrados.

El general se rio de ellos nuevamente.

—Sé que no habéis entendido una palabra, así que os daré otra razón que vuestros cerebros de mosquito podrán asimilar: activaré el mecanismo cuando esté fuera del planeta, cretinos —concluyó, despidiéndose y ascendiendo a través de la lava, gracias a unos reactores en la parte posterior de su traje.

—¿Y ahora qué hacemos? —se desesperó Derkel.

—Cumplir la promesa que le he hecho... —afirmó Kirah.

Los ojos del príncipe se quedaron totalmente en blanco y en su frente brilló un resplandor azulado con forma de cabeza de dragón.

—¿Kirah? ¿Estás bien? —se preocupó Sheevela.

Las garras de cuchilla volvieron a crecer en sus manos al mismo tiempo que la energía acumulada en su cuerpo se liberó, haciendo añicos el brazo mecánico que lo aprisionaba.

—Yo diría que mal no está... —señaló Derkel.

El príncipe de Draconia destruyó los yugos de sus compañeros y después pulverizó la maquinaria que se encontraba cerca de la Caja de Pandora con certeros golpes.

—¡Ahora! Reactivemos el sello y salgamos de aquí.

Derkel se posicionó junto a su amigo y le agarró la mano, ofreciendo la otra a Sheevela, formando así un corro alrededor de la caja.

—Te seguimos, Derkel —afirmó Kirah.

El elfo pronunció entonces un encantamiento en su idioma. Era un conjuro que había estudiado en libros viejos aunque no lo había probado nunca, así que rezaba por que fuera capaz de llevarlo a cabo.

Pronto las gemas de sus medallones empezaron a brillar.

—Eso es. Derkel. Lo estás haciendo, sigue así —sonrió Sheevela, viendo a su amigo entrar en trance.

—Un poco más... —dijo el elfo, haciendo un titánico esfuerzo por no sucumbir al agotamiento.

—Vamos, compañero —animó Kirah.

Finalmente, una luz azulada se extendió por el fondo del volcán, aislando en un plano seguro la caja de Pandora y salvando de esta manera el planeta.

—¡Bien! Eres el mejor —exclamó la ladrona.

—Eres un héroe, Derkel. Has salvado Dracorum. Enhorabuena. —le felicitó Kirah.

—Gracias, pero no podemos relajarnos aún —declaró el elfo.

—Tienes razón. Vamos a por ese miserable. Es hora de sacar la basura —afirmó Sheevela, ascendiendo por el magma.

En el exterior Xeev y Ember llevaban la batuta del combate, apoyados por Karay-Jinn y su milicia. La batalla era intensa y muy igualada.

—Mierda, ¿qué es eso? —se sobresaltó Xeev al ver a un hombre embutido en un traje mecánico unirse a las fuerzas de Excoya con una abrumadora potencia de fuego: lanzallamas, cohetes y rayos láser entre otros.

—¡Magos! ¡A por ese objetivo! —gritó Ember, señalando al nuevo combatiente.

Un escuadrón de hechiceros se abrió paso hasta poder descargar una tormenta de rayos sobre el hombre de aquella peculiar armadura, mas fueron masacrados por los certeros disparos de una ametralladora en miniatura, oculta en su brazalete.

—Estúpidos primitivos. Este blindaje resiste vuestros patéticos intentos de PEM<sup>[17]</sup>.

—¡Todos a cubierto! ¡Replegaos! —gritó Karay-Jinn.

—Estamos bien jodidos... —se lamentó Xeev—. ¡Ember, Karay-Jinn, poneos a cubierto, voy a intentar alejarlo de aquí!

Al caballero del dragón no le gustaba la idea de retirarse, mas sabía que no tenía alternativa.

El ejército de Draconiana y la milicia de Karay-Jinn trataron de retrasar su posición, pero estaban teniendo mucha presión y no tardarían en estar rodeados.

El tandoriano se recubrió con su impenetrable coraza de dax y se lanzó al ataque, creando en uno de sus brazos un escudo y una afilada y gigantesca cuchilla en el otro.

Xeevetta no podría mantener esa coraza durante demasiado tiempo, pero aguantaría lo suficiente para reducir la ventaja del enemigo.

Llegó a la altura del hombre del traje cibernético, aniquilando a sus huestes como una hoz al paso de las briznas de hierba. Su extraordinaria exocoraza resistió los trucos sucios que su rival empleó contra él.

—Qué interesante —sonrió el líder enemigo—. Tú debes ser el operativo renegado.

Pensaba que no encontraría ningún reto apropiado de mi genialidad en este asqueroso planeta.

—Descubrirás que doy la talla más que de sobra —desafió Xeevetta, enzarzándose en un igualado combate a la par que se deshacía de los refuerzos que acudían en ayuda de su comandante.

Pese a que Xeev era un guerrero formidable, el cansancio empezaba a hacer mella y el agotador esfuerzo que le suponía mantener la exocoraza terminó pasándole factura, haciendo que hincara la rodilla.

Pronto se vio superado por las circunstancias y empezó a lanzar ataques desesperados; al menos hasta que prácticamente todo se paralizó.

—¿De dónde viene ese poder? —se asustó Ember.

—Del interior del volcán... —tembló Karay-Jinn.

—Entonces, la caja... —continuó Ember.

—No. Es algo distinto... —matizó la elfa.

Kirah emergió del cráter del Monte Katoa, acompañado de Sheevela y Derkel.

—¡No! ¡Es imposible! —se enfureció el general Geel.



Cuando el grupo encabezado por el príncipe de Draconia llegó de nuevo a tierra firme, los enemigos retrocedieron a su paso, intimidados por el aura que rodeaba a Kirah.

—Te hice una promesa y voy a cumplirla —advirtió el príncipe.

—¡Cobardes! —gritó el general—. ¡Matadlos o yo mismo os mandaré al infierno! —añadió, apoyando su amenaza matando a uno de sus soldados de un tiro en la cabeza.

—No tan rápido —intervino Derkel—. Antes no tenía fuerza<sup>[18]</sup>, pero verás de lo que es capaz la "magia milenaria".

El elfo concentró todas sus fuerzas y una nube de azufre cubrió el cielo al mismo tiempo que la tierra se abrió en la retaguardia de las filas enemigas.

De las profundidades del planeta surgió un coloso que diezmó al ejército de Excoya durante los escasos segundos que Derkel fue capaz de retenerlo en el campo de batalla.

Los soldados de Geel huyeron despavoridos pese a la amenaza de su líder.

—Sheevela, lleva a Xeev a retaguardia —le pidió el príncipe Kirah a la ladrona.

—Ahora mismo —asintió la joven—. Vamos, grandullón —añadió, ayudando a Xeev a ponerse en pie.

—¿Qué diablos te crees que estás haciendo?! —se desesperó Geel.

El general disparó un misil a Sheevela y Xeev, pero Kirah se puso delante de ellos a la velocidad de un rayo y partió el proyectil en dos con su espada.

—¿Cómo?!

—Te dimos la oportunidad de rendirte. Ahora lamentarás no haberlo hecho —dijo el príncipe.

—¡Voy a bajarte esos humitos, niñato! —bramó el general Geel.

No tuvo tiempo de decir nada más antes de que Kirah se plantara delante de él y lo derribase tras una serie de certeros puñetazos.

El general caído no podía dar crédito a lo que estaba sucediendo. Su intelecto superior se negaba a reconocer que aún había fuerzas en el universo que escapaban a su comprensión y que había cometido un gravísimo error al subestimarlas.

Geel apuntó a su enemigo con la ametralladora de su brazalete, pero este se anticipó al ataque y le cortó el brazo a la altura del codo. Acto seguido, con el general retorciéndose de dolor, Kirah abrió un boquete en la coraza de su oponente con el puño. Después lo levantó y lo lanzó varios metros.

El draconiano prosiguió golpeando y jugando con su rival hasta que lo llevó junto a Ember.

Al borde del colapso y con dificultades para respirar, el general Geel, era incapaz de moverse.

—Que sea rápido —le dijo Kirah a Ember, ofreciéndole su espada.

El caballero del dragón la aceptó y hundió su hoja esmeralda en el corazón de Geel con una mirada de odio.

Con la muerte de su general, lo que quedaba de las fuerzas de Excoya en Korikoh se rindió, entre los vítores de los caballeros de Draconia y sus aliados.

Kirah recuperó su estado normal poco a poco y después contempló el campo de batalla.

Demasiados hombres y mujeres buenos habían muerto ese día y eso no hacía sino reforzar su determinación de detener a Excoya.

—Muchas gracias, Kirah —dijo Karay-Jinn, poniendo la mano en su hombro para tratar de aliviar el alma del muchacho—. Sin la ayuda de Draconia la situación habría sido muy distinta.

—Es a ti y a Derkel a los que hay que agradecer esta victoria —declaró Kirah—. Tú conseguiste las gemas djinn y Derkel fue el que reactivó el sello que evitó la erupción.

La elfa le miró a los ojos.

—No te tortures, Kirah. Tienes la misma mirada que en la guerra de las Sombras. Tú no has traído la muerte a tus caballeros —le animó—. Tus hombres te quieren y están preparados para dar la vida por ti en cualquier momento. Eres un buen líder y seguramente tus decisiones han salvado más vidas de las que se hubieran podido perder. Algún día serás un magnifico rey, estoy segura.

—Gracias, Karay —asintió el príncipe, aliviado por las palabras de su amiga—. Lamento la pérdida de tus aliados.

—Al igual que tus soldados, sabían que era una causa por la que merecía la pena luchar y morir —señaló Karay.

El príncipe suspiró.

—Ayudaré a los heridos.

—Yo también echaré una mano —afirmó la elfa—. Te veo esta noche. Ahora que Arel-Dian vuelve a ser nuestra seréis mis invitados.

Kirah se despidió con una reverencia, aceptando la invitación. Celebrar la victoria serviría para estimular la moral de sus hombres.

Sheevela quiso dedicarle unas palabras de ánimo, pero después de lo que le había dicho Karay-Jinn no sabía que más podría decirle. Además, sus sentimientos hacia él eran cada vez más confusos y prefería quitarse esas ideas de la cabeza antes de que fuera demasiado tarde.

Sabía que el príncipe jamás se fijaría en una mujer como ella.

—Se merece algo mejor... Se merece a alguien del que no tenga que avergonzarse...

Mientras las tropas se reagrupaban y se preparaban para marchar a la capital, un estruendo sacudió cielo y tierra seguido de una explosión de luz azul al sur de su posición.

—¿Qué diablos ha sido eso? —indagó Xeev.

—¿Kirah? ¿Puedes oírme? —escuchó el príncipe en su cabeza.

—¡Kido! —se alegró Derkel.

—¡Kido! Te oímos —sonrió el príncipe de Draconia.

—¿Cómo es que puedes hablar con nosotros? —preguntó Ember.

—Glorien ha encontrado un antiguo conjuro rompe barreras y ha logrado destruir la magia que bloqueaba mis poderes.

—¿Significa eso que ya no habrá más restricciones de portales? —preguntó Kirah.

—Exacto —afirmó Kido—. Y si vuelve a ocurrir tan sólo tenéis que usar el conjuro que ha descubierto Glorfen y podréis anularlo.

—Por fin una buena noticia —se alegró Xeev.

—Y eso no es todo —intervino Sheevela—. Se me ocurrió registrar el cuerpo de ese general y mirad lo que he encontrado... —añadió mostrando orgullosamente su botín.

—¡Es un Streeyh! —se sorprendió Derkel.

—Estás en todo, Sheevela. Buen trabajo —sonrió Kirah, recogiendo el cristal.

—¿Entonces qué vamos a hacer ahora? —indagó la joven.

—Esta noche descansaremos en Arel-Dian y discutiremos el plan de acción tras una buena cena —señaló Kirah—. Mañana nos pondremos en marcha hacia el siguiente cristal.

—Y yo os acompañaré —declaró Karay-Jinn—. Vosotros me habéis ayudado a defender mi tierra. Ahora me toca a mí devolveros el favor.

—Será un honor —aceptó Kirah.

Sheevela agachó la cabeza y después se fijó en Ember, que parecía decaído.

—¡Eh! ¿Estás bien?

—Yo... —dudó el caballero del dragón.

—¿Qué ocurre? —se preocupó Kirah.

—Si no te importa, Kirah, quisiera visitar la laguna de los Héroes<sup>[19]</sup>.

—¿Quieres decir solo? —indagó el príncipe.

Ember asintió.

—Me reuniré con vosotros lo antes posible —prometió el caballero.

—No te preocupes, amigo mío —sonrió Kirah—. Tómate el tiempo que necesites para honrar a tus hermanos.

—Kido puede abrirte un portal —afirmó Derkel.

—No, prefiero caminar.

—Como quieras. En cualquier caso si necesitas algo, parece que Kido ya no tendrá ningún problema en comunicarse con nosotros o abrir portales, así que lo tendremos más fácil —afirmó Derkel.

—Espero que destierres por fin a tus demonios, amigo —le deseó Xeevetta.

—Te echaremos de menos —sonrió Sheevela.

—Tu deuda para con nosotros, si es que alguna vez fue una deuda, ha quedado más que saldada —dijo Karay-Jinn.

—Doy gracias a los dioses por tener tantos y tan buenos amigos. Os deseo la

mejor de las suertes —se despidió el caballero del dragón.

—Hasta la vista, Ember. Nos veremos cuando el destino vuelva a unimos —  
afirmó Kirah.

## 21. Doppelganger

El grupo pasó la noche en Arel-Dian. La esperanza comenzaba a anidar tímidamente en los corazones de los pueblos libres de Dracorum e incluso empezaban a escucharse cánticos y versos alentadores como en los tiempos de paz.

Derkel madrugó por la mañana. Quería respirar el aire de su hogar y dejar que su espíritu se reconfortara con los sonidos de la naturaleza que rodeaban la capital de Korikoh.

—¿Nostálgico? —preguntó Xeev, acercándose a su camarada.

—Expectante —matizó el elfo—. Hemos conseguido una gran victoria y eso me anima a pensar que el fin de esta lucha está cada vez más cerca.

—Envidio tu optimismo —sonrió Xeevetta.

—Dada la situación me parece que por primera vez en mucho tiempo los hechos invitan a pensar en positivo. No creo que Excoya se esperase este resultado —insistió Derkel.

—Pues a mí precisamente eso es lo que me da más miedo —se preocupó el tandoriano— Conozco bien a esa bruja y el hecho de haber sufrido esta derrota puede hacerla actuar de manera desesperada; y eso puede ser algo aterrador.

—Todo irá bien si permanecemos alerta —aseguró Derkel—. Además, no dudes que la esperanza es un poder mucho mayor que el miedo, Xeev.

—Ojalá tengas razón... —quiso creer el guerrero kopy-kat—. En fin, ¿qué hay de los demás cristales? ¿Sabes dónde están?

Derkel asintió.

—Hay uno al sur de Dergorun. Posiblemente esté en la ciudad capital —señaló el elfo— El otro se dirigía a las costas del reino, pero parece haberse detenido en el mar, cerca de la playa Ardyh.

—Eso último me huele a problemas... —se preocupó Xeev.

—Me temo que tienes razón —añadió la voz de Kido, resonando en sus cabezas.

—Kido... ¿Sabes algo que nosotros desconozcamos? —preguntó Xeevetta.

—Dergorun ha sido aislado —aseguró Kido.

—¿Aislado? ¿Igual que Arel-Dian? —indagó Derkel.

—No, no se trata de ningún poder oscuro. Podría llevaros hasta allí en cualquier momento, pero me temo que necesitaréis algo más para llegar a Dergorun —señaló Kido—. Creo que la diosa protectora del mar está tratando de proteger el remo.

—Entonces pasaremos por Draconia para recoger el anillo de Hydra en el castillo Yarracus<sup>[20]</sup> —afirmó Derkel.

—Aun así sería prudente extremar las precauciones —sugirió Kido—. Contactaré con Yeng para que lo tenga todo dispuesto. Vosotros avisad a los demás. Cuando estéis listos abriré un portal a Draconia.

Derkel y Xeev informaron a sus compañeros de la situación y después Kido abrió

un portal para ellos hasta Draconia.

Yeng entregó rápidamente a Kirah el anillo de Hydra y acto seguido Kido volvió a abrir otro portal para la Dragontea, el buque insignia de la armada draconiana, que conduciría a Kirah y su séquito hasta el mar occidental, cerca del punto en el que Derkel sentía la presencia del Streeyh.

El capitán de la Dragontea iba siguiendo el rumbo que el elfo le indicaba, gracias a su conexión espiritual con el cristal.

Kirah estaba recorriendo la cubierta, hablando con sus hombres y escuchando sus preocupaciones y miedos.

Xeev se mantuvo aislado en un rincón, absorto en sus pensamientos y planteando su propia estrategia, para poder tener un plan alternativo en caso de que sus temores se hicieran realidad.

Karay-Jinn estaba disfrutando de la agradable brisa marina cuando Sheevela se acercó tímidamente a ella.

—Hola, Karay. ¿Puedo hablar un momento contigo?

—Claro, ¿qué te ocurre? —respondió la elfa—. ¿Estás bien?

—Kirah y tú parece que os lleváis muy bien, ¿no?

—Sí. Le quiero mucho —sonrió Karay-Jinn, observando al príncipe.

La ladrona agachó la cabeza y después miró a la elfa a los ojos.

—Me alegro. Espero que seáis muy felices —acertó a decir finalmente, intentando ocultar el tono de decepción en su voz.

—¿Qué?! —se sorprendió Karay-Jinn—. No, no, no, no. No es nada de eso.

—Pero... ¿Entonces los bailes de anoche en Arel-Dian no...?

Karay-Jinn rio el comentario de la ladrona.

—Para mí es como mi hermano pequeño —señaló la elfa—. Prácticamente le he criado desde que era un niño. La última vez que le vi aún me llamaba tía Karay.

—Ah, ¿sí? ¿De verdad? —se interesó la ladrona, recuperando momentáneamente la chispa de sus ojos.

—Espera un momento... —dijo Karay-Jinn, con sonrisa pícaro—. A ti te gusta... —añadió ampliando su gesto.

—¿Qué? Yo... no... —se ruborizó Sheevela.

—Así que es verdad —insistió Karay-Jinn.

—No lo sé. No estoy segura. Además. Xeev también tiene algo.

—Ya veo. Te van los chicos malos, ¿eh? —sonrió la elfa.

—Un poco sí. Aunque al final todos me acaban decepcionando —rio la ladrona.

—Bueno, aunque no creo que Xeev sea el tipo de hombre que decepcione, tampoco creo que sea el tipo de tío al que le gusta comprometerse —señaló Karay—. Pero no es solo eso, ¿verdad?

—Bueno es que... Yo no soy de sangre noble... —confesó Sheevela.

—¿Y qué? —continuó la elfa—. Contéstame sinceramente. ¿Tú le quieres?

Sheevela no dijo nada. Se limitó a agachar la cabeza y a suspirar.

—Eso es un sí. —afirmó Karay-Jinn—. ¿Y a él le gustas tú?

—No lo sé —dijo Sheevela, encogiéndose ligeramente de hombros.

—Pues pregúntaselo.

—No, yo... —se negó Sheevela.

—Mira, cuando todo esto acabe, la política exige que Kirah debe ser coronado rey y tendrá que escoger una reina. ¿Quién mejor que alguien que le quiera de verdad? Además, puede que no seas noble de título, pero he visto cómo actúas y puedo decir que lo eres de corazón.

—¿En serio crees eso? —se interesó la ladrona.

—Sí —asintió Karay-Jinn—. Aunque te confieso que al principio, al verte no sabía qué hacías con el ejército. Creí que eras una chica mala.

—¿Quieres decir problemática? —sonrió Sheevela.

—Sí —afirmó la elfa.

—Lo era —admitió Sheevela—. Hasta que Kirah me abrió los ojos. Él creyó en mí y me dio una oportunidad cuando nadie más lo hubiera hecho. Me convenció de que podía hacer mucho más; que podía ser alguien con quien se puede contar... Pero... No sé, es como si fuera demasiado bueno para ser verdad.

—Te entiendo. Kirah es un buen chico —aseguró Karay-Jinn—. A veces demasiado maduro para su edad y a veces demasiado infantil, pero de buen corazón. Ojalá no hubiera tenido que crecer en mitad de aquella maldita guerra... Ojalá hubiera tenido infancia.

—¿Cómo fue? —se interesó la ladrona.

—Duro. Creció con la presión de las profecías. Todo el mundo decía que él o su hermano se convertirían en el Dragon Nindenn-Ka-Yh, así que les quitamos la infancia y les pusimos una espada en la mano... ¿Y sabes qué es lo mejor? Que ese héroe nunca se reveló... Porque todo eso del linaje divino es solo eso: una leyenda inventada para agarrarse a un clavo ardiendo en un vano intento de mantener la esperanza —confesó la elfa.

—Pero, ¿no es por eso por lo que luchamos? ¿Para que Kirah se convierta en Dragon Nindenn-Ka-Yh? —se sorprendió Sheevela.

—Para mí son solo cuentos. Lo creeré cuando lo vea. Llevamos esperando el advenimiento del Dragon Nindenn-Ka-Yh desde hace veinte años y nada... Criamos a los niños para la guerra por culpa de una ridícula superstición —se entristeció Karay-Jinn—. No me siento orgullosa precisamente, pero fue un mal necesario, por muy mal que suene. Ellos eran un símbolo de esperanza, así que les enviamos a combatir. Sin los hijos de Tobaki no hubiera habido victoria contra el emperador. Ellos inspiraron al ejército y al pueblo. Todos se sentían más fuertes y seguros luchando con ellos.

Sheevela agachó la cabeza, con la mirada perdida y el corazón encogido, empatizando con el desgarrador sentimiento con el que el príncipe tuvo que crecer.

—Kirah es un buen chico —afirmó Karay—. Por eso te he preguntado si le

querías; porque si no estás segura no quiero que le hagas sufrir. Ya ha sufrido bastante.

—Y aun así no pierde la sonrisa y se desvive por cada uno de sus amigos... — pensó Sheevela, en voz alta.

Ambas mujeres se quedaron mirando al príncipe de Draconia, con una expresión melancólica dibujada en sus caras cuando este pasó cerca de ellas.

Tras unos pocos pasos Kirah detuvo su avance, al darse cuenta de que Karay-Jinn y Sheevela no paraban de seguirlo con la mirada.

El príncipe miró a su alrededor sin saber qué estaba buscando y después a ambas mujeres, con cara de tonto.

—¿Qué pasa?

Poco a poco una siniestra bruma fue envolviendo el horizonte y el sol se escondió tras las grises nubes que decoloraban el azul del cielo, provocando en los marineros temor a causa de todo tipo de supersticiones.

La niebla se hizo cada vez más intensa; parecía que había sido enviada por el propio Infierno. Una inquietante calma envolvió el lugar, como si quisiera advertir a las acongojadas almas que tripulaban la Dragontea de la tormenta que estaba a punto de desatarse.

—¡Barco a la deriva! —acertó a decir por fin el vigía, cuando casi lo tenían tan cerca como para chocar.

Una nave con el aspecto de un barco fantasma flotaba junto a ellos. El mástil estaba destrozado, sus velas desgarradas y emanaba un intenso olor a sangre, cenizas y muerte.

—¡¿Hay alguien ahí?! Gritó el capitán.

No hubo más respuesta que el eco del mar.

—El cristal está en ese barco —afirmó Derkel.

—¿Estás seguro? —preguntó Kirah.

—Completamente —sentenció el elfo.

—Entonces voy a subir —dijo Xeev.

—Espera —le detuvo Karay-Jinn—. Puede ser una trampa...

—Yo subiré —señaló Sheevela.

—De ningún modo vamos a abordar ese barco sin pensarlo antes —dijo Kirah.

—No hay tiempo. Necesitarás las habilidades de una ladrona si quieres encontrar el cristal en ese barco —afirmó la joven—. Además, yo no soy soldado ni nadie imprescindible.

Kirah la detuvo cuando estuvo a punto de saltar.

—Nadie... es prescindible —matizó Kirah—. Cuando dije que os quería a todos de vuelta también te incluía a ti. Voy contigo, dado que no voy a poder hacerte cambiar de opinión.

—Yo también voy —señaló Xeev.

—No. Prefiero que tú Derkel y Karay-Jinn os quedéis aquí. Que vengan un par de



soldados... No tardaremos —ordenó Kirah.

—Cinco minutos... —dijo Xeev, cruzándose de brazos.

Kirah asintió y después él y Sheevela, acompañados de dos de sus hombres, abordaron el navío.

La madera de la cubierta crujía a cada paso que daban sobre la desierta nave.

—No os separéis —comandó el príncipe.

—No pensaba hacerlo... —dijo Sheevela, con un escalofrío recorriendo su espalda.

Finalmente los cuatro se aventuraron al interior, a las dependencias de la tripulación.

Sheevela se llevó las manos a la boca, tratando de no sucumbir a las arcadas cuando sus ojos aceptaron el horror que allí les esperaba.

Cadáveres salvajemente mutilados alfombraban los pasillos, salpicados de sangre por todas partes, recreando una escena macabra que helaba el alma.

—Alguien ha registrado este barco a fondo... —acertó a decir Kirah—. Estad atentos.

Puede que siga por aquí.

—¡Esperad! —exclamó Sheevela, parándose en seco—. Me ha parecido escuchar un ruido fuera.

—Iré a comprobarlo, milord. —señaló uno de los soldados.

Kirah le puso la mano en el hombro.

—No. No voy a dejar que vayas solo. Iremos juntos.

Los cuatro regresaron al exterior nuevamente. Allí vieron a un hombre de espaldas, vestido con una túnica negra. Cuando este se percató de la presencia de los intrusos giró para encontrarse cara a cara con ellos.

Los cuatro se quedaron aterrados al comprobar que aquel siniestro hombre era el duplicado exacto de Kirah. Lo único que les distinguía era el tono de su piel, pues el hombre de negro era pálido como un muerto, y sus ojos, completamente negros.

Además también llevaba la marca de Excoya grabada a fuego en su mejilla derecha.

—Supongo que me he equivocado. Parece que el cristal no está aquí.

—¿Qué eres...? —acertó a preguntar Kirah.

—Un humilde doppelganger. Excoya me liberó del Infierno usando tu sangre a cambio de que encontrase ciertos objetos para ella.

—Los Streeyh... —dedujo Sheevela.

—Así es. Seguí a un convoy naval que transportaba dos cristales. Hacerme con uno de ellos fue fácil, pero parece que el otro lo ocultaron bien y usaron este cascarón como señuelo —se enfureció el gemelo de Kirah—. Ya se lo haré pagar cuando los encuentre. Excoya me informó también de que posiblemente tendría que arrebatáros unos cuantos a vosotros, de modo que dádmelos ahora y tendréis una muerte rápida.

—No... —se negó Kirah.

—Oh, basta de clichés —suspiró el doppelganger—. No podéis ganar, así que no vayáis de héroe.

—¿Ahora es cuando vas a soltarnos el discurso de lo fuerte que eres y lo poca cosa que somos comparado contigo? ¿Quién está cayendo en los clichés ahora? —se ofendió Sheevela.

El doppelganger se lanzó al ataque sin decir nada más. Salió disparado como una bala y atravesó el pecho de uno de los soldados con su brazo.

—¡¡¡Nooo!!! —gritó Kirah, abalanzándose sobre el caballero abatido.

Derkel, Xeevetta y Karay-Jinn se encontraban en la cubierta junto al resto de soldados, listos para entrar en combate en cualquier momento; especialmente Xeev, que no paraba de dar impacientes golpecitos con el pie.

—¿Creéis que Sheevela y Kirah...? —intentó decir Karay-Jinn para tratar de calmar los ánimos.

Derkel sonrió, agradeciendo el esfuerzo de su compañera por tratar de relajar la tensión que se respiraba.

—Creo que hay algo especial entre ellos, pero no sabría decirte hasta qué punto.

—Sí. Eso parece —apoyó Karay-Jinn—. ¿Tú qué opinas, Xeev?

—«Opino que no deberías bajar la guardia con preguntas tan banales y que si no hay señales de ellos en diez segundos voy a irrumpir en cubierta...», pensó el tandoriano.

—¿Y bien? —insistió la elfa.

Xeev suspiró tras dirigirle una mirada con cierto grado de hastío.

—Creo que Sheevela está colada por Kirah. Él no es indiferente a sus encantos, pero es su primera experiencia en el amor y no sabe cómo actuar, así que se esconde detrás de su espada para no pensar en ello.

—Vaya no pensé que te dieras cuenta de tantos detalles —sonrió Karay-Jinn—. Da la sensación de que estos temas no te interesan, pero parece que lo entiendes bastante bien.

—Un buen guerrero se fija en todo. Si persigues un blanco debes aprender a pensar como él y ser capaz de identificar cada pequeño detalle por muy poco que te guste —afirmó Xeev—. Aunque he de decir que me alegro de que todo siga así. No quiero que los sentimientos de Kirah interfieran en nuestro objetivo. Cuando todo haya acabado podrá perder el tiempo como, y con quien quiera.

La fría respuesta del tandoriano produjo un silencio algo incómodo, aunque no se extendió demasiado, pues un grito de Kirah pronto inundó el aire.

—Karay, cubre a Derkel. Necesitamos que se mantenga con vida para que nos indique la posición de los cristales —dijo Xeev.

—¿Y tú a dónde vas? —preguntó Derkel.

—A sacar a Kirah de ahí y a largarnos a través de uno de los portales de Kido.

—Pero él nos dijo que nos quedásemos aquí —señaló Karay-Jinn.

—Prefiero que me regañe por no obedecer sus órdenes que no tener que lamentar

su muerte —sentenció Xeev, mientras saltaba a la cubierta del otro barco—. Sheevela y los dos soldaditos no le servirán de mucha ayuda; principalmente porque se desviará para cubrirlos.

Xeev se unió a la lucha que mantenían Kirah, Sheevela y el soldado que aún estaba vivo contra el doppelganger, al que no le sorprendió ver, pues estaba habituado a los métodos de Excoya y no era la primera vez que usaba uno de ellos.

—¿Necesitáis ayuda? —preguntó Xeev, bloqueando la espada del monstruo con su hacha antes de que esta pudiera cortar la carne del príncipe.

Kirah contraatacó, enzarzándose en un baile letal de aceros hasta que su gemelo logró anular su guardia. Entonces lo agarró y lo lanzó contra Xeev, haciendo que ambos cayeran al suelo.

Sheevela atacó con sus dagas, arrojada por el embate del soldado draconiano que los escoltaba, que usaba brazales con cuchillas como arma.

El monstruo esquivó el tajo dirigido a la garganta que le lanzó la joven y la derribó con un fuerte codazo en la nuca.

El soldado acosó a su rival con certeros golpes, aunque sin lograr penetrar la defensa del doppelganger. Kirah agarró sus piernas desde el suelo y entonces el soldado consiguió conectar una patada circular a la mandíbula de la criatura.

Sheevela aprovechó la ocasión y saltó hacia arriba con un tajo vertical, aunque solo logró hacerle un corte superficial cerca del ojo.

Xeev lanzó decidido el golpe de gracia, descargando un ataque horizontal para hundir su hacha en el pecho del doble de su amigo.

El monstruo logró deshacerse de su yugo haciendo explotar su aura y consiguió detener el embate del tadoriano a duras penas con su espada, perdiendo el equilibrio y cayendo al suelo como consecuencia.

Los tres aliados se abalanzaron rápidamente sobre él, aunque no tardaron mucho en quitarse de encima, pues el doppelganger envolvió su cuerpo en llamas, tras lo cual se levantó y tomó distancia.

El monstruo observó a sus enemigos y después se llevó las manos a la cintura, concentrando toda su energía.

—Mierda... —se quejó Xeev.

—¡Todos detrás de mí! —gritó Kirah, emulando el gesto de su gemelo.

Ambos hicieron explotar sus auras y la fuerza que desencadenaron estuvo a punto de hundir el barco cuando finalmente descargaron las brutales olas de energía.

—¡¡¡¡LIGHTNING KURADOH!!!! —gritaron al unísono.

Las fuerzas estaban muy igualadas, pero la energía del doppelganger, a la que imbuyó con oscuridad, no tardó en dominar a la de su rival.

Xeev quiso equilibrar el choque, uniendo a la técnica de Kirah su Aran-Yildirim<sup>[21]</sup>.

El poder combinado del Kuradoh del príncipe junto con la técnica de su amigo rivalizó con el de la fuerza demoníaca del doppelganger, pero no fue suficiente y la

bomba de energía del monstruo se acabó imponiendo, ocasionando una explosión que dejó malheridos a los tres compañeros y ocasionando también serios daños en el barco.

El doppelganger se acercó a ellos para rematarlos, dirigiendo a su gemelo una mirada de odio y desprecio mientras levantaba su espada.

Kirah usó sus últimas fuerzas para levantar su puño, en el cual brilló un anillo con una escama de color turquesa.

—¡Mi señora del mar, préstanos tu fuerza!

El mar se embraveció respondiendo a las plegarias de Kirah y agitó el barco hasta que el doble del príncipe cayó al suelo, estando incluso a punto de hundir la Dragontea.

El monstruo se levantó y se puso en guardia cuando el espíritu de una bella mujer se materializó frente a ellos.

El doble de Kirah levantó su espada por encima de su cabeza y envolvió la hoja en llamas, tras lo cual la hizo girar, generando un remolino ígneo.

El espíritu respondió extendiendo las manos al frente acompañando el gesto con un feroz grito. Un cegador resplandor cubrió el horizonte mientras la muchacha adquiría el aspecto de un imponente dragón de tres cabezas.

Ante tamaña amenaza, el doppelganger tiró al suelo una extraña cápsula que al estallar creó un vórtice dimensional por el que escapó con su orgullo herido. Tras esto la diosa Hydra recuperó su aspecto original y cubrió a los héroes caídos con un manto de luz que curó sus maltrechos cuerpos.

Sin decir nada más la protectora del mar del sur quiso regresar a su hogar.

—Mi señora... —la llamó Kirah—. Gracias por vuestra ayuda, mi señora del mar.

—No es necesaria tu gratitud. Murako. Tu familia sirvió a los dioses con honor y yo he respondido a nuestra alianza, mas os prevengo de que abandonéis estas aguas y os alejéis del reino sagrado de Dergorun o nuestra alianza llegará a su fin.

—Pero, mi señora... —protestó Kirah—. Es imperativo que lleguemos a Dergorun.

Debemos reunir los Streeyh para poner fin a la amenaza de Excoya.

—Sé cuál es tu misión, Murako, pero mi deber es proteger el reino sagrado a cualquier precio —respondió Hydra—. Es el único bastión que no ha sido corrompido por la Oscuridad. No puedo dejaros pasar por muy nobles que sean vuestras intenciones, pues el mal os persigue y acabaréis por llevarlo a las puertas del reino incluso sin quererlo.

—Entonces más vale que nos mates ahora, porque vamos a terminar nuestra misión con o sin tu permiso —desafió Xeev.

—¡¿Cómo te atreves?! —se ofendió Hydra—. No toleraré que ningún mortal se rebele.

—¡Xeev! —quiso detenerle el príncipe al ver cómo su amigo avanzaba amenazante hacia la diosa—. Encontraremos otro modo, no podemos ofender a la

diosa.

—¡Y una mierda! —bramó el tandoriano—. Tienes el valor de decir que nosotros llevaremos el mal hasta el reino bajo tu protección pero te da igual el genocidio que ha causado Excoya hasta ahora o los incontables muertos que pueda dejar a su paso si no la detenemos. Eres una hipócrita; y si he de hacerte callar o pasar por encima de ti para detenerla lo haré.

—¡Xeev, por favor! —insistió Kirah.

—Muy bien, mortal —asintió la diosa, con una mirada de desprecio—. Id pues a Dergorun. Jamás llegaréis a las ciudades. He aislado el reino y tan solo encontraréis arena hasta donde alcanza la vista. Si mis hermanos celestiales os conceden las fuerzas para sobrevivir al desierto os permitiré pasar; si no devoraré vuestras almas antes de que crucen las puertas del Valgard y dejaré que vuestros cuerpos se pudran en una tumba de arena.

—Te estaremos esperando —sentenció Xeev, viendo cómo la diosa regresaba al mar—. La próxima vez ten cojones para apoyarme —añadió, dirigiendo una mirada de decepción al príncipe Kirah.

—Aquí no estás sólo tú, Xeev —se ofendió Kirah—. Es el honor de mi familia el que has puesto en duda.

—¿Y qué vas a hacer? —desafió Xeev—. ¿Ahora sí tienes valor para sacar pecho y ponerte gallito?

—¡Ya basta! —gritó Sheevela, poniéndose entre medias de los dos—. Vamos a calmarnos y a pensar en nuestras opciones, ¿vale?

—¿Opciones? —se burló Xeev—. Ese cabrón tenía uno de los cristales. Y vete tú a saber dónde diablos se lo habrá llevado ahora. Puede que incluso esté en otro planeta.

—Los Streeyh no pueden salir de Dracorum, ¿no lo aprendiste en la guerra<sup>[22]</sup>? —le regañó Kirah—. Y si se ha ido lejos Kido puede abrimos portales a cualquier parte.

—Sigue siendo una pérdida de tiempo. Lo teníamos a nuestro alcance y ahora nos va a tener dando vueltas por ahí mientras Excoya nos va ganando terreno.

—¡¿Queréis dejarlo de una vez?! —insistió la chica—. ¡Mirad! —añadió, extendiendo la mano.

Sheevela les mostró el cristal por el que estaban discutiendo.

—¿Eso es...? —se sorprendió Kirah.

—Sí —sentenció Sheevela, con tono brusco.

—¿Y cómo...? —curioseó Xeev.

—Se lo robé a esa cosa cuando nos tiramos todos encima de él —aseguró la ladrona—. Y, por cierto... ¿Qué era?

—Un doppelganger —afirmó Xeevetta—. Son demonios chupadores de sangre. Copian el aspecto de su víctima. Después no paran hasta suplantar por completo a su anfitrión para ser “el único”. No es la primera vez que Excoya los usa; de hecho su programa de clonación está muy relacionado con esos seres.

—Entonces tendremos que estar muy atentos —se preocupó Sheevela.

—Sí. Mientras esa criatura siga viva no podemos bajar la guardia, por muy bien que nos vayan las cosas —asintió Xeev, relajando por fin su tono y regresando a la Dragontea.

—Sheevela, yo... —empezó a decir Kirah—. No sé qué haríamos sin ti.

—Pues seguramente pelearos entre vosotros —sonrió la ladrona, tratando de animar al príncipe.

—Supongo —añadió Kirah, sumándose a la sonrisa de su compañera—. Volvamos con los demás.

## 22. El último cristal

Pese a que la diosa Hydra se había referido a las tierras de Dergorun como reino, esta condición la había perdido casi un siglo atrás cuando la tiránica casa real fue asaltada por los rebeldes de las ciudades de Brun y Vado durante la guerra civil que sacudió al país.

Desde entonces el control de la capital lo ostenta la familia Kanen, en mayor o menor medida, pues fue su linaje el que se ganó el favor de la diosa del mar, haciendo que esta protegiera su patria y manteniendo sus tierras al margen del resto del planeta.

Kirah y Derkel temen recuerdos acerca de la extraña hospitalidad del lugar a su paso por Vado en la guerra de la Sombras. También sabían que, desde hacía unos cincuenta años, en lugar de puertos para atracar Dergorun ofrecía a los navegantes una intrincada red de túneles que conectaban las ciudades y que también conducían a elaboradas trampas tan ingeniosas como mortales para los visitantes no deseados.

La alternativa a las cavernas tampoco era un placer: atracar en la plata Ardyh, cerca del desierto Norte y cruzarlo por completo hasta el extremo sur. Tampoco temen opción de desembarcar en el oasis junto al río Demass, pues al ser un regalo de la diosa estaba protegido por esta; y no les permitiría cruzar. Tal y como había dicho Hydra, su única opción era atravesar el desierto de una punta a otra.

—Muy bien, Kido. ¿Puedes abrir un portal hasta la ciudad capital? —preguntó Kirah.

—Ojalá pudiera, pero me temo que la diosa del mar ha aislado las ciudades de Dergorun y las ha hundido bajo las arenas del desierto —se lamentó el guerrero del Valgard.

—¿Cómo dices? —se preocupó Xeev.

—Puedo intentar abriros un portal hasta la localización exacta de la ciudad, pero solo encontraréis arena —afirmó Kido—. No hay nada. Ni montañas, ni el río, ni ciudades... Solo arena.

—Yo podría guiar al grupo rastreando la esencia espiritual del Streeyh —señaló Derkel.

—Puede funcionar —apoyó Kirah.

—Y, en cualquier caso, siempre podemos volver usando otro portal, ¿no? —añadió Sheevela.

Kirah y el resto del grupo se arroparon con unas capas de viaje para proteger sus cabezas del sol y luego fueron conducidos hasta la posición geográfica exacta de la ciudad capital, donde el último cristal les estaría esperando.

Como había vaticinado Kido, no encontraron nada más que arena hasta donde alcanzaba la vista.

—¿Dónde está la ciudad? —preguntó Karay-Jinn.

—Ya nos lo advirtió Kido. Hydra está tratando de impedirnos llegar a nuestro destino —señaló Kirah.

—Pues no le va a valer de mucho. —sonrió Sheevela—. Aunque no podamos ver a dónde vayamos, Derkel puede captar la presencia del cristal y conducimos hasta él.

El elfo agachó la cabeza, avergonzado.

—Me temo que no va a ser posible...

—¿Qué? ¿Por qué no? —se sorprendió Xeevetta.

—Los poderes de la diosa sobrepasan los míos. La barrera que ha creado me impide percibir el rastro espiritual del Streeyh.

—¡Maldita bastarda vengativa! —se exaltó el tandoriano—. Al menos podremos guiarnos por la posición del sol, las estrellas, las cagadas de pájaro o lo que sea. Si no nosotros mismos, nos escolta un grupo de marineros expertos. Ellos podrán ayudarnos... —añadió, mirando al cielo, antes de maldecir nuevamente a la diosa en silencio.

Sobre ellos se encontraba una barrera con forma de cúpula que distorsionaba su visión, impidiendo así que pudieran encontrar un punto de referencia.

—Vale. Buscad algo, lo que sea, cualquier pista que nos pueda conducir a alguna ciudad —sugirió Kirah.

—Muy bien —afirmó Derkel—. Pero será mejor que no nos separemos demasiado unos de otros, dadas las circunstancias.

Xeev suspiró malhumorado.

—Si me vuelvo a cruzar con esa diosa no dejaré que escape. Aunque tenga que drenar cada océano del universo la encontraré y haré que suplique por su vida.

Tras un par de horas frustrantes de búsqueda en vano bajo el abrasador sol del desierto, la moral del grupo empezó a verse mermada.

—Estoy agotada. No puedo más —dijo Sheevela, cayendo de rodillas, deseando ver de nuevo el cielo cubierto de nubes.

—Yo también —secundó Karay-Jinn jadeando.

—Entonces será mejor que descansemos un poco. Volvamos al barco y recuperemos fuerzas —sugirió Derkel.

—Odio admitirlo, pero yo también estoy cansado —confesó Xeevetta—. ¿Tú no dices nada, dragoncito? Estás muy callado...

—¿Kirah? —se preocupó Derkel, buscando en vano con la mirada.

Xeev corrió al verle tumbado a lo lejos, seguido del resto de sus compañeros.

—¡Kirah! —gritó el tandoriano.

—¿Qué pasa? —se sorprendió el príncipe.

—¡¿Qué haces ahí tumbado?! —se preocupó Xeev.

—Estaba destrozado, así que estaba descansando un poco —admitió el draconiano.

—¡¡¡¿Qué?! —continuó el kopy-kat.

—Os estaba llamando, pero no me hacíais caso —se defendió Kirah.

Derkel interrumpió a Xeev antes de que pudiera continuar la discusión.

—Vale. El calor nos está afectando. Volvamos al barco, ¿de acuerdo?



Xeev miró de reojo a uno y a otro se marchó refunfuñando.

—Kido, ¿puedes abrírnos un portal, por favor? —preguntó Derkel, esperando que su omnipresente aliado respondiera haciendo realidad su petición.

—¿Kido? —insistió ante el silencio.

—Seguro que es Hydra —comentó Kirah, levantándose—. Estará interfiriendo los poderes de Kido.

—¡Cojonudo! —se quejó Xeevetta—. Por culpa de esa maldita rencorosa estamos atrapados en el puñetero desierto sin agua, sin provisiones y sin rumbo... ¿Qué más puede salir mal?

Como si fuera una broma cruel del destino, la tierra tembló con fiereza, respondiendo a la pregunta del tandoriano.

—¿Qué ha sido eso? —se asustó Karay-Jinn.

—No ha sido un gecktus<sup>[23]</sup>, eso seguro... —afirmó Kirah.

—¿Ah sí? No fastidies... —continuó Xeev.

—¿Tienes miedo? —se burló Kirah.

—Sí, de lo que voy a hacerte como no te calles.

Los soldados que escoltaban al grupo formaron un círculo a su alrededor cuando el temblor se repitió, acentuando su intensidad.

Finalmente, un colosal gusano emergió de la tierra, rugiendo y adoptando una pose amenazante frente a ellos.

—Vaya pedazo de bicho... —dijo Derkel, esforzándose por tragar saliva.

—No me quiero imaginar cómo serán los pájaros aquí con el tamaño de ese gusano —señaló Xeev.

—Calla, no llores al mal tiempo —intervino Sheevela—. ¿Alguna sugerencia de cómo tumbar a esa cosa?

—Está claro que de lejos —dijo Derkel.

—¿Puedes invocar al titán? —preguntó Karay-Jinn.

—Sí, pero necesitaré tiempo —afirmó el elfo.

—Entonces te lo conseguiremos —declaró Kirah, prendiendo una flecha a través del arco de aliento de dragón—. ¡Separaos! —ordenó el príncipe disparando el proyectil a la rugiente bestia.

Kirah y los soldados recurrieron a lanzas y flechas mientras que Karay-Jinn y Xeev, en menor medida, utilizaron la magia para contener a la criatura.

Sheevela se sentía inútil por no poder hacer nada. No era buena con la magia y no portaba otras armas que sus dagas, de modo que optó por quedarse junto a Derkel como refuerzo.

En una de las descontroladas sacudidas del gusano, el elfo perdió la concentración y cayó al suelo. Sheevela le ayudó rápidamente a ponerse en pie, pero tendría que comenzar de nuevo.

—¡Derkel, cambio de planes! —gritó Kirah, al ver esta interrupción—. ¡Apoya a los demás con tu magia, yo voy a descargar un Kuradoh sobre ese bicho!

El príncipe hizo explotar su aura y se llevó las manos a la cintura mientras Derkel acosaba al monstruo con todo tipo de hechizos de ataque y levantando muros para tratar de contenerlo, aunque fuera solo durante unos segundos.

—¡¡¡¡Todo el mundo fuera!!!! —exclamó Kirah cuando su energía estuvo a punto de abrir un cráter a su alrededor—. Lightning...

—¡¡¡Nooo!!! —gritó una niña que apareció de repente interponiéndose entre Kirah y el gusano.

El príncipe de Draconia tuvo los reflejos suficientes para reaccionar apuntando las manos hacia arriba, desatando la poderosa ola de energía hacia el cielo, que iluminó el horizonte como una columna divina.

—¿Pero qué diablos...?! —se sorprendió Xeev.

—¡Sal de ahí, niña! —bramó Derkel.

Sheevela corrió y saltó sobre ella, rodando y cubriéndola con su cuerpo para protegerla.

El gusano se abalanzó sobre la ladrona pero la niña se levantó rauda y se plantó delante de la criatura.

—¡No! ¡Para!

La colosal bestia se paró en seco y se tumbó adoptando una actitud dócil a la cual la muchacha respondió acariciando suavemente su hocico.

Los demás se quedaron atónitos al contemplar aquella escena. Permanecieron en guardia unos segundos y después relajaron su pose al comprobar que el gusano ya no era una amenaza.

—¿Cómo has hecho eso? —preguntó Karay-Jinn, acercándose a la niña.

—Es mi gusano, se escapó del corral. Os pido perdón si os ha causado problemas —respondió la chiquilla con una larga reverencia.

—¿Esa cosa es tu mascota? —se desconcertó el elfo.

—No. Es mi amigo —corrigió la niña, sonriendo—. Siempre le gusta salir a jugar y desfogarse un poco antes de una carrera.

—Perdona, ¿has dicho carrera? —se interesó Xeev.

—Así es. Wormoleon será un gran campeón —dijo la muchacha, entusiasmada.

—¿Y dónde será la carrera? —preguntó Sheevela, intentando atisbar alguna estructura en el horizonte.

—Hay un gran estadio en las afueras de la ciudad capital, cerca del río —asintió la niña.

—¿Sabes dónde está la ciudad? —interrogó Derkel, acercándose a ella con impaciencia.

La niña agachó la cabeza y dio un par de pasos hacia atrás, intimidada, al darse cuenta de que posiblemente había hablado de más, dejándose llevar por la emoción.

—Lo lamento. No pretendía asustarte —se disculpó Derkel.

Kirah se agachó junto a ella y cogió su mano.

—¿Cómo te llamas, pequeña?

La niña tardó unos segundos en responder, dudando de si debía seguir hablando o quedarse allí plantada esperando que la dejaran marchar sin hacer más preguntas.

—Shenma... —dijo finalmente.

—Encantado de conocerte, Shenma —sonrió el heredero de Draconia—. Yo me llamo Kirah.

—Hola... —continuó la niña tímidamente.

—Tienes un amigo muy grande. Seguro que con él no tienes miedo de nada, ¿verdad? Al menos yo no lo tendría —bromeó el príncipe.

—No —se tranquilizó Shenma, sumándose por fin a la sonrisa de Kirah.

—¿Puedo contarte un secreto? —continuó el draconiano.

La niña asintió.

—En realidad soy un príncipe, ¿sabes? Y es muy importante que hable con el Primer Oficial<sup>[24]</sup> en la ciudad capital. ¿Podrías llevarme allí?

—Pero mi papá dice que los reyes son malos —dudó la niña.

—Bueno, yo no soy rey —sonrió Kirah—. Además, seguro que si tu padre ve esto no se molestará porque nos enseñes la ciudad —añadió, mostrándole a Shenma el Anillo de Hydra.

—Mi papá tiene uno igual...

—Eso es porque somos amigos —señaló el príncipe de Draconia.

La niña dudó unos instantes.

—Seguro que tu papá se alegra de vemos. ¿Nos llevas con él? —insistió Kirah.

—Vale —accedió por fin la muchacha.

La niña les llevó a un punto concreto en el desierto y después tarareó una extraña canción.

De pronto, como si de un espejismo se tratase, una mancha borrosa empezó a cobrar forma ante ellos, dibujando siluetas que se acabaron conviniendo en una ciudad verde y fresca en medio del desierto, adornada por edificios de piedras rojizas y blancas y abrigada por la agradable sombra de las palmeras.

—Vaya, qué pasada... —se sorprendió Sheevela.

Kirah y los demás siguieron a Shenma al interior de la bulliciosa ciudad y después esta volvió a ocultarse del resto del mundo.

—Vaya suerte hemos tenido al topar con esa niña. Jamás habríamos encontrado la ciudad sin ella —afirmó Karay-Jinn.

—Y de no haber matado al gusano, porque está claro que a la gente de por aquí les encantan —añadió Sheevela, reparando en los corrales que adornaban prácticamente cada vivienda.

—Parece que esas carreras deben ser muy populares —continuó la elfa.

—Pues debe ser una costumbre relativamente reciente. La última vez que estuve aquí durante la guerra de las Sombras no los criaban —señaló su compatriota.

—¿Y a ti qué te preocupa, Xeev? Estás muy callado —indagó Sheevela, dirigiéndose a su abstraído amigo.

—Callado no, alerta —matizó el tandoriano—. No quiero estar con la guardia baja si esa diosa vengativa nos la juega otra vez.

Sheevela no estaba segura de si lo que le había dicho era realmente lo que pensaba o si era una excusa para no contar lo que realmente le pasaba por la cabeza, pero si sabía que no le iba a decir nada que él no quisiera contar, de modo que no siguió insistiendo.

Tras recorrer un pequeño sendero Shenma mandó a su gusano que se introdujera en el corral de la casa más grande de la plaza.

—Vamos —les invitó a acompañarla con un gesto de su mano.

La niña entró en la casa y subió las escaleras del vestíbulo hasta el piso de arriba, donde se metió en un pequeño despacho.

—¿Papá? —llamó Shenma a un hombre que estaba perdido en un mar de documentos, sentado en su escritorio—. Hay alguien que quiere verte.

Kirah y Derkel, que entraron los primeros, se descubrieron y reconocieron al hombre que teman delante. Era Noma Kanen, que había sido uno de los consejeros del primer oficial durante la guerra de las Sombras y que ahora ostentaba el más alto cargo de la ciudad.

La niña se asustó un poco cuando vio el semblante de su padre pasar de despreocupado a serio al reconocer en aquel joven al niño que trajo Ember para ocultarlo del emperador durante su viaje desde Draken.

—Shenma, ve al estadio. ¿No querrás llegar tarde a la última carrera? —trató de calmarla Noma.

La muchacha miró a Kirah y después de nuevo a su padre.

—No pasa nada, cariño. Son amigos —insistió Noma.

Shenma se marchó con algo de miedo y por fin dejó solo a su progenitor con el grupo que ella misma había llevado a su casa.

—Noma. Me alegro de verte —saludó Derkel.

—¿Qué hacéis aquí? —dijo el primer oficial, algo nervioso.

—Creo que lo sabes —continuó Derkel.

—Tenéis que iros —les ordenó Noma—. Estas tierras están al margen de todo. No permitiré que traigáis el mal hasta mi pueblo.

—¿Qué te hace pensar eso? —intervino Kirah.

—El hecho de que os seguirán y tarde o temprano sabrán que habéis pasado por aquí.

—Entonces danos lo que hemos venido a buscar y nos marcharemos para no volver —declaró el príncipe.

—No. El cristal se queda. Su poder protegerá a mi pueblo —declaró Noma—. Y si me traéis el resto no encontraréis un lugar más seguro para custodiarlos.

—No se trata del poder que puedan catalizar juntos —dijo Derkel—. No vamos a usarlos como escudo ni como arma. Kirah ha fundido su alma con el alma de dragón y necesitamos llevar los Streeyh al Valgard para romper el sello del libro de

Mhadurah.

El primer oficial dudó unos segundos al escuchar el plan del elfo.

—Noma, solo nos falta uno. Danos el cristal y Kirah se convertirá en el Dragon Nindenn-Ka-Yh —suplicó Derkel, acercándose a su viejo amigo—. Cuando me lo llevé de aquí ya sabías el potencial que tenía, sabes que puede hacerlo... Y si no por mí, hazlo por tu hija.

Kirah puede salvarnos a todos.

—He dicho que no —continuó Noma—. Y es la última vez que os pido amablemente que os marchéis...

—¿Nos estás amenazando, Noma? —indagó Kirah, dando un paso al frente, con gesto serio.

—No. Os estoy advirtiendo —matizó Noma, emulando la acción del príncipe—. Así que sal de mi casa y llévate a tu grupo contigo, chico.

—¿“Chico”? —sonrió Kirah, ofendido.

—No le debo pleitesía a ningún rey y no creo en el poder que se hereda inmerecidamente...

—Vigila tu lengua, Noma. No toleraré una ofensa así de nuevo. Podré ser muchas cosas pero no voy a consentir que nadie dude de mi deber para con mi pueblo —señaló Kirah, acercándose más al Primer Oficial—. Así que ahora soy yo el que advierte...

—¿Ahora quieres hablar de advertencias? —interrumpió Noma.

—¡Por supuesto! —bramó Kirah, impidiendo que el líder de la ciudad capital lograra quitarle el turno de palabra—. Excoya quiere los Streeyh para invocar a Lucifer y someterlo todo bajo su puño de hierro.

El príncipe de Draconia agarró a Noma de la pechera y se acercó más a él bajo la sonrisa de Xeevetta, que se sentía orgulloso de que su protegido fuera capaz de dejar a un lado el protocolo para actuar con determinación en caso de necesidad.

—¡¿Quieres hablar de responsabilidad y de una herencia merecida?! —continuó Kirah, cortando de raíz cualquier intento del Primer Oficial por defender su postura—. Son mis hombres los que están muriendo ahí fuera, luchando junto a mí para detener a Excoya mientras tú te encierras en tu maldita burbuja como si nada fuera contigo esperando que todo esto se acabe por arte de magia.

Kirah soltó a Noma bruscamente, empotrándolo contra el escritorio.

—Pero, ¿sabes qué? Que Lucifer no se detendrá —afirmó Kirah—. Lo arrasará todo; y, entonces, ¿qué será de Shenma? Nadie estará a salvo. Ni ella, ni tú, ni tu pueblo.

Noma suspiró, y se derrumbó; estaba a punto de llorar.

—No. Nada puede salvarme a mí. Estoy condenado al Infierno —confesó amargamente.

—¿A qué te refieres? —se interesó Kirah.

—Shenma no es mi hija... —empezó a explicar el Primer Oficial.

—Durante la guerra oí que el linaje real de los Hydilia estaba resurgiendo, así que contraté a un asesino para que acabara con ellos. Finalmente una noche les acorralé en la orilla del río Demass. Por suerte o por desgracia yo me encontraba en el oasis, presentando mi tributo a la diosa del mar y pude ver cómo el asesino los ejecutaba. Eran apenas unos críos y me quedé mirando cómo segaba sus vidas sin inmutarme.

Sheevela frunció el ceño y abrió la boca horrorizada.

«¡Monstruo!», pensó para sí.

—Sin embargo, el último de ellos era distinto. Era un bebé —continuó Noma—. El asesino me miró a los ojos y yo negué con la cabeza. No podía consentir que acallara su llanto con acero. Entonces él se levantó y posteriormente se desvaneció en la noche del desierto como si nunca hubiera estado allí.

Noma cerró los ojos con dolorosas lágrimas bañando por fin sus mejillas, como si su espíritu hubiera regresado a aquella noche.

—Cogí al bebé en mis brazos y la traje hasta la ciudad. Oculté su medallón heráldico y le dije a todo el mundo que era una superviviente de un naufragio, que la diosa me había concedido su cuidado...

—De modo que la llevó con usted para evitar que saliera a la luz un miembro de familia real y ocultar su crimen... —dijo Xeev, tratando de ser lo más correcto posible en su tono, dada la intención hiriente de su comentario.

—Sí... —confesó Noma, avergonzado—. Si se descubría que la niña era miembro de la dinastía Hydilia generaría nuevos conflictos y se reabrirían las heridas de la guerra civil.

—Y su familia perdería poder también, ¿no es así? —continuó Xeev—. Si un Hydilia apareciera de pronto, lo haría con algunas facciones simpatizantes y los Kanen verían comprometida su posición social...

—No te lo discuto, pero lo hice para evitar un mal mucho mayor —asintió Noma—. La guerra es fea e inútil. No genera nada más que dolor y miseria.

—¿Y por qué nos cuenta esto a nosotros? —preguntó Sheevela.

—Supongo que necesitaba contárselo a alguien... —suspiró el primer oficial—. Sé que no hará que mi pecado desaparezca, pero al menos no me iré con el peso del silencio.

Noma se acercó a un cajón de su escritorio y lo abrió. Después colocó el cristal encima de la mesa y lo miró por última vez.

—Es vuestro.

**LORE**

## 23. Valgard

Kirah y sus compañeros abandonaron la ciudad con los siete cristales reunidos de nuevo y con provisiones como señal de disculpa por parte de Noma.

—Por fin. Misión cumplida —se relajó el príncipe.

—No cantes victoria tan pronto, dragoncito. Ahora es cuando más cuidado debemos tener.

Con el poder de los Streeyh al completo somos prácticamente una diana con patas —afirmó Xeev.

—¿No puedes ser un poco más pesimista? —se quejó Kirah.

—Pues yo estoy con él —dijo Karay-Jinn, apoyando al tandoriano—. Estamos en un momento crucial. ¿Quién nos asegura que no nos han dejado conseguir todos los cristales para robarnoslos juntos de golpe?

—No sería la primera vez... —susurró Xeev.

—Vamos, chicos. Cierto es que no es momento de bajar la guardia, pero debéis tener un poco de esperanza —señaló Derkel—. Si la perdemos Excoya habrá ganado.

—Te equivocas. No se trata de esperanza, sino de realismo —continuó Xeevetta.

—No, Xeev. Nadie se equivoca —intervino Sheevela—. Kirah y Derkel tienen razón al decir que no podemos permitir que nuestro enemigo nos arrebatte el motivo por el que luchamos; y vosotros la tenéis al afirmar que es ahora cuando debemos ser más fuertes que nunca, así que acabemos con esto y mandemos a esa bruja al Infierno.

—En cualquier caso todavía tenemos que averiguar cómo usar los cristales para transformar a Kirah en el Dragon Nindenn-Ka-Yh y detener la invocación de Lucifer —señaló la elfa.

—Lo primero que tenemos que hacer es llevarlos al Valgard —afirmó Kirah.

—Pero, ¿no habías dicho que los Streeyh no podían abandonar el planeta? —se extrañó Sheevela.

—Los Streeyh se crearon con la energía espiritual del Valgard —sonrió Derkel—. Prácticamente es como devolverlos a casa.

—Entonces supongo que Kido podrá crear de nuevo un portal, ahora que esa ramera rencorosa ha retirado las barreras que nos aislaban.

—Efectivamente, Xeev —resonó la voz de Kido en sus cabezas—. Pero no la deshonres más o puede que haga una excepción contigo —añadió en tono jocoso abriendo un portal ligeramente diferente al resto—. Por aquí atravesaréis este plano de la existencia y llegaréis al Valgard.

—Ahora sí. Jaque mate. Excoya —se envalentonó Kirah mientras cruzaba el portal.

Todos siguieron al príncipe de Draconia salvo Xeev. Él se quedó en última posición al sentir un aura amenazante y se dio media vuelta para asegurarse de que no había ningún peligro, dejando que el portal se cerrara antes de que pudiera cruzarlo.

—Por fin los cristales están a salvo —sonrió Kido—. Me alegra mucho veros a todos y comprobar que estáis bien.

—Tío —se emocionó Kirah, abrazando al hermano de su padre.

—Mi querido muchacho —se regocijó Kido, devolviéndole el abrazo—. La última vez que te vi eras apenas un bebé.

—Los elfos, que habían estado presentes en la educación de Kirah, ayudándolo a forjar su carácter, se sumaron a la sonrisa nostálgica que tío y sobrino compartían en aquel hermoso vergel.

—Supongo que ahora sí podemos darnos un pequeño respiro, ¿eh, Xeev? —se relajó Karay-Jinn.

—¿Xeev? ¿Estás ahí? —le llamó Sheevela, escudriñando cada rincón del jardín tras el silencio de este.

—¡Eh! ¿Dónde está el musculito? —se preocupó Kirah.

—Venía detrás de nosotros —afirmó Derkel.

—¡Soldados! ¿Le habéis visto? —interrogó Kirah a sus hombres.

—No, alteza. La última en entrar fue Karay-Jinn —negó uno de los caballeros.

—¿No le viste entrar? —preguntó Sheevela a su amiga.

—No... —señaló la elfa.

—Tenemos que volver —dijo Kirah—. Abre un portal.

—No puedo, Kirah —señaló Kido.

—Hace un momento lo has hecho —se desesperó el príncipe.

—No sé por qué, pero parece que Hydra ha vuelto a levantar su barrera. No puedo hacer nada... —se lamentó el guerrero del Valgard.

—¿Nuestro barco aún sigue varado en la playa? —preguntó Kirah.

—Si —respondió su tío.

—Entonces abre un portal. Iré con ellos y buscaremos a Xeev.

—No —intervino Derkel—. Tú quédate aquí y haz lo que tienes que hacer. Yo iré al barco.

—De acuerdo —asintió Kirah, tratando de calmarse—. Soldados, acompañadle —añadió, dirigiéndose a sus caballeros.

—A la orden, alteza —se cuadraron los guerreros de Draconia.

—Seguro que está bien. Es demasiado terco para dejar que lo maten —trató de tranquilizarlo el elfo.

—¿Quieres que vaya contigo? —preguntó su compatriota.

—No. Tú y Sheevela quedaos con Kirah. —rechazó el elfo, atravesando el portal que había creado Kido.

—No te preocupes. Volverán sanos y salvos —le animó Sheevela, poniendo una mano en su hombro—. Ahora solo tienes que preocuparte de tu parte.

—La joven tiene razón, Kirah —afirmó Kido—. Es hora de despertar al Salvador.

—Por supuesto —asintió el príncipe, entregando los Streeyh a Kido.

El draconiano caído les condujo hasta un pequeño altar en un mausoleo



bellamente decorado. Allí, protegido por un escudo espiritual de singular pureza, reposaba un libro de tono verdoso luciendo el emblema de los Dragones Ardientes en su cubierta.

—El libro de Mhadurah —se sorprendió Kirah.

Kido extendió la mano en la que sostenía los Streeyh y estos flotaron mágicamente alrededor del altar hasta formar un círculo perfecto. Acto seguido una cegadora luz resplandeció como resultado de la canalización de la energía contenida en los cristales, liberando al libro de su sagrado confinamiento.

Kido lo tomó entonces en sus manos con delicadeza y avidez al mismo tiempo.

—Por fin. Todos los secretos del universo —se emocionó abriendo su lomo y ojeando las primeras páginas—. Ahora sabremos cómo detener a Lucifer.

—¿Qué dice? —se impacientó Kirah.

Kido leyó el libro, murmurando y sacando sus propias conclusiones, postergando el deseo de conocimiento de los demás.

—Parece que tenemos que hablar con los espíritus de los reyes antiguos. —afirmó Kido.

—¿Y cómo hacemos eso? —indagó el príncipe.

—En una cueva en los Montes Teedah. —apuntó Kido—. Siguiendo el río Zuco Sur hacia el este se llega a una enorme catarata que esconde la entrada. Aquí dice que solo un descendiente del linaje Dragon Nindenn-Ka-Yh puede entrar en la tumba de los reyes.

—Eso solo te deja a ti, Kirah —dijo Karay-Jinn.

—Entonces será mejor que te des prisa —sonrió Sheevela.

—Bien. Pues en marcha —aceptó el príncipe de Draconia.

Kido abrió un portal que le llevaría hasta la catarata.

—¡Kirah! —le llamó Sheevela—. Yo... —intentó decir.

—¿Sí? ¿Estás bien? ¿Ocurre algo? —se preocupó Kirah.

—Yo... sólo quería decirte que... —farfulló la ladrona—. Quería darte las gracias por creer en mí. Espero que lo consigas —dijo finalmente.

—Gracias a ti, Sheevela —respondió el draconiano—. Has sido un valioso miembro del equipo. Cuando esto acabe os invitaré a todos al mayor banquete que hayáis visto jamás.

—Te tomo la palabra —se despidió la chica, sonriendo.

Así Kirah atravesó por fin el portal, bajo el suspiro de una joven enamorada que se maldecía en silencio por no haber reunido el valor suficiente para abrazarle con fuerza.

Kirah se encontró ante una gigantesca cascada que desembocaba en las aguas frescas y cristalinas que daban forma al río Zuco Sur. Cerró los ojos y se dejó llevar por la embriagadora sensación que se apoderaba de él en aquel lugar.

Tras reconfortar su espíritu atravesó la cascada y llegó a una pequeña cueva.

—Vale. ¿Y ahora qué hago? —se preguntó Kirah, acariciando la pared rocosa que

tenía delante.

Al contacto con su piel, una grieta brilló en la roca, separando ésta en dos mitades.

Tras el falso muro se encontraba un majestuoso mausoleo excavado en la piedra donde los espíritus de los venerables reyes del pasado unieron sus consciencias formando un puente entre este y el otro mundo con el propósito de guiar a los guardianes del equilibrio, los Dragon Nindenn-Ka-Yh.

El príncipe se aventuró a su interior temeroso al principio.

—¿Hola? —preguntó tímidamente.

—Solo uno puede entrar aquí —tronó una voz que resonó como un eco fantasmal a lo largo y ancho de la cueva—. ¿Quién va?

—Soy Kirah Murako, heredero del linaje Dragon Nindenn-Ka-Yh. —se presentó Kirah—. He venido hasta aquí buscando vuestro consejo y sabiduría —añadió, arrodillándose y agachando la cabeza a la vez que se llevaba el puño derecho al pecho.

—Eres descendiente del linaje, joven Murako, pero si eres o no el heredero aún está por ver.

—¿A qué os referís? —indagó Kirah.

—Solo el legítimo guardián del equilibrio puede unir al pueblo para expulsar a las tinieblas. Ahí radica la verdadera fuerza del Dragon Nindenn-Ka-Yh —afirmó la voz.

—¿Cómo puedo demostraros pues tal fuerza? —continuó el príncipe.

—Tráenos las heráldicas de las cinco casas reales de Dracorum y entonces demostrarás ser digno de nuestro conocimiento.

—Con el debido respeto, no tenemos tiempo —se quejó Kirah—. Una peligrosa hechicera pretende invocar a Lucifer. No podemos permitir que lo logre —explicó Kirah—. Además, tres de esos linajes se han extinguido; es imposible reunirlos todos.

—El tiempo no es importante. Esta es la prueba de valor que el heredero debe pasar —contestó la voz—. No podemos permitir que el Dragon Nindenn-Ka-Yh despierte en la persona equivocada.

—No puedo creer lo que oigo —se sorprendió Kirah—. ¿Acaso no os importa la vida de este planeta?

—Si no queda nadie digno es mejor que el Apocalipsis purgue la oscuridad que envuelve al planeta para que este pueda resurgir con una nueva luz.

—No podéis estar hablando en serio... —se desesperó el príncipe, y se puso en pie.

—Ve y unifica a los pueblos para luchar contra las tinieblas, como ya hiciera tu antepasado, o deja que Dracorum sea engullido por la oscuridad para que sea purgado por la ira del Cielo. Esa es tu decisión —sentenció la voz, para no volver a hablar jamás.

El príncipe de Draconia quedó desolado y profundamente decepcionado por la aparente crueldad que habían mostrado los reyes antiguos, pero de ningún modo

consentiría que Dracorum fuera destruido.

Kirah pidió a su tío que abriera un portal al Valgard y lo atravesó con el rostro rebosante de tristeza.

—¡Kirah! ¡¿Qué ha pasado?! —se preocupó Sheevela, corriendo a su encuentro.

—¿Estás bien? —la siguió Karay-Jinn.

—¿Alguna noticia de Xeev? —preguntó Kirah, queriendo cambiar de tema.

—Aún no —respondió Kido—. ¿Cómo te ha ido a ti? No muy bien a juzgar por tu cara...

—Los reyes antiguos me obligan a reunir las cinco heráldicas de las casas reales... De todas —se enfureció Kirah—. Si no, les da igual lo que le pase al planeta. Estamos condenados...

—¡¿Qué?! —se estremeció Sheevela.

—¿Estás seguro de que has oído bien, Kirah? —preguntó Kido, con incredulidad.

—Yo tampoco podía creerlo al principio, pero esta es la situación.

—¿No te han dado ninguna razón de por qué quieren hacer eso? —indagó Karay-Jinn.

—Dicen que prefieren dejar que Dracorum se vaya a la mierda antes que otorgarle el poder a la persona equivocada —afirmó Kirah.

—¿Y solo demostrarás que eres digno si les llevas esos cinco emblemas? —se enfadó Sheevela.

—Eso parece... —se lamentó el príncipe.

—¿Qué podemos hacer? —se derrumbó Kido—. Sólo quedan dos de las cinco casas reales. Es prácticamente imposible.

—No. Lo conseguiremos. Cueste lo que cueste —afirmó Kirah.

—¿Por qué estás tan seguro? —preguntó la elfa.

—Porque no tenemos otra opción —sentenció el príncipe—. Derkel siempre dice que la esperanza es más poderosa que el miedo. Bien, pues yo no voy a consentir que aquellos que tienen fe en nosotros mueran.

—¿Tienes algún plan? —se interesó Kido.

—Sí, pero os necesito a todos —señaló Kirah.

—Estamos contigo hasta el final —dijo la ladrona.

—Gracias —sonrió Kirah—. Nos dividiremos para cubrir más terreno.

El príncipe puso su mano en el hombro de Sheevela.

—Tú eres la única que no tiene conexión con las casas reales. Quizás Noma y Shenma confíen más en ti que en el resto de nosotros. Cuento contigo para que convenzas al Primer Oficial de que te entregue la heráldica de los Hydilia.

—Dalo por hecho —afirmó la ladrona.

—Bien. Karay —continuó dirigiéndose a la elfa—, ve a Korikoh y habla con Glorfen. A ver qué podéis averiguar.

—Sin problema.

—Kido, ¿puedes contactar con Ember y Derkel? —indagó Kirah.

—Claro.

—Bien. Explícales la situación. Ember es de Draken. Dile que vaya allí y que intente localizar a Hazulka, si es que sigue con vida —prosiguió—. A Derkel dile que vaya a visitar al rey Bannoshya. Ha llegado la hora de que cumpla su juramento de lealtad; que los caballeros continúen la búsqueda de Xeev.

—Cuenta con ello.

—Perfecto. Yo iré a Draconia —concluyó el príncipe.

—Un momento. Antes de que os marchéis... —dijo Kido, mostrando unos colgantes—. Necesitaréis esto.

—¿Qué son? —curioseó Karay-Jinn.

—Son gemas con esencia espiritual del Valgard. Kirah no lo necesita porque Jimmy se ganó el derecho de paso, pero vosotras no podréis volver sin estar con él o, en su defecto, sin estos colgantes.

—Ember y Derkel necesitarán uno también —comentó Kirah.

—Yo me encargo —dijo Sheevela, ofreciéndose voluntaria para el reparto.

—Vale. Entonces en marcha —terminó Kirah—. Y recordad que os quiero de vuelta.

## 24. La heráldica Daroo

Ember se encontraba en el Monte Kraken, haciendo interesantes investigaciones sobre las escamas de dragón<sup>[25]</sup>.

Además, la gente de Laurentia le había conducido hasta una importante pista sobre la legendaria espada que Yeng había ido a buscar; aquella de la que se decía que estaba en dos lugares a la vez y que tenía el poder de cortar el cielo.

El caballero del dragón detuvo su búsqueda cuando Sheevela y Kido le contaron la situación actual.

Tal y como Kirah le había pedido, Ember dirigió sus pasos a Draken para buscar la heráldica del Caballero Alado, el emblema de la casa Daroo.

Draken había dejado de ser el reflejo de Rune City que le había descrito Kirah cuando este buscaba allí los Streeyh para volver a ser como él la recordaba: un yermo desolador alfombrado por incontables ruinas y escombros apoyados sobre las sombras de un pasado no tan distante.

El corazón de Ember se encogió con desazón al recordar los gloriosos días que la Ciudad Capital había visto antes de la Guerra de las Sombras; aunque, incluso entre la devastación que había sufrido, el antiguo castillo aún se mantenía medianamente en pie.

A medida que el caballero del dragón se acercó más a la imponente edificación pudo distinguir a dos hombres admirando su ahora sombrío esplendor a la vez que hacían algunas anotaciones.

Ember aligeró su paso y llegó rápidamente a su altura.

—¡Eh! ¿Estáis bien? —se preocupó.

—¡Caramba! ¡Qué susto! —se sobresaltó uno de ellos.

—¿Quién sois vos? —preguntó su compañero.

—Me llamo Ember, caballero de la hermandad del Dragón —se presentó el guerrero— ¿Y vosotros? No tenéis aspecto de cazadores —añadió.

—¿Sois caballero del Dragón? —se emocionó el asustadizo viajero al que había sorprendido Ember—. Perdón —se disculpó tras unos segundos al ver la reacción de su interlocutor—. Me he dejado llevar por la emoción. Me llamo Kal, soy historiador, y este es mi hermano Zen, un extraordinario cartógrafo. Hemos viajado hasta aquí para hacer un estudio sobre la guerra de las Sombras.

—Sí. Y es una suerte haberos encontrado —intervino su hermano—. Podríais ser de gran ayuda para nuestra investigación.

—Lo lamento, pero tengo una importante misión que cumplir —se negó Ember—. Y vosotros tampoco deberíais estar aquí. Este lugar es muy peligroso.

—No tenéis que decírnoslo —dijo Zen, cabizbajo—. Nosotros vivíamos aquí cuando Hazulem inició su conquista. Apenas éramos unos niños cuando nuestros padres murieron.

—Lo siento —se entristeció el caballero—. Yo también soy de Draken. Sé muy bien lo duros que fueron aquellos días, especialmente para unos niños.

—Por fortuna, la princesa Hazulka nos ayudó a escondernos en el valle del Viento y consiguió que las amazonas nos llevaran a Dergorun —añadió su hermano.

—¿Qué estáis investigando exactamente? —curioseó Ember.

—¿Tan importante es para arriesgarse a volver con esos monstruos<sup>[26]</sup> campando a sus anchas?

—Queremos encontrar a la princesa para agradecerle que nos ayudó a escapar de la guerra.

—¡¿Sigue viva?! —se sorprendió Ember.

—Creemos que sí —afirmó Kal—. La princesa siempre colaboró estrechamente con las amazonas así que es probable que esté con ellas.

—¿Habéis hablado ya con ellas? —se interesó Ember.

—Bueno, estábamos pensando en un plan. No son precisamente amistosas —señaló Zen.

—La necesidad a menudo hace extraños compañeros de viaje —farfulló Ember—. Lo cierto es que yo también necesito encontrarla.

—Entonces ayudadnos a llegar hasta el bosque de las amazonas. Y nosotros compartiremos con vos nuestra información —afirmó Zen.

Ember se quedó en silencio.

—Supongo que no tengo otra opción —pensó—. Está bien. Viajaremos juntos por ahora, pero no os separéis de mí y haced todo lo que diga, ¿entendido?

Ember estuvo poderosamente tentado de utilizar el colgante para abrir un portal, pero después pensó que esos hombres bien podrían ser espías enemigos, de modo que prefirió no mostrarles esa capacidad recientemente adquirida y viajar a pie; al menos hasta que confiara más en ellos.

Zen y Kal habían investigado todo tipo de escondrijos y atajos y guiaron a Ember a través del valle del Viento hasta el sur, a la selva que daba refugio a las amazonas.

El caballero del Dragón escoltó a sus nuevos compañeros, defendiéndolos de algunos monstruos menores, de modo que aunque no fuera una travesía exenta de peligros, tampoco fue excesivamente dura, por lo menos hasta el anochecer, momento en el cual la creciente amenaza de las criaturas de las cavernas puso sus nervios a flor de piel.

Finalmente los tres se adentraron en una densa jungla en la que el camino desaparecía y reaparecía sin avisar, entre la inquietante vegetación, que parecía estarlos observando.

Las criaturas que allí moraban emitían sonidos desgarradores y rugidos capaces de helar la sangre en las venas.

—¡¡¡Aaaggg!!! —exclamó Zen al pisar un excremento inmenso.

Su hermano y Ember se giraron hacia él para intentar hacerlo callar.

—¡Silencio! No debemos... —quiso decir el caballero.

Antes de que Ember pudiera terminar la frase, una punta de lanza surgida de la nada se había posado en su garganta, así como en las de sus dos acompañantes. Una patrulla de amazonas cayó sobre ellos a la velocidad del rayo; hecho que lamentarían de inmediato, dada la famosa hospitalidad de sus anfitrionas.

—Lo siento... —acertó a decir Zen, tragando saliva con dificultad.

—¿Ember? ¿Tienes alguna idea? —se asustó Kal.

—Todavía no... —confesó el caballero, sin apartar la vista de la punta que amenazaba su garganta.

—¡Silencio! —gritó una voz de mujer a sus espaldas—. ¿Tenéis idea de dónde estáis, intrusos?

—Mi señora, no queríamos... —intentó decir Ember.

—¡He dicho silencio, intruso! —le interrumpió la mujer—. ¡¿Quién te ha dado permiso para hablar?! —le reprendió con un golpe de revés.

—Perdonad, mi señora, pero... ¿cómo vamos a poder responder a vuestras preguntas si no podemos hablar? —intervino Zen.

—¡¿No me has oído cuando os he mandado callar, perro?! —se ofendió la mujer, entre dientes, mientras le aplicaba un correctivo, agarrándole con fuerza del pelo—. Él podría pasar, pero vosotros dos no valéis ni como potro de crías<sup>[27]</sup>, así que no vuelvas a hablar en mi presencia, gusano —concluyó dejando a su prisionero sin respiración con un potente golpe en la boca del estómago.

—¡Apartadlos de mi vista! —ordenó la mujer—. Que la reina decida su destino...

Tras unos pocos minutos llegaron a un poblado en el corazón de la selva. Las amazonas que no estaban de servicio entrenaban sin descanso en sus diferentes especialidades.

Las más jóvenes formaban el grupo de las novicias, que se encargaban de recolectar víveres, supervisadas por una maestra, mientras avanzaban en sus estudios. Esta armonía se vio interrumpida cuando las exploradoras regresaron con tres prisioneros.

—Lea, ¿estáis bien? —se preocupó una de las novicias, que corrió enseguida a su encuentro.

—Claro, hermanita. No serán tres hombres los que puedan conmigo —sonrió la líder de la patrulla—. Avisa a la reina.

—Enseguida —asintió la joven, sumándose a la sonrisa de su hermana mayor.

—Muy bien, ahora se decidirá vuestra suerte —comunicó Lea a Ember y sus compañeros.

—¿Quieres que supliquemos? —desafió el caballero del dragón.

—¿Ember? —preguntó una voz dulce y familiar que interrumpió el correctivo de Lea.

—¡La princesa Hazulka! —se sorprendieron los dos hermanos.

—¡*Milady!* ¡Estáis viva! —se alegró Ember.

—¿Conoces a estos hombres? —interrogó Lea.

—Sí, y puedo asegurarte que no son ninguna amenaza —afirmó Hazulka.

—Eso no es decisión tuya —desafió la líder de la patrulla—. Puede que en el mundo exterior fueras alguien de alto rango, pero cuando aceptaste unirse a nuestra tribu aceptaste también someterte a nuestras leyes y costumbres.

—Estás cometiendo un error —insistió Hazulka.

—La reina es la única que puede juzgarlos. Solo ella puede decirme si he de liberar o no a los prisioneros.

—Ella tiene razón, Hazulka —señaló una mujer curtida por la experiencia de la madurez, que se acercó a ellas.

—Mi reina... —dijeron las amazonas al unísono mientras se inclinaban ante su matriarca.

Ember y sus guías fueron obligados a arrodillarse también con un fuerte golpe en las rodillas de las lanzas que los amenazaban.

—Majestad... —quiso decir la princesa.

—Hazulka, nuestra sociedad prospera porque todas acatamos nuestros deberes y seguimos las normas.

—Lo sé, majestad, y no es mi intención desafiaros y deshonraros... —continuó Hazulka.

—Entonces, ¿por qué crees que Lea debería dejar ir a sus prisioneros?

—Este hombre fue uno de los leales caballeros de mi padre, majestad —dijo la princesa, señalando a Ember.

—Eso es irrelevante. Estos hombres son intrusos. Estaban merodeando por nuestro territorio, mi reina. Sin duda son una amenaza —señaló Lea.

—Os lo ruego, mi señora. Yo asumiré toda responsabilidad —insistió Hazulka.

—Si todas morimos, ¿ante quién asumirías la responsabilidad de tus actos? —interrogó la reina.

—Que el Cielo sea pues mi juez y verdugo.

—¿Ofrecerías tu vida? —interrogó la reina.

—Así es.

—¡No, *Milady*! ¡No lo hagáis! —bramó Ember, antes de ser derribado por otro fortísimo golpe.

—Está bien, Hazulka. Dejaré que se vayan pero si vuelven morirán... y tú con ellos —sentenció la reina.

—¿Vais a dejarlos marchar? —se ofendió Lea.

—La reina Hazo fue una gran defensora de nuestro pueblo. Su hija ha heredado sus mejores virtudes, de modo que si ella confía en estos hombres los perdonaré por esta vez.

—Gracias, majestad —dijo Hazulka, con una reverencia.

—Sin embargo... —continuó la reina—, has desafiado a una maestra al dudar de su criterio para con sus prisioneros, y nuestras leyes son claras: o te enfrentas a ella en un combate a muerte para ocupar su lugar o sufrir destierro.



—Respeto mucho a Lea y no quiero luchar con ella, de modo que acepto gustosa el destierro como castigo —respondió la joven.

—Entonces marchad.

Hazulka dejó el que había sido su hogar durante los últimos cinco años con tristeza, pero con la conciencia tranquila.

—Lamento mucho que haya ocurrido esto, princesa. No quería deshonraros.

—No te preocupes. Me hacía falta un cambio —sonrió la mujer, antes de suspirar—. Bueno, Ember. ¿Qué te trae por aquí y quiénes son estos hombres que te acompañan?

—Ellos son Kal y Zen. Tienen una deuda con vos que querían saldar —señaló Ember.

—Así es, *Milady*. Vos nos salvasteis cuando éramos unos niños y convencisteis a las amazonas para que nos pusieran a salvo en Dergorun —dijo Zen.

—Y ahora que os hemos encontrado queremos ayudaros a reconstruir Draken y lograr que ocupéis el trono que tan justamente merecéis —apoyó su hermano.

—Me halaga vuestro esfuerzo, pero me temo que ya no ostento ningún título, ni tengo interés en poseerlo de nuevo —señaló la antigua princesa—. En cuanto a reconstruir Draken, eso es solo un sueño. Esta tierra se ha convertido en un cementerio viviente y no hay salvación posible —se lamentó.

—Os equivocáis. Hay uno que podría salvarnos a todos —afirmó el caballero del Dragón—. Kirah se ha unido al Alma de Dragón y ha reunido los Streeyh. Necesita hablar con los espíritus de los reyes antiguos, pero para ello debe mostrarles primero las heráldicas de las casas reales de Dracorum.

—Ya veo... —murmuró Azulka—. Siete años después el elegido vuelve a reunir los siete cristales. El Vacío está listo para despertar, tal y como habían predicho las profecías. Eso significa...

—Disculpad, *milady*, ¿habéis llegado a alguna conclusión? —preguntó Kal.

—Sí, pero antes debo ponerlos a salvo —señaló Azulka—. Y, por favor, no seáis tan refinados cuando habléis conmigo. Ya no soy una princesa; y lo digo también por ti, Ember.

—Pero nosotros también podemos ayudar —lamentó Zen.

—No me cabe la menor duda, pero no desde aquí —matizó Azulka, sacando un silbato dorado con forma de garra.

Cuando la mujer hizo sonar el silbato una sombra gigantesca descendió del cielo, provocando una inmensa nube de polvo con el batir de sus alas. El colosal dragón se posó junto a Azulka con sus escamas doradas brillando bajo la luz de la luna.

—Lleva a estos hombres a un lugar seguro, Khan —le pidió, acariciando dulcemente su hocico—. Si todo va bien, cuando esto haya acabado mi dragón os recogerá y os traerá de vuelta. Hasta entonces os pido que os alejéis del peligro.

Zen quiso protestar de nuevo, pero Kal le interrumpió.

—Haremos lo que nos pedís, *Milady*.

Ambos hermanos subieron a lomos de Khan para perderse posteriormente en el cielo nocturno.

—La heráldica está en el panteón de mi familia, en el monte Drakensborg. La llave debería estar en las cámaras subterráneas del castillo Tarian —afirmó Hazulka—. No creo que Khan tarde en volver, así que podemos llegar allí rápidamente.

—Los dragones dorados son rápidos, pero tengo un medio de transporte que lo es más —dijo Ember, sujetando el colgante que le había dado Sheevela.

Una luz casi angelical iluminó el valle y abrió una brecha dimensional creando un portal que les llevaría a la ruinosa ciudad capital.

De nuevo Ember se encontró junto a la impresionante figura del castillo de los Daroo.

—¿Cómo es que el castillo no ha sido destruido? Me resulta inquietante que todo lo demás esté en ruinas y el castillo tenga apenas unos boquetes.

—Mi hermano influyó mucho en las mentes de esas criaturas desde antes de que fueran transformadas en los monstruos que son hoy. El castillo se convirtió en el símbolo de su poder y creo que, de algún modo, ese recuerdo sigue arraigado en ellos —comentó Hazulka—. Es como si temieran su ira incluso ahora.

La antigua princesa condujo a su escolta al interior de su viejo hogar y recogieron la llave del panteón.

—Ahora viene la parte difícil. Tenemos que cruzar Abyss<sup>[28]</sup> para llegar hasta allí.

—Podemos cruzar con los portales, no hay problema —animó Ember.

—No. Abyss es el Panteón. La tumba propiamente dicha está en su interior.

Ember respiró profundamente mientras bajaba la mirada lentamente, entendiendo por fin la totalidad de su situación.

Un portal les condujo a Abyss, la boca del mismísimo Infierno. La entrada de la cueva parecía despejada, pero a través de la fría roca resonaban ecos de gruñidos y de huesos roídos.

—Yo iré delante —dijo Ember.

—No —le detuvo Hazulka—. Yo conozco el camino. Deja que vaya primero.

Así la antigua princesa de Draken guio a Ember en las tinieblas, con los nervios al límite y el corazón palpitando con tal velocidad que parecía una carrera de caballos desbocados.

Ambos rezaban por que los espeluznantes ruidos que envolvían aquel siniestro y maloliente refugio de monstruos se mantuvieran lejos de ellos mientras la oscuridad parecía querer engullirlos lentamente hasta devorar sus almas.

—Ember, quiero decirte algo y no quiero que te alarmes —comentó Hazulka.

—Pues no lo has conseguido... —se asustó el caballero.

—Siento a algunas de esas criaturas, gracias a mi percepción extrasensorial, y parece como si se apartaran de nosotros intencionadamente.

—¿Eso qué significa? —preguntó Ember, angustiado.

—No lo sé, pero nada bueno —afirmó la mujer.

—Entonces acabemos cuanto antes...

Unos pasos más adelante una resplandeciente luz azulada inundó la cueva por la que se habían aventurado durante unos instantes.

—¿Qué ha sido eso?! —se sobresaltó Ember.

—No tengo ni idea, pero sea lo que sea es una presencia muy poderosa —matizó Hazulka—. Y está parado justo en la entrada al panteón.

—No podemos dejar que el panteón sea destruido y quede sepultado bajo toneladas de roca —señaló el caballero.

—No, no podemos —apoyó Hazulka tratando de infundirse ánimos a sí misma para superar el miedo que agarrotaba sus músculos.

Ambos corrieron para llegar al origen de esa luz con el propósito de proteger la última morada de los Daroo.

Cuando por fin alcanzaron su objetivo rieron a un hombre vestido con ropajes negros y de tez pálida parado delante de un vórtice dimensional, flanqueado por dos criaturas de las cavernas que observaban con atención los rituales que estaba llevando a cabo delante del portal.

—¿Kirah?! —se sorprendió Ember.

El hombre dirigió una mirada fría al caballero del Dragón y las bestias que tenía a ambos lados tensaron sus encorvados cuerpos verdosos, enseñando unos colmillos por los que resbalaba una ríscosa sustancia púrpura.

—Esa cosa no es Kirah... —dijo Hazulka—. Eso es un demonio doppelganger.

Los monstruos interrumpieron la conversación, abalanzándose sobre ellos. Ember cortó a uno de ellos por la mitad con su espada y después hundió la hoja en la garganta de la segunda, atravesándole la nuca.

Pronto, más bestias se sumaron a sus hermanas caídas y rodearon a la pareja.

—Ember, cúbrete los ojos —gritó Hazulka.

El caballero del Dragón hizo lo que la mujer le pidió y esta juntó sus brazaletes dorados en su pecho.

—¿Luz solar!

Una luz casi infinita se extendió por la cueva, cegando al gemelo de Kirah y haciendo huir a las criaturas de las cavernas, en busca de un refugio oscuro.

El caballero dragontino cargó entonces contra el demonio que parecía dominar a las bestias, embistiéndole con tanta fuerza que ambos entraron en la brecha dimensional que el doble de Kirah había creado.

—¿Ember! —gritó Hazulka, antes de seguir a su compañero por el portal sin vacilar.

El caballero estaba combatiendo contra el demonio en un paraje desolador salpicado de infinitas dunas bajo un ciclónico cielo de color púrpura que desataba constantes tormentas de arena.

El caballero acosaba a su rival con golpes que este esquivaba con suma facilidad.

Finalmente, Ember saltó por encima de la criatura y giró sobre sí mismo en el

aire, asestando un tajo dirigido a la cintura. El doppelganger lo detuvo sin esfuerzo y contraatacó hundiendo su espada en el hombro de su adversario, pero dejándolo intencionadamente con vida.

Hazulka corrió para ayudar a su compatriota, que cayó al suelo, retorciéndose de dolor, pero el demonio la agarró por el cuello y la lanzó lejos sin apenas esfuerzo.

La llave del Panteón cayó al suelo a causa del brutal impacto.

—¿Qué es esto? —preguntó el gemelo de Kirah, recogiendo el objeto—. ¿Te importa si me lo quedo? —se burló, guardándose la llave en la túnica.

Después se acercó a Azulka, sonriendo de manera cruel, con intención de rematarla, pero Ember placó al demonio antes de que pudiera lograrlo.

Ya en el suelo, el doppelganger apuñaló el costado izquierdo de Ember para quitárselo de encima.

—No merecéis ni que os mate —dijo el monstruo, con desprecio, una vez se levantó— Dentro de cinco minutos la puerta dimensional se cerrará y os pudriréis aquí para siempre —añadió, desapareciendo en la brecha.

Hazulka se apresuró en acudir en ayuda de su amigo.

—Ember... aguanta —rogó a los dioses, mientras usaba su magia para curar las heridas del caballero.

Ember respondió adecuadamente a la magia curativa de Azulka y se incorporó.

—¿Estás bien? —se preocupó la mujer.

—Sí, muchas gracias. ¿Y tú? —continuó Ember.

—Estoy bien, solo un poco aturdida.

—Bien, entonces salgamos de aquí antes de que esa puerta se cierre —sentenció Ember, ayudando a Azulka a ponerse en pie.

Cuando ambos regresaron a las cavernas la magia de luz solar de Azulka estaba a punto de extinguirse.

—¿Puedes repetir ese conjuro? —preguntó Ember.

—No, lo siento —negó Azulka—. He consumido gran parte de mis reservas de energía al curarte. Necesito algo más de tiempo.

—Entonces tendremos que movemos antes de que se disipe por completo —dijo Ember.

—Ese es el menor de nuestros problemas —se avergonzó Azulka—. Ese demonio consiguió quitarme la llave del panteón.

—Yo diría que no —sonrió Ember, mostrando en su mano la llave.

—¡¿Cómo lo has hecho?! —se sorprendió la antigua princesa.

—Es un truquito que aprendí de Sheevela —apuntó el caballero.

—¿Quién es Sheevela?

—Es una ladrona por la que Kirah pierde la cabeza —continuó Ember.

—¿Kirah está enamorado de una ratera? —prosiguió Azulka, con creciente desconcierto.

—Es una larga historia, ya te la contaré.

—Tienes razón. Ahora hay que darse prisa.

El dúo avanzó por las galerías, librándose de algunas criaturas de las cavernas, que ya se atrevían a sumergirse en las cuevas de nuevo, a causa de la creciente oscuridad que volvía a remar paulatinamente.

—Cada vez hay más, ¿falta mucho? —se impacientó Ember.

—No. Ya casi estamos —animó Hazulka.

Pocos metros más adelante se erguía una bella puerta, pulcra y blanca, como un oasis en medio del desierto.

Ember se deshizo de tres criaturas más, que pronto serían reemplazadas por otras cinco.

—Date prisa... —imploró el guerrero, agobiado y abrumado por las bestias enemigas, mientras Hazulka abría la entrada al panteón.

—¡Listo! —gritó por fin la mujer.

Ambos se aventuraron a su interior y cerraron nuevamente el umbral al pasar.

Los arañazos y golpes se repetían una y otra vez, y en constante aumento, cuando los monstruos intentaban desesperadamente cruzar la puerta para cobrarse su presa.

—¿Crees que ese ser que dominaba a las criaturas de las cavernas robó la llave sabiendo lo que tenía? —indagó Ember, mientras se alejaba de la puerta, sin apartar la vista de ella.

—En absoluto —negó Hazulka—. Creo que solo la cogió por fastidiar. Supongo que pensó que sería algo importante y simplemente quiso llevársela para retrasarnos, fuera cual fuera nuestro objetivo.

Cuando Ember comprobó que la puerta era lo suficientemente robusta como para que nada pudiera atravesarla se giró para admirar la última morada de los soberanos de Draken.

La estancia, levantada en mármol blanco, reflejaba la pureza que otrora inundara el reino de Draken, antes de que Hazulem lo corrompiera. Al fondo, bajo la estatua de Eonos, el primer Daroo, se encontraba el acceso a las catacumbas donde los antepasados de Hazulka estaban enterrados; y guardando esta entrada, el emblema real del Caballero Alado.

—Lo tenemos —sonrió Hazulka.

—Entonces salgamos de aquí —dijo Ember con una sonrisa mientras abría un portal dimensional hacia el Valgard.

**LORE**

## 25. Los pecados de los padres

Karay-Jmn se dirigió a Arel-Dian. Allí su hermano Gloríen estaba coordinando a sus compañeros para restablecer el orden en la ciudad. Los estragos de la invasión eran grandes, pero no conseguirían hacer mella en el inquebrantable espíritu de todos los clanes élficos unidos.

La ciudad comenzaba de nuevo a ser una con Makabel y eso reconfortó el corazón de la joven.

—Gloríen —llamó Karay-Jinn a su hermano—. ¿Todo esto es cosa tuya?

—Karay me alegro de verte —sonrió el elfo—. No, yo solo ayudo en todo lo posible, pero no soy un líder. Eso te lo dejo a ti, tú honrarás mejor la memoria de nuestro padre; pero no has venido aquí para eso, ¿verdad?

—No —dijo Karay-Jinn con un suspiro—. He venido para buscar algo para Kirah.

—¿Cómo va la misión? —se interesó Gloríen—. ¿Habéis recuperado ya todos los cristales?

—Sí, pero los espíritus de los reyes antiguos han pedido a Kirah también las heráldicas de los cinco reinos como tributo para concederle su poder; así que nos hemos dividido para llevárselas.

—De modo que necesitas la heráldica Dorae —dedujo Gloríen.

—Eso es —asintió la muchacha—. ¿Tienes alguna idea de dónde pueda estar? —añadió, con cierta angustia.

—Tranquila, sé lo que estás pensando —dijo su hermano—. Cuando las tropas de Excoya tomaron la ciudad la saquearon, sí, pero no encontraron la tumba de Argos, de modo que el sello sigue allí.

—Gracias a los dioses —se relajó por fin.

Glorfen y su hermana atravesaron las alcantarillas de la ciudad hasta llegar a las galerías secretas que desembocaban en las catacumbas, donde se hallaba el mausoleo de la familia real.

El emblema del Arco de las Mareas se encontraba en la tumba del último de su linaje.

Argos Dorae.

—Espero que los demás tengan tanta suerte como yo y consigan el resto de heráldicas pronto —deseó Karay-Jinn, recogiendo el emblema dorado de su emplazamiento.

Sheevela llegó al Oasis del Desierto Norte cuando el cielo del atardecer empezaba a bañar de rojo las dunas.

Las ciudades podían verse a lo lejos, así como el grandioso estadio de carreras de gusanos pero la influencia de la diosa Hydra no le había permitido abrir un portal más cerca de su objetivo, así que decidió reponer fuerzas en las frescas aguas que bañaban el paradisíaco vergel.

Tras refrescarse se tumbó, arropada por una agradable sensación de calma y paz, que poco a poco se fue apoderando de ella hasta hacerla caer en el más placentero sueño.

Pasaron las horas y la luna vistió de plata las arenas del desierto.

—¡Eh! ¡¿Estás bien?!

Sheevela se sobresaltó y se despertó de golpe.

—Tranquila, tranquila. No voy a hacerte daño —le dijo una voz cercana.

Frente a ella tenía a Noma, que la observaba preocupado, sujetando una lámpara de aceite.

—Tranquila —insistió—. ¿Estás bien?

—¿Qué ha pasado? —se desconcertó la ladrona, llevándose una mano a la cara mientras cogía aire y se estiraba como si acabase de despertar de una larga noche de libertinaje.

—Todo me da vueltas.

—Así que tú también... —suspiró Noma, cabizbajo.

—¿Yo también? —indagó la joven.

—Toda la gente de las ciudades ha caído presa de un repentino sueño... —comenzó a decir—. Y Shenma ha desaparecido... —añadió.

—¡¿Qué?!

—se preocupó Sheevela.

—A ella siempre le ha gustado venir al Oasis, por eso mi única esperanza al verte aquí era que supieras algo de ella.

—Lo siento, no he visto nada —se lamentó Sheevela—. Pero te ayudaré a encontrarla.

—Muchas gracias, joven —dijo Noma, a punto de llorar—. Estabas con el príncipe Kirah, pero no recuerdo haber oído tu nombre.

—Me llamo Sheevela.

—Es un placer —saludó el Primer Oficial—. Estos hombres son mi partida de búsqueda —añadió, dirigiéndose a un grupo de jinetes que lo acompañaba.

—¿Nadie la ha visto? —preguntó Sheevela.

—Ni en las ciudades ni en las cuevas —contestó uno de los hombres de Noma—. Ahora sabemos que tampoco está en el oasis, de modo que solo queda un lugar...

—El desierto... —continuó Noma.

—¿Y qué hay de vuestra diosa protectora? ¿No puede ayudaros? —indagó la joven.

—Ya no nos llega su voz... —dijo el jinete, avergonzado.

—Y el desierto Norte es demasiado peligroso a estas horas. ¿Seguro que quieres venir? —advirtió el Primer Oficial.

—Sin duda alguna.

Sheevela montó en el caballo de Noma, detrás de él, y así iniciaron su travesía a través de las dunas.

—Rashim nos espera más adelante, Noma —afirmó un explorador que se acercó

a ellos desde el noreste—. ¿Quién es? —prosiguió, refiriéndose a Sheevela.

—Una aliada —garantizó Noma.

—¿De qué va todo esto? —preguntó la chica.

Noma se pasó la mano por la cara, en un intento por no agobiarse más de lo que ya estaba.

—Estos son mis hombres de confianza. Saben que la diosa me encargó el cuidado de una niña que resultó ser la última descendiente de los Hydilia y creen que alguna facción simpatizante pueda estar detrás de todo —comentó el primer oficial, omitiendo los detalles escabrosos que solo él y Sheevela conocían—. Rashim es el líder de un clan nómada que dice tener información al respecto. No nos apoyan, pero tampoco a los Hydilia; y, según ellos, quieren ayudarnos por el bien de Shenma.

—¿Y les crees? —indagó la ladrona—. a mí me parece una trampa de manual.

—Si los Hydilia se hacen con el poder, los siguientes en caer serán ellos. Al menos con nosotros saben que no perderán su libertad.

Tras unos minutos llegaron al lugar del encuentro con el líder, que trajo consigo a cuatro jinetes.

—¿Rashim? —preguntó Noma.

—El mismo —le saludó el nómada—. ¡¿Qué hace una mujer aquí?! Esto es un trabajo de hombres.

Sheevela quiso responder a aquella provocación pero Noma se adelantó, antes de que pudiera decir nada que comprometiera su frágil alianza.

—Es una emisaria de la diosa.

—Una mujer debería criar niños. No valen para la guerra, así que espero que no nos veamos obligados a entrar en combate —continuó Rashim.

—¿Quieres ponerme a prueba? —desafió Sheevela.

—Deberías hacerle saber a esa mujer que nadie le ha dado permiso para participar en una conversación de hombres —señaló el nómada dirigiéndose a Noma.

—A lo mejor es que aquí no hay ningún hombre de verdad —añadió Sheevela subiendo cada vez más su tono.

—¿Quieres que te demuestre lo hombre que soy?

—Inténtalo —amenazó la chica apretando los puños.

—¡Rashim! —interrumpió Noma—. He dicho que es una emisaria de la diosa. Si la ofendes su ira caerá sobre nosotros.

El nómada miró a la mujer de arriba a abajo con desprecio y lujuria a partes iguales.

—No te creo... Pero, por el bien de la niña, será mejor que partamos ya. Bastante lastre llevamos ya si tiene que acompañarnos una mujer —sentenció mientras se subía al caballo—. ¡Seguidme!

Su travesía les condujo a las afueras de un campamento férreamente vigilado.

—¿Es aquí? —preguntó Noma.

—Sí —afirmó Rashim, rotundamente.



—¿Cómo estás tan seguro? —insistió Noma.

—Compruébalo tú mismo —dijo Rashim, entregando al primer oficial un extraño tubo en el que encajó un peculiar cristal, instándole a mirar a través de él.

Noma miró por el artefacto y se quedó patidifuso.

—Puedo ver lo que ocurre como si estuviera allí presente. ¿Qué magia es esta? —se sorprendió.

—¿Magia? Es ciencia, amigo mío —matizó, orgullosamente, el nómada.

—¿Qué ves? ¿Son muchos? —indagó Sheevela.

—Demasiados —se desmoralizó Noma—. No cabe duda. Hay símbolos Hydilia en el campamento y... ¡Shenma!

—¿Qué has visto? —se preocupó la ladrona.

—¡Se la han llevado a una tienda! Maniatada... —se agobió el Primer Oficial.

—Déjame mirar —le pidió Sheevela.

—No —interrumpió Rashim, recogiendo su artefacto—. Una mujer lo rompería.

Sheevela se quedó mirándole, deseando darle una paliza y hacerlo callar.

—Tenemos que ir a por ella —insistió Noma.

—Me temo que no podemos acercarnos más. Es demasiado peligroso. No permitiré que mis hombres mueran por una acción temeraria —señaló Rashim.

—¿Qué...? —se desconcertó Noma.

—Rashim tiene razón, Noma No podemos actuar a lo loco. Pensaremos otro modo de llegar —apoyó uno de sus propios jinetes.

—No puedo creerlo... —se decepcionó el "padre" de la chiquilla.

Sheevela desmontó, malhumorada.

—¿A dónde vas? —le preguntó el jinete.

—Estoy harta de vuestro parloteo. Voy a salvar a la niña —sentenció la chica.

—Sheevela... —quiso decir Noma.

—Déjala —le cortó Rashim—. Solo conseguirá que la maten y la violen; pero al menos nos dará tiempo para pensar un plan...

Sheevela se acercó sigilosamente al campamento Hydilia, deslizándose por las dunas como una serpiente. Su oficio de ladrona le había enseñado útiles habilidades de infiltración y esta sería su prueba definitiva.

Al amparo de la oscuridad avanzaba de manera letal, liquidando y ocultando los cuerpos de sus enemigos a la vez que cubría su rastro de manera magistral.

Finalmente dio con la tienda en la que se encontraba retenida Shenma. Amordazada y atada a una silla, con magulladuras y heridas por doquier, estaba siendo acosada por un vigilante al que no le importaba en absoluto hacerla daño con tal de mantenerla allí.

La ladrona hizo un gesto con la mano, indicando a la niña que actuara como si no la hubiera visto mientras se aproximaba con sigilo a su cruel carcelero, al que agarró súbitamente, tapándole la boca, y degollándolo posteriormente.

—¿Cómo estás? —preguntó Sheevela, liberándola de sus ataduras y de la

mordaza.

La niña se echó a los brazos de su rescatadora, llorando, presa del pánico.

—Ya está, cariño. Todo saldrá bien. Voy a llevarte a casa —afirmó Sheevela acariciando su nuca.

—Venga. Sal de aquí. Me toca el siguiente turno... —dijo un hombre, que entró en ese momento en la tienda.

Miró a la prisionera y a la intrusa con incredulidad y después al compañero muerto a sus pies. Finalmente quiso llamar la atención de otro camarada, pero Sheevela le lanzó una de sus dagas y le atravesó el corazón.

El cuerpo del soldado cayó fuera de la tienda arrastrando consigo parte de la tela de esta.

Al verlo, otro de los soldados hizo sonar un gran cuerno que tronó por todo el campamento.

—¡Mierda! —se quejó Sheevela—. ¡Hay que irse ya! —añadió, agarrando a la niña.

La joven corrió abriéndose camino entre los enemigos gracias a su endiablada rapidez mientras cubría a Shenma.

—¡Maldita sea! —refunfuñó Rashim.

—¿Qué pasa?! —se preocupó Noma.

—Esa mujer ha rescatado a la niña, pero lo ha empeorado todo.

—¡Déjame ver! —se impacientó Noma, arrebatándole el artefacto—. Las están persiguiendo —dijo, antes de ponerse en marcha.

—¡Espera! —le detuvo Rashim, agarrándole del brazo— Solo conseguirás que te maten.

—¡Suéltame! —ordenó Noma, liberándose del agarre.

—¡Noma, vuelve! ¡Es muy peligroso! —le rogó uno de sus jinetes.

El Primer Oficial hizo caso omiso y continuó su avance seguido pocos segundos después por sus compatriotas que, incapaces de detenerlo, se unieron a él.

—¡Joder! —gritó el nómada.

—¿Qué vamos a hacer, Rashim? —le preguntó uno de sus hombres.

—No podemos dejar que los Hydilia acaben con Noma —señaló Rashim—. ¡A la carga!

Noma llegó a la altura de Sheevela y esta le entregó a la niña para que la montara con él.

Los refuerzos no tardaron en llegar y desataron una batalla que no podrían ganar.

—¿Ya estás contenta, mujer?! —la regañó Rashim, cuando llegó a su altura.

—No hasta que sea yo la que te cierre la boca —respondió la joven, lanzando otra daga dirigida contra un soldado que pretendía ejecutar un ataque a traición hacia el nómada.

Rashim enmudeció, incapaz de dirigir la palabra a Sheevela, dado que estaban en peligro por su culpa.

—¡Vámonos! —gritó uno de los jinetes de Noma, recogiendo a Sheevela para montarla a lomos de su caballo.

Comenzó entonces una huida a través de la oscura noche del desierto.

—¡Noma, seguidme! ¡Nadie conoce este desierto mejor que yo! Les despistaremos —garantizó Rashim.

Pasó casi una hora de persecución y por fin parecían haber dejado atrás a sus perseguidores; al menos eso fue lo que pensaron hasta que un puñal, arrojado con una brutal precisión en medio de la oscuridad, atravesó el corazón de uno de los jinetes de Noma.

Después una sombra se deslizó entre ellos segando la vida de varios hombres más, obligándolos a moverse y a agruparse espalda contra espalda, como un siniestro y sanguinario pastor conduciendo a su rebaño hasta el redil.

—¡¿Quién está ahí?! —se desesperó Noma.

—¡Sal y da la cara, maldito...! —quiso decir Rashim antes de caer herido sobre la arena del desierto.

La sombra se dispuso a rematar su trabajo cuando Sheevela se anticipó a su movimiento y detuvo el ataque del atacante misterioso.

—Vaya... Una bella flor del desierto que esconde su propio veneno. Me gusta —señaló el hombre, esbozando una sonrisa a través del pañuelo que cubría su cabeza y su cara—. No tengo nada contra ti, señorita, de modo que vete ahora y no saldrás herida, pero no vuelvas a interferir en mis asuntos o te trataré como a los demás.

—No estoy aquí por ellos, sino por la niña, así que no me iré a ningún lado —dijo la ladrona.

—Yo también, señorita —continuó el hombre, dirigiendo esta vez su mirada a Noma.

—¡Tú! —se sorprendió el Primer Oficial al reconocer una cicatriz que cruzaba su rostro.

Era el mismo asesino que él había contratado para dar muerte a la familia de Shenma.

—Así, es Noma. Por fin volvemos a encontramos. ¿Por qué no le cuentas la verdad a tu “hija”? —continuó el atacante, en tono siniestro—. Los pecados de los padres siempre vuelven.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Rashim.

—Restaurar la casa real Hydilia y que todo vuelva a ser como antes —asintió el asesino—. Quiero que esta tierra prospere y recupere el equilibrio y la cordura.

—¿Desde cuándo eres tan monárquico? —preguntó Noma, con sarcasmo.

—No lo soy —afirmó el asesino esbozando una carcajada—. Pero al aceptar tu encargo hace años sabía que estaba plantando una semilla que podría recoger más tarde en mi beneficio.

—No puedo permitir que una monarquía tiránica gobierne de nuevo —sentenció Noma—. Esos monstruos sangraron al pueblo con impuestos absurdos, torturas y

esclavitud; y cuando la gente se quejaba porque no tenían nada que llevarse a la boca, la reina respondía que comieran dátiles y arena.

—¿A caso crees que tu familia es mejor? —se indignó el asesino—. Los Kanen eran la mano derecha de la familia real. Con una mano aprobaban sus políticas y con la otra, hipócritamente, incitaban a las masas a la rebelión, orquestando cada uno de sus movimientos desde las sombras, para después erigirse ellos mismos como los salvadores nombrados por la diosa: por no hablar de los asesinatos políticos para silenciar a los simpatizantes de los Hydilia o de la política de aislamiento que ha llevado a la ruina a este país. No, amigo mío. Tu familia está tan podrida o más que cualquier monarquía, así que yo colocaré a esta niña de nuevo en el trono y después la guiaré para que sea capaz de liderar la casa real de nuevo. De este modo, yo gobernaré en las sombras y decidiré el destino de esta tierra con poder absoluto... Y tú lo aprobarás con una nueva ley o todo el pueblo conocerá tu sucio secreto.

Tras el discurso Noma enmudeció, corroído por la vergüenza.

—Así me gusta, obediente —se burló el asesino—. Ahora vamos a la ciudad capital sin armar jaleo.

Apenas su atacante hubiera terminado la frase, Sheevela cayó al suelo, retorciéndose y gritando a causa de un dolor indescriptible y repentino.

—¡Sheevela! —gritó Noma.

—¿Qué te pasa?! —corrió la niña, abalanzándose con preocupación sobre ella.

La ladrona era incapaz de explicar lo que sentía. Todo su cuerpo estaba sufriendo una agonía incesante ante los hombres que la rodeaban, que contemplaban estupefactos las convulsiones que la atormentaban.

Pocos segundos después Sheevela empezó a brillar con un fulgor azulado a la par que sus gritos se hacían más y más salvajes y guturales.

El asombro dio paso al miedo paulatinamente cuando la joven paró en seco, luciendo unos ojos felinos de un intenso verde esmeralda.

—Imposible... —se desesperó el asesino.

Sheevela se transformó en una pantera de pelaje azul que rugía con sus afilados colmillos y brillaba a la luz de la luna hasta que finalmente derribó al títere que los había llevado hasta allí y lo despedazó.

Una vez hubo saciado su rabia, la joven volvió a adoptar nuevamente su forma draconiana bajo la incrédula mirada de los demás presentes, como si hubiera estado en un trance, quedando tendida en la arena, inconsciente.

—¿Qué ha sido eso? —acertó a preguntar Noma.

—El polvo mandrágora —asintió Rashim—. Es un polvo mágico que se usa como potente somnífero. Es capaz de hacer dormir a toda una ciudad. Además, si se respira demasiado puede ser extremadamente tóxico; aunque, según la leyenda, en raras ocasiones pone en contacto a quien lo inhale con su lado animal, liberando su forma de bestia de su confinamiento.

—Vaya... —se sorprendió Shenma.

—Sheevela, ¿estás bien? —se acercó Noma cuando la muchacha empezó a despertar.

—Mareada, pero bien.

—Has sido muy valiente, mujer. —asintió Rashim—. Casi tanto como un hombre.

—He sido tan valiente como una mujer —corrigió Sheevela.

—Puede que me haya equivocado contigo y que seas, en efecto, una emisaria de la diosa.

Es la única explicación posible.

—¿Esa es tu manera de pedir perdón? —indagó Sheevela.

—Es mi manera de mostrarte respeto —matizó Rashim.

—Supongo que no voy a conseguir nada mejor —comentó la joven aceptando las disculpas del nómada.

—Muchas gracias por tu ayuda. No sé qué hubiera pasado de no haber estado tú con nosotros.

—Lo he hecho por la niña, no por ti —señaló Sheevela.

—Aun así. Quiero agradecértelo —continuó Noma—. Si hay algo que pueda hacer...

—Da la casualidad de que sí. Necesito llevarle el sello de la casa real de Hydilia a Kirah.

—Entonces eso será lo que recibas —asintió Noma suspirando.

## 26. El valor de la lealtad

Derkel había llegado al castillo de Bannoshya y le había explicado la situación al rey, quien le entregó gustoso el Emblema de los Vientos.

Con el sello de la casa real Gosham en su poder, el elfo se despidió cortésmente de sus anfitriones y, viendo el rumbo esperanzador de los últimos acontecimientos, decidió tomarse un tiempo para meditar y hablar con las estrellas antes de regresar al Valgard. Quizás encontraría otras respuestas e incluso hasta alguna pista, por pequeña que fuera, acerca del paradero de Xeevetta.

Abrió un portal a la cima del monte Kraken, donde el plano espiritual y el material estaban separados por una delgada línea. Se sentó y cruzó las piernas mientras cerraba suavemente los ojos y sincronizaba cuerpo y mente hasta que el mundo terrenal se fundió en un cariñoso abrazo con el mundo más allá de los espejos.

Las estrellas susurraron a Derkel escaso conocimiento, como si presagiaran avergonzadas un funesto destino que se cernía sobre él y sus compañeros.

El elfo preguntó insistentemente por el paradero de su amigo desaparecido, pero el silencio fue lo único que consiguió como respuesta.

—Si no queréis decirme dónde está, al menos decidme si está a salvo —rogó Derkel.

—Eso dependerá del destino. Habrá una batalla gloriosa... —respondió una voz del plano astral.

Tras esta enigmática y escueta contestación miles de gritos arrancaron a Derkel de su trance.

Cuando abrió los ojos contempló con el corazón encogido que el cielo de la mañana había dado paso a una oscura noche iluminada por una columna de fuego que se extendía desde Wynfoll hasta la ciudad capital.

El elfo abrió inmediatamente un portal a la ciudad en la que se había originado el fuego para ser testigo del horror que no pudo ver desde la cuna de la montaña.

Incontables cadáveres calcinados se amontonaban sobre la tierra impregnando el aire con un pútrido aroma a sangre y cenizas. La mayoría daban la impresión de haber muerto tratando de escapar y otros pocos parecían haberse resistido en vano.

Al acercarse más, Derkel también vio fosas de cuerpos, como si hubieran sido tragados por la propia tierra, y otros grupos con piel azulada y el abdomen hinchado, tirados sobre charcos rosados, dando la sensación de haber muerto ahogados.

—¿Qué ha pasado aquí? —se preguntó mientras un escalofrío recorre su espalda.

Derkel abrió un portal hacia la ciudad capital con premura, rezando a los dioses por no encontrarse con la misma escena recorriendo sus calles.

Lo que vio al llegar fue a una ciudad presa del caos. Había muchos muertos, sí, pero aún quedaban supervivientes que correteaban desesperados, tratando de escapar de su destino fatal.

—¡Eh! ¿Qué ha pasado? —preguntó Derkel a algunos ciudadanos y esperando

que alguien le contestase.

No obtuvo respuesta alguna salvo el azaroso vaivén de unos pobres diablos presas del pánico.

Finalmente el elfo se decidió a correr hacia el castillo donde una multitud de soldados y guardias se agolpaban junto a sus puertas queriendo entrar.

De pronto, el príncipe Yang-Chou salió despedido desde el interior del castillo, y se estrelló contra varios de sus caballeros.

—¡Estoy bien! ¡Ayudad al rey! ¡No podemos dejar que esa cosa llegue a la sala de los ancestros! —dijo Yang-Chou a los hombres que quisieron socorrerlo, entre muecas de dolor.

—¡A la orden, señor! —asintieron los soldados, apresurándose a penetrar en los muros del castillo.

—¡Yang-Chou! ¿Estáis bien, Alteza? —se preocupó Derkel mientras se arrodillaba junto a él.

—¡Derkel! Me alegro de verte, amigo —respondió, con voz cansada—. Debes irte de aquí o tú también estarás condenado.

—De ninguna manera voy a abandonar a un amigo. ¿Qué ha pasado? —replicó el elfo mientras ponía las manos sobre el príncipe para curar sus heridas con la ayuda de la magia.

—Un demonio ha atacado la ciudad —afirmó Yang-Chou.

—¿Un demonio?! —se sorprendió Derkel.

—Sí. Uno que ha copiado el aspecto del príncipe Kirah.

—¿Un doppelganger?! —se estremeció Derkel.

—Blande el cetro de los elementos. Usa el poder del agua, el fuego y la tierra. Ahora quiere adueñarse de la gema de los vientos, que yace bajo esta tierra. No podemos permitir que complete el Cetro.

—De ningún modo —afirmó Derkel, ayudando a Yang-Chou a ponerse en pie.

Ambos corrieron al interior del castillo, donde el rugido cruel de la batalla estremecía cada pilar y los gritos de muerte y furia se sucedían sin cesar.

Sangre y cadáveres salvajemente mutilados alfombraban los pasillos y manchaban paredes y tapices, esbozando una estremecedora escena digna de pesadilla.

—¡Tiene a *lady* Felta! —gritó una voz, que resonó a través de la fría roca.

—¡¡¡¡Nooo!!!! —bramó el príncipe, corriendo enloquecido, hacia el origen de la voz.

—¡Yang-Chou, esperad! —continuó Derkel siguiendo los pasos de su aliado.

Cuando llegaron a la sala del trono, el rey Bannoshya estaba tendido junto a su espada, rodeado de varios soldados asesinados.

—¡Papá! —dijo entre sollozos el príncipe mientras se arrodillaba a su lado.

—Está vivo —le tranquilizó Derkel, mientras intentaba curar al rey con su magia élfica.

—¿Dónde está ese bastardo?! —chilló Yang-Chou, con rabia.

—Ha tomado a *Lady Felta* como rehén y se dirige a la sala de los ancestros, a través del pasadizo del muro norte —afirmó un soldado que había sobrevivido al encuentro.

El príncipe corrió hacia allí sin mirar atrás.

—¡Esperad, no vayáis solo! —insistió Derkel—. Id y ayudadlo. Necesito más tiempo para curar al rey. Me uniré a vosotros lo antes posible —añadió, dirigiéndose a un grupo de soldados.

Los caballeros avanzaron para cumplir su deber para con su príncipe.

—Resistid, majestad —le animó Derkel, esforzándose por dar lo mejor de su magia.

Yang-Chou llegó por fin a la sala de los Ancestros. Era una pequeña habitación levantada en piedra azul de kherio y débilmente iluminada por la luz de cuatro tímidas antorchas que presidían los escalones que desembocaban en un altar. Sobre él se hallaba un fresco que contaba la historia del Emblema de los Vientos y la gema que este gobernaba, la cual estaba engarzada en la roca.

Allí era donde estaba el monstruo, con la joven Felta como rehén.

—¡No te muevas, maldito bastardo! —amenazó el príncipe—. Suelta a la chica ahora mismo.

El demonio se dio la vuelta y sonrió, poniendo a la joven como escudo al mismo tiempo que un grupo de hombres del rey llegaron para socorrer al príncipe.

—Dime a quién quieres ver morir primero: a esta mujer o a los hombres que te escoltan —se burló el doppelganger.

Yang-Chou se quedó paralizado por la impotencia, maldiciendo en silencio al demonio que amenazaba la vida de su amada.

—No se te ocurra ponerle un dedo encima... —gruñó el príncipe.

—Así que prefieres que mate a esos hombres... —sonrió el doppelganger, con malicia.

—¡No! —se desesperó Yang-Chou.

—¡Oh, vamos! Escoge rápido o tendré que hacerlo yo por ti —continuó el gemelo oscuro del príncipe de Draconia, disfrutando cruelmente con su trampa.

—¿Qué tal a ti? —preguntó Derkel al doppelganger, acertando con una precisión milimétrica al demonio en un ojo con una flecha.

El doble de Kirah se retorció de dolor al tiempo que se llevaba ambas manos a la herida.

Dos soldados aprovecharon este momento para acudir en ayuda de la muchacha y ponerla a salvo. Acto seguido, Derkel se adelantó al resto del grupo y creó un escudo de energía para proteger a los demás de la represalia que el monstruo descargaría instantes después a través de su arma elemental.

Presas de la furia, la rabia y el orgullo, el doppelganger atacó a la desesperada, lo que aprovechó el elfo para lanzarse al cuerpo a cuerpo.



—¡Ahora! —gritó Derkel pidiendo ayuda a los caballeros.

Los hombres del rey apoyaron a Derkel en un brutal combate contra el doppelganger, logrando que este perdiera su arma durante la contienda.

Aun sin el poder del cetro era un rival formidable y tres soldados conocieron la muerte a manos de las técnicas que el doble había copiado del estilo de lucha de Kirah.

Finalmente, en medio de la confusión, el príncipe consiguió apoderarse del cetro de los elementos y engarzó en él la gema de los vientos.

—¡Apartaos! —gritó Yang-Chou, esgrimiendo el ataque tetra elemental del cetro sobre la criatura.

Así, primero un poderoso vendaval lo elevó del suelo mientras la furia terrestre hacía añicos sus huesos. La bravura de las aguas inundó sus pulmones, impidiéndole respirar, y el ardor del fuego calcinó su carne hasta que no quedó de él nada salvo un humeante montón de cenizas sobre un charco oscuro.

—¡Yang-Chou! —gritó Felta, corriendo a los brazos de su amado.

—Ya está. Todo ha pasado —la tranquilizó el príncipe—. Jamás dejaré que te ocurra nada malo.

Derkel sonrió al ver cómo aquel joven ególatra y cobarde que les había acompañado en su búsqueda de las gotas de sauce empezaba a convertirse en un guerrero digno de su herencia.

—El rey está a salvo, alteza. Voy a ocuparme del resto de los heridos —señaló el elfo mientras volvía a la sala del trono para dejarles un poco de intimidación.

—Derkel, espera —le detuvo el príncipe—. Muchas gracias. No lo habríamos logrado sin tu ayuda... Y mi padre no estaría vivo tampoco de no ser por ti.

—No hay nada que agradecer, alteza —sonrió el elfo—. Las circunstancias han juzgado hoy vuestro valor. Os habéis convertido en un hombre digno de vuestro linaje. Vos sois el salvador de vuestro reino.

Derkel rebuscó en su zurrón y le entregó a Yang-Chou vanos elixires de hojas doradas.

—Con esto los heridos se recuperarán pronto.

—Gracias de nuevo, amigo mío. Sé que tu misión te reclama, de modo que no quiero robarte más tiempo. Saluda al príncipe Kirah de mi parte —se despidió Yang-Chou, estrechando la mano del elfo.

## 27. Dragones ardientes

Kirah abrió un portal a Draconia. Allí se dirigió al castillo Yarracus, donde fue recibido por Yene con gran júbilo.

El príncipe le explicó el éxito de su misión al reunir los cristales, cómo habían conseguido el libro de Mhadurah, y su posterior reunión con los reyes antiguos y su prueba de valor.

—Me temo que es un mal necesario, mi querido muchacho —asintió el anciano—. La oscuridad teje sus redes por doquier y los grandes reyes del pasado deben ser extremadamente cautos al otorgar su poder.

—¿Apoyas su decisión? —se extrañó Kirah—. ¿Te parece bien que destruyan Dracorum si no tenemos éxito?

—A veces hay que realizar sacrificios, muchacho. Ponte en su lugar. ¿Qué es la vida de un planeta comparada con la vastedad del universo? Si el Dragon Nindenn-Ka-Yh despierta en la persona equivocada podría significar el fin de toda la creación —explicó Yeng.

—Creía que solo un Draconianjin podía convertirse en Dragon Nindenn-Ka-Yh —se extrañó el príncipe.

—Y así es, precisamente porque un Draconianjin es lo único que puede controlar tanto poder y obtener el equilibrio para obrar justamente. Si cualquier otro albergase esa fuerza acabaría siendo consumido por ella y entonces moriría o se convertiría en algo mucho peor que Lucifer —continuó Yeng.

Kirah enmudeció, como si hubiera comprendido por fin la extrema medida de seguridad impuesta por los reyes antiguos.

—Pero no te apures, mi muchacho —sonrió Yeng, poniendo una mano en su hombro— Excoya ya no puede hacerse con los cristales. Están fuera de su alcance; y con la ayuda de tus aliados lograrás reunir las cinco heráldicas. Tú eres el Dragon Nindenn-Ka-Yh, Kirah.

Estoy completamente seguro.

—Gracias por tus ánimos, Yeng —se tranquilizó el draconiano.

—Los Dragones Ardientes ya no están aquí... —comenzó a decir Yeng.

—¿Qué?! —se alarmó el príncipe.

—Tranquilo. Después del ataque a la ciudad pensé que el poder del emblema de los Murako estaría más seguro en otra parte, así que hice que unos emisarios lo ocultasen —señaló el anciano—. Se lo llevaron al rey Delfín.

—El protector de los mares del norte... —dijo Kirah.

—Él mismo. —asintió Yeng—. Es la deidad de los wargonteedahs<sup>[29]</sup>, así que ellos te llevarán ante él.

—¿Y cómo les encuentro? —indagó Kirah.

—Nadie sabe con exactitud dónde está su poblado subacuático, pero muchas

veces se dejan ver por el norte, en Brumaria. Allí es donde nuestros caballeros contactaron con ellos.

—Entonces allí será donde vaya —asintió el joven príncipe—. Muchas gracias por tu sabiduría, Yeng.

—Te deseo lo mejor, mi querido muchacho —se despidió el anciano.

Kirah abrió un portal hasta la aldea de Brumaria, junto a la playa Teedah. Era un apacible pueblecito de pescadores, sin lujos ni riquezas. El hecho de estar aislado del resto del reino por las montañas que guardaban su frontera sur hacía que los contactos con las urbes más prósperas fueran escasos, aunque no compartían la rudeza y el poco tacto de la vecina Stockliff.

El frescor del aire de los Montes Teedah se mezclaba con los fríos vientos y la humedad de la costa, convirtiendo a Brumaria en la aldea con las temperaturas más bajas de la región; otro motivo más quizás por el que era raro encontrar forasteros allí, dado que los draconianos gustan de ambientes cálidos.

Cerca de la entrada se extendían los vestigios de las antiguas ruinas de piedra, presididas por una ancestral pirámide escoltada por cuatro enormes columnas que se resistía a ser derrotada por las enredaderas que trepaban por ella y que la aprisionaban; la pirámide de Kimsalas.

Cuando Kirah posó su vista en ella, unas extrañas voces resonaron en su cabeza, como si lo estuvieran llamando.

—Ya no está aquí...

—Devuélvenosla...

—Espada sagrada...

—Piedra y esmeralda...

El príncipe se sacudió la cabeza, extrañado, tratando de centrarse, cuando vio pasar por delante de él a dos criaturas de aspecto humanoide, pero con la cabeza de un pez, vestidas con una túnica negra sobre un delicado vestido de seda.

Uno era alto y delgado y su compañero bajito y rechoncho.

—¡Eh! ¡Esperad! —les gritó Kirah, cuando fue capaz de reaccionar.

Las criaturas aceleraron su paso y corrieron a lo largo de la orilla del río Zuco Norte.

Kirah les persiguió con premura hacia el oeste hasta que los perdió cerca de la Laguna Zuco.

—¡Mierda! ¡¿Dónde están?! —se desesperó el joven heredero de Draconia—. No hay donde esconderse entre este lugar y las montañas; y esta laguna apenas tiene metro y medio de profundidad.

Kirah escudriñó el horizonte tratando en vano de encontrar a las criaturas que había seguido, mientras se maldecía por su torpeza.

—Hola. ¿Eres el príncipe Kirah Murako? —preguntó una voz tímida a su espalda.

Kirah se asustó y giró casi de un salto para encontrarse con el hombre pez regordete al que había perseguido.

Su compañero estaba asomando la cabeza precavidamente desde la orilla del mar. Los enormes ojos negros y profundos de la criatura que lo contemplaba contrastaban con su piel azulada y las manchas turquesas que adornaban su cabeza.

Las aletas que hacían de manos empezaron a inquietarse cuando el heredero de los Dragones Ardientes fue incapaz de dar respuesta alguna.

—¿Y bien? ¿Te ha comido la lengua el gato? —añadió el segundo hombre pez, emergiendo por completo y acercándose a él.

—Yo me llamo Bai; y él es mi compañero Ju —se presentó el bajito.

—Venga, contesta de una vez. Hemos hecho una apuesta —insistió el delgado.

—Sí... Soy yo, pero... —quiso decir Kirah.

—Bien, cállate —le interrumpió Ju.

—He ganado, Ju —sonrió el rechoncho.

—De eso nada. Puede habernos mentido, no me fío de él. Le llevaremos con el rey Ku y que decida.

—¿Le conoce? —preguntó Bai.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —respondió Ju.

—¿Y qué pasa si no es él? —insistió el pequeño.

—Se lo serviremos a las mascotas del rey en la cena —sentenció Ju—. ¿Algo que objetar? —añadió, dirigiéndose a Kirah.

—En absoluto. De hecho estaba buscando al rey Del...

—Bien, andando —le interrumpió nuevamente el flacucho Ju.

Los wargonteedahs escoltaron al príncipe hasta la Laguna Zuco.

—Toma esto. Es un hoja de megera. Si la masticas podrás respirar bajo el agua.

Kirah miró la hoja, de un color verde azulado con duda.

—Vamos, no te va a morder, ni te va a dar diarrea —dijo Ju agitando los brazos mientras una cúpula acuática los envolvía.

Las aguas que rodeaban al peculiar trío enturbiaron la visión de Kirah y cuando estas desaparecieron habían llegado a las profundidades del mar, donde una ciudad submarina, enorme y cosmopolita, les dio la bienvenida.

La raza milenaria de los wargonteedahs convivía en armonía con todo tipo de fauna marina.

Impresionantes construcciones de coral y huesos moldeados se extendían ante los atónitos ojos del príncipe.

A cada metro que avanzaban los demás ciudadanos detenían sus actividades y les seguían estupefactos con la mirada.

—¿Has visto, Ju? Todo el mundo nos admira —sonrió Bai.

—¿Por qué? —se interesó Kirah, algo nervioso.

—A ti te lo voy a decir, colega... —dijo Ju, desganado.

—No le hagas caso —le disculpó su rechoncho compañero—. Todo el mundo nos está admirando por haber encontrado al legendario Draconianjin salvador, el guardián

del equilibrio, el...

—Oh, cierra ya el pico —le interrumpió el larguirucho Ju—. Además, no sabremos si es él de verdad hasta que su majestad lo diga.

Finalmente llegaron al palacio, donde enseguida fueron obsequiados con una audiencia con el rey Ku.

Kirah apenas pestañeó, maravillado por las visiones de la ciudad wargonteedah.

—Baja de la nube, chavalote —le dijo Ju, golpeándole ligeramente en el pecho—. El rey nos espera.

La sala de audiencias se abrió ante ellos como una magna y vasta concha presidida por el trono del rey en su punto más elevado, junto a varios consejeros, escoltados todos ellos por las tropas de élite de los guerreros wargonteedahs.

—Majestad, hemos traído con nosotros al príncipe Kirah Murako, como nos ordenó —dijo Bai, arrodillándose, al mismo tiempo que su estirado compañero.

—Es un honor, majestad —añadió Kirah, con una reverencia.

—Ah, el hijo de Tobaki... —suspiró el rey—. La última vez que os vi erais apenas un bebé. Vuestro tío estaba intentando ocultaros en las montañas, cumpliendo el último deseo de vuestro padre.

—¿Conocisteis a mi padre? —se interesó Kirah.

—Sí. Fue un valioso aliado de nuestro pueblo. Uno de los pocos hombres de la superficie digno de ser llamado "amigo<sup>[30]</sup>" por nuestra raza.

—¿Estáis seguro de que es él, majestad? —se interesó Ju.

—Sin duda. No solo por la inconfundible fuerza de su aura, sino también por los Dragones Ardientes —empezó a decir el rey—. Este no es solo el emblema de la dinastía Murako, también es el catalizador del poder divino que corre por las venas de su linaje. Observad cómo los ojos de los dragones brillan como rubíes al acercarse a su heredero —explicó el rey, descendiendo de su trono para entregarle a Kirah el emblema en mano.

Los ojos de los dragones de la heráldica relucieron durante unos instantes intensamente con un fulgor rojizo, tal y como el monarca wargonteedah había dicho, cuando Kirah recogió el objeto.

—Para esto habéis venido, ¿no es así? —preguntó Ku.

—¿Ese es el Draconianjin que estábamos buscando?! —se sorprendió Ju, incapaz de creer que aquel joven fuera realmente el objetivo de su búsqueda.

—¿Cómo sabíais que estaba buscando la heráldica de los Dragones Ardientes? —se extrañó Kirah.

—El rey Delfín tiene muchos dones. Gracias a uno de ellos supimos la misión que los antiguos reyes de la superficie os han encomendado —señaló Ku—. No podemos permitir que esos déspotas y sus estúpidas leyes destruyan nuestro hogar, así que nuestro protector nos encomendó encontraros y ayudaros en todo cuanto nos sea posible.

—Gracias, majestad. Os juro que seré digno de este honor que me habéis

concedido y no os defraudaré. Reuniré las cinco heráldicas y protegeré este planeta y a cada uno de sus habitantes con mi vida si fuera necesario —se despidió el draconiano.

De nuevo en la superficie, Kirah abrió con premura un portal que le permitiera regresar al Valgard, donde esperaba poder reunirse con sus amigos, rogando por que estos hubieran logrado recuperar el resto de heráldicas.

—Ah, Kirah —sonrió Kido, al ver a su sobrino aparecer a través de la puerta interdimensional—. ¿Has conseguido el emblema de los Dragones Ardientes?

—Sí, aquí está —afirmó Kirah, entregando a Kido el emblema de su familia.

—Excelente —se alegró Kido—. Tus compañeros han traído también el resto de heráldicas.

—¿Y dónde está Sheevela? No la veo —dijo Kirah, observando que todos sus demás amigos estaban allí—. ¿Ha ocurrido algo?

—No, tranquilo —le calmó Kido—. Como ya estaban todos aquí menos tú, dijo que quería ir a hablar con su abuelo Yeng mientras esperábamos a que regresaras.

—Nuestro conflicto casi ha terminado, así que nos pareció bien que quisiera tomarse un respiro para recordarse a sí misma por qué lucha —señaló Derkel.

—Para no defraudar a nadie —sonrió Kirah, pensando en Sheevela.

—Eso fue lo que dijo —afirmó Karay-Jinn, sumándose al gesto del príncipe—. ¿Sabes?

Creo que vosotros dos haríais buena pareja. Parece que os entendéis muy bien.

—¿Qué? —se sonrojó Kirah—. No... Es... Es solo una compañera de armas.

—Te has puesto rojo, así que algo de razón debe tener —se burló Ember.

—No hay de qué avergonzarse, Kirah. Cuando dos personas comparten momentos difíciles y se apoyan el uno en el otro para superarlos es normal que afloren nuevos sentimientos —continuó Karay-Jinn.

—No se trata de eso —se defendió Kirah—. He compartido muchos momentos similares con todos vosotros. Además, ahora tenemos otras cosas más importantes en las que pensar. ¿Se sabe algo de Xeev? —prosiguió, cambiando de tema.

—Aún no —respondió Derkel—. Pero tú ahora debes concentrarte en tu parte. Déjanos el resto a nosotros.

—Derkel tiene razón —le apoyó Kido—. Descansa si lo necesitas y, cuando estés listo, ve a hablar de nuevo con los reyes antiguos.

—Está bien. Me vendrá bien dormir un par de horas —afirmó Kirah.

—A todos nos vendría bien —añadió Ember.

Dos horas más tarde Kirah regresó al jardín donde se habían reunido anteriormente. Fue el primero en llegar.

—¿Estás bien? —le preguntó Kido, que se acercó al verle aparecer.

—¿Sheevela aún no ha vuelto? —preguntó Kirah.

—No, pero no hay ningún problema. Hace cinco minutos estaba en la torre del homenaje hablando con Yeng. Todo va bien, no te pongas paranoico. Estoy seguro de

que no has dormido nada pensando en que le haya pasado algo, ¿me equivoco? — contestó Kido bromeando.

—¿Y Xeev?

—Nada nuevo —dijo Kido—. Pero recuerda las palabras de Derkel. Ellos se ocuparán. Tú debes hacer tu papel. Eso es lo más importante ahora.

—Supongo que tienes razón, pero comprueba una vez más que Sheevela esté bien, por favor —insistió Kirah.

—Está bien, pero es la última vez. Ya te he dicho que acabo de comprobarlo y que estab...

¡Mierda!

—¡¿Qué pasa?!! —se angustió Kirah, con una funesta sensación recorriendo su espalda.

—¡Hay un intruso en la torre! —respondió Kido.

Kirah abrió un portal incluso antes de que su tío hubiera terminado de hablar.

—¡Despierta a los demás! —exclamó mientras cruzó el portal.

Kirah irrumpió en el interior del castillo agobiado y con el corazón latiendo tan deprisa que parecía acompañar el acelerado ritmo de sus zancadas.

—¡Soldados! ¡A la torre del homenaje! —bramaba mientras ascendía hacia su objetivo.

No había sido capaz de abrir un portal directamente a la torre, debido a una fuerza oscura que bloqueaba la magia interdimensional de estos, así que se no obligado a subir por sus propios medios, lo que hizo que sus temores crecieran aún más hasta convertirse en un funesto presagio que se apoderó de él por completo.

Su destino era el estudio de Yeng, donde este gustaba de perderse en sus viejos mapas y donde recibía a sus invitados mis personales.

El príncipe abrió la puerta de una patada, y se empotró bruscamente contra la pared.

Lo primero que contempló, horrorizado, fue al anciano sentado en una silla con la cabeza medio separada del cuerpo por un enorme corte.

La sangre brollaba de su garganta y desembocaba en un río carmesí que bañaba el suelo de piedra; mas sus peores temores se hicieron realidad clavándose en su corazón como el más afilado de los puñales cuando giró levemente la cabeza hacia la ventana que ventilaba el estudio.

Una sombra acaba de arrancar una gigantesca garra de cuchilla del costado derecho de Sheevela justo antes de saltar por la ventana y desvanecerse en la bruma nocturna.

—¡¡¡¡Nooo!!!! —se desesperó Kirah, corriendo junto a la chica—. ¡¡¡Sheevela!!!

—¡Registrad todo el castillo! ¡Encontrad al intruso! —exclamó uno de los soldados que escoltaban al príncipe mientras movilizaba al resto de caballeros.

—Sheevela... No... por favor, no... —lloró Kirah.

La joven respiraba con dificultad.

—Kirah... Me duele...

—No... Te vas a poner bien, ya verás... —dijo, tratando de autoconvencerse—. ¡Un médico! ¡Deprisa!

—No... Es el final... —le replicó Sheevela.

—No, no, no... No me hagas esto... —se agobió Kirah—. Quédate conmigo.

—Tengo miedo... Apenas puedo verte... —lamentó Sheevela, extendiendo una mano para llegar en vano a tocar la cara del príncipe.

—No hables. Ahorra fuerzas —sugirió Kirah, agarrando la mano de la chica y llevándola a su mejilla—. Estoy aquí.

—¡Alteza! —gritó un médico que irrumpió en la sala.

—¡Aquí, deprisa! —instó Kirah.

—¡No! —le agarró Sheevela—. No me dejes... Por favor... —añadió entre llantos y un aliento que se iba apagando cada vez más.

El médico se agachó a su lado para examinar su herida y darle de beber un elixir de hojas doradas.

—Vamos, Sheevela. Te pondrás bien —animó Kirah.

El médico negó con la cabeza cuando la muchacha tosió varios esputos sangrientos. La herida era demasiado grave y ni siquiera el elixir tendría efecto.

Los ojos del príncipe se rebosaron en un mar de lágrimas cuando comprendió que nada podía arrancarla ya de los brazos de la muerte.

—Se acabó... el viaje... para mi... Pero... —empezó a decir la ladrona—. Quiero... pedirte perdón... Fui un estorbo y...

—Dejad que hable. Ya lo no le queda mucho —sentenció el médico, cuando Kirah quiso interrumpirla.

—Lo que intento decir es que... el tiempo que pasé contigo ha sido el más feliz de mi vida; y que si pudiera llevarme un tesoro a la otra vida... sería... un beso tuyo... Porque, Kirah..., yo... te quiero.

—No. Sheevela. No me dejes. Quédate conmigo, por favor... por favor, por favor... —se desesperó el príncipe, viendo cómo la vida escapaba definitivamente del cuerpo de su amada, estrechando con fuerza la cabeza de la muchacha contra su pecho a la par que mecía su propio cuerpo clamando una respuesta del Cielo a su dolor—. ¡¡¡NOOOO!!!!



## 28. Batalla predestinada

Draconia se vistió de luto tras la muerte de Yens y su nieta Sheevela, pero la versión oficial distó mucho de la realidad. Solo hubo una víctima.

—Yens murió de vejez como todos moriremos algún día.

Eso fue lo que se le contó al pueblo para que no cundiera el pánico, dado que el misterioso atacante desapareció como si nunca hubiera existido. Yens tuvo un funeral de estado, pero no sería conducido al Valgard con el honor de los héroes<sup>[31]</sup>. Ese derecho, más que merecido, tendría que ganárselo en la otra vida.

Kirah enterró a su consejero y a su amada en el mausoleo de sus antepasados, donde estos velarían por ellos hasta que cruzaran definitivamente las puertas de los dioses.

El carácter del príncipe se agrió con el paso de los días, obsesionado con la impotencia que sintió al no haber podido proteger a sus caballeros, a los ciudadanos inocentes que la guerra se llevó, a su tutor, ni a la mujer que amaba, y se culpaba constantemente por no haber sido capaz de encontrar a su asesino.

—¿No te parece que ya has velado suficientemente esa tumba? —le preguntó Derkel, acercándose a él, haciendo alusión al lugar donde el heredero de los Dragones Ardientes pasaba sus horas.

—No. Fue por mi culpa. Fui yo el que hizo que nos separásemos —respondió Kirah con frialdad—. Y temo que Xeev haya corrido la misma suerte; pero te juro que encontraré a ese bastardo y lo mataré lentamente, haré que desee la muerte durante cada uno de los segundos que pase en mi compañía... Y solo le concederé ese deseo cuando me canse de sus gritos...

—Llevas casi tres días encerrado aquí. Tienes una obligación para con el mundo y si te quedas atormentándote en este sitio la oscuridad te consumirá, como ya está empezando a pasar —le reprendió Derkel—. Los doce días acabarán pasado mañana. Ve y habla con los reyes antiguos antes de que sea demasiado tarde o corres el riesgo de que esos pensamientos nublen tu mente por completo y jamás tengas el privilegio de convertirte en Dragón Nindenn-Ka-Yh. Entonces todos los que han muerto para que pudieras cumplir tu destino habrán muerto en vano. ¿Es eso lo que quieres? ¿Deshonrar su memoria?

—No —dijo Kirah, con una mirada cruel—. Conseguiré que los reyes antiguos me otorguen el poder divino y después lo usaré para expulsar el mal del mundo; y si no quieren ayudarme, que se vayan al Infierno y me esperen allí, porque cuando acabe con nuestros enemigos ellos serán los siguientes.

—¿Pero tú te estás oyendo?! —se sorprendió Derkel—. Te estás convirtiendo en aquello contra lo que has luchado toda tu vida. Céntrate, te lo pido por favor. Solo con una mente calmada podrás encontrar el equilibrio.

—Encontraré el equilibrio cuando Excoya y sus invasores ardan en el fuego

iracundo de la justa venganza —afirmó Kirah—. Y no importa lo que tenga que sacrificar a cambio. Expulsaré al mal de Dracorum y protegeré a los inocentes aunque mi alma se condene al Infierno —sentenció, abandonando el mausoleo, antes de encaminar su paso a la tumba de los reyes.

—El último descendiente ha regresado —señaló una voz en la oscuridad.

—Así es y os presento las cinco heráldicas como prueba de mi victoria —respondió Kirah, con cierta arrogancia mientras depositaba los cinco emblemas en el suelo.

—Algo ha cambiado...

—Tu aura está llena de rabia.

—En efecto —asintió el príncipe—. Durante mi viaje se han perdido demasiadas vidas inocentes; vidas que fui incapaz de salvar... Por eso os pido; no, os ruego<sup>[32]</sup>, que me concedáis el poder de proteger a aquellos que no pueden valerse por sí mismos. Aceptaré cualquier sacrificio; cualquier precio será pequeño en comparación de lo que pueda hacer con semejante fuerza.

—Has reunido al pueblo como solo un legítimo Dragon Nindenn-Ka-Yh podría hacer, pero percibimos demasiada angustia y oscuridad en tu interior.

—¿Significa eso que no me ayudaréis pues? —preguntó Kirah, con tono desafiante.

—No. Solo queremos advertirte —matizó una de las voces—. Debes desprenderte de esa carga que llevas. Solo una mente equilibrada será capaz de controlar el poder divino.

—Parte hacia Odín. Allí, el dios que da nombre al planeta te otorgará el Cetro del Sol y canalizará en él su poder.

—Pero ten presente que si no eres digno el cetro te consumirá y morirás.

—Así que recuerda; aleja esos pensamientos oscuros de tu mente y encuentra el equilibrio.

—Lucharé con honor, pero sin dar cuartel —prometió Kirah al despedirse.

El draconiano abrió un portal al Valgard, donde se reunió con sus compañeros.

—¿Y bien? —se interesó Kido—. ¿Qué te han dicho?

—Van a darme un voto de confianza. Debo ir al planeta Odín y conseguir que su dios protector me entregue el Cetro del Sol.

—Kirah; yo... quiero que sepas que confiamos en ti —intentó decir Derkel.

—Lo sé, amigo mío. Los reyes antiguos me dijeron las mismas palabras que tú. No tienes que disculparte. Al contrario. Te agradezco que no me hayas dejado por imposible —asintió Kirah.

—Estaremos contigo hasta el final. Siempre podrás apoyarte en nosotros —dijo Karay-Jinn—. Si tienes miedo, rabia, lo que sea... compártelo con nosotros. Un problema compartido es más liviano.

—No podría pedir mejores amigos —dijo Kirah, tratando de que no se le notara la sonrisa forzada—. Pero este dolor no es algo que pueda compartir. Necesito la fuerza

que la rabia me proporciona para hacer justicia... —pensó, con la mirada perdida.

—Bien. Entonces, ¿cómo vamos hasta ese planeta? —preguntó Ember, tiendo el estado de abstracción del príncipe—. ¿Abrimos un portal?

—No es tan sencillo. Dracorum tiene una conexión espiritual muy fuerte con el Valgard, pero Odín tiene un vínculo mucho más débil. Os será imposible; o, en todo caso, sería un naje solo de ida.

—Vale, entonces buscaremos otro modo. Estoy seguro de que los soldados de Excoya habrán dejado algo que podamos usar durante sus invasiones —afirmó Derkel—. El problema será saber cómo manejarlos.

—Eso no debe preocuparos —afirmó Kirah.

—Cierto. Tu unión de almas con Jimmy Zeion nos dirá todo lo que necesitamos saber —sonrió Ember.

—No hablo de eso —respondió el príncipe, tajantemente—. Iré yo solo hasta Odín. No permitiré que nadie más muera por mi culpa.

—Nadie ha muerto por tu culpa, Kirah. Deja de atormentarte ya —le recriminó Karay-Jinn.

En realidad Kirah no había hecho comentario en voz alta por casualidad. No era su intención martirizarse o autocompadecerse. Lo que en realidad pretendía era escuchar esas palabras para alimentar su ira y dejar que esta acrecentara su poder. Encontraría al asesino de su amada y se lo haría pagar muy caro; aunque tuviera que actuar al margen de los demás.

—Escucha a Karay, Kirah —apoyó Kido—. Aunque sí estoy de acuerdo en que vayas tú solo.

—¿Cómo dices? —preguntó Ember, desconcertado.

—Odín es una colonia edeinesa, por lo que Kirah encontrará sin duda aliados en las principales ciudades. En cambio en Dracorum, Excoya sabe que ya no podrá conseguir los Streeyh, por lo que podría realizar un ataque desesperado como represalia —Explicó Kido.

—Comprendo. Es una posibilidad que no podemos descartar —afirmó Derkel—. Y con Kirah lejos de Dracorum será bueno que nosotros nos quedemos como refuerzo si ese supuesto llegara a suceder.

—Exacto —dijo Kido—. Si hay que unir a todos los reinos frente a un ataque común quién mejor para guiarlos que los compañeros del que pronto regresará convertido en el Dragon Nindenn-Ka-Yh.

—Entonces necesitarás un arma acorde con tu misión —señaló Ember—. Durante mis viajes descubrí que tanto en la pirámide que hay cerca de Brumaria como en el bosque de la pureza había dos espadas gemelas que se intercambiaron. Por lo visto si se devuelven a su lugar de origen, ambas señalarán el camino a la legendaria espada Ribokan, que otrora empuñara el rey Tobaki.

—¿Cuándo has descubierto eso? —se interesó Kido.

—Cuando me separé del grupo en Korikoh estuve investigando a fondo. Hace un

par de días pude confirmarlo por completo. No quise decir nada hasta no estar seguro —señaló el caballero del Dragón.

—Ahí hay algo que no encaja. No sé mucho sobre la pirámide de Kimsalas, pero el bosque lo conozco como la palma de mi mano y no hay ninguna espada —afirmó Kirah.

—¿Estás seguro? —preguntó Ember, entregándole una flauta azulada adornada con una decoración exquisita y delicada.

—¿Una flauta djinn? —se sorprendió el príncipe.

—Es la flauta de agua. Los djinn siempre ocultan sus secretos en algún lugar protegido por su elemento favorito —sonrió Ember.

—Gracias, amigo mío —dijo Kirah al tiempo que recogía con avidez el presente de su aliado.

—Tú ve a armarte como es debido, que nosotros nos ocuparemos del resto —sonrió Ember al despedirse de Kirah.

El príncipe dirigió un vistazo a cada uno de sus amigos y después les dedicó una reverencia antes de perderse en un portal hacia Draconia.

Kirah recorrió el bosque de la pureza hasta llegar a la laguna en la que jugaba con su hermano cuando eran pequeños. Era su lugar secreto, donde podían descansar de los sinsentidos y las tragedias de la guerra.

Durante unos instantes contempló sus aguas cristalinas y su mente asimiló la quietud de las mismas. Después miró el instrumento djinn que tenía en sus manos con determinación.

—Los djinn esconden sus secretos con la magia de su elemento favorito, ¿eh?

Kirah cerró los ojos y se acercó la flauta a los labios, dejándose llevar por la melodía que sus dedos interpretaron magistralmente, como si estuviera poseído.

El agua se evaporó mágicamente, drenando la laguna y revelando un sendero que descendía hasta lo más profundo, donde un pedestal cubierto de maleza guardaba celosamente una espada forjada de fría roca.

Una sonrisa se dibujó en el rostro del príncipe mientras bajaba por el camino secreto.

Al llegar a la altura de la espada agarró firmemente su empuñadura con ambas manos y se dispuso a tirar con fuerza para arrancarla de su confinamiento.

Al hacerlo, una visión se apoderó de su mente: la pirámide de Kimsalas apareció ante él con todo su esplendor mientras una voz se repetía en su cabeza.

—Pirámide de Kimsalas. La espada de piedra. Devuélvenosla. Kirah devolvió la Espada Esmeralda al pedestal del bosque y después volvió a tocar la flauta djinn para que las aguas llenaran nuevamente la laguna y ocultaran la espada de verde hoja en sus profundidades.

—Vale. Ahora vamos a la pirámide... —dijo Kirah, abriendo un portal hacia las ruinas de piedra.

El draconiano se adentró en las profundidades de la pirámide de Kimsalas y vio

un pedestal vacío a lo alto de unas largas escaleras. Tras un inicial suspiro de queja se decidió a iniciar por fin la subida.

—Espero que realmente funcione...

Mientras ascendía varias voces resonaron dentro de su cabeza, ansiosas por que Kirah devolviese la espada de piedra al pedestal que antaño la custodiaba.

Cuando llegó a la cima Kirah hundió la espada en su lugar de reposo y después se quedó apoyado unos segundos sobre ella, sin soltar su empuñadura.

El pico de la pirámide se abrió al mismo tiempo que el príncipe se sobresaltó cuando un haz de luz salió disparado desde el altar en el que se hallaba el pedestal de piedra, y llegó a tocar el cielo.

Al mismo tiempo, otra columna luminosa acarició las nubes al sur, emergiendo de las aguas del lago que ahora envolvían la espada esmeralda.

Una vez hubieron alcanzado su cénit, ambas luces corrieron al encuentro la una de la otra hasta que se mezclaron en un fulgurante choque, dando como resultado una lágrima luminiscente que bañó la fuente de la plaza del mercado de Draconia.

—¡Kirah! Ve a Draconia, deprisa. Algo ha aparecido en la plaza que está junto a la taberna del mercado —le comunicó Kido mediante el enlace mental.

—Gracias, Kido. Iré enseguida.

Cuando Kirah llegó a Draconia, una multitud se había reunido en torno a la plaza. La fuente que la adornaba estaba ahora destruida, con sus aguas recogidas en pequeños charcos.

Entre los escombros asomaba una empuñadura con una garra sujetando una joya roja en su extremo.

Las gentes se apartaron, haciendo un corrillo cuando Kirah se acercó hasta allí, expectantes por ver lo que ocurriría a continuación, conteniendo incluso la respiración.

El príncipe agarró el mango que se escondía entre las ruinas de la fuente y tiró con todas sus fuerzas. La hoja que lo sujetaba no cedió ni un ápice mientras los corazones de los ciudadanos se encogían, presas de la impaciencia.

Kirah aumentó su fuerza, apretando los dientes y arrugando la nariz mientras gruñía de rabia.

—¡¡¡Vamos!!! —bramó el príncipe.

La marca de los Draconianjin brilló en su frente con un resplandor azul y su aura estalló en una explosión de poder que hizo temblar la propia tierra.

—¡Vamos! —insistió.

Tras un último tirón, apoyado por un furioso grito que ascendió por su garganta, Kirah logró por fin arrancar a la espada de su sueño.

El draconiano cayó al suelo, agotado por el esfuerzo, contemplando anonadado la hoja que sujetaba su mano.

Tras recuperarse, se levantó y alzó la espada con orgullo, bien alto, para que todos pudieran verla.

Era la legendaria espada sagrada, Ribokan; el arma que todos los reyes de la dinastía Murako habían blandido para luchar contra las fuerzas de las tinieblas.

—¡Larga vida al rey! —gritó uno de los ciudadanos, al que no tardarían en unirse los demás, coreando el nombre de rey Kirah con júbilo y esperanza.

Cuando la gente retomó sus quehaceres el príncipe de Draconia se dispuso a regresar al Valgard, pero algo captó su atención desde el bosque, una presencia que su mente le gritaba que era imposible.

Kirah templó su mente y cerró los ojos, respirando con tranquilidad mientras afinaba su percepción extrasensorial, dejando que la calma se apoderase de su ser.

—Imposible... ¿Sheevela?!

Pese a que la lógica le decía que eso no podría suceder, su corazón lo deseaba con fervor; y había visto demasiadas cosas extrañas como para no comprobarlo como mínimo, de modo que corrió hacia el bosque con todas sus fuerzas.

Mientras corrió no paraba de escuchar la voz de Sheevela, que le pedía ayuda desesperadamente.

—¡Aguanta! Esta vez te salvaré, lo juro —gritaba Kirah imprimiendo cada vez más fuerza a sus zancadas con renovada ilusión en su corazón.

La voz de la joven se calló cuando Kirah llegó a un claro, del que parecía proceder en un principio.

Kirah la buscó con la mirada pero no la vio.

—¡Sheevela!! ¿Dónde estás?! —la llamó desesperadamente.

—¿Buscas a alguien? —dijo una voz familiar a su espalda—. ¡Xeev! ¿Estás bien?! —se preocupó el draconiano.

—Mejor que nunca —sonrió Xeev.

—Me alegro. Nos diste un buen susto —indicó Kirah—. Oye, ¿has visto a Sheevela?

—Lamento desilusionarte, pero esa voz que oías no es más que el fruto de tus deseos más internos.

—¿Pero qué dices? Xeev, no tengo tiempo para bromas —se agobió Kirah, mirando por todas partes.

—Deja ya de buscar. He sido yo el que ha manipulado tus emociones para hacerte venir hasta aquí —señaló Xeev—. Y debo decir que lo he hecho bastante bien.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Kirah, confundido.

—Excoya pronto atacará Draconia y la reducirá a cenizas para completar el proyecto Nogard Dracorum —confesó Xeev, con una carcajada maléfica—. Es una lástima no poder contemplar las caras de tus amigos cuando descubran la verdad.

—No... —dijo Kirah, cayendo de rodillas—. No puede ser verdad. No, tú no eres Xeev.

Eres uno de esos demonios que cobran la apariencia de los demás.

—Te aseguro que soy yo —afirmó el tandoriano ampliando aún más su cruel sonrisa—. Puede que los doppelganger sean capaces de copiar el aspecto, pero el

dominio del dax... Es exclusivo de los kopy-kat —añadió creando cuchillas de exoesqueleto en una de sus manos a la par que recubría su cuerpo con la misma sustancia.

—Así que no te infiltraste en el ejército de Excoya... Siempre has estado trabajando con ella... —dedujo Kirah, con una mirada de desprecio.

—No exactamente —matizó Xeev—. Excoya te quiere muerto pero yo soy un guerrero; y como tal he estado siempre buscando a alguien capaz de estar a mi altura.

—Entonces, ¿qué es lo que pretendes? —preguntó Kirah.

—Verás, esos viejos estúpidos del Consejo de los Nueve me desterraron, obligándome a velar por ti. Siempre me pregunté el motivo por el cual eras tan importante... —explicó Xeev—. Así que cuando oí hablar a Excoya de ti y de que algún día tendrías tanto poder como un dios, captaste todavía más mi atención.

—¿De modo que has hecho todo esto sólo para luchar conmigo? —dedujo el draconiano, colmado de furia.

—Así es; y después de haber visto de lo que eres capaz sabía que lo disfrutaría, especialmente cuando encontré la manera de hacerte aún más poderoso —confesó Xeev.

—¿Qué quieres decir?

—El amor es la fuerza más grande del universo. No hay mayor odio que el de un hombre que ama —explicó Xeev—. Así que cuando por fin tu corazón sucumbió a los encantos de Sheevela vi en lo que podrías llegar a convertirte realmente...

—No... —se derrumbó Kirah, comprendiendo lo que su antiguo amigo quería decir.

—Me has preguntado si he visto a Sheevela —se burló Xeev—. La respuesta es sí; cuando cayó ante mí al sentir mi cuchilla dentro de ella.

La respiración de Kirah se aceleró mientras su aura crecía con odio y rabia, y su poder aumentaba de manera desmesurada.

—Ah, y no te preocupes por tus amigos —le dijo Xeevetta—. He aislado este bosque dentro de un campo de fuerza para que no puedan localizarnos ni interrumpimos.

—Me parece perfecto, porque así nadie me impedirá matarte —sentenció Kirah, levantándose mientras desenfundaba la espada sagrada y dirigía una mirada rabiosa y penetrante al asesino al que había osado llamar amigo.

—Eso es Kirah. Recuerda a Sheevela. Recuerda tu amor por ella. Odíame más —se impacientó Xeevetta—. Será una batalla gloriosa; un espectáculo digno de los dioses.

Empujado por un grito colérico, Kirah se lanzó al ataque esgrimiendo la Ribokan. El tandoriano bloqueó la hoja de la espada sagrada, creando otra cuchilla en la mano que tenía vacía y superponiendo ambas en forma de cruz, lo que desencadenó un forcejeo.

Xeev hizo un rápido movimiento para librarse de Kirah y hacerle perder el

equilibrio, poniéndole la zancadilla. El draconiano tropezó y cayó al suelo boca abajo.

Xeev aprovechó su ventaja y atacó con su afilado brazo derecho con la intención de ensartarlo por la espalda, pero Kirah rodó por el suelo hacia la derecha y esquivó la cuchilla de exoesqueleto, que quedó clavada en la tierra.

El príncipe draconiano dio una patada a la hoja de dax para que Xeev perdiera el equilibrio, pero cuando este estaba a punto de caerse se sirvió del impulso de la patada y giró para acabar cayendo de espaldas y atacar con su otra cuchilla.

Kirah, todavía en el suelo, detuvo el ataque con su espada y después empujó a su rival con una pierna para poder incorporarse y recuperar el aliento.

Tras unos instantes estudiándose, el tandoriano volvió a cargar contra el príncipe, que aguardó hasta el último momento posible para atacar con un tajo horizontal dirigido a la cintura de Xeev.

El asesino detuvo la hoja de Ribokan y contraatacó con una patada giratoria a la cara de Kirah, culminando su contraofensiva con el conjuro Aran-Buz<sup>[33]</sup>.

Una lluvia de nieve y viento helado salió del cuerpo de Xeev, castigando a Kirah, que cayó al suelo y perdió su arma.

El asesino saltó hacia él para rematarlo, pero el príncipe esquivó el ataque rodando hacia atrás y se puso de pie gracias al impulso.

Xeev trató de asestarle un golpe que le cercenara la cabeza, aunque su objetivo reaccionó con rapidez, realizando una voltereta hacia adelante para esquivarla, recuperando también su espada durante su ejecución.

El impulso que había tomado en la maniobra tan solo le permitió quedarse en cuclillas, de espaldas a Xeev, pero fue lo suficiente como para poder bloquear el ataque que lanzó su oponente, poniendo su espada a la altura de la cabeza. Después, todavía agachado, giró para atacar los tobillos de Xeev con Ribokan.

El asesino tandoriano saltó hacia atrás y se colocó en posición defensiva para defenderse de la carga de su adversario, esperando pacientemente el cheque del cuerpo a cuerpo.

Los siguientes movimientos se sucedieron a una velocidad vertiginosa. Ambos encadenaron una serie de ataques, bloqueos, contraataques y esquives con suma maestría.

Finalmente Kirah logró romper la defensa de Xeevetta y golpeó su estómago con una patada frontal, lo que lo mandó unos metros hacia atrás.

El príncipe había conseguido un ligero respiro para poder tomar distancia y usar su técnica definitiva.

Concentró todo el poder de su aura y se llevó las manos a la cintura a la vez que se ponía de medio lado.

Xeevetta se incorporó, entre jadeos. Esos últimos ataques habían sido demoledores, pero por fin Kirah iba a hacer lo que él quería.

El poder y la furia del draconiano aumentaron de forma desmesurada,



alimentados por la oscuridad, que se abría camino en su interior con Sheevela en sus pensamientos.

—¡¡¡¡Lightning Kuradoh!!!!

La poderosa ola de energía salió disparada contra Xeev, que no se movió ni un milímetro para poder esquivarla.

—¡¡Kuradoh Xerenan!!

Diciendo esto, Xeev hizo un extraño juego de manos, y un escudo espectral apareció delante de él, envolviendo el ataque de su rival hasta absorberlo por completo.

Los ojos de Kirah se abrieron como platos, incapaces de dar crédito a lo que acababan de ver.

—¿En serio creías que después de verte usar esa técnica infinidad de veces no tendría algo reservado para defenderme de ella? —se burló Xeev—. ¡Qué insulto!

El draconiano cayó de rodillas, agotado y al borde del colapso.

—Parece que no eras gran cosa después de todo —dijo Xeev, con desprecio, mientras se acercaba a su rival, dispuesto a darle el golpe de gracia.

Kirah le dirigió una mirada fría mientras agarraba con firmeza la empuñadura de Ribokan, dispuesto a morir peleando hasta su último estertor.

—¡NO! ¡No dejaré que me uses para esto! —gritó Xeev, inesperadamente, resistiéndose a matar al príncipe.

El heredero de los Dragones Ardientes no vaciló y aprovechó ese momento de debilidad para imbuir la hoja de su espada con toda la fuerza espiritual que le quedaba y atravesar la exocoraza de su enemigo, ante la atónita mirada de este.

Cuando el cuerpo de Xeev cayó al suelo, también lo hizo un dispositivo de color rojo, destrozado por el arma de Kirah. Era el mismo tipo de artilugio con el que Excoya había manipulado la mente de Kho-Kith, convirtiéndolo en Flood.

Fue entonces cuando el portador de Ribokan comprendió el alcance de la crueldad de Excoya y lo que esta había obligado a hacer a ambos amigos.

—¡No! ¡¡¡Xeev!!!

El joven príncipe se arrodilló junto a su compañero caído y trató de incorporarlo mientras un esputo oscuro salía de la boca de Xeevetta.

—Kirah... Lo siento... Tantas muertes por mi culpa, por mi... debilidad... —se entristeció Xeev. —Sheevela...— añadió, apartando la mirada de los ojos de Kirah, sabiendo que sería incapaz de encontrar el perdón.

El tandoriano cerró los ojos amargamente.

—Desde niño fui criado para ser un guerrero perfecto. La vida o la muerte no me importaban... —explicó Xeev—. Carecía de ideales. Tan solo eran excusas para matar...

Hasta que te conocí —Xeev tosió interrumpiendo momentáneamente sus últimas palabras bajo la mirada triste de su compañero de armas. —Estando contigo empecé a valorar la amistad; y ese fue el punto débil que encontró Excoya para atacar. Controló

mi mente y mi cuerpo para obligarme a hacerte sufrir y después matarte— confesó Xeevetta—. Siento mucho que mi debilidad te haya costado tanto... porque tú eres la única persona a la que verdaderamente puedo llamar amigo.

Los ojos de Xeev se cerraron lentamente mientras una lágrima resbalaba por su mejilla, acompañándolo en su último aliento.

Kirah se unió al llanto triste de su hermano de armas caído, en un grito cargado de furia y odio, esperando que Excoya pudiera oírlo; pues, pese a no estar adornado con palabras, llevaba un mensaje muy claro: mataría a la bruja a toda costa y daría la paz de la venganza a cada alma destruida por ella.

**LORE**

## 29. Odín

El príncipe de Draconia entregó a su hermano de armas a las aguas de la laguna que bañaban el claro del bosque de la Pureza, en una balsa improvisada con la madera de los árboles cercanos, como ya hiciera con su hermano durante el torneo que le costó la vida.

Las llamas consumieron el cuerpo del tadoriano y avivaron la oscuridad que se abría camino en el interior de Kirah.

Cuando el cuerpo de Xeevetta se convirtió en cenizas, su amigo, lejos de llorar, apretó los puños con rabia, prometiendo al héroe caído que haría justicia a cualquier precio.

El príncipe abrió un portal al Valgard, donde solo Kido le estaba esperando.

—¡Kirah! ¿Estás bien? Durante unos minutos dejamos de sentirte y nos habías preocupado.

Kirah no respondió. Se limitó a agachar la cabeza y cerrar dolorosamente los ojos, en un impotente gesto de rabia por los recientes acontecimientos.

—¿Has encontrado a Xeev? Los chicos descubrieron que aterrizó en una nave cerca de Fayrood, pero después dejamos de sentir su presencia, igual que la tuya.

—Ha muerto... Y yo lo maté... —confesó Kirah.

—¡¿Qué?! —se sorprendió Kido, con el corazón encogido.

—Excoya controló su voluntad para obligarle a matar a Sheevela y después a mí.

—Es horrible... —se lamentó Kido, deslizando la mano por su cara, preocupado e incrédulo.

—Xeev dijo también que Excoya atacaría —añadió Kirah—. Voy a encontrarla y mostrarle su propio corazón palpitante en mi mano antes de que exhale su último aliento. Lo juro por los dioses —concluyó, dejando que su creciente furia articulase aquellas palabras.

—No. De eso se encargarán tus compañeros. Han descubierto dónde oculta Excoya su cuartel general y están reuniendo tropas para atacar —señaló Kido.

—¡Entonces me uniré a ellos! Dime dónde están —exigió Kirah, acercándose a su tío con impaciencia.

—No. Tú debes viajar a Odín y convertirte en Dragon Nindenn-Ka-Yh —se negó Kido—. Si tus amigos fracasan tú serás la última esperanza. El destino del universo está ahora en tus manos. Debes hacer tu parte y no dejar que la Oscuridad nuble tu juicio.

—¡¿Pretendes que les deje morir?! —se enojó Kirah.

—¿Dejarlos morir? ¡Solo te pido que honres su sacrificio! —le corrigió Kido—. Ellos han elegido luchar para que tú puedas cumplir tu destino. Son ellos los que se han ofrecido a dar su vida si fuera necesario... Y lo han hecho porque creen en ti. No tienes derecho a defraudarlos.

—Y no lo haré —aseguró Kirah—. Volveré a tiempo para salvarlos a todos... A

todos y cada uno.

—No te preocupes. Yo velaré por ellos tanto como me sea posible —dijo Kido, tratando de calmar a su sobrino—. Usa la nave de Xeev y parte hacia Odín sin demora.

—Sí. A él ya no le hará falta... —se enfureció el draconiano.

—Recuerda, Kirah, no dejes que la Oscuridad venza. Templa tu mente —le aleccionó Kido.

—Lo haré lo mejor que pueda —dijo Kirah de forma sincera por primera vez desde la muerte de Yeng y Sheevela.

Kirah quería el poder que la oscuridad le otorgaría, pero también era consciente de que ese poder podría hacer que Odín no le reconociera digno de convertirse en Dragon Nindenn-KaYh; y no podía permitirse ese fallo, no cuando sus amigos estaban dispuestos a morir para que él lograra su objetivo.

—Mucha suerte, mi muchacho —le deseó Kido, envolviéndolo en un abrazo tierno y cálido.

—No os fallaré —se despidió Kirah por fin, abriendo un portal.

El portal que el draconiano creó no le llevó a las afueras de Fayrood, donde encontraría la nave abandonada de su amigo, sino que le condujo hasta la tumba de Sheevela. Allí desenvainó su espada y se arrodilló frente al lugar de reposo eterno de la ladrona de su corazón.

—Sheevela... Ojalá tuviera más tiempo para hablar contigo, pero debo partir con premura. Si no me doy prisa Excoya lo destruirá todo. Solo quiero decirte que no habríamos llegado tan lejos sin ti; que echaré de menos tu sonrisa, tus miradas y nuestras conversaciones... Pero ya verás. Haré que estés orgullosa. Volveré convertido en el héroe que no pude ser contigo y después encontraré a Excoya y se lo haré pagar... Lo juro con mi propia sangre —sentenció el príncipe agarrando la hoja de Ribokan con una mano a la par que tiró bruscamente de la empuñadura con la otra para hacerse un corte y derramar sangre sobre la tumba de su amada para sellar su juramento.

Por fin Kirah encontró la nave en la que Xeev había vuelto al planeta Dracorum. Los recuerdos de Jimmy reconocieron el modelo: un caza de la serie SG. Era una antigualla, pero muy robusta. El humano había pilotado un modelo muy parecido en el pasado, así que no tendría problemas en hacerla funcionar.

El draconiano subió a la cabina y se acomodó a los mandos, dejando que la reminiscencia del humano guiara sus acciones hasta que el motor se encendió y la nave inició su ascenso en vertical.

Desde el cielo, contempló su patria y toda la vastedad del horizonte más allá de esta, siendo consciente de cuánto estaba en juego y de la importancia de su misión, pero también furioso por todo lo que había sucedido, perdiéndose en un conflicto interior de voluntades. Su espíritu le pedía a gritos que dejara a la rabia tomar el control para arrasar a sus enemigos, mas su honor y su corazón le decían que la

oscuridad solo le aportaría más dolor, así como una irremediable vergüenza ante los ojos de aquellos que más le importaban.

Al cabo de apenas cuatro horas Kirah aterrizó en Odín. El choque con la atmósfera había sido más feroz de lo que había esperado; Jimmy había experimentado antes esa sensación, pero pese a tener esa ventaja, era su primera experiencia real, así que no pudo evitar que su cuerpo se resintiera.

Nada más empezar a sobrevolar la zona se le hizo un nudo en el estómago. Odín tenía bien merecida la fama de planeta de las nieves eternas.

Tundra y glaciares hasta donde alcanzaba la vista le recibieron con firmeza, además de un temporal duro solo apto para los recios.

Kirah tomó tierra en una pradera cercana a un bosque y después ocultó la nave con algunas ramas. El joven príncipe se había cubierto con una capa blanca que Xeev había dejado en el interior de la nave para tratar de combatir el frío extremo, pero eso no bastaría.

—Mierda... tengo que encontrar una ciudad rápidamente o lo voy a pasar muy mal —se lamentó, frotándose las manos y encogiendo los hombros.

El heredero de los Dragones Ardientes cruzó el bosque tiritando y con los músculos entumecidos, pero no tardaría en toparse con algo más peligroso que el temporal.

Sin haber sentido presencia alguna, Kirah se vio amenazado por tres objetos punzantes que se apoyaron en su espalda.

—¡Alto! Ni un solo movimiento, Sinjan —exclamó una voz mientras las puntas le presionaban más. Kirah levantó lentamente las manos.

—Tranquilo. No quiero problemas...

—¡Silencio! Te he dicho que no te muevas.

Kirah se concentró para que sus siguientes movimientos fueran precisos y veloces. Dejó a un lado su sensibilidad al frío y vació su cabeza de todo pensamiento. Después recreó su estrategia de ataque en su mente y, una vez lista, la puso en marcha.

El draconiano giró sobre sí mismo desviando con la inercia de su antebrazo las tres puntas que tenía a su espalda. Acto seguido se abalanzó sobre su agresor, escurriéndose entre el brazo armado de este para ejecutar un molimiento similar a un abrazo y derribarlo, desarmándole durante su realización.

Cuando su oponente cayó al suelo, Kirah se abalanzó con premura sobre él, apretando su garganta con la rodilla y amenazándolo con su propia arma, un tridente.

—¿Kirah? —le reconoció una segunda voz.

—Kho-Kith. —se sorprendió el draconiano, aflojando el yugo sobre el guerrero abatido, viendo el asombroso parecido que este compartía con su amigo, el rey de Absalon.

—Te presento a mi hermano, Zein-Sho —dijo Kho-Kith señalando al hombre que estaba en el suelo—. Zein-Sho, este es el príncipe Kirah de Draconia —añadió

dirigiéndose a su hermano.

—Perdón. No pretendía herir a un aliado —se disculpó Kirah, tendiendo una mano a Zein-Sho.

—No os preocupéis. Os confundimos con uno de nuestros enemigos —señaló el edeínés, aceptando la mano del príncipe Kirah y recogiendo el tridente que este le había arrebatado—. Mi hermano me ha hablado de vos. Lamento profundamente el malentendido.

—¿Qué haces vestido con una capa Sinjan y viajando en una de sus naves? —le preguntó el edeínés.

—Perdona, Kho-Kith. No sé qué son los Sinjan —se desconcertó Kirah—. En cuanto a la nave, era de Xeevetta.

—Tiene lógica —sonrió el rey de Absalon—. Los Sinjan son las tropas de élite de Excoya.

Era de esperar que si Xeev lograba infiltrarse en su ejército lo haría en ese cuerpo. Y hablando de Xeev, ¿dónde está?

Kirah agachó la cabeza, avergonzado.

—Excoya logró manipular su mente para obligarle a hacer cosas horribles. Al final su fuerza de voluntad fue lo bastante fuerte como para detener su mano antes de matarme y entregar su vida a cambio.

—¿Xeev está muerto? —se desesperó Zein-Sho.

—Maldito cabrón arrogante... —lloró Kho-Kith—. Seguro que intentó combatir a esa zorra él solo para no involucrar a los demás.

—Habéis dicho que entregó su vida resistiéndose a mataros... ¿Significa eso acaso que murió por vuestra mano? —preguntó Zein-Sho a Kirah, con un gran dolor en su corazón.

—No tuve más remedio —confesó el príncipe de Draconia—. Pero os juro por mi honor de guerrero que encontraré la manera de destruir a Excoya y hacer que pague por todo el mal y el sufrimiento que ha causado.

—¿Y cómo pensáis hacerlo? ¿Matando a más aliados? —interrogó Zein-Sho con tono hiriente.

—¿Zein-Sho! —le reprendió su hermano—. Disculpa a mi hermano, Kirah-Xeev no solo era nuestro mejor valedor, también era un buen amigo.

—También lo era para mí. Pero tu hermano tiene razón. No fui capaz de salvar su vida ni la de otros muchos que cayeron por mi debilidad... Mas os prometo que eso cambiará. No dejaré que su sacrificio haya sido en vano.

—¿Tienes algún plan? —se interesó Kho-Kith.

—Así es —afirmó Kirah—. He venido hasta aquí para someterme a la prueba del Cetro del Sol.

—De modo que pensáis estar a la altura —desconfió Zein-Sho.

—Sí —respondió el príncipe draconiano con rotundidad.

—¿Cómo estáis tan seguro? —continuó el hermano del rey.

—Porque no tengo otra opción —sentenció Kirah.

—Está bien. Será mejor que calmemos los ánimos un poco —comentó Kho-Kith, en un intento por que su hermano enterrase el hacha de guerra—. Vamos a Loa a hablar con Rothgar.

Kho-Kith y su hermano acompañaron a Kirah hacia el oeste, a la aldea de Loa, donde esperaban reunirse con el líder de los pictos, Rothgar.

El rey de Absalon le contó que el ejército de Excoya aún mantenía una fuerte presencia en el planeta Odín y que gracias a la liberación de Edema, había logrado que los pictos<sup>[34]</sup>, descendientes de los primeros colonos edeineses, y los warggs<sup>[35]</sup> los nativos originales del planeta, se unieran frente al enemigo común.

Loa era una aldea bulliciosa, debido principalmente al salón de Rothgar, donde festejaba sus victorias con abundante hidromiel y copiosos festines.

Ese día el salón acogía tanto pictos como warggs. Cuando Kho-Kith abrió sus puertas, un hombre fornido cayó abatido a sus pies.

—¡Mi rey! ¡Llegáis justo a tiempo! —bramó el hombre, bebiendo los restos de la jarra, que se negaba a soltar, y riendo como un loco antes de ponerse en pie y volver a enzarzarse en una de las peleas que se estaban sucediendo durante el banquete presidido por el anciano Rothgar.

Otros hombres preferían divertirse llevándose la bebida a la boca primero y los pechos de una mujer después mientras otro grupo animaba la fiesta con cánticos.

—¿Qué es esto? —se sorprendió Kirah.

—Una fiesta digna de los dioses —sonrió Kho-Kith, aceptando de muy buena gana la jarra de hidromiel que uno de sus hombres le ofreció.

—¿Por qué esos tipos no se mueven y se quedan sentados? —preguntó Kirah, en referencia a los warggs, que permanecían apartados en un rincón, lo más tranquilos que el resto de invitados les permitían.

—Esos salvajes no saben divertirse —afirmó Zein-Sho uniéndose a la fiesta en busca del calor de dos mujeres que coquetearon con él.

—¿Qué están celebrando, Kho-Kith? —continuó Kirah.

—Nuestras fuerzas han obtenido dos victorias importantes sobre los generales Sinjan: una en los jardines de Plata y otra en el palacio de las Nieves. El ejército de Excoya va perdiendo terreno lenta pero firmemente.

—Me alegra oírlo —dijo el príncipe draconiano.

—Y que lo digas —asintió el rey de Absalon—. Ven. Hablemos con Rothgar. Él podrá contarnos dónde buscar el Cetro del Sol.

## 30. La ciudadela del dragón

Kho-Kith acompañó a su amigo draconiano hasta la presencia de un hombre anciano de complexión fornida que presidía el salón sentado en un elegante sillón, disfrutando de la buena bebida y de la compañía de dos hermosas mujeres.

—Rothgar —le llamó el rey de Absalon, carraspeando—. Lamento molestaros pero he de hablar con vos.

El anciano miró a Kho-Kith y a su acompañante y asintió, deduciendo por el gesto del rey que se trataba de un asunto importante.

—Está bien, chicas, seguiremos más tarde —dijo Rothgar despidiendo a las mujeres, no sin antes dar un lujurioso azote a una de ellas que acompañó con una carcajada—. ¿En qué puedo sen-iros, Majestad?

—Quiero presentaros a alguien, el príncipe Kirah Murako de Dracorum —comentó Kho-Kith, refiriéndose al muchacho que lo acompañaba.

—Señor —le saludó Kirah, con una reverencia protocolaria.

—¿Un draconiano? Estáis muy lejos de vuestro hogar, alteza. —comentó el anciano— ¿Puedo preguntar cuál es el propósito de vuestro viaje?

—He venido para someterme al juicio de Odín y recuperar el Cetro del Sol, señor.

—Esperaba que vos supierais dónde encontrarlo —continuó Kho-Kith.

—Así que por fin un draconiano nene esperando reclamar el poder divino —pensó Rothgar, en voz alta.

El anciano se levantó y alzó las manos.

—¡Hombres! —llamó a sus imitados—. Debo atender unos asuntos con el rey de Absalon, pero eso no significa que la fiesta haya acabado. Que no se diga que el salón de Rothgar no sabe festejar una victoria. ¡Quiero que comáis, bebáis, peleéis y fornicéis hasta que los dioses os envidien! —concluyó, entre los vítores y el clamor de sus vasallos—. Pero dejad algo para mi... —añadió, con una carcajada que fue seguida por la de todos los asistentes.

Rothgar pidió que le acompañaran a su cabaña. Una vez en su hogar, el anciano líder de los pictos rebuscó en un arcón que tenía guardado bajo una trampilla oculta junto a la chimenea.

—Aquí está —dijo, sacando una pequeña piedra azulada.

—¿Qué es eso? —preguntó Kho-Kith.

—El Zafiro del Sol —respondió Rothgar—. Sin esto no se puede reactivar el poder del Cetro del Sol.

El viejo guerrero le entregó el zafiro a Kirah.

—El cetro está en el valle de la Tarde<sup>[36]</sup>, al sur de aquí. Deberéis llegar al corazón de la ciudadela del Dragón. Allí encontraréis el templo del Sol y en su interior, bajo la mirada del dragón, hallaréis el cetro —explicó el líder picto—. Pediré a una guarnición de mis mejores hombres que os acompañen.



—No es necesario, señor. No deseo poner en peligro a vuestros caballeros — rehusó el príncipe Kirah.

—¿Caballeros? —se rio Rothgar—. Me temo que mis hombres no son tan refinados, alteza; pero son infinitamente más fuertes. El viejo picto se acercó más a Kirah y endureció su gesto. —Sin embargo debo insistir.

Cuando obtengáis el cetro pueden ocurrir tres cosas: que os acepte como su amo, que os rechace y consuma vuestra vida o que os rechace pero seáis demasiado poderoso y lo sometáis a la fuerza, convirtiéndoos entonces en algo mucho peor que Excoya y sus demonios —señaló Rothgar—. No os ofendáis, alteza.

—En absoluto, señor. Obráis pensando en el bien de vuestro pueblo. Eso prueba que sois un buen líder —comentó el draconiano.

—Bien. Me alegra que estemos de acuerdo —asintió Rothgar.

—Entonces iremos mi hermano y yo —intervino Kho-Kith.

—No puedo pedirlos que os pongáis deliberadamente en peligro, majestad —se preocupó el viejo.

—No hay nadie mejor que nosotros. Si la situación se descontrola sabremos manejarla —insistió el rey edeinés.

—Supongo que no puedo persuadirlos para que lo reconsideréis, ¿verdad? —preguntó Rothgar.

—No, no podéis. Pero no será necesaria tanta preocupación. El príncipe Kirah es un hombre de honor y estoy seguro de que superará la prueba —afirmó Kho-Kith.

—Haré todo cuanto esté en mi mano para no defraudaros, amigo mío —aceptó Kirah.

—Entonces está decidido. Le diré a Zein-Sho que prepare unos caballos, no quiero arriesgarme a sobrevolar la zona en una nave y que alguno de los esbirros de Excoya nos siga. Saldremos cuando estés preparado, Kirah —dijo Kho-Kith mientras salía de la cabaña del anciano.

—Un momento, príncipe Kirah —le detuvo Rothgar antes de que este abandonara también el hogar del picto—. Llevad esto con vos —le dijo entregándole un colgante azulado.

—¿Qué es? —se interesó Kirah.

—Es una gema de hielo. Os protegerá del frío mejor que esa capa.

—Muchas gracias, señor. Detesto las bajas temperaturas —confesó Kirah, aceptando el presente de Rothgar.

Kho-Kith consiguió que su hermano no siguiera machacando a Kirah con la muerte de Xeevetta, al menos hasta que afrontase el desafío de Odín, de modo que los tres partieron como compañeros hacia las tierras del sur, donde Rothgar les había advertido que encontrarían innumerables peligros.

La ciudadela del Dragón estaba protegida por monstruos sagrados, haciendo que cualquier mácula de oscuridad, por pequeña que fuera, alertara a las bestias de su presencia. Este detalle convertía a prácticamente cualquiera en un intruso dentro de la

ciudadela, dado que un alma completamente pura era casi imposible de encontrar; y menos en un lugar como Odín, pues la mayoría de sus habitantes actuales habían conseguido su posición imponiendo su fuerza sobre los demás o estaban corrompidos por la ira y el resentimiento hacia sus conquistadores.

Una vez llegaron a su destino pudieron comprobar que el valle de la Tarde tenía bien merecido su nombre. Una enorme muralla dorada guardaba la ciudadela del Dragón, cuya luz extendía su manto por toda la región.

—¿Listos? —preguntó Kirah, desafiando con la mirada a las imponentes puertas de la muralla.

—La pregunta correcta es: ¿estás listo tú? —matizó Kho-Kith.

—No he llegado tan lejos para fracasar ahora —afirmó Kirah.

—Eso espero —señaló Zein-Sho.

Los tres se adentraron por fin en la ciudadela. Un escalofrío les recorrió la columna simultáneamente mientras sus corazones se aceleraron. Estaban bajo el cielo rojo del atardecer, ante una retorcida estructura de muros conectados entre sí a modo de laberinto.

—¿Y ahora por dónde vamos? —preguntó el rey de Absalon.

—Por donde parezca más peligroso. Seguro que el camino correcto está plagado de trampas —señaló su hermano, que encabezaba el grupo.

El joven de cabellos plateados avanzó hacia la esquina de la izquierda y se paró al llegar al borde. Asomó la cabeza para observar el otro lado del muro y comprobó que el camino continuaba igual de retorcido y que además estaba patrullado por un caballero dorado montado sobre un pequeño dragón del mismo color que caminaba sobre sus dos patas traseras.

El edeínés se escondió rápidamente. Miró entonces a sus compañeros y les hizo un gesto indicando que estuvieran en silencio y a continuación otro para que se acercaran a su posición.

—¿Qué pasa? —preguntó Kirah, en voz baja.

—Ahí tenemos el primer obstáculo —explicó Zein-Sho, haciendo un gesto con la cabeza para que sus compañeros se asomaran con cautela.

—Será mejor evitar los enfrentamientos innecesarios —comentó el rey Kho-Kith.

—Estoy de acuerdo —secundó Kirah.

Pocos segundos después, un enorme pájaro dorado los vio y emitió un grito agudo que resonó hasta en el último confín de la ciudadela.

Los tres compañeros miraron hacia arriba y descubrieron al animal que había alertado de su presencia a las demás criaturas que custodiasen la ciudadela.

—Demasiado tarde —se lamentó Kho-Kith, esgrimiendo su hacha.

Kirah desenvainó la Espada Sagrada y se preparó para luchar.

—Tenemos que salir de aquí. Todos los monstruos acudirán hasta esta posición a buscarnos —señaló el príncipe.

Los tres corrieron sin rumbo por el laberinto dorado mientras los pájaros

sobrevolaban en grupo la zona por la que huían.

Avanzaron hacia una salida en la que se juntaban dos esquinas. Al llegar allí, se toparon con el primer comité de bienvenida: dos gigantescos lagartos dorados. Los tres se pararon en seco y se pusieron en guardia.

El primer lagarto atacó a Zein-Sho. Este saltó por encima del animal y cayó sobre su espalda lanzando una estocada con el tridente. El lagarto gritó de dolor, y la sangre brotó de las tres heridas.

Kho-Kith reaccionó antes de que la bestia lo hiciese, y con un potente tajo de su hacha, le cortó la cabeza.

El segundo lagarto atacó a Kirah, quien interpuso su espada ante la dentellada del reptil.

De ese modo, el lagarto mordió la hoja de Ribokan y su rabia creció al ver que había fallado su ataque. Kirah le dio un puñetazo en el hocico para que soltara su arma y la bestia retrocedió un par de pasos, sacudiendo la cabeza.

Cuando se recuperó, abrió la boca de par en par, rugiendo de furia. Kirah reaccionó con celeridad y hundió su espada en la garganta del lagarto, que cayó fulminado al instante.

Los tres compañeros continuaron su carrera desesperada para tratar de alcanzar el corazón de la ciudadela bajo la mirada de los pájaros, que revoloteaban con más ansia sobre sus cabezas.

De pronto, uno de ellos se lanzó en picado para atacar a Kirah-Zein-Sho lo frío con un rayo, disparado a través de su tridente.

Otro pájaro atacó nuevamente al draconiano, que esquivó el embate de la monstruosa ave y luego la ensartó con la espada sagrada.

Un tercero pretendía caer sobre el rey de Absalon, pero este lanzó su hacha contra la criatura, la cual quedó abierta en canal antes de que el arma regresara a las manos de su dueño.

Iban a doblar otra esquina cuando fueron sorprendidos por un jinete de reluciente armadura dorada, con el blasón del sol en el pecho, montado sobre un pequeño dragón dorado, sin alas, con una coraza.

El caballero desenfundó su espada y golpeó con los pies los muslos de su montura con la intención de cargar contra los intrusos.

Zein-Sho se puso delante de todos y repelió la carga con su tridente, colocándolo de frente, gracias a lo cual logró derribar al pequeño dragón.

Tanto montura como jinete no tardaron en volver a ponerse en pie y prepararse para el combate.

El paladín dorado encaró a Kirah, y el dragón adoptó una actitud amenazante hacia los hermanos edeineses, emitiendo un bufido de advertencia.

La pequeña bestia trató de atacar a Kho-Kith, pero este se echó a un lado en el momento justo y le asestó un tajo en su largo cuello con el hacha que blandía.

El dragón cayó abatido al suelo, con la cabeza cercenada mientras el caballero del

sol atacaba a Kirah con una estocada. El draconiano bloqueó el ataque con un suave movimiento de cadera y un eficaz uso de la espada, desequilibrando a su oponente momentáneamente.

Después aprovechó ese instante para hundir su espada en el corazón del caballero al atravesarle la reluciente coraza.

Con otra amenaza más superada quisieron reemprender la marcha, pero se vieron rodeados por docenas de monstruos, lagartos, dragones, caballeros y todo tipo de peligrosas criaturas.

Los tres buscaron sus espaldas y se pusieron en guardia, tratando de encontrar una manera de salir vivos de esa situación.

—¿Alguna idea? —preguntó Kho-Kith.

—No —se desesperó su hermano.

—En absoluto —continuó Kirah, tragando saliva.

Cuando ya estaban listos para afrontar su fatal destino, los monstruos que los amenazaban se pararon en seco y después huyeron despavoridos. Este gesto, lejos de tranquilizar a Kirah y a los hermanos edeineses, los alarmó aún más.

—No quiero saber de qué huyen todas esas cosas —se asustó Zein-Sho.

—Pues lamento desilusionarte, pero creo que no tardaremos en averiguarlo —comentó su hermano.

Kirah miró a sus compañeros y agarró la empuñadura de Ribokan con firmeza.

—A muerte.

Los hermanos asintieron y se prepararon para el combate. Sus corazones se aceleraron, sus músculos se tensaron y un sudor frío les resbaló por la frente.

Ante ellos se presentó un gigantesco caballero con una armadura dorada tan reluciente como los rayos del sol en una mañana de primavera. A su espalda llevaba dos espadas del tamaño de un hombre y a un lado de la cadera, una que doblaba el tamaño de las otras. A través de la fina ranura de su yelmo podían distinguirse unos ojos fríos que ofrecían una mirada intensa y poderosa con la que pretendía intimidar a los intrusos.

—Os estaba esperando, príncipe Kirah —dijo con una voz grave—. Os escoltaré al templo del Sol.

—¿Quién sois? —desconfió Kirah—. ¿Cómo sabéis mi nombre? ¿Por qué queréis ayudarnos?

—Soy el protector de esta ciudadela. Mi deber es ayudar al elegido que ha de recibir el poder divino.

—¿Y por qué no has venido antes? —interrogó Kho-Kith.

—Era una de las pruebas de valor del señor Odín —explicó el caballero—. Está satisfecho y quiere que continuéis con la siguiente.

—Yo no me fío —dijo Zein-Sho.

—Ni yo —señalaron Kirah y Kho-Kith al unísono.

—Lo entiendo, pero no hay tiempo que perder. Debéis someteros al juicio del

Cetro del Sol.

—Tú decides, Kirah —dijo Kho-Kith.

—Es cierto que el tiempo es crucial, pero, ¿cómo podemos confiar en él? —se preocupó el príncipe.

—Confiad pues en vuestro instinto. Os enseñaré el camino hasta el corazón de la ciudadela. Si queréis o no seguirme es cosa vuestra —señaló el guardián emprendiendo la marcha.

—Mierda... —se lamentó Kirah—. Vale. Vamos a seguirle si las cosas se tuercen nos las apañaremos, como hemos hecho hasta ahora.

—Espero que sepáis lo que hacéis —se resignó Zein-Sho.

—Yo también —dudó Kirah, antes de seguir al caballero de oro.

El guardián les condujo hasta el templo del Sol, como había prometido. Al llegar, los tres compañeros quedaron impresionados por la grandeza de tan magna construcción, que eclipsaba al astro con el que compartía el nombre.

El paladín áureo abrió las puertas del templo y les pidió que entrasen para comenzar el juicio de valor.

El interior era menos brillante y algo más siniestro. No demasiado lejos, bajo el busto de un dragón de fiera apariencia; yacía el cetro del Sol sobre un pedestal exquisitamente decorado.

—Ahí está... —dijo Kirah, con cierta incredulidad.

El draconiano miró el zafiro que Rothgar le había entregado y este salió volando de su mano para engarzarse en el cetro del Sol cuando Kirah estuvo lo suficientemente cerca.

El príncipe recogió el cetro y lo miró con deseo. Entonces este se volvió loco. Quería moverse, escapar de las manos que lo empuñaban. Kirah trató de sujetarlo, pero la voluntad del cetro era indomable.

Sus dos amigos intentaron ayudarlo, pero el cetro los repelió.

El príncipe de Draconia recordó las palabras de Rothgar. Una de las posibilidades de las que le había hablado era que tratase de dominar el poder del cetro por la fuerza, convirtiéndose entonces en aquello contra lo que había estado luchando.

Optó por dejar de forcejear y permitió al objeto actuar como quisiera. Las esencias espirituales del cetro del Sol y del zafiro combinadas comprendieron que Kirah había superado la prueba de voluntad: «El elegido no debe desear un poder que no pueda controlar, de lo contrario, será consumido por él».

El arma legendaria reconoció por fin la voluntad del príncipe y le permitió convertirse en su maestro.

—Ahora que el cetro del Sol vuelve a estar completo, introdúcelo en la boca del dragón —le dijo el paladín de oro.

Kirah miró unos instantes al guardián, que no se separaba de las puertas, y luego hizo lo que le pidió. Por toda la habitación deslumbró una brillante luz blanca, obligando a todos los presentes a cubrirse los ojos.

Cuando este fenómeno cesó, todo estaba más oscuro de lo normal. El glorioso templo del Sol ya no brillaba como lo hacía instantes antes. Ahora tenía el mismo aspecto que una siniestra catedral de piedra fría.

El valle de la Tarde se había apagado y el cetro del Sol brillaba con más intensidad que nunca, suspendido en el aire.

Kirah se acercó hacia el cetro con intención de recogerlo bajo la mirada atónita de sus aliados.

Según acercaba su mano, sentía la poderosa energía divina que fluía por el cetro del Sol hasta que finalmente lo agarró, y esa energía recorrió su cuerpo como un escalofrío.

El draconiano se quedó mirando el objeto que sujetaba, como poseído, pero pronto ocurriría algo que le haría salir de su estado hipnótico; algo que causaría confusión también a los hermanos edeineses: el guardián cerró las puertas bruscamente.

—Muy bien. Ahora dame ese cetro si no quieres morir.

—¿Cómo dices? —se extrañó Zein-Sho.

El paladín ríe.

—Lamento desilusionaros pero el verdadero guardián de la ciudadela murió cuando intentaba protegeros de mí —explicó el caballero—. Solo el elegido podía restaurar el cetro del Sol, de modo que robé su armadura y suplanté su identidad para obligaros a completar el arma legendaria de Odín.

—¿Pero quién eres entonces? —se enfureció Kirah.

—Mi nombre es Jadrat —confesó el falso guardián.

—El líder de los Sinjan —concluyó Kho-Kith.

—Exacto —asintió el traidor—. Ahora, príncipe Kirah, dadme ese cetro y podréis conservar la vida tanto vos como vuestros aliados.

—Conseguirás el cetro sólo si se lo arrebatas a mi cadáver —desafió Kirah.

—Sois tan arrogante como todos los que os precedieron a lo largo de la historia. Solo porque el cetro haya aumentado vuestros poderes no significa que estéis a mi altura, pues yo soy eterno y viviré por siempre.

—Entonces tendremos que poner remedio a eso —sentenció Kirah.

—Kirah ha superado el juicio de Odín. Cuando acabemos contigo Excoya y su ejército estarán condenados —añadió Kho-Kith, uniéndose a la batalla.

—El salón de Rothgar exhibirá tu cabeza como trofeo al final del día —apoyó el hermano menor del rey de Absalon.

Jadrat desenfundó las dos espadas que llevaba a su espalda y adoptó su pose de combate.

—Venid pues para que os envíe a los brazos de la muerte.

Jadrat blandió sus gigantescas espadas, presionando a sus enemigos sabiendo que no podían bloquear sus golpes, pues sin duda los arrasaría. Kirah y sus aliados no tenían más remedio que esquivar sus ataques sirviéndose de su agilidad y sus reflejos.

Tras evadir uno de los mandobles, Kho-Kith tuvo el tiempo suficiente para concentrar su poder mental y lanzar un conjuro de rayo, aunque el Sinjan lo devolvió con un simple golpe de espada.

El haz ganó velocidad y Kho-Kith apenas tuvo el tiempo necesario para saltar y esquivarlo.

Kirah lanzó instintivamente una descarga de energía con el cetro del Sol, pero Jadrat no se molestó ni siquiera en apartarse, pues el poder divino no afectaba a su armadura.

—¡Mierda! —bramó el príncipe.

Mientras seguían esquivando las constantes embestidas del monstruoso enemigo, Zein-Sho tuvo tiempo de descargar otro rayo desde su tridente.

El caballero dorado lo desvió nuevamente y, a continuación, disparó un haz de energía tan afilada como una cuchilla a través de una de sus espadas. Zein-Sho no fue lo bastante ágil para evitarlo, y la hoja energética le rozó el muslo, haciéndole un corte y derribándolo.

El Aura de Kho-Kith estalló entonces de cólera. El edeínés levantó su hacha por encima de su cabeza y luego la lanzó hacia arriba describiendo un semicírculo desde atrás hacia adelante.

—¡¡¡Colmillo de Tiburón!!!

El hacha describió un recorrido circular antes de volver a las manos de su dueño. Según lo iba haciendo, un rastro de energía espiritual imbuida con el poder elemental del agua iba tomando la forma de un colmillo, que salió dirigido contra Jadrat como si fuese una bala.

El Sinjan dorado cortó la ola con sus dos espadas, como si fuese mantequilla. Acto seguido, ejecutó un molimiento circular con ambos brazos para lanzar dos cuchillas de energía a través de sus espadas que Kirah y Kho-Kith lograron esquivar de milagro.

El Sinjan se encaró entonces al rey de Absalon. Mientras este hacía lo imposible por zafarse de sus poderosos ataques, Kirah aprovechó para recuperar el aliento entre jadeos.

—Mierda... ¡Qué duro es! Su guardia es impenetrable. El único momento en que la deja abierta es tras lanzarle una descarga con el Cetro del Sol... ¡Un momento! ¡Ya lo tengo! —sonrió Kirah—. ¡Aguanta, Kho-Kith!

—¡Haré lo que pueda! —gritó el edeínés.

El draconiano corrió hacia Zein-Sho y le ayudó a ponerse en pie.

—Zein-Sho, voy a lanzar una descarga con el cetro para obligarle a bajar la guardia.

Cuando lo haga dale con lo más fuerte que tengas.

El joven edeínés asintió.

—Hecho.

—¡Eh, desgraciado! —gritó Kirah, para llamar la atención de Jadrat.

El príncipe de Draconia lanzó otra descarga con el cetro del Sol, que su enemigo recibió con los brazos abiertos, mofándose de su adversario, mostrando nuevamente con orgullo su invulnerabilidad al poder divino del cetro.

—¡Espada de cristal! —gritó el hermano del rey empujando su mano hacia adelante.

Una gigantesca hoja espectral se materializó desde el brazo del edeínés y salió disparada contra su enemigo, que impactó de lleno en su coraza.

Kirah se sirvió de la ventaja que le había brindado el ataque sorpresa que su enemigo había encajado y corrió hacia él.

Tras unos metros, dio un gran salto y lo golpeó en el pecho con una potente patada.

Después de asestarle el golpe, se impulsó sobre la coraza del Sinjan para saltar hacia el otro lado. Jadrat perdió el equilibrio sin llegar a caerse, sin embargo, el impacto consiguió que las espadas se le cayeran de las manos y quedaran clavadas en el suelo, ante la alegría de sus enemigos.

Kirah aterrizó y continuó presionando a su rival, ejecutando un ágil salto hacia él. Sus ojos rojos brillaban con el ardor del fuego a la par que su garganta dejaba escapar un grito de furia.

A medida que se iba acercando a su objetivo, la hoja de la espada sagrada se colmaba de energía espiritual, haciendo que el fuego fatuo del Averno ardiera en ella hasta envolviéndola por completo.

Tras el primer golpe, que conectó con éxito, giró sobre sí mismo para encadenar otro, y otro, y otro más.

—¡¡¡¡Torbellino de Fuego!!!!

El Sinjan se apoyó en la pared para no caerse mientras contempló, colmado de rabia, cómo su coraza se había mellado.

Kho-Kith lanzó su hacha justo contra la parte mellada de la coraza del Sinjan dorado. Este vio las intenciones del rey edeínés y agarró el hacha en pleno vuelo con la mano para devolverla instantes después.

El arma degollaría a Zein-Sho, pues estaba herido y no podría esquivarla. Kho-Kith se lanzó a la carrera para salvar a su hermano. Saltó hacia él y lo apartó de la trayectoria del hacha, que quedó clavada en el muro.

Jadrat se quitó la coraza mellada con una mano y desenfundó la gran espada que llevaba en la cintura con la otra. Lo que hasta ahora habían pensado que era su coraza solo era un escudo; debajo llevaba otra mucho más resistente, con el estandarte del sol brillando en lo más alto del valle de la Tarde.

Kho-Kith gritó de cólera y corrió hacia el Sinjan. Este le dio un golpazo con el escudo y lo derribó, mandándolo de vuelta unos cuantos metros.

Zein-Sho intentó levantarse, pero estaba demasiado agotado por su último ataque, así que no pudo evitar caer de rodillas.

El Sinjan atacó a Kirah con un tajo a la altura de la cintura con intención de



partirlo en dos, pero el draconiano saltó como una bala imparable hacia arriba, con el símbolo de los Draconianjin brillando en su frente y los ojos completamente blancos. Cuando tocó el altísimo techo se dio media vuelta y se impulsó en él para caer en picado hacia su enemigo.

A medida que bajaba, la hoja de Ribokan iba creciendo, rodeada de un aura verde, rebosante de poder.

—¡Ultima Arma!

Jadrat bloqueó el ataque con su escudo, pero la ferocidad del impacto le obligó a retroceder un par de pasos.

Kirah siguió entonces acosando al Sinjan, cambiado los roles de atacante y defensor, sin ofrecer un respiro a su némesis.

Jadrat vio durante unos instantes un fallo en el ataque de Kirah y lo aprovechó para arremeter el escudo por delante, bloqueando el arma del príncipe con tanta fuerza que esta voló de la mano que la sujetaba.

El heredero de los Dragones Ardientes sabía que su rival no le permitiría armarse de nuevo con Ribokan, de modo que se preparó para combatir usando el estilo jojitsu<sup>[37]</sup> sirviéndose del cetro. Sin embargo, antes de poder entablar combate algo les interrumpió.

—¡Dragón de agua!

—¡Dragón de fuego!

Kho-Kith y Zein-Sho habían acumulado la energía suficiente para atacar con todo el poder de sus auras, invocando los espíritus de sus dragones guardianes para que desencadenasen su furia sobre Jadrat.

El Sinjan no tuvo tiempo de evitar los ataques combinados de los hermanos edeineses, pero eso no sería suficiente para derrotarlo.

—¡Ahora, Kirah! ¡¡¡Destrózalo!!! —exclamó Kho-Kith.

El príncipe se llevó las manos a la cintura y se puso de medio lado mientras chispas y rayos rodearon su cuerpo, otorgándole un poder colosal.

—¡¡¡¡Lightning Kuradoh!!!!

La poderosa ola de energía se unió a las desatadas por Kho-Kith y Zein-Sho.

Jadrat no fue capaz de resistir un fuerza tan descomunal y cayó derribado, atravesando el muro, haciendo que la luz de la luna iluminara el interior del templo del Sol.

Cuando el polvo se desvaneció, Jadrat se levantó malherido, con la armadura destrozada, dirigiéndoles una mirada de odio y luego huyó como pudo entre las sombras.

No habían podido acabar con su vida ni tampoco podían perseguirlo, pues estaban exhaustos tras ese último esfuerzo, pero habían vencido.

—No importa. Ya no es una amenaza y tenemos el cetro del Sol —jadeó Kirah, recuperando su aspecto normal.

—Príncipe Kirah, yo... Creo que os debo una disculpa —señaló Zein-Sho—. Os

dije cosas horribles en nuestro primer encuentro.

—Pero no te faltaba razón —le calmó Kirah—. Mi debilidad ha costado muchas vidas.

Demasiadas...

—Pues ahora has demostrado tu fuerza —señaló Kho-Kith—. Volvamos a Loa y escuchemos lo que Rothgar puede decirnos sobre el cetro del Sol.

## 31. Escape de la Torre Negra

Los ojos de Karay-Jinn apenas veían. Quería abrirlos, pero no tenía fuerzas; sus párpados se empeñaban en cerrarse.

Cuando por fin logró mantenerlos abiertos durante varios segundos seguidos se dio cuenta de que sentía un fuerte dolor de cabeza y de que la estaban arrastrando, tirando de sus pies, por un pasillo lóbrego y angosto.

Estaba aturdida y no podía hacer nada salvo luchar por mantener la consciencia.

Finalmente el monstruoso y grotesco demonio que tiraba de ella se encaminó hacia una cámara sucia de sangre reseca por todas partes y que inundaba el aire con un hedor nauseabundo.

Una vez dentro, la lanzó sobre un montón de cuerpos apilados y salvajemente mutilados.

El demonio se marchó tras un portazo, dejándola en compañía de unos angustiosos gritos que se escuchaban peligrosamente cerca.

La joven elfa se sacudió la cabeza para observar mejor el entorno y contempló horrorizada cómo una criatura de aspecto repugnante acallaba los gritos del pobre diablo que yacía tumbado sobre una mesa, decapitándolo con un gigantesco machete tras haber descuartizado previamente su cuerpo.

Se escondió detrás del muro que tenía delante y que hacía esquina con la pequeña sala donde el siniestro carnicero estaba llevando a cabo tal macabro acto mientras disfrutaba cantando.

Estaba tan aterrada por la escena que acababa de presenciar que no había notado lo que llevaba alrededor del cuello: un collar de Gehena<sup>[38]</sup>. La elfa estaba desesperada y lloraba en silencio, maldiciendo su situación mientras no dejaba de observar al carnicero.

Lo que veía era un horror. Pese a que su víctima ya estaba esparcida por toda la mesa en incontables pedazos, el monstruo seguía descuartizándola, regodeándose con la sangre arterial que salía a presión y manchaba sus mugrientos harapos. Pero también pudo ver algo más. Colgado de la parte trasera de su cinturón llevaba un juego de llaves.

—Puede que ahí esté la llave que abra este collar —pensó.

El carnicero pareció cansarse por fin de mutilar el cuerpo que tenía delante y se adentró en un pasillo que había un poco más a la izquierda justo en el mismo momento en el que la puerta por la que había entrado en aquella habitación se abría de nuevo.

—¡Mierda, mierda, mierda!

Karay-Jinn corrió a esconderse bajo la mesa del demonio mutilador mientras otra abominación infernal tiraba otro desafortunado a la pila de cuerpos.

Antes de que pudiera mover un músculo, el carnicero estaba de vuelta, golpeando

el cadáver con otro objeto de gran fuerza.

La mesa se estremecía sobre ella con golpes ahogados y pedazos de carne y vísceras que caían al suelo. La escena la tenía completamente paralizada por el miedo.

La chica se llevó las manos a la boca para mitigar el sonido de su acelerada respiración y esforzándose por mantener la cabeza fría.

El demonio se dio la vuelta y se detuvo delante de la estantería que tenía delante para observar las herramientas con las que continuaría su trabajo.

—Es ahora o nunca... —se dijo Karay-Jinn a sí misma viendo las llaves a su alcance.

Extendió el brazo con sumo cuidado intentando frenar el temblor que el miedo producía en su mano hasta llegar a rozar el manajo oxidado.

—Ya está, vamos... —se animó.

Finalmente, templó sus nervios y cogió las llaves, pero el carnicero notó algo extraño y se giró, gruñendo y buscando entre las sombras como un depredador alertado por la presencia de una posible presa.

Karay-Jinn pensó que estaba sentenciada y que había cometido su último error, pues cuando el monstruo que tenía junto a ella no divisara nada en el resto de la habitación miraría en el único lugar posible: bajo la mesa en la que se escondía.

Sin embargo, lo que el demonio vio fue al último hombre al que habían arrojado junto a los demás cadáveres, que despertaba de su letargo y gritando desesperado por salvar su vida.

El carnicero se acercó hasta él riendo con crueldad bajo la mirada de Karay-Jinn, que contempló cómo aquel pobre infeliz era brutalmente asesinado de la manera más sádica que jamás había visto, mientras se maldecía a sí misma por no poder hacer nada.

Con lágrimas recorriendo sus mejillas, aprovechó que la criatura estaba disfrutando de su nuevo juguete para escabullirse por el pasillo de la izquierda rogando que hubiera una salida.

La diosa fortuna pareció sonreír a la muchacha, pues encontró unas escaleras de caracol que subían. Ya solo le faltaba probar si alguna de las llaves que había conseguido abriría el cerrojo de su collar y, tras varios intentos fallidos, por fin dio con una que logró liberarla de su yugo.

Al final de las escaleras se encontró con una sala repleta de celdas que se extendía varios niveles hacia arriba, custodiada por un carcelero que estaba medio dormido sobre una mesa.

Cerca de la criatura pudo ver una gran cantidad de armas y equipos, sin duda arrebatados a los presos, así como una bolsa élfica del infinito. Su suerte mejoraba por momentos. En cuanto se ocupara del guardia podría recoger una gran cantidad de objetos y liberar a los prisioneros.

La elfa avanzó un par de pasos y el guardia se despertó, pero ella reaccionó

rápido y se abalanzó sobre el demonio. Le dio un fuerte puñetazo en la garganta; y luego lo agarró y le tapó la boca mientras se colocaba a su espalda. Después; aún con la mano en su mugrienta y apestosa boca, hizo un giro brusco y le partió el cuello.

La elfa recogió todo el equipo que pudo en menos de diez segundos, metiéndolo dentro del zurrón élfico y se lo colgó del hombro. Ahora podría iniciar el rescate.

—¿Karay?! —resonó una voz cercana.

—¿Ember! —se alegró la elfa mientras se acercaba a la celda donde se encontraba el caballero del Dragón.

—¿Estás bien? —se preocupó Ember, ahora despojado de su armadura.

—Sí. Por poco, pero sí —afirmó Karay-Jinn—. Te quitaré el collar de Gehena —continuó, abriendo la cerradura del demoniaco accesorio que rodeaba su cuello.

—Gracias. Karay —sonrió el caballero, acariciando la piel que antes tenía cubierta bajo el collar.

—Deja que intente ver si alguna de estas llaves abre tu celda.

—No te preocupes. Ahora que ese trasto no inutiliza mis poderes puedo recurrir al espíritu del dragón —afirmó Ember, empuñando dos barrotos con fuerza hasta que logró doblarlos mientras su cuerpo brillaba con un fulgor rojo intenso.

—Toma. Coge algunas armas y ayúdame a rescatar a los demás —le dijo la elfa cuando el caballero logró salir.

—¿Eh! —gritó alguien detrás de ellos.

Un demonio carcelero se llevó un cuerno a los labios y lo hizo sonar antes de que uno de los shurikens plateados de Karay-Jinn se clavase en su garganta. No había sonado con fuerza, pero lo suficiente como para que alguna patrulla viniera a inspeccionar.

—Esto se va a poner movido —dijo Ember.

—¿Hay que darse prisa! —apoyó Karay-Jinn.

Ember y su compañera empezaron a liberar prisioneros, iniciando un motín antes de que varios soldados infernales irrumpieran en la sala, desencadenando una batalla campal.

La primera oleada de demonios cayó cuando una flecha atravesó el cráneo de uno de los monstruos desde atrás.

—¿Derkel! —se alegró Karay-Jinn.

Su compatriota y Hazulka habían roto la retaguardia demoníaca, concediéndoles la ventaja que les condujo a su primera victoria dentro de la prisión.

—¿Estáis bien? ¿Cómo habéis escapado? —se interesó Ember.

—Estamos bien —asintió el elfo—. Durante la tortura en el interrogatorio, ese sádico traidor rompió mi collar de Gehena sin darse cuenta.

—Después cuando el carcelero nos quiso llevar a las cámaras inferiores Derkel se deshizo de él y nos rearmamos —explicó Hazulka—. ¿Qué hay de vosotros?

—Será mejor que dejemos las explicaciones para más tarde —interrumpió Derkel—. Tenemos que volver al Valgard para avisar a Kirah.

—Entonces hay que salir de aquí La influencia del Infierno es demasiado fuerte en este lugar —señaló Ember.

—Bien. Nos ocuparemos del resto de presos más tarde. Vámonos antes de que vengan más aberraciones infernales —dijo Derkel, lamentando tener que tomar esa decisión.

## 32. El regreso del dragón

Kirah y sus dos aliados volvieron a Loa, donde preguntaron a Rothgar cómo liberar el poder del cetro del Sol.

El anciano les contó que el ritual solo podía llevarlo a cabo alguien con una fuerte conexión con el reino de los dioses y que, desgraciadamente no había nadie con esa fuerza en Odín.

El príncipe de Draconia enseguida pensó en Kido para tal cometido y quiso partir con premura, pero su anfitrión, así como el rey de Absalon y su hermano, le instaron a descansar esa noche para recuperar fuerzas.

Su batalla en la ciudadela los había dejado agotados y, por mucha voluntad que hubiera, aún le quedaba librar la confrontación más difícil; y debía estar preparado.

Tras una dura discusión Rothgar y Kho-Kith lograron convencer a Kirah de que demorase el regreso a su patria una noche, con el propósito de asegurar un retomo con sus facultades al máximo.

Mientras, Excoya contemplaba impávida la vastedad de las estrellas desde el ventanal de su estudio privado en su nave nodriza.

—Mi señora —la llamó una voz a su espalda, interrumpiendo sus silenciosas maquinaciones.

—¿Qué ocurre, Tigrito? —preguntó la bruja, sin inmutarse.

—Los Sinjan han sido derrotados. La mayoría ha muerto —informó el hombre tigre.

—¿Eso es todo? —continuó Excoya.

Tigrito dudó unos instantes y, después de pensárselo durante unos segundos, continuó su informe.

—Las tropas hablan, mi señora. Dicen que habéis perdido el norte y que vuestras órdenes son confusas y sin sentido.

—¿Y tú compartes su preocupación? —se interesó Excoya, volviéndose por fin hacia su subordinado.

—Veréis... Me preocupa esa obsesión que tenéis con Dracorum. ¿Por qué centramos en uno solo planeta cuando hay tantos más por conquistar y de donde obtendríamos más beneficio? —confesó Tigrito.

—Quiero que el príncipe Kirah sufra. Quiero arrebatarle todo cuanto quiere. Es el único capaz de desafiar nuestra supremacía. Será un ejemplo para cualquiera que ose desafiarme —dijo Excoya con tono iracundo.

—Entonces, ¿por qué esa repentina campaña en Odín? ¿Por qué dividir el grueso de nuestras tropas para tomar una colonia de bárbaros sin importancia? ¿Por qué no dejar que el príncipe perdiera el tiempo allí y centramos en el objetivo principal?

—Ya te lo he dicho. Quiero arrebatárselo todo. Necesitaba entretenerlo hasta completar los preparativos para la invocación. —se defendió la bruja.

—¿Por qué entonces no iniciar la conquista de Gaia? De ese planeta

conseguiríamos incontables esclavos humanos fácilmente domesticables y desechables y no habría necesidad de inmolar a mis hombres.

—Tigrito... —dijo Excoya con voz dulce mientras se acercaba a su general—. Hay preguntas que es mejor dejar sin contestar. ¿Qué me dirías tú si yo te preguntara si te gusta lo que ves cuando espías detrás de la puerta de mi alcoba?

El hombre tigre enmudeció de golpe.

—Tranquilo. Me gusta que me veas. Incluso desearía que te unieras. Por eso la dejo entreabierta —continuó Excoya, acariciando la túnica de Tigrito y buscando su mirada con lujuria mientras se acercaba aún más—. Bésame.

El general quiso obedecer la última orden de su señora, pero la bruja clavó un puñal en su vientre y después subió la mano, abriéndolo en canal hasta el pecho con una mirada sádica, regodeándose del sufrimiento y desconcierto de su esbirro. Después extrajo el arma y lo remató, clavándosela fuertemente en el cuello con desprecio.

—Apartad esta basura de vista —ordenó a dos guardias que custodiaban su puerta—. No toleraré que nadie me cuestione. Aquel que tenga algo que decir que guarde sus fuerzas para morir en el frente o ante mí... Y que este gusano sirva de ejemplo.

—¿Estás seguro de que no quieres que te acompañe? —insistió Kho-Kith, a la mañana siguiente, antes de que su amigo partiera.

—Completamente. Vosotros aún tenéis una lucha que liderar aquí contra las fuerzas de Excoya. Sólo lamento no poder quedarme a ayudar, pero te prometo que volveré una vez haya acabado con esa bruja —respondió Kirah.

—No te preocupes. Los Sinjan están acabados y, cuando mates a Excoya, los restos de su ejército se dispersarán como el polvo en un desierto —aseguró el rey de Absalon—. De todas formas insisto en que si nos necesitas estaremos aquí.

—Gracias, amigo. Espero que la próxima vez que nos veamos sea para celebrar nuestra victoria definitiva —se despidió el príncipe draconiano, sonriendo con espereza.

Kirah emprendió el viaje a su hogar impaciente por acabar la lucha que tantas vidas había destruido. Pronto Excoya recibiría por fin el castigo merecido por sus crímenes y el universo respiraría aliviado bajo una nueva era de paz.

Sin embargo, cuando el príncipe acarició el cielo de Dracorum contempló con horror hasta dónde podía llegar el poder y la crueldad de su enemiga.

Draconia era ahora una ciudad fantasma, rebosante de muerte y ríos carmesíes, alfombrada por incontables cadáveres bajo un cielo gris y triste colmado de nubes negras.

Junto al castillo Yarracus se erigía ahora una demoníaca torre que surgía de las profundidades de la tierra, gobernando siniestramente las ruinas de la Ciudad Blanca.

—¿Qué... qué ha pasado...? —se desesperó Kirah—. Apenas he estado fuera un día. Excoya estaba acorralada... ¿Cómo ha sido esto posible? —añadió el joven príncipe, luchando por contener la rabia que en ese momento le consumía.



El draconiano corrió por las calles, tratando de buscar algún superviviente; alguien al que aún pudiera proteger y que le contara lo sucedido.

Su búsqueda fue en vano, acrecentando su desánimo a cada zancada que daba.

—Nadie... No hay nadie —se lamentó—. Espero que Kido sepa decirme lo que ha pasado.

Kirah abrió un portal al Valgard y se apresuró a cruzarlo.

—¡Muchacho! ¡Por fin has vuelto! ¿Estás bien? —se preocupó Kido.

—Kido... ¿qué ha pasado?

—Fue una trampa. Excoya atacó, tal y como dijiste. Gracias a los portales, tus amigos reclutaron un ejército inmenso en apenas unas horas y después atacaron la guarida de Excoya —comenzó a Explicar Kido—. Pero esa bruja les dejó conocer su ubicación adrede para capturarlos a todos a la vez y encerrarlos en las profundidades de la Torre Negra, que invocó del mismo Infierno. Ella sabía que te marcharías a hacerte con el cetro del Sol y envió a sus mejores soldados allí solo para retenerte el tiempo necesario para llevar a cabo su malévol plan. Y yo... no pude hacer nada por ayudarlos... Me sentí tan impotente...

—Kido, le juré a Sheevela con mi sangre que Excoya lo pagaría; y voy a cumplir esa promesa aunque mi alma se condene a las profundidades del Averno —dijo Kirah dejando que el odio hablase por él—. En Odín me dijeron que solo alguien con una fuerte conexión con el mundo de los dioses puede llevar a cabo el ritual para otorgarme el poder divino. ¿Crees que serás capaz de hacerlo tú?

Kido asintió con tristeza y rabia.

—Sí. Yo me ocuparé.

—Perfecto. El conjuro está grabado en las runas que decoran el cetro —explicó Kirah entregándole el cetro del Sol.

El vigía del Valgard recogió el objeto y lo contempló con avidez.

—Ha llegado la hora. ¿Estás listo? —preguntó Kido.

—Sí —sentenció el príncipe.

—Entonces... —dijo Kido, preparándose para sincronizar su fuerza espiritual con la del propio Valgard.

Cerró los ojos y calmó su respiración, sujetando el cetro con firmeza. Cuando por fin su alma estuvo en comunión con el reino divino, Kido abrió de golpe los ojos. Estaban completamente en blanco, en trance, y su cuerpo temblaba entre fuertes espasmos hasta que, finalmente, pronunció el conjuro grabado en el objeto místico que sostenían sus manos.

El cetro brilló con tanta intensidad que obligó a los dos a apartar momentáneamente la mirada.

Cuando por fin la fortísima luz se apagó, el cetro del Sol había dejado su dorado esplendor atrás, luciendo ahora tonos plateados.

—¡Al fin! ¡El cetro de la Luna! Ahora ya todo está a punto para la invocación —se alegró Kido, con una extraña sonrisa de satisfacción inundando el fresco vergel

que había sido testigo de aquel calculado engaño.

—¿Kido? ¿Qué significa esto? —se desconcertó el draconiano.

—Que gracias a ti por fin la invocación ha sido un éxito. Debo expresarte mi gratitud.

—¿Qué?!

—Vamos, Kirah. ¿De verdad creías que podrías haber llegado tan lejos si no hubiera estado en los planes de Excoya? Necesitábamos que encontrases el cetro del Sol y que lo colmaras con oscuridad. Lo has hecho muy bien.

—¿Me has utilizado?! —se enfureció Kirah.

—Y no sólo a ti. También a todos tus amigos, incluido Xeev. Ha sido un trabajo muy duro, especialmente para conseguir que todo se saldara en esta noche.

—¿Esta noche? ¿Qué tiene de especial esta noche? —preguntó Kirah.

—Hoy es la Noche de Belthane. Las puertas del Infierno son especialmente frágiles durante esta noche, por eso el demonio debía ser invocado hoy.

—Voy a matarte —afirmó el draconiano.

—Creo que mi amigo no está de acuerdo —sonrió Kido, abriendo un portal—. Es todo tuyo, Jadrat —concluyó, atravesando la puerta interdimensional.

—¿Jadrat?! —se sorprendió Kirah.

Detrás del príncipe estaba el Sinjan contra el que había luchado en Odín. Despojado de su armadura dorada y vestido con un uniforme negro, golpeó a su enemigo con fuerza, derribándolo sin que este pudiera evitarlo.

—Vamos, miserable... —sonrió Jadrat.

Kirah se levantó con la rabia recorriendo cada partícula de su cuerpo. Su mente la ocupaba ahora por completo una sensación de traición tan profunda que se clavaba en su alma como dardos envenenados. Tantas muertes a causa de un plan premeditado y perfectamente estudiado del que él mismo había sido el ejecutor sin haberlo sabido.

—Os mataré... ¡¡¡A todos!!! —gritó Kirah.

—Sí... A ver qué sabes hacer... —se burló Jadrat.

El cuerpo del draconiano empezó a brillar con un aura de color verde intenso mientras la marca de los Draconianjin aparecía en su frente.

Su pelo resplandeció rojo como el fuego y sus ojos se ennegrecieron como la más espesa de las noches. Jadrat empezó a asustarse cuando vio cómo el cuerpo de Kirah pronto empezó a estar recubierto de escamas verdes de dragón y cómo crecieron dos alas majestuosas en su espalda.

—No... No... Esto no debía...

—Haz las paces con tu señor porque voy a enviarte al Infierno con él. Dile que será el siguiente —sentenció Kirah, lanzándose al ataque y despedazando a su enemigo con las garras Draconianjin que crecieron en sus manos.

Kido regresó a Draconia con una sonrisa orgullosa en los labios. Todo había salido como Excoya quería y se sentía orgulloso de haber complacido a su señora.

—A ver cuánto tarda el principito en llegar. Si todo va según lo previsto, Jadrat

debería estar ya muerto —pensó, en voz alta, encaminando sus pasos hacia la torre Negra.

Justo en ese momento, Ember, Hazulka, Derkel y Karay-Jinn cruzaban sus puertas, liderando a una multitud de soldados liberados.

—Mirad lo que he encontrado. Unas ratitas saliendo de su jaula —se burló Kido.

—Tú... —se enfureció Derkel.

—¡Vas a morir, traidor! —bramó Ember, lanzándose al ataque, seguido por el resto de sus compañeros.

Kido alzó el cetro de la Luna y creó un haz de energía que repelió a sus atacantes.

—AL me aburrís. Esperaba más de vosotros, la verdad —soltó con desprecio.

El traidor blandió su recién adquirida arma y después desató un brutal ataque mágico a través de ella.

—¡Morid, escoria!

Ember y los demás se prepararon para recibir el ataque mortal, resignándose con impotencia a cruzar las puertas del Valgard para no volver jamás, pero cuando todo parecía perdido algo detuvo el impacto.

Un hombre con el cuerpo recubierto de escamas y alas de dragón estaba parado delante de ellos y había neutralizado el poder del cetro de la Luna.

—¿Pero quién...? —se sorprendió Hazulka.

—No puede ser... —intentó decir Karay-Jinn.

—¿Kirah? —dudó Derkel.

—¡¿Cómo has dicho?! —exclamó Ember.

—Ayudad a los demás. Yo me encargo de esto —dijo Kirah con tono frío y sin apartar la mirada del traidor—. Voy a matarte, Kido —añadió endureciendo aún más su gesto.

—Vamos, ayudemos a los demás en la torre —dijo Ember.

—¿Vamos a dejar que luche solo? —se sorprendió Hazulka.

—¿De verdad crees que necesita nuestra ayuda? —preguntó Derkel.

—Tienes razón. Ayudemos al resto —asintió Hazulka.

Kido sonrió.

—¡¿De qué te ríes?! —se irritó Kirah.

—Sí, es posible que con el poder que tu odio ha despertado hubieras podido vencer al verdadero Kido.

—¡¿Qué...?! —se desconcertó el draconiano.

—El verdadero Kido murió hace muchos años de mi mano. Yo solo soy un doppelganger.

Mi misión era empujarte a esta situación —confesó el doble, antes de reírse de nuevo—. Ha sido tan fácil...

—Espero que hayas disfrutado de esa última carcajada, porque te aseguro que ha sido la última —sentenció Kirah lanzándose al ataque.

Kido lanzó la primera ofensiva, a través del cetro de la Luna, pero el draconiano

creó una barrera de energía con el poder de su mente y detuvo el impacto.

El cuerpo de Kirah pronto se vería envuelto por rayos y llamas, brillando además con un intenso color verde esmeralda, bajo la mirada desesperada de Kido, quien continuó lanzando ataques inútiles que se estrellaban una y otra vez contra el aura del draconiano, desintegrándose al impactar.

El príncipe de Draconia clavó su espada en el suelo y dejó escapar un creciente grito de poder, con sus ojos totalmente en blanco. Acto seguido se llevó las manos a un lado de la cintura.

Su rival disparó otra descarga a través del cetro, desesperado, mas Kirah saltó para esquivarlo y elevarse hasta el cielo, girando sobre sí mismo como si fuese un torbellino.

Cuando había tomado suficiente altura, se estiró por completo y abrió las alas.

La imagen espectral de un rugiente dragón se fundió con su cuerpo mientras se llevaba las manos a la cintura nuevamente.

—¡¡¡Genki Kuradoh!!! ¡¡¡Mordedura de Dragón!!!! —gritó el guerrero alado, extendiendo las manos hacia su adversario.

El doppelganger disparó otra ráfaga más a través del cetro de la Luna al mismo tiempo que la silueta del dragón espectral que había invocado Kirah se unió con la ola de energía del Genki Kuradoh en un feroz abrazo, aumentando el poder de aquella.

Cuando ambas fuerzas chocaron, la que había desatado Kirah se impuso y se abrió paso hasta alcanzar su objetivo, ocasionando una fuerte explosión que sacudió los cimientos del remo.

Derkel y el resto de aliados del príncipe no habían llegado a penetrar en la torre. La batalla que el joven guerrero estaba librando les había dejado anonadados, especialmente a Hazulka, pues no veía a Kirah desde el final de la guerra de las Sombras.

En el momento en el que la nube de polvo ocasionada por el impacto del Genki Kuradoh se extinguió, Kirah observó al doble de Kido herido de muerte en un cráter.

El draconiano se acercó para recuperar el cetro de la Luna, pero cuando estuvo a punto de recogerlo, este voló hacia un nuevo objetivo. Aquella legendaria arma estaba ahora en las manos de Excoya, que se había materializado cerca del cráter.

—Saludos, Kirah. Me alegro de verte.

—¿Quién eres tú? —preguntó Kirah a la mujer que sostenía ahora el cetro.

—Claro, nunca nos habíamos visto en persona. ¿Dónde están mis modales? —se burló la bruja, con una sonrisa maliciosa—. Soy Excoya, señora del mayor imperio que jamás haya existido; y quiero expresarte mi gratitud. Ya todo está listo para la invocación.

Ven a la torre Negra y disfruta de los frutos de tu trabajo.

El draconiano se abalanzó sobre ella, pero la hechicera se desvaneció en una nube negra que Kirah despedazó con sus garras, acompañando ese furioso impulso con un grito de rabia y frustración.

El príncipe draconiano sobrevoló las calles de Draconia hasta llegar a la torre, donde sus aliados y varios soldados aún estaban asombrados por las nuevas habilidades que había logrado desarrollar.

—Kirah... —quiso decir Derkel, cuando el guerrero aterrizó.

—Derkel, quiero que lideres a estos hombres y acabéis con las fuerzas demoniacas que esa malnacida ha desatado.

—No estarás pensando en enfrentarte tú solo a Excoya, ¿verdad? Sabes que te estará esperando.

—Sí, amigo mío. Me temo que no tengo elección. No puedo dejar que nadie más muera a causa de mi debilidad. Yo he ocasionado toda esta tragedia y soy yo el que debe remediarlo.

—Pues no te dejaremos. Iremos todos contigo —sonrió Ember.

—Dices que has sido tú el causante de todo, pero eso no es cierto, viejo amigo. Excoya ha sido la artífice de este desastre. Lo único que tú has hecho ha sido luchar sin descanso y arriesgar tu vida por todos nosotros. Ahora es nuestro turno de proteger la tuya —le saludó Hazulka.

—Me alegra verte con vida, Hazulka —sonrió el príncipe.

—No vamos a dejarte solo cuando más nos puedas necesitar —afirmó Karay-Jinn.

—Empezamos esto juntos y juntos será como lo terminaremos —añadió Derkel.

—Por Dracorum, por Draconia... ¡Por el rey Kirah! —bramó uno de caballeros draconianos, seguido por los vítores de los demás.

—Muy bien. Entonces demostremos a Excoya que se enfrenta a hombres y mujeres sin miedo, que la esperanza es la mayor y más fuerte arma que jamás haya visto y que la fuerza de nuestra unión convertirá esta torre en su tumba. Adelante, valientes, pues esta será la última batalla —animó Kirah—. Y recordad que os quiero a todos de vuelta —añadió con una sonrisa.

**LORE**

### 33. La última confrontación

Dentro de la torre el motín de los presos había extendido su caos por doquier en un sinfín de escaramuzas y combates desesperados.

Con cada demonio que regresaba al abismo del Infierno crecía la moral de los amotinados, estimulando a todos para dar lo mejor de sí mismos sin importar nada más que la aniquilación de sus carceleros.

Excoya se presentó delante de Kirah y sus compañeros, burlándose de ellos mientras subía corriendo por unas estrechas escaleras de caracol en un intento de provocarlos.

—¡No vas a escapar de mí! —gritó Kirah, corriendo hacia ella, seguido por los demás miembros de su partida.

Cada peldaño que subían resonaba con la risa confiada de la bruja y los gruñidos rabiosos del príncipe de Draconia rebotando en los muros de piedra oscura que rodeaban su ascensión.

Kirah recordó mentalmente a todos a los que Excoya había asesinado cruelmente; todas las familias que había destrozado y todo cuanto había arrebatado a cuantos habían tenido la desgracia de cruzarse en su camino, culminando ese pensamiento con las evocaciones de su hermano, Xeev, Yeng y de Sheevela.

—Hoy se os hará justicia a todos. No permitiré que Excoya escape —aseguró el joven draconiano.

La hechicera atravesó el umbral hasta la azotea de la Torre Negra y dedicó posteriormente una mirada burlona a su perseguidor, que alzó el vuelo impaciente para cruzar los últimos metros a mayor velocidad.

En ese instante Excoya sonrió orgullosamente y chasqueó los dedos. Kirah consiguió terminar su camino, accediendo también a la azotea, pero sus compañeros que venían detrás se golpearon con un campo de fuerza.

El draconiano se giró hacia el hueco de las escaleras, preocupado por sus compañeros.

—¡Derkel!

El elfo trató de romper el muro invisible que los separaba con el conjuro Rompebarreras, pero fue en vano.

—No hay forma —se lamentó Derkel, negando con la cabeza—. Encontraremos la manera de cruzar y ayudarte. Hasta entonces nos uniremos a los prisioneros y los apoyaremos para liberarlos.

—Suerte —asintió el príncipe.

—No te preocupes. Encontraremos la manera de pasar por aquí —se despidió el elfo.

—Pero bueno, Kirah. Casi lo estropeas todo. Yo quería estar a solas contigo. Si no hubiera tomado las precauciones necesarias tus amigos habrían estropeado nuestra pequeña fiesta privada. Kirah miró a su enemiga, reflejando en sus ojos el odio

intenso que sentía.

—Se acabó. Jamás permitiré que invoques a Lucifer. Voy a arrancarte el corazón y a convertirlo en cenizas en mis manos.

—Lamento desilusionarte, pero la invocación ya ha sido realizada con éxito —se rio Excoya—. ¿Ves la luna, teñida con el color de la sangre? —añadió, haciendo referencia al color carmesí de la luna llena, brillando entre las oscuras nubes que gobernaban el cielo.

—Imposible. No siento la presencia de Lucifer —se sobresaltó Kirah.

—Claro que no. Como ya te he dicho, aquí solo estamos tú y yo —le desconcertó Excoya.

—¿Qué?

—No sé de dónde habéis sacado que mi objetivo era resucitar a Lucifer. No, sus poderes están demasiado mermados. Es a ti a quien busco, Kirah, a tu demonio interior.

El príncipe se quedó perplejo al tratar de asimilar esas palabras, comprendiendo por fin todo lo que había pasado con total claridad.

—Por eso estás aquí ahora —se rio Excoya, viendo la cara de su marioneta—. Y no solo eso, sino que también has destruido a todos aquellos que me estorbaban por mí, incluido ese traidor de Xeevetta o el ambicioso Jadrat. Hicieras lo que hicieras no podías morir, pues ya habías sido invocado, así que utilicé eso en mi favor —explicó la bruja.

La mirada de Kirah se perdió en un mar de desesperación bajo las carcajadas de su enemiga.

—¿Cómo has... podido...?

—Eres tan inocente... —se burló Excoya—. Lo cierto es que fue gracias a Hazulem. Él descubrió el secreto que guardaban los cristales del vacío: la leyenda negra de Streeyh. Sabía que con el encantamiento adecuado se podía invocar el lado oscuro de un Dragon NindennKa-Yh y unir los poderes de este a los suyos propios. Sin embargo cometió dos errores que le costaron la vida al rey Tobaki.

—Papá... —se desanimó Kirah.

—Cuando el emperador invocó al rey no tenía la certeza absoluta de que fuera el Dragon Nindenn-Ka-Yh, aunque tuviera muchas posibilidades; y además levantó la Torre Negra en Draken —dijo Excoya—. Pero para que la invocación se complete con éxito hay que levantarla en las ruinas de la ciudad natal del sujeto a invocar. Además, solo el Dragon Nindenn-Ka-Yh puede doblegar el poder del cetro del Sol y convertirlo en el cetro de la Luna. Así pues, con el cetro en la mano y la torre en pie, utilicé mis poderes para abrir las puertas del Infierno en la noche de Belthane y teñir la luna de sangre con la oscuridad que tú has desatado.

—Pero yo no soy un demonio... —se desesperó Kirah.

—¿No? —preguntó Excoya—. ¿Entonces eso de que me castigarías por mis crímenes aunque tu alma se viera condenada al Infierno era sólo fachada?

El draconiano apretó los dientes y la miró con odio.

—Tranquilo. Yo estoy de tu parte —se burló la bruja—. Eres un asesino nato, Kirah. Te he visto luchar, he visto cómo disfrutas y cómo te entregas en cada combate... Y ahora serás tú el pague por sus pecados —concluyó Excoya, agitando el cetro de la Luna.

Kirah cayó de rodillas, llevándose las manos a la cabeza, quejándose de un fortísimo dolor.

Excoya se regodeó con crueldad, disfrutando de los gritos agónicos de su víctima mientras de este salía un humo blanquecino que acabaría condensándose y tomando la forma de un demonio de piel pálida con la cabeza adornada con dos cuernos tan negros como sus ojos y empuñando una espada dragontina.

—Muy interesante. Tu demonio interior es el mismo que el de tu padre —se impacientó Excoya.

Kirah miró al resultado de su debilidad con determinación y agarró con fuerza la empuñadura de Ribokan, decidido a triunfar donde antes había fracasado y traer la justicia con la hoja de su espada.

El demonio blandió su acero contra el guerrero alado, que aún permanecía de rodillas.

Este bloqueó fácilmente el ataque con la espada sagrada y después empujó a su enemigo, que retrocedió un par de pasos.

Kirah se levantó y se puso en guardia, estudiando a su oponente antes de cargar contra él al mismo tiempo que la batalla en la torre se abría paso hacia el exterior.

Los ojos de Excoya contemplaron asombrados y emocionados el duelo de titanes que dio comienzo.

Ambos combatientes se enzarzaron en una danza, mortal y hermosa a la vez, de sablazos, giros, saltos, esquives y bloqueos. Ninguno de los dos guerreros cedía terreno, y cuando parecía que uno llevaba ventaja sobre su oponente, este siempre encontraba la manera de remontar.

Cuando el acero de las hojas chocó por última vez, desencadenaron un nuevo forcejeo. La mirada del draconiano reflejaba la furia más absoluta, mientras que la de su enemigo era la expresión más clara del orgullo y sadismo. Ninguno de los dos cedería en su acoso.

Las espadas brillaron cuando los rayos comenzaban a brotar de sus hojas hasta que finalmente, ambos saltaron hacia atrás, girando sobre sí mismos. Cuando dieron el giro completo, dispararon los rayos a través de sus armas, que chocaron brutalmente desatando una enorme explosión.

Kirah tomó algo más de distancia mientras su oponente cargaba contra él. El draconiano batió sus alas para levantar polvo y cegar momentáneamente al demonio.

Su estratagema dio resultado, lo que aprovechó para dar la estocada final. No obstante, el demonio había previsto el ataque y se retiró a tiempo para esquivar el embate, golpeando al héroe en la espalda con un codazo, que lo derribó.



El demonio mostró una sonrisa perturbada y apuntó el brillante filo de su espada serpenteante hacia el suelo para ensartar a Kirah.

El draconiano reaccionó con premura y se levantó con celeridad para, acto seguido, emprender el vuelo.

—No creas que eres el único con alas —declaró la criatura de piel pálida.

Unas alas negras crecieron en su espalda, entre gritos de dolor, sorprendiendo a sus dos espectadores.

El demonio levantó el vuelo y la batalla continuó en el cielo.

—¡¡¡Kirah!!! —exclamó Karay-Jinn, dirigiendo su vista al cielo—. ¡Tenemos que ayudarlo!

—No podemos, Karay, por mucho que queramos; incluso si lográsemos acceder a la azotea o si el combate se desarrollase en tierra. No podemos intervenir, esta es una batalla que debe librar él solo —señaló Derkel.

—¿Qué estás diciendo?! —se desconcertó su compatriota.

—Ese demonio es el demonio interior de Kirah. Nadie salvo él tiene la capacidad de derrotarlo.

—¡Eso es imposible! —aseguró Ember.

—Esa cosa es su demonio interior. ¿Acaso no sentís la presencia de Kirah en su interior? —replicó el elfo.

—Es cierto. Yo también lo siento —comentó Hazulka.

Karay-Jinn negó con la cabeza.

—Entonces... ¿lo único que podemos hacer desde aquí es apoyarlo?

Derkel cerró los ojos y asintió amargamente.

—Desgraciadamente, sí.

Después todos miraron al cielo, a la batalla que estaba librando Kirah. De su resultado dependía no solo el destino del planeta Dracorum, sino de todo el universo.

—Vamos, Kirah. Tú puedes hacerlo, creemos en ti... —murmuró Ember.

Excoya había visto salir a los prisioneros y a los compañeros de Kirah, pero estaba tan absorta en el combate que los ignoró por completo.

Ambos rivales tomaron una gran distancia entre sí. Finalmente se pararon en seco, desplegando elegantemente sus alas mientras las figuras de dos dragones los envolvían.

Después se llevaron las manos a la cintura y acumularon toda el poder de sus Auras.

—¡¡Genki Kuradoh!!

Los dragones arrojaron las olas de energía, mezclándose con ellas hasta que chocaron en una rabiosa lucha.

Los dos guerreros estaban usando todas sus fuerzas para destruir al contrario.

Kirah decidió entonces utilizar una técnica arriesgada. Voló entre la ola de energía formada por el dragón y su Kuradoh, ganando energía a cada centímetro. Cuando llegó a la altura de la bomba energética enemiga, dio un golpe con su espada para

partirla en dos y continuar su camino. Aprovechó el impulso de ese ataque y giró sobre sí mismo para ejecutar, a continuación, otro tajo giratorio con la espada. Esta vez le hizo un corte al demonio en el estómago.

La hoja de Ribokan quedó manchada de sangre negra mientras la infernal criatura gritaba de dolor y se llevaba la mano a la herida.

Kirah remató el ataque realizando una voltereta hacia atrás en pleno vuelo para culminar con una patada tan potente que le mandó de vuelta hacia la azotea de la torre, haciendo que se estrellara contra esta, y a continuación se lanzó en picado, decidido a ensartarlo en su espada Kirah hundió la hoja de Ribokan en el corazón del monstruo, que se convirtió de nuevo en humo.

—¡¡Sí!! —se alegró Excoya, absorbiendo la neblina en la que se había convertido el demonio a través del pálido cetro que sujetaba—. Al fin el poder oscuro del Dragon Nindenn-Ka-Yh es todo mío.

—Pues será mejor que disfrutes estos momentos, porque serás la próxima en caer bajo mi acero —sentenció Kirah, dando un golpe seco al aire con su espada para sacudir la sangre de su filo.

—Me temo que no, Kirah. ¿Sabes qué es esto? —le reprendió mostrándole un colgante con varias gemas de color verde engarzadas—. Son las escamas de dragón de los Draconianjin... ¿Y sabes lo que ocurrirá cuando las haya asimilado...? —concluyó la hechicera aplastando el medallón con la mano.

Las escamas flotaron a su alrededor y después salieron disparadas contra su cuerpo, introduciéndose dentro de ella entre carcajadas histéricas, hasta que una explosión de luz iluminó el cielo.

Cuando la oscuridad se impuso de nuevo Excoya se había transformado en una horrenda bestia negra, mitad dragón y mitad demonio, que flotaba ahora sobrevolando la torre, rugiendo con ferocidad antes de clavar sus ojos en Kirah.

El príncipe guerrero acercó la hoja de la espada sagrada a su cara, agarrando firmemente la empuñadura con ambas manos y se preparó para hacer frente al combate más duro de su vida.

El clamor de la batalla que se estaba librando en paralelo en las calles de Draconia podía oírse hasta en el último confín del planeta mientras los ecos del brutal combate que protagonizaban Kirah y su némesis estremecían el cielo.

La bestia comenzó a dar zarpazos sin control alguno, tratando en vano de alcanzar al guerrero alado.

Los muros de la torre sufrieron el efecto de muchos de esos embates fallidos, obligando a Derkel a proteger el campo de batalla con un hechizo de escudo.

Kirah se detuvo para observar y estudiar a la bestia que tenía enfrente. Esta hizo lo mismo, tras un rugido de advertencia.

—No puedo acercarme. Si lo hago, me destrozará... —se preocupó el guerrero alado.

Sin darle a su rival más tiempo para pensar, la bestia atacó cargando contra él en

un vuelo a toda velocidad.

Kirah casi no tuvo tiempo de reaccionar, pues pese a la gran distancia que había entre ellos, el monstruo tardó apenas un par de segundos en llegar hasta su altura.

El draconiano bloqueó como pudo la acometida, interponiendo la espada sagrada entre él y su enemiga. Sin embargo, la bestia lo arrolló y acto seguido realizó un veloz giro para volver a cargar contra Kirah.

El guerrero Draconianjin voló en picado hacia abajo para esquivar a la criatura. La demoníaca bestia pasó de largo por encima de Kirah, pero este no se esperaba que la criatura contraatacara con un rápido coletazo. El draconiano no pudo esquivarlo y el ataque lo desplazó varios metros.

La bestia remató su ofensiva lanzando una llamarada de fuego por la boca. El draconiano se protegió instintivamente con la espada mientras producía una barrera de energía.

El escudo lo protegió de la roja llama que había vomitado la bestia, y la hoja de su espada quedó envuelta en fuego.

El poderoso demonio volvió a lanzarse en picado contra él, poniendo los brazos en cruz.

Kirah sabía que no podría bloquear un embate semejante, de modo que se dejó caer de espaldas al suelo.

Cuando la bestia dragontina estaba a punto de alcanzarlo, el Draconianjin cambió de rumbo, describiendo una parábola hacia arriba, y se colocó en una posición elevada con respecto al monstruo. Este iba tan deprisa, que no pudo frenar cuando vio que Kirah levantaba el vuelo.

El draconiano aprovechó su posición ventajosa y se lanzó en picado, preparando su espada para una poderosa estocada.

La bestia se giró y batió sus alas, produciendo una ventisca que frenó el avance de Kirah, que se vio obligado a llevarse las manos a los ojos.

Aprovechando esos instantes, la bestia alzó sus brazos y pocos segundos después. Kirah notó cómo una gran energía se acumulaba en las estrellas, que cada vez brillaban más intensamente.

El príncipe levantó la vista y vio cómo las nubes negras se abrían para dejar paso a una lluvia de meteoritos.

Antes de llegar a traspasar las nubes negras que cubrían el reino de Draconia, estos meteoros se paralizaron. Después, la bestia juntó los brazos y se dirigieron unos contra otros, hasta que todos chocaron a la vez, desatando una gran bomba de energía.

Kirah sabía que todo ese poder acumulado podría destruir incluso el planeta Dracorum por completo. Tenía que pararla como fuera, de modo que alzó una mano hacia el cielo y concentró toda su fuerza espiritual.

—¡Mano de Gaia!

Un terremoto sacudió el campo de batalla y de las entrañas de la tierra emergió

una columna de luz dorada que subió hasta llegar a las nubes.

La bestia lanzó la bomba de energía dirigida contra Kirah, pero la columna de luz que había invocado el draconiano chocó contra ella.

Ambos gritaron, llenos de rabia, para imprimir más fuerza a sus ataques.

Finalmente, el choque de energías acabó en un estallido que iluminó todo el cielo, y lanzó unos cuantos metros hacia atrás a cada uno de los dos. Mientras la luz cegadora de la explosión se desvanecía, Kirah aprovechó que la bestia no lo veía para imbuir su espada de energía con la técnica Ultima Arma.

La hoja de Ribokan creció, llena de energía, y aún rodeada de fuego. A continuación el guerrero alado descargó su ataque sorpresa sin que el demonio pudiera evitarlo.

—¡Espada de trueno!

El draconiano atacó una y otra vez al monstruo con una serie de tajos a diferentes alturas mientras unos pequeños relámpagos saltaban del filo de su espada. Para el último golpe, Kirah se detuvo un segundo, y después desató un poderoso tajo acompañado de un potente rayo.

El draconiano arrolló a la bestia con el último golpe, pero esta no estaba dispuesta a dejarse derrotar. Se recuperó antes de lo que Kirah pensaba, y contraatacó con un zarpazo.

Kirah se repuso rápidamente del golpe y cargó contra el monstruo. Excoya intentó darle otro zarpazo, pero él lo esquivó y voló por debajo de la criatura.

El draconiano se anticipó a su contraataque de cola y, con un corte preciso, se le rebanó, continuando posteriormente su ascensión.

La bestia giró enfurecida, pero de nuevo se vio sorprendida por un ataque del Draconianjin.

—¡Flecha de luz!

Kirah disparó un rayo de energía dorada con forma de flecha desde la punta de su espada.

El ataque acertó al monstruo en un ojo, que inmediatamente se llevó una mano a la cara, cubriendo ambos ojos.

Empezó a dar zarpazos al aire de manera descontrolada. Kirah blandió su espada con la hoja hacia abajo, imbuida aún de una buena cantidad de fuerza espiritual y la hundió en la frente del monstruo hasta la empuñadura.

Un grito de dolor atroz, gutural y agónico inundó el aire de Draconia, y la energía del monstruo comenzó a descender.

Mientras la demoníaca bestia recibía el golpe final, Derkel y los demás se impusieron en un formidable combate a los restos de las huestes demoníacas que Excoya había invocado.

Todo el ejército de Draconia alzó las armas al cielo con un fuerte grito.

—¡Victoria!

Al fin, el imperio de Excoya estaba a punto de caer, y la paz volvería a reinar en

el universo.

Los vencedores levantaron la vista para ver el resultado del combate final entre Kirah y el poderoso demonio en el que se había convertido la hechicera.

La hoja ardiente de Ribokan había atravesado la frente de la bestia, dándole muerte por fin entre los vítores de todos los valientes guerreros que habían luchado bajo la luna sangrienta.

—Bien hecho, Kirah. Lo conseguiste —sonrió Derkel.

—Se acabó —apoyó Hazulka.

—Al menos esta vez no le ha costado la vida a nadie más —suspiró Ember.

—Exacto. Excoya ya no se cobrará más víctimas inocentes —señaló Karay-Jinn —. Bravo, Kirah.

—Al fin podremos volver a casa —añadió Hazulka.

—¿Pero qué os pasa, chicos? Ahora somos héroes. Tenemos que celebrarlo —bromeó Ember.

—Tienes toda la razón —asintió Derkel—. Nos merecemos una buena celebración.

—Y yo conozco el sitio indicado —sonrió Ember, rodeando al elfo con el brazo.

—No sé si quiero saberlo —bromeó Karay-Jinn.

Kirah sentía cómo la vida de la bestia se escapaba, aún sin soltar la empuñadura de la espada sagrada. A sus oídos llegó un grito alentador, el grito de la victoria de sus amigos.

Cerró los ojos y sonrió para saludarlos mentalmente, mas algo le hizo abrirlos bruscamente. Sintió cómo el miedo se apoderaba de cada rincón de su alma.

La energía de la bestia estaba creciendo a una velocidad desmesurada.

—¿Qué está pasando?! ¡¡Acabo de darle el golpe final!! ¡No puede ser! —se desesperó Kirah.

El draconiano se apresuró a extraer la espada clavada de la frente de la criatura y se alejó varios metros.

Un aura espectral cubrió el cuerpo del monstruo y después todos los presentes contemplaron horrorizados cómo la bestia se transformaba en un gigantesco dragón negro de aspecto demoniaco.

Muchos de los soldados cayeron de rodillas, desesperados, lamentándose y completamente desmoralizados. Su enemigo había regresado de las puertas de la muerte mucho más fuerte.

Ya nada podría salvarlos, ni siquiera el profetizado héroe en el que Kirah parecía haberse convertido.

—¡Levantaos! —gritó Derkel—. ¡Mientras sigamos vivos no habremos perdido! Muchos creían que Hazulem jamás sería derrotado. El emperador se cobró muchas vidas. Todos pensaron que era invencible, pero hace siete años fue derrotado por un niño que no se rindió; un niño que dejó atrás su infancia para ponerse al mando de un ejército que su padre le había legado... Ese niño está hoy aquí, convertido ahora en

un guerrero implacable, luchando allí arriba. Tal vez no podamos hacer mucho por ayudarlo, pero lo que no podemos hacer es darle la espalda. Si ve que no confiamos en él no ganará esta batalla. Nos necesita y no tenemos derecho a defraudarle. No sé en quién o en qué confiáis vosotros. Pero sí sé en quién confío yo. ¡Yo confío en Kirah!

Los soldados se miraron entre sí, para posteriormente dejar la mirada perdida en sus recuerdos.

Poco a poco, los arrodillados se levantaron con la mirada alta, decididos a darlo todo por el futuro rey de Draconia.

—Sabías palabras, Derkel. Realmente has impresionado a estos hombres... Y a mí. —afirmó Hazulka—. Esperemos que tengas razón... —añadió mientras dirigía la mirada a la épica batalla que estaba a punto de librarse sobre ellos.

El dragón negro se abalanzó sobre Kirah descargando múltiples ataques que apenas tenía tiempo para bloquear.

En uno de los embates, el monstruoso reptil negro dio un zarpazo de una fuerza incalculable. Kirah no pudo bloquearlo, y su espada cayó a las ruinas del campo de batalla.

El dragón lanzó otro zarpazo, algo menos fuerte, pero no por eso iba a ser menos feroz. El guerrero alado se anticipó y se preparó para resistir el impacto.

Cuando estaba a punto de recibir el golpe, el draconiano atravesó la pezuña del dragón con sus garras Draconianjin.

El monstruo emitió un alarido gutural por su garganta y de nuevo lanzó otro potente zarpazo que Kirah no fue capaz de evitar.

El draconiano apenas se había recuperado del golpe cuando el dragón negro lo sorprendió con una llamarada disparada desde su boca.

Kirah no tuvo más remedio que alejarse para evitar morir abrasado. Tomó una distancia de diez metros.

Cuando el Draconianjin se alejó, el feroz reptil empezó a acumular energía en su hocico, entre violentas convulsiones.

Kirah y todos los demás sintieron el increíble poder del demonio, que crecía cada vez más.

El draconiano estaba agotado. No podría aguantar mucho más tiempo.

—Se acabó. Solo hay una cosa que puedo hacer para vencer. Si fracaso, será el final... —se dijo a sí mismo.

Kirah se estiró por completo en un arrebato de energía a la par que la imagen espectral de un dragón lo rodeaba.

Su oponente echó su largo cuello hacia atrás a la vez que Kirah se llevaba las manos a la cintura.

Finalmente el monstruo volvió a llevar el cuello al frente para disparar la colosal ola de energía que había estado acumulando a la vez que Kirah extendía los brazos al frente.

—¡Genki Kuradoh!

Ambas fuerzas chocaron a la mitad del recorrido en una explosión de luces que iluminó toda Draconia.

Kirah puso todo su poder en su último Kuradoh pese a que apenas le quedaban fuerzas.

Poco a poco, Kirah iba cediendo más terreno. Su técnica no sería capaz de frenar la ola de energía descargada por el dragón negro, pero de pronto, algo distrajo la atención del monstruo.

Derkel había disparado un par de flechas de energía con su Arco de Hueso y habían impactado en el cuerpo del dragón, que notó un ligero picotazo.

Excoya miró de reojo al elfo mientras aumentaba el poder de la ola de energía que había disparado desde su boca.

Al ataque de Derkel se unieron los demás presentes, ya fuera lanzando pequeños conjuros, lanzas, flechas e incluso piedras. Todo valía para tratar de ayudar a Kirah.

Tras unos minutos de acoso, el dragón se cansó de la molestia que le suponía la constante distracción del resto de los guerreros, así que levantó una garra en dirección a su enemigo y lanzó una bola de energía contra ellos.

Derkel tuvo que formar una gran barrera para proteger a todos pero, incluso así, la explosión resultante dejó a muchos soldados heridos.

El elfo tendría que ocuparse de atenderlos. Eso serviría al dragón negro para acabar con Kirah de una vez por todas y sin molestias. Ya se ocuparía de los demás más tarde.

—No puedo rendirme ahora. Se han arriesgado mucho para ayudarme —se dijo Kirah, luchando por no sucumbir al colapso—. Les debo la victoria.

Kirah rebuscó en cada rincón de su ser para hacer un acopio de todas las fuerzas que le quedaran. La marca de los Draconianjin brilló intensamente en su frente y sus ojos quedaron completamente en blanco.

El poder del Genki Kuradoh fue aumentando poco a poco, al igual que la desesperación del dragón negro al ver cómo su enemigo recuperaba terreno.

Las escamas de dragón que Excoya había absorbido brillaron intensamente en el interior de su pecho, abrasando su reptiliano cuerpo por dentro. Cuanto más crecía el poder de Kirah, más fuerte era el calor que emanaban.

Finalmente las escamas se desprendieron de Excoya volando como cuchillas esmeralda y desgarrando la carne de la bestia, en busca de un nuevo amo. De este modo. Kirah se vería pronto rodeado por las cinco escamas que profetizaban la llegada del guerrero divino, penetrando en su cuerpo posteriormente como agujijones furiosos.

Los ojos de Kirah se tomaron amarillos y rasgados. Sus uñas y colmillos crecieron largos y afilados; y las escamas que cubrían la mitad de su torso se fueron extendiendo por todo su cuerpo hasta que un alarido de poder salió de su garganta.

La técnica del Draconianjin ganó un poder devastador cuando este terminó de

cambiar de forma.

Al igual que su rival, se había convertido en un enorme dragón, de color verde.

El poder de la ola de energía de Excoya no fue capaz de resistir las renovadas fuerzas de Kirah descargadas por completo a través del Genki Kuradoh, ante los incrédulos ojos de los guerreros que se resistían a morir en aquel campo de batalla.

El Kuradoh de Kirah arrolló a su rival y lo envolvió por completo, haciendo que Excoya se retorciera de dolor.

El dragón en el que se había convertido Kirah se lanzó al ataque inmediatamente, sin dejar tiempo a su oponente de reaccionar, asestándole finalmente el golpe de gracia.

Excoya cayó herida de muerte desde lo más alto del cielo, emitiendo un gruñido cruel y gutural.

Mientras caía, el olor de su sangre inundó el aire y su cuerpo se desintegraba hasta que desapareció por completo.

—Ahora sí. Lo has conseguido —sonrió Ember.

Kirah recobró su apariencia normal tan solo para caer inconsciente, y se estrelló bruscamente contra el suelo.

—¡No! —se desesperó Karay-Jinn.

Todos corrieron para prestar ayuda al príncipe de Draconia.

—Derkel, cúralo, rápido —imploró Karay-Jinn.

—Lo intentaré, pero con las heridas que ha sufrido no sé si mi magia y los elixires de hojas doradas serán suficiente —replicó el elfo.

—Tiene que serlo... —suplicó Ember.

Derkel extendió sus manos sobre Kirah y utilizó su hechizo de curación. Las heridas parecieron sanar, pero el elfo negó con la cabeza.

—Mierda. No nos hagas esto, joder... ¡Vive, maldita sea!

—No, Kirah. Quédate con nosotros —suplicó Karay-Jinn.

—¡Esperad! Aún respira —los alentó Hazulka.

—¿Creéis que se recuperará? —preguntó Ember.

—¡Claro que sí! Kirah es muy fuerte. Saldrá de esta, ya veréis —animó Hazulka.

Derkel se quedó con la mirada perdida unos segundos mientras las nubes negras que cubrían por completo el cielo empezaban a despejarse dando paso a un bello amanecer.

—¿Lo hemos conseguido? —preguntó Kirah, abriendo lentamente los ojos.

—Sí, Kirah. Todo se acabó —sonrió Derkel con inmensa alegría—. El ejército de Excoya ha sido aniquilado, la propia Excoya ha sido destruida y tú venciste a tu demonio interior.

Eres un héroe.

El príncipe volvió a cerrar los ojos, logrando dibujar una sonrisa en los labios antes de desmayarse de nuevo.

—Por fin...



Derkel hizo aún más amplia su sonrisa y le dedicó una cariñosa mirada.  
—Descansa, amigo. Te lo has ganado.

## Epílogo

—Mirad. Parece que ya despierta.

—Sí, ya empieza a abrir los ojos.

—¡Deprisa, vosotros dos!

—¡Qué sorpresa se va a llevar!

Kirah despertó desorientado. Estaba en una cama cálida y confortable, rodeado de sus compañeros.

—¿Cómo estás? —preguntó Ember.

El draconiano tragó saliva, entrecerró los ojos para acostumbrarse a la luz y después hizo ademán de levantarse, luchando contra el agotamiento.

—Tranquilo. Poco a poco —sonrió Karay-Jinn.

—¡Alteza! —se preocupó una voz que no pudo situar.

Uno de los médicos de la corte se acercó a él, con una poción elaborada con hojas doradas.

—Bebed, alteza. Os ayudará a recobrar fuerzas.

El príncipe bebió el tónico y después se estiró en la cama.

—¿Dónde estoy? —preguntó confuso.

—En Draconia —afirmó Derkel—. Todo ha terminado por fin. El reinado de terror de Excoya es historia.

—Imagino que necesitarás respuestas. Has estado algo más de dos semanas durmiendo —explicó Hazulka—. La voz corrió rápidamente y todos las ciudades de todos los reinos han enviado ayuda. Con la muerte del falso Kido perdimos también la capacidad de usar los portales<sup>[39]</sup> así que han tardado un poco más, pero las Amazonas y sus wyverns han sido de gran ayuda.

—¿Las Amazonas? —se extrañó Kirah.

—Sí —asintió Hazulka—. Y además me han conseguido el indulto —sonrió.

—Hazulka se unió a las Amazonas tras la guerra. Después, cuando estuve buscando la heráldica Daroo, fue expulsada por ayudarnos —explicó Ember.

—Y ahora, por haber participado en la batalla que ha destruido a Excoya, me permiten volver —añadió Hazulka.

—Me alegro por ti, Hazulka —dijo Kirah, uniéndose al gesto de su amiga.

—Conclusión, que gracias a las Amazonas todos han venido a ayudar —señaló Karay-Jinn, sumándose a ellos.

—¿A qué te refieres? —preguntó Kirah.

—Será mejor que lo veas tú mismo —contestó Derkel, invitando a su amigo a salir fuera de la casa en la que estaban.

El draconiano se incorporó y se dirigió al exterior. Una mañana agradable y soleada le dio la bienvenida, acompañada por el sonido de martillos, picos y demás herramientas que llenaban el aire de vida.

Kirah recorrió las calles contemplando, emocionado, cómo todos los reinos se habían unido solemnemente en las labores de reconstrucción de la ciudad. Incluso los wargonteedahs habían enviado obreros, entre los cuales destacaban la singular pareja del gordo y el flaco: Ju y Bai.

—¿Lo ves? Te dije que sobreviviría —dijo el más gordo de los dos al ver a Kirah.

—Cállate —le replicó su estirado y escuálido compañero dándole un capón.

Esa escena hizo que al draconiano se le agrandara aún más la sonrisa.

Sin embargo, aún faltaba la mayor sorpresa de todas. Alguien a su espalda le tocó en el hombro. Lo que vio al darse la vuelta le resultó imposible de creer.

—Parece que hayas listo un fantasma —sonrió su hermano.

—Kaly... —dijo Kirah, antes de enmudecer completo—. ¿Cómo...? —acertó a farfullar finalmente.

—Todo es gracias a Xeev —asintió Kaly.

—¿A Xeev? —se extrañó Kirah.

—Sí. Me pidió que te diera un mensaje. Quería pedirte perdón por todos los errores que había cometido y decirte que no encontraba otra manera mejor de reparar el daño causado.

—¿Qué quieres decir? —se interesó Kirah.

—Tras vuestro combate, Xeev aún tenía fuerzas para realizar un último hechizo de Aran-Fénix y curar sus heridas —explicó Kaly—. Pero en lugar de eso, lo usó para devolverles la vida a dos personas muy importantes para ti, que habían muerto por su culpa. Dijo que si hubiera sido más fuerte nada de esto habría ocurrido y esas dos personas estarían vivas.

—Xeev... —se entristeció Kirah, recordando a su amigo—. Espera. ¿Has dicho dos?

—Mira detrás de ti —dijo Kaly, con una amplia sonrisa.

Como un sueño hecho realidad, allí estaba Sheevela, tan radiante y bella como la que se mantenía viva en su memoria.

En ese momento todo lo demás dejó de existir. Ambos corrieron al encuentro el uno del otro, reuniéndose en un fiemo abrazo, que sellaron con el más sentido beso, entre los vítores de todos los presentes.

—Creí que te había perdido y que mi alma había muerto contigo —confesó Kirah.

—Lo que más me dolió de la muerte fue que me arrancaran de tu lado —afirmó Sheevela.

—¿Sabes una cosa? —sonrió Kirah—. Sí que eres la mejor ladrona de Dracorum.

—¿Por qué lo dices? —se extrañó la muchacha.

—Porque me has robado el corazón —afirmó el príncipe antes de besarla de nuevo.

Cuando la tarde cayó sobre Draconia, Kirah sintió una inquietante presencia en el bosque y quiso averiguar de qué se trataba.

—Voy contigo —dijo Sheevela.

—No hace falta. Será sólo un minuto —señaló Kirah.

—Sabes que iré de todas formas —insistió la chica.

—Está bien, pero no hagas ninguna heroicidad —suspiró el príncipe.

—¿Por qué? ¿Quieres tener la exclusiva? —bromeó Sheevela.

Kirah siguió el rastro de la presencia hasta lo más profundo del bosque, donde encontró a un demonio de piel rosada, rebuscando entre unos matorrales.

—¡Alto ahí! —gritó Kirah.

El demonio se dio la vuelta y se puso en guardia, rugiendo entre dientes, y los dos draconianos se prepararon para hacer frente a su rival.

—Sheevela, ve a pedir refuerzos.

—No voy a dejarte solo, Kirah. Lucharé a tu lado.

Antes de que ninguno pudiera mover un músculo, un disparo atronador resonó detrás de ellos, fulminando al monstruo de un preciso y letal tiro entre los ojos. Al darse la vuelta vieron al joven que lo había firmado sujetando su arma, aún con el cañón humeante. Vestía una larga gabardina negra que hacía juego con el color de su uniforme y de su pelo.

—¿Quién sois vos? —preguntó Kirah.

El hombre de negro enfundó el arma con un elegante movimiento y se presentó.

—Agente especial Pow Gastrade, de Dragon Force. He sido enviado desde el planeta Gaia con la misión de detener a una manada de nagenkas que estaban haciendo lo que no debían.

Ese era el último —explicó el joven—. Espero no haberlos asustado.

Kirah se quedó mirando al desconocido como si tuviera una extraña sensación de nostalgia, puede que producida por los recuerdos de Jimmy que aún latían en su interior.

—Yo soy Kirah Murako, príncipe de Draconia, y ella es Sheevela Sumuh, mi prometida —se presentó Kirah—. Esta noche habrá una gran baile. Por favor, transmitid a vuestro comandante que para mí sería un inmenso honor que os quedarais al banquete como mi invitado de honor.

—No deseo ofenderos, príncipe Kirah, pero debo informar a mis superiores en persona —declinó el agente.

—Por favor. Insisto —le pidió Kirah.

—Está bien, alteza —accedió Pow—. Transmitiré vuestros deseos a mis superiores.

Durante el festejo del baile para formalizar el compromiso de Kirah y Sheevela antes de ser proclamados reyes de Draconia, las risas inundaron el gran salón. Hubo gran regocijo y todos los asistentes disfrutaron celebrando la nueva era paz que se avecinaba, libres por fin del yugo de la hechicera Excoya.

Sin embargo, algo preocupaba y atormentaba al príncipe heredero desde que acabó su ardua batalla.

«No sé por qué, pero desde que todo acabó siento cómo la oscuridad crece en mi alma. Cada día se hace más fuerte y ya no puedo controlarla por más tiempo. Si me quedo aquí puede que la gente a la que quiero sufra las consecuencias. Necesito encontrar la manera de liberarme de este mal que me corroe por dentro».

Con ese funesto pensamiento, a la mañana siguiente Kirah se dirigió a los establos arropado con una capa de color tierra y armado con la espada sagrada. Con las primeras luces del alba, el príncipe de Draconia se despidió de su castillo y de todo su reino con una última mirada a lomos de su corcel, Korsen. Después se dio la vuelta y cabalgó bajo la luz de la mañana.

Atravesó montañas, ríos y valles. Más allá de una tierra lejana que no puedo situar, mientras estas palabras fueron escritas, las montañas iban tiñéndose de rojo con el sol del atardecer.

Tan solo la figura del príncipe galopando sobre su montura rompía la monotonía del precioso paisaje, proyectando una sombra oscura y una mirada siniestra sobre todo aquello que se cruzara en su camino...

En cuanto al viaje de Kirah... Bueno, esa es otra historia...

# LORE

## **Tobaki Murako, el último héroe (Leer después del capítulo 1)**

Herederero del linaje divino y descendiente del Dragon Nindenn-Ka-Yh, durante la guerra de las Sombras fue el mayor héroe que la rebelión pudo encontrar.

Su gran carisma supo ganarse la confianza de todos los pueblos de Dracorum; especialmente la del rey de los elfos, Argos Dorae, en el que encontró no solo un poderoso aliado sino también un gran amigo, al que llegó a considerar su hermano de armas.

Las hazañas de Tobaki y Argos inspiraron al pueblo y todo el planeta se hermanó bajo una sola bandera, encabezada por la propia hermana del emperador Hazulem, la princesa Hazulka.

La intervención del rey de Draconia fue decisiva en batallas clave, debido particularmente a su nobleza al pelear, pues lo hacía con honor, pero sin dar cuartel. A sus victorias siempre le seguían nuevos reclutas engrosando sus filas, muchos de ellos incluso soldados del mismísimo emperador, prendados por la grandeza y la esperanza que representaba el monarca guerrero, acrecentando cada día más su leyenda; mas a medida que su fama crecía, también lo hacía la desesperación del emperador.

Harto de que las victorias de su enemigo empañaran su imagen de grandeza, Hazulem asestó un golpe decisivo a la moral de la rebelión, invocando a un feroz demonio del plano más bajo del Infierno, que destruiría el reino de Argos y al propio rey elfo mientras su ejército obliteraba a los caballeros de la hermandad del Dragón en la batalla del monte Katoa.

Tobaki se sintió culpable por la pérdida de su amigo, pues el rey Argos había insistido en dirigir él solo la defensa de la montaña mientras Tobaki se apresuraba en una misión secreta de rescate de la princesa Hazulka, que había sido apresada por su propio hermano y usada posteriormente como cebo para dividir las fuerzas rebeldes y aplastarlas en varios frentes de un solo golpe.

La muerte de Argos fue el principio del fin, que culminó con el asedio del hogar de Tobaki, Draconia. Durante esta última campaña, el héroe draconiano perdió la vida a manos del mismo demonio que asesinó a su hermano de armas.

Nueve años más tarde los hijos de Tobaki acabaron la misión de su padre derrotando al emperador en su propio palacio.

## **El Valgard (Leer después del capítulo 2)**

Uno de los planos más elevados del Cielo, tan solo superado por el Edén y el Santuario de los Dioses. Tras someter el alma a un juicio de valor, el rey Cuervo concederá o negará el derecho de paso al salón de honor de los héroes de leyenda. Hermosos jardines y gloriosos salones de festejos esperan a los afortunados que

hayan podido cruzar sus doradas puertas.

Sus habitantes podrían ser considerados semidioses y siempre esperan la oportunidad de participar en batallas junto a los mortales, algo que muy pocos consiguen.

### **Jimmy Zeion Sakamura, el alma de dragón**

#### **(Leer después del capítulo 2)**

—**Raza:** Humano

—**Edad:** 20

—**Historia:** Jimmy es uno de los monjes guerreros del templo del Dragón Sagrado, Fudén, en el planeta Gaia. Hace trescientos años murió luchando contra unos demonios que trataban de invadir su mundo para buscar una gema mágica. Durante la batalla usó una técnica prohibida de su templo y se sacrificó para destruir al líder de los demonios. Jimmy consiguió matar a su enemigo, pero su vida también se apagó. Tras su muerte, su alma fue guardada en el Valgard, esperando el momento adecuado para hacer realidad una antigua profecía.

Estilo de lucha: Shokiiken Ryu. Es el estilo que el templo de Fudén enseña a sus guerreros. Está basado en el Kein-Reyh-Zan draconiano, ya que el templo fue fundado por ellos. No obstante, el uso de armas y magia no es tan importante en este estilo. Se da más importancia a los golpes cuerpo a cuerpo, y en vez de usar magia se usa la canalización de la energía interior, el ki.

### **El alma errante**

#### **(Leer después del capítulo 3)**

Cuando un heredero del linaje divino es llamado a cumplir su destino, su alma ha de hacer un viaje al vasto océano del caos astral, en el plano situado entre el mundo terrenal y el Valgard, donde ni siquiera el rey Cuervo puede llegar.

Sin el alma, el cuerpo inerte se deshace en una ceniza verdosa conocida como "el polvo esmeralda" que se dispersa como viento en el desierto hasta que se cristaliza.

El alma del aspirante se enfrenta, por su parte, a tres pruebas de valor: La prueba de la honradez y la justicia: El presunto Draconianjin salvador se ve a sí mismo corpóreo, en medio de una guerra tribal entre dos clanes rivales desde el comienzo de los tiempos. El elegido deberá mediar entre ellos y lograr que firmen la paz sin que se prolongue el derramamiento de sangre. Deberá escuchar a los dos bandos y actuar con rectitud, creyendo en la justicia no de una de las partes, sino de las dos, sin ver el conflicto blanco o negro, sino con todas sus tonalidades.

La prueba del coraje y el heroísmo: El aspirante se ve sumergido en las vidas pacíficas de una aldea humilde invadida por un cruel ejército conquistador. Deberá alzarse sobre las masas temerosas de actuar y conseguir, con su fuerza, su inteligencia y su carisma, que los débiles se unan frente al enemigo común y que salgan victoriosos.

La prueba de la compasión: En esta prueba se plantea un escenario similar al anterior. En este caso, los aldeanos han conseguido derrotar a sus enemigos y ahora ansían sangre y venganza. El héroe ha de saber que su fuerza y poder deben usarse para el bien de todos y debe mostrar compasión en la victoria; por lo tanto deberá impedir la masacre, mostrando respeto a sus enemigos, haciendo ver a sus aliados que un héroe no necesita ser cruel ni exhibir su fuerza.

Si el alma fracasa, se perderá para siempre y su cuerpo cristalizado se marchitará hasta regresar a la tierra convertido en polvo y expulsado eternamente del Valgard. En cambio, si supera las pruebas, deberá enfrentarse a un juez infinitamente más implacable: él mismo.

El heredero de la sangre del dragón divino será entonces consciente de que sus actos y decisiones son el reflejo con el que será juzgado su honor, ya que es consciente de que no puede ocultarse de sí mismo.

Si la locura de ver su propio interior no se ha impuesto al aspirante en este punto, entonces solo quedará una última etapa en su camino. En caso contrario, su cuerpo morirá y su alma será recibida en el Valgard.

El final de su viaje por el velo que separa este y el otro mundo culminará cuando encuentre a un humano digno de recibir los dones de la sangre divina; aquel que haya mostrado las cualidades descritas en las pruebas en vida y haya regresado de los jardines del Valgard, habiendo cumplido así la profecía del Alma de Dragón.

El alma del heredero de los dragones Nindenn-Ka-Yh volverá al plano material para fundirse con la joya en la que su cuerpo se convertirá. El polvo esmeralda vagabundea entonces en el viento hasta un lugar con una fuerte conexión espiritual o muy ligado a la vida del elegido. En el caso de Kirah, su cuerpo se cristalizó en el hogar de Derkel, actual custodio de los cristales del vacío y viejo amigo del príncipe draconiano.

Por último, el humano deberá aceptar al aspirante. Entonces el cuerpo del humano desaparecerá y su alma se fusionará con la del elegido, que en ese preciso instante, recuperará su forma corpórea y su alma perderá todo recuerdo de su viaje astral.

### **Kirah Murako Gaeraeh, el heredero del destino**

#### **(Leer después del capítulo 3)**

—**Raza:** Draconiano

—**Edad:** 16

—**Historia:** Kirah es el príncipe de Draconia. Hace siete años desapareció misteriosamente tras derrotar al emperador Oscuro, Hazulem, en la guerra de las Sombras.

Kirah ha sido siempre un joven especial y parecía haber sido marcado por el destino.

Muchos especulaban con la idea de que tenía un poder latente capaz de hacer realidad la leyenda de Dragon Nindenn-Ka-Yh. Por esto tiene un profundo sentido de



la responsabilidad y se ve obligado a actuar movido por el honor. Sabe hacerse querer rápidamente y siempre espera poder darse un respiro para gastar algunas bromas. Debido a esto es muy maduro para unas cosas, pero demasiado inocente para otras.

**Estilo de lucha:** Kein-Reyh-Zan. Significa defensa del pueblo y es el estilo que usan todos los guerreros draconianos. Se basa en el equilibrio del uso de armas medianas, entre las que destaca la espada, con golpes cuerpo a cuerpo y un ligero uso de la magia. Kirah es un luchador muy ágil y rápido, pero no es muy fuerte. De todas formas, si se ve muy apurado puede recurrir a la legendaria técnica de su familia, el Lightning Kuradoh.

### **Derkel Yin Zan, el protector de los cristales**

**(Leer después del capítulo 3)**

—**Raza:** Elfo

—**Edad:** 701

—**Historia:** Derkel es descendiente de los guardias reales de la antigua dinastía de reyes elfos de Korikoh. Hace siete años, luchó junto a Kirah en la guerra de las Sombras. De hecho, fue la última persona que lo vio tras derrotar a Hazulem. Tras la batalla fue el encargado de guardar los Cristales del Vacío.

Derkel es optimista como ningún otro. Incluso en los momentos más fatídicos, como en la muerte del rey Argos Dorae, en la guerra de hace siete años. Es capaz de dar ánimos como nadie y sabe cómo estimular la moral. Siempre tranquiliza tenerlo cerca. Además es muy buen estratega.

—**Estilo de lucha:** Derkel es más un guerrero que un mago, aunque su magia elemental es de mucha ayuda. Pese a no dominarla, sabe usar bien hechizos de curación y recuperación. Derkel es muy efectivo con el arco. Posee un arco élfico de hueso, que encierra el poder del viento. Es rápido, preciso y siempre letal.

### **Xeevetta Neakame Númur Donego (Xeev), el asesino de élite**

**(Leer después del capítulo 3)**

—**Raza:** Kopy-Kat (o Ko-Kat)

—**Edad:** 24

—**Historia:** El pasado de Xeev es un gran misterio. Poco se sabe sobre este formidable guerrero. Ha sido en muchas ocasiones el único superviviente de infinitas masacres. Este joven guerrero, heredero al trono de Kahalda, capital del planeta Tandoria, se unió a la siniestra Excoya poco después de la guerra de las Sombras.

Durante muchos años ha sido su ejecutor personal y trabajó como asesino al mando del ejército de la hechicera, sin embargo, la bruja desconoce que el verdadero propósito de que este forme parte de sus filas es velar por la seguridad de Kirah, pues los sabios de su planeta natal le encomendaron la misión de proteger al joven príncipe como penitencia para poder expiar su pecado de nacimiento y poder reclamar así su derecho al trono, desterrado hasta entonces de su patria.

—**Estilo de lucha:** Ko-Kat. Es el estilo de lucha de su raza. Maneja muy bien armas pesadas y es bueno con la magia pero, sobre todo, destaca en el combate cuerpo a cuerpo. Su ferocidad es implacable, pues puede usar un exoesqueleto hecho de dax, una sustancia que recorre el interior de su cuerpo. Pocos sobreviven a su fuerza bruta.

### **Ember y Glorfen, los maestros (Leer después del capítulo 3)**

Después de que el hermano de Tobaki fuera asesinado por las huestes del emperador, Glorfen y su amigo Ember se hicieron cargo de los príncipes de Draconia, instruyendo a ambos niños en el arte de la guerra y la filosofía.

Ember había servido como caballero del Dragón bajo el mando directo del padre de Hazulem, el rey Haziel. Cuando el emperador se hizo con el poder fue el principal artífice de que los caballeros del dragón se unieran a Tobaki. Más tarde quedaría ligado a Glorfen por una deuda de honor durante la batalla del monte Katoa, tras lo cual se volvieron amigos inseparables.

El veterano guerrero enseñó a los hijos de Tobaki a sujetar la espada y a combatir con honor, para que fueran dignos herederos del legado de su padre, mientras que el maestro elfo se encargó de cultivar sus mentes, para que crecieran con humildad y rectitud.

Mientras estudiaban, los niños viajaban en compañía de sus maestros, a los que más tarde se uniría uno de los mayores valedores del rey Argos, Derkel.

Sus viajes les sirvieron para adquirir experiencia y los conocimientos necesarios para liderar nuevamente a la rebelión hacia la batalla final en Draken.

### **Draconia, la ciudad blanca (Leer después del capítulo 4)**

Desde los albores del tiempo, Draconia ha sido uno de los reinos más fuertes e importantes de cuantos pueblan Dracorum. El sobrenombre de la Ciudad Blanca se debe a que el primer Dragon Nindenn-Ka-Yh surgió de sus muros durante la guerra de los Dioses.

Después toda la región, conocida hasta entonces como Shinden, tomó el nombre de la ciudad natal del héroe divino y esta pasó a ser su ciudad capital.

La heráldica de la casa de Draconia está representada por dos dragones entrelazados por sus colas, velando cada uno por el otro, como símbolos de la justicia, el honor y la última defensa contra las fuerzas oscuras; los Dragones Ardientes. Esta simbología se ha traducido en una ancestral ley, con tintes de superstición, pues los reyes de Draconia deben tener por lo menos dos hijos (y si no son capaces, adoptarlos) para que sus dos primogénitos, ya sean varones o mujeres, hereden los valores y principios que representan los Dragones Ardientes.

A lo largo de la historia la Ciudad Blanca ha tratado de ser sometida en

incontables ocasiones, pero tan sólo el emperador Hazulem lo consiguió, controlando sus fronteras casi nueve años, tras matar al rey Tobaki durante la guerra de las Sombras. Finalmente los actuales herederos del blasón de Draconia, Kirah y Kaly Murako, asumieron el mando de la rebelión y recuperaron la ciudad y el trono que algún día uno de ellos ocuparía.

### **Hane, cuna de la rebelión**

#### **(Leer después del capítulo 5)**

Tras conquistar la Ciudad Blanca, Hazulem marchó sobre Ulren y Fayrood, que no tardaron en rendirse. Con los bárbaros de Stockliff prácticamente aniquilados, el emperador cometió el grandísimo error de pensar que una ciudad tan insignificante como Hane se sometería por voluntad propia, a causa del miedo. El barón Dolf, su gobernante, así lo hizo, pero solo en fachada, pues en secreto usó la ermita de la ciudad para organizar la reconquista del reino con las milicias rebeldes de Hazulka y, posteriormente, con los príncipes de Draconia. El emperador acabó descubriendo el doble juego de Dolf, que fue cruelmente ejecutado, pero lo hizo demasiado tarde, pues el ejército de Kirah y Kaly Murako no tardaría en acorralar a las tropas imperiales y expulsarlas definitivamente de Draconia, tras lo cual organizaron la campaña que pondría fin a la guerra.

### **Niice, la antigua ciudad portuaria**

#### **(Leer después del capítulo 5)**

El puerto de Draconia, como se conoce actualmente a la ciudad portuaria de Niice, es una hermosa muestra de la arquitectura antigua, formada por formas alargadas y picudas, sembrada por preciosos canales que embrujan los sentidos al anochecer.

Su sociedad estaba compuesta principalmente por pescadores y campesinos; gente de paz encabezada por el priorato del Norte, que hacía las veces de nobleza y rendía culto al rey Delfín, el protector de los mares del norte.

La priora ofrendaba cada semestre un tributo a su señor, a fin de garantizar buena pesca, comercio y seguridad. Sin embargo, la corona de Draconia se hizo cargo de la ciudad, pasando a incorporarla como "El Puerto" durante la guerra de las Sombras, a petición de las hijas de la priora Fiona.

Hazulem masacró a sus habitantes y exterminó por completo al priorato, pues el único culto que permitía era hacia su propia persona.

Los habitantes de Niice demostraron gran valor al negarse arrodillarse, pero un puñado de ciudadanos pacíficos no podía medirse con los demonios del emperador. Tobaki y su rebelión ayudaron a la ciudad portuaria cuanto pudieron, pero no sería hasta que sus hijos expulsaron al ejército imperial de Draconia que Niice sería libre de nuevo.

Finalmente, viendo que su sociedad no sería capaz de valerse por sí misma, las

hijas de Fiona solicitaron que la Ciudad Blanca anexara Niice a sus fronteras, a lo que Kirah y Kaly accedieron, dejando el trámite en manos de Yeng.

### **El rey del norte y la bruja del sur**

#### **(Leer después del capítulo 7)**

Kho-Kith pertenecía a las tribus bárbaras norteñas de Edema. Cuando la hechicera Excoya inició su conquista del planeta lo primero que hizo fue exterminar salvajemente a todos los líderes tribales, mostrando especial crueldad en el sur, para demostrar su superioridad y mandar el mensaje de que la resistencia se pagaría extremadamente cara.

Kho-Kith fue el primero en plantar cara y sobrevivir, utilizando tácticas de desgaste y emboscadas, demostrando no sólo fuerza sino también una organización estratégica muy superior a la de las demás tribus.

Su atrevimiento se ganó el apoyo incondicional de sus compañeros, que pronto le nombrarían rey de Absalon, el territorio de las tierras del norte. Con semejante nombramiento, el monarca guerrero unió a sus compatriotas en una batalla a gran escala que culminaría en una incursión en el palacio de Callot, hogar del otrora gobernante de las tierras de la Meseta, la región del sur.

Excoya apresó a Kho-Kith en la última batalla, pero en lugar de matarlo pensó que sería mucho más útil usarlo como sujeto de pruebas para su tecnología de control mental.

Poco después la rebelión bárbara se dispersó y, aunque no llegó a ser completamente erradicada, pasó a ser una mera molestia casi sin importancia con la que Excoya podía convivir, ya que usaba a los supervivientes de las escaramuzas para venderlos como esclavos, probar en ellos nuevos experimentos o usarlos como alimento para sus mascotas.

### **Sheevela Sumuh Kethon**

#### **(Leer después del capítulo 8)**

—**Raza:** Draconiana

—**Edad:** 19

—**Historia:** Sheevela tuvo una infancia muy dura. Sus padres murieron cuando ella era aún un bebé. Unos bandidos asaltaron la caravana de sus progenitores, mercaderes de profesión, y acabaron con su vida. Desde niña fue criada por su abuelo, Yeng, consejero real de Tobaki Murako. Aun así ha estado siempre muy sola, pues la guerra siempre ha sido especialmente cruel con los más débiles.

Para vengarse del mundo y hacer entender a los demás su sufrimiento se convirtió en ladrona, y con el paso de los años fue ganando fama. Más tarde fundó una banda, pero la abandonó a los tres meses pues prefería actuar en solitario.

Sheevela es una chica dura, o lo aparenta, más bien. En el fondo es una persona muy sensible que necesita comprensión. Tiende a enamorarse con facilidad de los

chicos malos, lo que a la larga desemboca en más sufrimiento y soledad.

—**Estilo de lucha:** Gada-Reyh-Zan. Es un estilo basado en el Kein-Reyh-Zan, pero, a diferencia de este, solo usa dagas como sistema de ataque. Es muy popular entre los ladrones. Sheevela es muy rápida, por lo que un arma así le viene como anillo al dedo.

Dragorun, los peligros del comercio

(Leer después del capítulo 9)

Dragorun, encabezada por su ciudad capital, ha tenido una fuerte tradición mercante. Los artículos más lujosos, exóticos y codiciados siempre han venido de esta región, bendecida con múltiples recursos naturales.

Sin embargo tal cantidad de recursos no está exenta de peligros, pues muchos han sido los que han intentado adueñarse de tales tesoros con el fin de controlar el comercio, ocasionando constantes guerras, muchas de ellas internas, especialmente durante los albores de Dracorum.

Antes de que los draconianos controlaran la región, la mayoría de sus habitantes eran humanos, la raza más codiciosa que ha pisado el planeta. Estos quisieron controlar todo el planeta a través de la economía del comercio. A punto estuvieron de lograrlo, pues el control de las rutas comerciales también garantizaba el paso de tropas libremente hacia cualquier dirección.

Tras la guerra de los Dioses, en la que los humanos fueron expulsados de Dracorum, la casa Gosham se hizo cargo de la región. Viendo la problemática que esa bendición podía suponer, crearon una unidad militar de élite para asegurarse un comercio justo y que protegiese las rutas.

Durante la guerra de las Sombras, estas tropas, junto a la hermandad del Dragón fueron decisivas en la lucha contra el emperador Hazulem.

## **El reino hundido**

**(Leer después del capítulo 16)**

Los dominios del rey Cuervo yacen bajo tierra y no es un lugar destinado a los vivos, por lo que aventurarse en sus peligrosos senderos puede suponer la muerte o la locura.

Las almas errantes son sometidas a los juicios de valor en la pirámide de Arena, la montaña de Fuego y la ermita del Lago. Una vez superada la prueba, las almas tendrán una audiencia con el rey Cuervo en el palacio de la Niebla, donde este decidirá si les concede o no el paso al Valgard, a un plano inferior al mismo o si los condena al Infierno, donde su hermana, la reina Serpiente, elegirá el castigo más sádico y cruel que se le ocurra, enviando al pobre desgraciado al plano del Infierno que más se adapte a sus pecados.

Algunas leyendas hablan de maneras de penetrar en el reino Hundido para los mortales. Se dice que el palacio de la Niebla alberga tesoros inimaginables, pero lo que no cuentan, es que esos tesoros son las ofrendas de los vivos para que sus seres

queridos puedan pagar su viaje a la otra vida, por lo que el rey Cuervo defenderá esas riquezas con todas sus fuerzas; y no solo por él, sino por la memoria de todos aquellos que cruzaron sus puertas.

### **Korikoh, el hogar de los Djinn (Leer después del capítulo 18)**

Korikoh es el reino de los elfos, que son conocidos por sus ancestrales tradiciones mágicas. El emperador quiso hacerse con el control de los elementales que los druidas invocaron durante la guerra de los Dioses por orden de la reina Fiorel. Estas criaturas surgieron de Eldelgar, Fahron, Im-Drael y la laguna Faérica para luchar usando la fuerza del planeta contra la corrupción de los humanos cuando estos se rebelaron contra el dios dragón Kareya.

El rey Argos los llamó de nuevo a luchar en la batalla del monte Katoa durante la guerra de las Sombras, pero las sombras del emperador dominaron la voluntad de los djinn y los volvió contra el propio Argos y la hermandad del Dragón.

Tras semejante tragedia, los druidas, creadores originales de los djinn, los encerraron en su elemento creando flautas mágicas en las que condensaron todos sus poderes. La laguna Faérica, que pasó a llamarse la laguna de los Héroes al servir como tumba de la hermandad del Dragón, fue la morada de los djinn más poderosos, los del agua, que además protegerían años después el secreto de un arma legendaria.

### **Dergorun, el reino de la diosa (Leer después del capítulo 22)**

El reino de Dergorun siempre ha vivido al margen del resto del planeta. Incluso durante las dos grandes guerras que asolaron Dracorum han intervenido en contadas ocasiones, únicamente para proteger sus intereses.

La protectora de los mares del sur, la diosa Hydra, vela por su pueblo elegido sin importar lo que ocurra en los demás reinos. Si debe ser cruel y despiadada con el resto del planeta para asegurar el bien de su pueblo lo será. Esto llevó a que forjara inicialmente una alianza con Hazulem, aunque realmente fue más un pacto de no agresión. Cuando el emperador rompió su alianza y traicionó a la diosa queriendo someterla, solo entonces fue cuando Hydra intervino para que Dergorun se uniera a la lucha contra Hazulem y reconoció al legendario Tobaki Murako como un digno aliado.

La sociedad de la región no es muy hospitalaria, por lo tanto, por si fuera poco el peligroso desierto Norte, construyeron una intrincada red de túneles para acceder a las ciudades plagadas de elaboradas trampas mortales.

Uno de sus pasatiempos más recientes consiste en la cría de gusanos gigantes y hacerlos competir en carreras.

### **Draken, del esplendor a la decadencia (Leer después del capítulo 24)**

Antaño, el reino más próspero de Dracorum, hermano de Draconia. Junto a la región conocida ancestralmente como Shinden fue la mayor barrera defensiva contra las fuerzas del mal.

Cuando su buen amigo Mhadurah se reveló como el Dragon Nindenn-Ka-Yh, el rey Vlad, de Draken, forjó para él la espada Ribokan y creó un grupo de élite conocido como la hermandad del Dragón, formado principalmente por las tribus bárbaras de la región montañosa de Estemhem, a los que unió bajo su bandera.

Tras la guerra de los Dioses, la hermandad del Dragón era el símbolo de Draken, de su compromiso para con Draconia y las fuerzas de la luz; por lo tanto el remo como la orden cambiaron su blasón y pasaron a compartirlo: la imagen del rey Vlad embutido en su dragontina armadura con el dragón de Ouroboros detrás. Dicho dragón simboliza el eterno ciclo de muerte y renacimiento del Dragon Nindenn-Ka-Yh y el compromiso de la hermandad para proteger y transmitir sus secretos y leyendas.

Lamentablemente, cuando Hazulem se embriagó de poder y condujo al reino a los aciagos acontecimientos que culminaron en la guerra de las Sombras, el esplendor de Draken fue olvidado, despojando a la Casa Daroo de su señorío, en pos de una fuerza hostil que había corrompido todo cuanto el blasón del Caballero Alado representaba. La hermandad del Dragón se rebeló contra su señor y pagaron un alto precio por ello.

Actualmente es un reino oscuro, convertido en un páramo inhóspito donde moran todo tipo de monstruos y seres de pesadilla.

### **El asesino implacable**

#### **(Leer después del capítulo 28)**

Excoya conoció a Xeevetta cuando este ganó el torneo de gladiadores del planeta Khalim, haciendo gala de una brutalidad y crueldad impropia de un niño de apenas diez años. Al verlo regodearse bañándose en la sangre de sus oponentes aniquilados, se interesó más por una ancestral raza guerrera de la que había oído hablar a los bárbaros edeineses pero a la que no había prestado atención hasta ese momento: los Kopy-Kat.

El joven que divisaba desde su palco de honor pertenecía a dicha especie, a la que ella había considerado hasta el momento otra de tantas naciones bárbaras descerebradas, mas Xeevetta no solo había mostrado fiereza sino también una macabra inteligencia para aplastar a sus adversarios de maneras escalofriantemente ingeniosas.

Sin embargo, no fue hasta que le vio luchar junto al ejército rebelde en el planeta de Dracorum, defendiendo la patria de los hijos de Tobaki, que decidió que debía ser miembro de sus propias filas.

La bruja comprendió que aquel muchacho no luchaba por una causa, sino que gustaba de ayudar a ejércitos en desventaja por el mero placer de luchar contra oponentes fuertes y humillarlos antes de masacrarlos.

Excoya le ofreció unirse a su ejército de élite, un grupo de operaciones secretas que llevaban a cabo las misiones más peligrosas y del que solo los mejores guerreros del universo podían formar parte. Xeevetta aceptó, pensando además que así podría tener acceso a una gran red de información y de batallas dignas de sus habilidades mientras permanecía atento a posibles amenazas contra su protegido, pudiendo incluso llegar a exterminarlas antes de que pudieran actuar.

Excoya no era estúpida y sabía que no podría contar con la lealtad de un guerrero semejante, de modo que usaría su tecnología de control mental para someter su voluntad sin que el propio Xeevetta se percatase.

Durante una de las campañas de conquista de la bruja en busca de esclavos en un planeta lejano, ordenó a sus huestes vacunarse contra una enfermedad letal que habían contraído los soldados que encabezaron el primer ataque.

La enfermedad había sido desarrollada por la propia Excoya en uno de sus laboratorios de guerra biológica y había usado a sus propios soldados como cobayas sin que estos supieran nada.

La bruja pretendía inocular un pequeño chip que crecería dentro del organismo de Xeevetta hasta convertirse en el aparato que haría posible someter su voluntad, pero el asesino de élite descubrió el laboratorio y los planes de Excoya. Xeevetta destruyó el lugar pero, a pesar de sus habilidades, Excoya estaba mejor preparada de lo que él había imaginado y, gracias a la magia negra, logró inmovilizar al guerrero tandoriano y perpetrar su cruel acto antes de enviarlo al frente. Controlaría la mayoría de sus actos y manipularía sus recuerdos para que olvidara aquella pequeña trifulca, pero dejaría su pensamiento estratégico intacto para convertirlo en un asesino dócil aunque letal.

### **Proyección mental**

#### **(Leer después del capítulo 32)**

La proyección mental, o manejo de ilusiones, ha sido siempre algo que Excoya ha querido dominar, pero su maestra murió antes de poder enseñarle dicha técnica. Aprovechando un momento de inestabilidad mental en el que las conciencias de Kirah y Jimmy aún no se habían consolidado y gracias a los informes del falso Kido, Excoya logró proyectar la imagen de Rune City sobre Draken para confundir al grupo capitaneado por el príncipe draconiano. Por desgracia para ella este triunfo fue efímero, ya que no ha podido valerse de semejante treta en posteriores ocasiones debido a su extrema dificultad.



# Arte conceptual

## ESPIRITU DE ARBOR



## DERKEL







DAVID CABRERA (Madrid, España, 1983). Este artista 3D e ilustrador es un gran apasionado de la fantasía y la aventura. Entre sus logros más recientes se encuentra el haber formado parte del equipo que se hizo con el máximo galardón en la Global Game Jam On '16 con el videojuego Paula. Actualmente trabaja como Senior 3D Artist en Ikigai Gameworks.

# Notas

[1] Los caballos de siete leguas son una ancestral raza equina capaces de correr a una extraordinaria velocidad. <<

[2] Durante la Guerra de las Sombras que asoló Dracorum los habitantes de Draken fueron víctimas de una maldición por parte del Emperador, de modo que cuando la vida de este se apagó, todos aquellos bajo su mando se transformaron en horribles monstruos que arrasaron lo poco que quedaba del reino. Ahora huyen de la luz del sol y acechan en cuevas y cavernas, a la espera de buscadores de fortuna y héroes temerarios con los que saciar su apetito. <<

[3] Bolsas de equipaje élficas que permiten el transporte de infinidad de objetos, incluso de gran tamaño. <<



[4] Técnica consistente en una lluvia de puñetazos a una velocidad endiablada, que culmina con un feroz golpe, aunque algo más lento que el resto, canalizando la energía interior para provocar graves danos. Los antiguos maestros de Kein-Revh-Zan la usaban para perforar las corazas de sus rivales. <<

[5] Elixir destilado a partir de las hojas doradas del árbol sagrado del bosque de la Pureza. Puede curar heridas y restablecer la salud de quien lo bebe, una dosis completa, pero será suficiente. <<

[6] Los kopy-kats no tienen sangre. En su lugar están compuestos por dax, un material negro que les da forma y nutre sus tejidos musculares. Normalmente se encuentra en estado gaseoso, pero los tandorianos son expertos en manipular el frío y cambian el estado de dicho material a voluntad. De este modo pueden controlar el dax de su cuerpo, regenerando miembros perdidos, creando exocorazas, cuchillas e incluso obras arquitectónicas. <<

[7] Festividad en la que se organizan bailes de máscaras, se representan obras de teatro y concursos de poesía y Hincarías. Cada quince de Febrero se conmemora la derrota de las fuerzas del Infierno por el legendario Mhadurah Murako, sellada por una rosa blanca que le entregó su segunda esposa. <<

[8] Licor muy popular en Draconia, destilado a partir de los frutos del árbol con el mismo nombre. <<

[9] Nadh era el último humano que quedaba en Dracorum. Había sido criado por los elfos y bautizado por ellos como “el humano arrepentido”, pues ese era el significado de su nombre. Fue un gran aliado de Kurah durante la Guerra de las Sombras. <<

[10] Mineral muy valioso y dúctil. Es uno los ejes de la economía de Dragorun, ya que las reservas de kherio son especialmente ricas en la región. <<

[11] Dos dragones dándose la espalda y entrelazados por sus colas. La heráldica de la casa Murako. <<



[12] Gigantescos reptiles con una piel capaz de cambiar de color y adaptarse de una manera sorprendentemente precisa a su entorno. Pese a su gran tamaño suelen ser muy sigilosos y acechan a sus presas desde los lugares más inverosímiles. <<

[13] Técnica que consiste en ejercer presión sobre el cerebro de la víctima hasta que este estalla. Sólo alguien con un gran poder mental puede dominarla. <<

[14] Hojas de la planta celeste que crece en las praderas de la regiones de Dae Dris y Fahron, en Korikoh. Los elfos han aprendido a utilizar sus secretos y han desarrollado una poción que permite desafiar la gravedad brevemente. <<

[15] Aran, la magia tandoriana, busca dominar los elementos de la vida. La escuela Ther controla la tierra y la roca. <<

[16] El ejército de Excoya está surtido con armas especiales para evitar que se vuelvan en su contra. <<

[17] Pulso electromagnético. <<

[18] Gracias a la serna djinn el fuego no solo resulta inofensivo, sino que además alivia el cansancio, haciendo que el portador recupere también sus fuerzas. <<

[19] Lugar de reposo de la hermandad del Dragón. <<



[20] La diosa del mar. Hydra, exige un vínculo para conceder el derecho de paso a los viajeros que crucen las aguas que ella guarda cuando lo considere necesario. La diosa entregó un anillo que contenía una de sus escamas a Tobaki Murako como símbolo de su alianza con la familia real de Draconia. <<

[21] Magia tandoriana de rayo. <<

[22] Con el fin de proteger los Streeyh del emperador Hazulem un grupo de arcángeles intentó sacarlos del planeta, pero los cristales regresaron a Dracorum por voluntad propia, cayendo como si fueran meteoritos sobre Korikoh. <<

[23] Monstruos híbridos de lagarto y cactus que deambulan por el desierto Norte durante las horas de luz. Son muy territoriales, pero huyen con facilidad para pedir ayuda a la manada cuando se ven superados. <<

[24] En ausencia de un rey el pueblo elige cada año a un gobernador como su primer oficial. La familia Kanen ha estado intensamente ligada a la política de Dergorun desde la guerra civil que asoló el reino, ya sea como consejeros o como Primeros Oficiales. <<

[25] Tesoros de los Draconianjin. Se dice que si se reúnen las cinco también es posible catalizar el poder de la unión de almas del dragón Nindenn-Ka-Yh con el humano elegido para convertirse en alma de dragón, pero nadie sabe si es o no verdad. Las diferentes ramas de la hermandad del Dragón velaron por ellas antiguamente, pero jamás tuvieron la oportunidad de comprobar si la leyenda era cierta. <<

[26] Las criaturas de las cavernas. <<

[27] De vez en cuando las amazonas capturan hombres para procrear. Después de que hayan cumplido su función, un consejo decide si los conservan como esclavos, los liberan o los matan. En caso del nacimiento de un bebé varón este correrá el mismo destino que su padre. <<



[28] La cima del Monte Drakensborg, un lugar repleto de laberínticas grutas y el mayor nido de criaturas de las cavernas de todo Draken. <<

[29] Raza de hombres pez. Pueden permanecer largos periodos de tiempo en la superficie. <<

[30] Normalmente la relación de los wargonteedahs con la superficie es meramente comercial. Son desconfiados por naturaleza y apenas tienen contacto con otras razas. En escasas ocasiones han hecho excepciones, gracias a los designios de su dios protector, el rey Delfín. <<

[31] La costumbre ante una muerte de un guerrero (en combate) es entregar su cuerpo al mar en una embarcación en llamas, agasajando al difunto con todo tipo de objetos para que este se los ofrezca a sus anfitriones en el Valgard cuando cruce sus puertas. Si el funeral concluye devolviendo el cuerpo del muerto a la tierra, entonces será el rey Cuervo quien decida si es o no digno de cruzar las puertas del Valgard, tras someter su alma a un juicio de valor. <<

[32] Kirah estuvo poderosamente tentado de decir lo que realmente senda, es decir, exigirles en vez de rogarles; pero sabía que si esas palabras salían de su boca no obtendría el poder que deseaba, de modo que dijo a los reyes antiguos lo que querían escuchar. <<

[33] Magia tandoriana de hielo. <<

[34] Raza descendiente de los edeineses. Son guerreros expertos considerados bárbaros por muchos. Gustan de bajas temperaturas, pues consideran que el clima extremo de la tundra fortalece sus cuerpos. Antes de entablar combate se preparan pintando parte de su cuerpo, de ahí su nombre. <<

[35] Pobladores originales del planeta Odín. Fueron perseguidos por los pictos y los edeineses durante su invasión inicial durante su expansión con el propósito de hacer de Odín una colonia de Edeina.

Estos seres no son especialmente hábiles en la lucha, pero poseen cualidades mágicas dignas de tener en cuenta. Lo más llamativo de su aspecto es la finura de su piel en la parte superior de la cabeza, dejando ver sus cerebros a través de esta. Su piel es rosada, aunque su pigmentación se va oscureciendo con la edad, algo que acentúa también sus poderes sobrenaturales. Son además unos excelentes arquitectos. <<



[36] El nombre de esta región se debe a que a causa de los reflejos de la ciudadela dorada parece estar bajo un eterno atardecer. <<

[37] El estilo Shinto Muso-ryu jojutsu es un estilo de lucha que usa un bastón corto denominado "jo" enfocado a defenderse de la espada. <<

[38] Collar demoniaco desarrollado para neutralizar los poderes espirituales de su portador, así como para mermar su fortaleza física. <<

[39] El doppelganger de Kido había creado esas distorsiones interdimensionales gracias a su gran fuerza espiritual. Al morir, el hechizo que separaba ambos planos se desvaneció; y con él la capacidad de los demás para abrirlos. <<